

SANCTI BERNARDO ABAD DE CLARAVAL SERMONES SOBRE LOS SANTOS.

EN LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO.

SERMON I. Cómo debemos convertirnos siguiendo su ejemplo.

1. Con razón, amadísimos, la conversión del Doctor de las naciones es celebrada hoy con festividades y alegrías por toda la humanidad. Vemos que de esta raíz han surgido muchas ramas. Pablo, una vez convertido, se convirtió en ministro de conversión para todo el mundo. Y aunque en otro tiempo, aún en la carne, pero ya no caminando según la carne, convirtió a muchos a Dios mediante el oficio de la predicación; ahora también, viviendo más felizmente en Él y con Él, no cesa de convertir a los hombres: digo, mediante el ejemplo, la oración, la doctrina. Por eso, la memoria de su conversión se celebra frecuentemente, porque se encuentra útil incluso para quienes la recuerdan. En esta memoria, el pecador concibe la esperanza del perdón, para ser incitado al arrepentimiento; y quien ya se arrepiente, recibe la forma de una conversión perfecta. ¿Quién puede desesperar por la magnitud de cualquier crimen, cuando escucha que Saulo, aún respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, de repente se convierte en un vaso de elección? ¿Quién puede decir, oprimido por el peso de la iniquidad: No puedo levantarme ya para mejores empeños; cuando en el mismo camino, sediento de sangre cristiana, exhalando el veneno más terrible desde lo profundo de su pecho, el más cruel perseguidor se transformó de repente en el más fiel predicador? En esta única conversión, ciertamente, se encomia grandemente tanto la magnitud de la misericordia como la eficacia de la gracia.

2. De repente, dice Lucas, lo rodeó una luz del cielo (Hechos IX, 1-8). ¡Oh, verdaderamente inestimable dignación de la piedad divina! Ilumina con resplandor celestial desde fuera a quien aún es incapaz de recibir la luz interior: quien aún no podía ser infundido, al menos es rodeado por la claridad divina. Y se hizo una voz. Los testimonios de la luz y la voz se hicieron muy creíbles, y no hay duda sobre la verdad que se presenta a través de ambas, las ventanas de los ojos y los oídos. Así, ciertamente, así también en el Jordán, sobre la cabeza del Señor apareció la paloma y se oyó la voz (Mateo III, 16, 17); así también en el monte, cuando se transfiguró ante los discípulos, se vio la claridad y se oyó igualmente la voz del Padre (Mateo XVII, 2, 5): Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Verdaderamente Saulo fue sorprendido: no hay lugar para disimular, no hay facultad alguna para negar. En sus manos están las cartas de la más cruel legación, de la autoridad execrable, del poder iniquo. ¿Por qué me persigues?, dice. ¿Acaso no perseguía a Cristo quien masacraba a los miembros de Cristo en la tierra? ¿Acaso no persiguieron a Cristo quienes clavaron aquel sacratísimo cuerpo en el madero de la cruz, y no lo perseguía quien, con odio injusto, se enfurecía contra su cuerpo, que es la Iglesia (pues también ella es su cuerpo)? Finalmente, si dio su propia sangre como precio de redención de las almas, ¿no te parece que sufre una persecución más grave de quien, con sugerencia maligna, ejemplo pernicioso, ocasión de escándalo, aparta de Él las almas que redimió, que del judío que derramó aquella sangre?

3. Reconozcan, amadísimos, y teman la compañía de aquellos que impiden la salvación de las almas. Horrendo sacrilegio, que parece exceder incluso el crimen de aquellos que pusieron manos sacrílegas sobre el Señor de la majestad. Parecía que ya había cesado el tiempo de la persecución; pero, como se ha hecho evidente, nunca falta la persecución al cristiano, ni tampoco a Cristo. Y ahora, lo que es más grave, son ellos mismos quienes persiguen a Cristo, quienes ciertamente son llamados cristianos por Él. Tus amigos, Dios, y tus cercanos se han acercado y se han levantado contra ti. Parece que toda la comunidad cristiana, desde el menor hasta el mayor, se ha conjurado contra ti: desde la planta del pie hasta la cabeza no hay salud

alguna: la iniquidad ha salido de los ancianos jueces, tus vicarios, que parecen gobernar a tu pueblo. Ya no se puede decir, Como el pueblo, así el sacerdote (Isaías XXIV, 2); porque ni siquiera si el pueblo, como el sacerdote. ¡Ay, ay! Señor Dios, porque ellos son los primeros en tu persecución, quienes parecen amar el primado en tu Iglesia, ejercer el principado. Han ocupado la fortaleza de Sion, han tomado las fortalezas, y luego entregan libre y poderosamente la ciudad entera al incendio. Su miserable conducta es la subversión lamentable de tu pueblo. Y ojalá solo en esta parte hicieran daño. Quizás habría quien, advertido y prevenido por la exhortación del Señor, se esforzara por no imitar sus ejemplos, sino observar sus preceptos, según aquello: Lo que dicen, háganlo, y no miren sus obras (Mateo XXIII, 3). Pero ahora los grados sagrados se han dado como ocasión de lucro deshonesto, y consideran la piedad como ganancia. En efecto, se encuentran abundantísimas muestras de piedad en la recepción, o más bien en la aceptación del cuidado de las almas: pero este cuidado es menor para ellos, y la consideración de la salvación de las almas es el último pensamiento. ¿Acaso podría haber una persecución más grave para el Salvador de las almas? Actúan injustamente y otros también contra Cristo, y muchos son en nuestros tiempos los anticristos. Sin embargo, con razón considera esa persecución más cruel por los beneficios recibidos, y la siente más grave por el poder que sufre de sus propios ministros; aunque también muchos otros parecen actuar de diversas maneras y con diversas ocasiones contra la salvación de los prójimos. Cristo ve esto, y calla; el Salvador sufre esto, y disimula. Por eso, también nosotros debemos disimular y callar por ahora, especialmente sobre nuestros preladados, maestros de las iglesias. Así, ciertamente, así les agrada a ellos, para que escapen ahora de los juicios humanos, y venga una vez el juicio severo sobre los que presiden, y los poderosos sufran tormentos poderosamente.

4. Temo, amadísimos, que tal vez haya entre nosotros algún perseguidor del Señor, porque la razón manifiesta ha enseñado que impedir la salvación es perseguir al Salvador. ¿Qué agradecimiento puedo dar a aquel hermano que me ofrece el veneno de la detracción fraterna por la salvación de mi alma? Con razón se describen los detractores como odiosos a Dios (Romanos I, 30), como perseguidores. ¿Y qué hay de aquel que con su ejemplo incita a otros a actuar con más laxitud, o perturba con su singularidad, o inquieta con su curiosidad, o molesta con su impaciencia y murmuración; o de cualquier manera contrista al Espíritu de Dios que está en ellos, escandalizando a uno de estos pequeños que creen en Él? ¿No persigue también manifiestamente a Cristo? Para que, pues, el nombre y el crimen de los perseguidores estén siempre lejos de nosotros, les ruego, amadísimos, que nos mostremos siempre benignos y mansos, soportándonos unos a otros con toda paciencia, y provocándonos mutuamente a lo que es mejor y más perfecto. ¿Quién de los siervos cree que es suficiente no perseguir al Señor, sino tampoco servir al Señor? ¿Qué gracia tendrá, si así como no resiste, tampoco asiste? Finalmente, si alguno es tan pusilánime que se considera suficiente no ser perseguidor ni colaborador de Dios, escuche lo que Él mismo dice: El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama (Mateo XII, 30).

5. Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Y él: ¿Quién eres, Señor? De aquí se da a entender que verdaderamente estaba rodeado de claridad, no infundido. Pablo escuchaba la voz del Señor, pero no veía el rostro del Señor; porque estaba siendo instruido en la fe: y como él mismo enseñó después, La fe viene por el oír (Romanos X, 17). ¿Quién eres?, dice. Pues perseguía a un desconocido, y por eso alcanzó misericordia, porque lo hizo ignorante en la incredulidad. Aprendan de esto, hermanos, que Dios, juez justo, no solo considera lo que se hace, sino también con qué ánimo se hace; y cuídense de ahora en adelante, para que nadie considere pequeño ser convicto de pecar conscientemente en cosas pequeñas. Nadie diga en su corazón: Estas cosas son leves, no me importa corregirlas; no es gran cosa si permanezco

en estos pecados veniales y mínimos. Esto es, amadísimos, la impenitencia, esta es la blasfemia contra el Espíritu Santo, la blasfemia imperdonable. Pablo ciertamente fue blasfemo, pero no contra el Espíritu Santo, porque lo hizo ignorante en la incredulidad. No dijo blasfemia contra el Espíritu Santo; por eso alcanzó misericordia.

6. ¿Quién eres, Señor? Y el Señor le dijo: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues. Yo soy el Salvador, a quien persiguiendo buscas. Yo soy, de quien tú en tu ley lees lo que no sabes que se ha cumplido: Porque será llamado Nazareno (Mateo II, 23). Y él: Señor, ¿qué quieres que haga? Esta es claramente, hermanos, la forma de la conversión perfecta. Mi corazón está preparado, Dios; mi corazón está preparado (Salmo CVII, 2). Estoy preparado, y no me turbó, para guardar tus mandamientos (Salmo CXVIII, 60). Señor, ¿qué quieres que haga? ¡Oh palabra breve, pero plena, pero viva y eficaz, pero digna de toda aceptación! ¡Cuán pocos se encuentran en esta forma de obediencia perfecta, que han renunciado tanto a su propia voluntad, que ni siquiera tienen su propio corazón, que no buscan lo que ellos quieren, sino lo que el Señor quiere, a toda hora, diciendo sin cesar, Señor, ¿qué quieres que haga? y aquello de Samuel, Habla, Señor, porque tu siervo escucha (I Samuel III, 10). ¡Ay! tenemos más imitadores de aquel ciego evangélico que de un nuevo apóstol. ¿Qué quieres, dice el Señor a aquel ciego, que te haga? (Lucas XVIII, 41). ¡Cuánta es tu misericordia, Señor, cuánta es tu dignación! ¿Así el Señor busca hacer la voluntad del siervo? Verdaderamente aquel ciego, porque no consideró, no temió, no exclamó: ¡Lejos de esto, Señor, tú más bien di qué quieres que yo haga! Así es como conviene, así es como es digno, no que mi voluntad sea buscada y hecha por ti, sino que la tuya sea buscada y hecha por mí. Ven, hermanos, que verdaderamente era necesaria la conversión en este lugar. Así ciertamente, así la pusilanimidad y perversidad de muchos hasta hoy exige, que de ellos se deba preguntar. ¿Qué quieres que te haga? no ellos pregunten, Señor, ¿qué quieres que haga? Los ministros y vicarios de Cristo deben considerar qué quieren que se les mande: no ellos consideran cuál es la voluntad del preceptor. Su obediencia no es plena, no están preparados para obedecer en todo, no han propuesto seguir en todo a aquel que no vino a hacer su propia voluntad, sino la del Padre. Disciernen y juzgan eligiendo en qué obedecer al que manda, más bien en qué el preceptor debe obedecer a su voluntad. Por lo tanto, estos, aunque se vean tolerados, y se les condescienda y se les complazca en su debilidad, que progresen, les ruego, y que siempre les avergüence ser encontrados pequeños, no sea que alguna vez escuchen. ¿Qué debía hacer por ustedes, y no hice? y abusando de la paciencia y benignidad del prelado, se convierta finalmente la multitud de la misericordia mostrada en un cúmulo de justa condenación.

7. Señor, ¿qué quieres que haga? Y el Señor le dijo: Levántate, y entra en la ciudad; allí se te dirá qué debes hacer. ¡Oh Sabiduría que verdaderamente dispone todas las cosas suavemente! A aquel a quien tú hablas, lo envías a un hombre para ser instruido sobre tu voluntad, para que se recomiende la utilidad de la vida social; y enseñado por un hombre, aprenda también él, según la gracia que se le ha dado, a socorrer a los hombres. Entra en la ciudad. Ven, hermanos, que no sin consejo divino se ha hecho que ingresen a esta ciudad del Señor de las virtudes, para aprender la voluntad divina. Ciertamente, quien te aterrorizó saludablemente, y convirtió tu corazón para desear su voluntad, él mismo te dijo: Levántate, y entra en la ciudad. Pero escucha cuán claramente en lo que sigue se recomienda la simplicidad voluntaria y la mansedumbre cristiana. Con los ojos abiertos no veía nada: pero era llevado de la mano por aquellos que lo acompañaban. Feliz ceguera, en la que los ojos, mal iluminados en la transgresión, finalmente en la conversión se ciegan saludablemente. Ciertamente, que Pablo permaneciera tres días sin comer, perseverando en oración, se refiere principalmente a aquellos que, renunciando recientemente al mundo, aún no respiran en la consolación celestial. Que también ellos esperen al Señor con toda paciencia; oren sin cesar,

buscando, pidiendo, llamando, porque el Padre celestial los escuchará en el tiempo oportuno. No los olvidará para siempre; vendrá, y no tardará. Si durante tres días lo esperas sin tener qué comer, confía porque el Señor misericordioso y compasivo no te dejará en ayunas.

8. Luego se ordena a Ananías imponer las manos sobre Saulo; pero como bien instruido, no accede de inmediato. Mira si no fue también Pablo mismo quien luego enseñó esta doctrina al discípulo, diciendo: A nadie impongas las manos precipitadamente (I Timoteo V, 22). Ha visto, dice el Señor, a un hombre imponiéndole las manos, para que reciba la vista. Hermanos, Pablo, cuando vio esto, no fue iluminado de inmediato. ¿Acaso no esperó la mano de Ananías, porque tal vez lo había previsto venir en sueños? (Hechos IX). Les digo esto, amadísimos, porque temo que tal vez haya entre ustedes alguien que presuma haber sido iluminado solo por un sueño; y ya no soporta ser llevado de la mano, sino que se proclame a sí mismo guía de otros. A quien aún no se le ha encomendado el cuidado de la administración, a quien aún no se le ha confiado la dispensación, a quien aún no se le ha ordenado ver y proveer a aquellos que, teniendo los ojos abiertos, no ven nada: ¿qué intenta presumir esto, sino que medita en vanidades, y sigue como sueños vanos? Evitemos este vicio, hermanos: siempre, en lo que nos concierne, elijamos ser humildes y ser llevados de la mano; aprendiendo la mansedumbre y la humildad de Cristo el Señor, a quien sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON II.

1. Hoy se ha convertido Pablo, más bien Saulo se ha convertido en Pablo. Pues se ha hecho como aquel pequeño del evangelio, del que el Señor dice: Si no se convierten y se hacen como este pequeño, no entrarán en el reino de los cielos (Mateo XIII, 3). Quizás se refería a sí mismo. Ciertamente, el gran Señor y muy digno de alabanza, Él mismo es el pequeño que nos ha sido dado; y sin embargo, no se muestra grande por ahora, sino pequeño, para hacerse a sí mismo un ejemplo grato y eficaz de la necesaria pequeñez. Por tanto, conviértete al pequeño, para que aprendas a ser pequeño: tú también, cuando te conviertas, hazte pequeño. En verdad, escucha cuán claramente Él mismo, en quien estableció la forma de la conversión, se manifiesta como pequeño, proponiendo para imitar en sí mismo las cosas propias del pequeño. Aprendan de mí, dice, porque soy manso y humilde de corazón (Mateo XI, 29). Doble pequeñez, humildad y mansedumbre. Y aquella interior, esta exterior pequeñez. Sin embargo, ambas no son pequeñas virtudes: pues aquel pequeño tan grande profesa como único magisterio. Hoy, pues, se ha convertido Pablo, hoy ha dejado de ser Saulo. Hoy se ha hecho humilde y manso de corazón. La confesión de la boca prueba la humillación del corazón, cuando clama: Señor, ¿qué quieres que haga? Pero más aún lo prueba la misma magnitud de la gracia concedida, que ciertamente tan grande, no fue dada sino a uno muy humilde.

2. Sin embargo, la mansedumbre, porque es una cierta pequeñez exterior, como dijimos, y por eso es más manifiesta, se nos recomienda de tres maneras en esta conversión. Nuestra mansedumbre es probada por tres cosas: las injurias de las palabras, las pérdidas de bienes, la lesión del cuerpo. En estas tres cosas se encuentra toda la exhibición de paciencia, todo el ejercicio de la mansedumbre. Se ha probado esa virtud, que nada de esto parece haber podido conmover. Es interesante considerar cómo Pablo, tentado en todas estas cosas en su misma conversión, fue encontrado verdaderamente ya Pablo, en esta parte verdaderamente ya manso y paciente. Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Es duro para ti dar coces contra el aguijón. Dura palabra, palabra de reprensión, llena de amenaza. Ciertamente, en lo que respecta al cuerpo, fue sacudido y derribado al suelo. ¿Acaso también fue probado por la pérdida? Y mucho; pues le fue quitada la misma luz de los ojos, y con los ojos abiertos, como está

escrito, no veía nada (Hechos IX, 1-8). La paciencia de Job también fue probada y ejercitada en estas tres cosas, a quien Dios dio como ejemplo muy conocido en esta virtud. Pero dejamos a su diligencia investigar esto. Nos basta advertir que la forma de la verdadera conversión se establece en gran parte en esta mansedumbre: para que avergüence a aquellos que debieron haberse convertido, ser encontrados completamente perversos y aversos, ya sea en la lesión de los cuerpos, en la pérdida de bienes, o, lo que es más indigno, en las injurias de las palabras.

EN LA PURIFICACIÓN DE LA B. MARÍA.

SERMON I. Sobre la triple misericordia.

1. Hoy la Virgen Madre lleva al Señor del templo al templo del Señor; José también presenta al Señor, no a su hijo, sino a su amado hijo, en quien Él se complace. Simeón, el justo, reconoce a quien esperaba; Ana, la viuda, también lo confiesa. Por estos cuatro se celebró primero la procesión de hoy, que luego sería celebrada con júbilo por toda la tierra en todo lugar y por toda gente. Y no es de extrañar que entonces fuera pequeña, puesto que pequeño era quien se recibía. Ningún pecador tuvo lugar allí: todos eran justos, todos santos, todos fueron perfectos. Pero, ¿acaso solo a estos salvarás, Señor? Que crezca el cuerpo, que crezca también la misericordia. Salvarás, Señor, a hombres y bestias, cuando multipliques tu misericordia, Dios (Salmo XXXV, 7, 8). En la segunda procesión ya van delante las multitudes, las multitudes siguen; no lleva la virgen, sino el asno. Por tanto, no desdeña a nadie, ni siquiera a aquellos que se han corrompido como bestias en su estiércol: no los desdeña, digo, pero si no faltan las vestiduras apostólicas, si la doctrina de ellos, si la justicia de las costumbres, si la obediencia, si la caridad cubre la multitud de pecados, ya no los considerará indignos de la gloria de su procesión. Más bien, incluso aquella que parece haber sido otorgada a tan pocos, también se nos ha reservado a nosotros por Él. ¿Por qué no habría de reservarla para los futuros, cuando también la otorgó a los antiguos?

2. David, rey y profeta, se regocijó al ver este día: lo vio y se alegró. De lo contrario, si no lo hubiera visto, ¿de dónde cantaba: "Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo"? (Salmo 47, 10). David recibió esta misericordia del Señor, Simeón la recibió, nosotros también la hemos recibido, y todos los que están predestinados a la vida: ya que Cristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos. En medio del templo está la misericordia, no en un rincón o en una posada, porque no hay acepción de personas ante Dios. Está puesta en común, se ofrece a todos, y nadie queda excluido de ella, salvo quien la rechaza. Tus aguas, Señor Dios, se derraman hacia afuera: sin embargo, tu fuente es propia y ningún extraño bebe de ella. Quien es tuyo no verá la muerte hasta que vea al Cristo del Señor, para que pueda ser despedido en paz. ¿Por qué no será despedido en paz quien tiene al Cristo del Señor en su corazón? Porque Él es nuestra paz, quien habita por la fe en nuestros corazones. ¿Cómo saldrás de aquí, alma miserable, que ignoras a Jesús, el guía del camino? Algunos tienen ignorancia de Dios. ¿Por qué? Porque la Luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz. Y la Luz, dice, brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan 1, 5). Como si dijera: Y en las plazas se derraman las aguas, y el extraño no bebe de ellas; y la misericordia está en medio del templo: sin embargo, nadie de aquellos que esperan la condenación eterna se acerca. En medio de vosotros está, oh miserables, a quien no conocéis: para que muriendo, antes de ver al Cristo del Señor, no seáis despedidos en paz; sino más bien arrebataados por rugientes preparados para el alimento.

3. Hemos recibido, Dios, tu misericordia en medio de tu templo. Esta acción de gracias está lejos de aquella voz del que gime: "Señor, en el cielo está tu misericordia, y tu verdad hasta las nubes" (Salmo 36, 6). ¿Acaso te parece que la misericordia estaba en medio, cuando solo se encontraba entre los espíritus celestiales? Pero cuando Cristo fue hecho un poco menor que los ángeles, y se convirtió en mediador entre Dios y los hombres, y como piedra angular pacificó por su sangre lo que está en los cielos y lo que está sobre la tierra; desde entonces claramente hemos recibido, Dios, tu misericordia en medio de tu templo. Porque también nosotros éramos por naturaleza hijos de ira, pero hemos alcanzado misericordia. ¿Hijos de qué ira, y qué misericordia hemos alcanzado? Sin duda, hijos de ignorancia, pereza, cautividad: y hemos alcanzado sabiduría, virtud, redención. La ignorancia de la mujer seducida nos había cegado; la debilidad del hombre apartado y seducido por su propia concupiscencia nos había debilitado; la malicia del diablo, expuestos justamente por Dios, nos había cautivado. Así nacemos todos, primero completamente ignorantes del camino de la ciudad de la morada; luego débiles y perezosos, de modo que, aunque conociéramos el camino de la vida, nuestra propia inercia nos impediría y detendría; finalmente, cautivos bajo el peor y más cruel tirano, de modo que, aunque fuéramos prudentes y fuertes, seríamos oprimidos por la misma condición de miserable servidumbre. ¿Acaso no necesita tanta miseria de misericordia y compasión abundante? O ciertamente, si ya hemos sido salvados de esta triple ira por Cristo, quien se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios Padre, y justicia y santificación, y redención (1 Cor. 1, 30): ¿cuánta vigilancia necesitamos, amadísimos, para que no, Dios no lo quiera, nuestros últimos estados sean peores que los primeros, si de nuevo provocamos la ira, siendo ya no por naturaleza, sino por nuestra propia voluntad, hijos de ira?

4. Abracemos, pues, la misericordia que hemos recibido en medio del templo, y con la bienaventurada Ana no nos apartemos del templo. Porque el templo de Dios es santo, que sois vosotros, dice el Apóstol (1 Cor. 3, 17). Esta misericordia está cerca, la palabra está cerca en vuestra boca y en vuestro corazón. Finalmente, en vuestros corazones habita Cristo por la fe. Este es su templo, y este es su asiento: a menos que se os haya olvidado que el alma del justo es asiento de la sabiduría. Por lo tanto, lo que frecuentemente, más bien siempre, deseo recordar a mis hermanos, os ruego ahora, caminemos no según la carne en la carne, para no desagradar a Dios. No seamos amigos de este siglo, para no convertirnos en enemigos de Dios. Resistamos también al diablo, y huirá de nosotros, para que caminemos ya libremente en el espíritu, y nuestra conversación esté en el corazón. Porque el cuerpo que se corrompe, agrava, debilita y afemina el alma; y la morada terrenal deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. 9, 15), para que no se eleve a las celestiales. Por eso, la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios (1 Cor. 3, 19); y el que es vencido por el maligno, también se le añade como siervo. Pero en el corazón se recibe la misericordia, en el corazón habita Cristo, en el corazón habla paz a su pueblo, y sobre sus santos, y en aquellos que se convierten al corazón.

SERMÓN II. Sobre el orden y modo de la procesión de Cristo en el templo.

1. Gracias a nuestro Redentor, que tan abundantemente nos ha prevenido con bendiciones de dulzura, multiplicando nuestros gozos con los sacramentos de su infancia. Celebradas ya hace poco su Natividad, Circuncisión y Aparición, hoy nos ha amanecido el día festivo de su oblación. Hoy se presenta al Creador de la tierra el fruto sublime; hoy se ofrece en el templo, en manos virginales, una víctima apacible y agradable a Dios, llevada por sus padres, esperada por los ancianos. José y María ofrecen un sacrificio de alabanza, un sacrificio matutino; Simeón y Ana lo reciben. Por estos cuatro se celebra la procesión, que hoy se recuerda con solemnes alegrías en los cuatro climas del mundo. Por tanto, ya que hoy también nosotros, más allá de la costumbre de las demás solemnidades, vamos a realizar una

procesión, no creo que sea inútil observar con más atención su modo y orden. Procesaremos de dos en dos, llevando velas en las manos, también encendidas, no con cualquier fuego, sino con el que primero haya sido consagrado en la iglesia por la bendición sacerdotal. Además, en nuestra procesión los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos: y cantaremos en los caminos del Señor, porque grande es la gloria del Señor.

2. Con razón, ciertamente, procesamos de dos en dos: así lo testifican los sagrados Evangelios, que los discípulos fueron enviados por el Salvador en recomendación de la caridad fraterna y la vida social (Lucas 10, 1). Perturba la procesión quien se empeña en marchar solo: no solo se perjudica a sí mismo, sino que también es molesto para los demás. Estos son los que se separan a sí mismos, animales, que no tienen el espíritu, ni se preocupan por guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Ahora bien, así como no es bueno que el hombre esté solo, así también está prohibido aparecer vacío ante el Señor (Éxodo 23, 15). Porque si se reprende a los mismos que nadie ha contratado por su ociosidad (Mateo 20, 6): ¿qué merecen los que ya han sido contratados si se encuentran ociosos? Porque la fe sin obras está muerta (Santiago 2, 26). Nuestras obras, de hecho, deben hacerse con fervor y con el deseo del corazón, para que sean lámparas ardientes en nuestras manos. De lo contrario, se teme que, tal vez, nos vomite tibios quien en el Evangelio dice: "Fuego vine a traer a la tierra, y ¿qué quiero sino que arda?" (Lucas 12, 49). Este es ciertamente el fuego sagrado y bendito, que el Padre santificó y envió al mundo, y al que se bendice en las iglesias, como está escrito: "Benedicid a Dios el Señor en las iglesias" (Salmo 67, 27). Porque también nuestro adversario, como perverso emulador de las obras divinas, tiene, digo, su propio fuego, el fuego de la concupiscencia carnal; el fuego de la envidia y la ambición, que el Salvador no vino a encender en nosotros, sino a extinguir. Por lo tanto, si alguien presume ofrecer este fuego extraño en el sacrificio divino, aunque tenga a Aarón por padre, morirá en su iniquidad.

3. Además de lo que se ha dicho sobre la vida social y la caridad fraterna, sobre las buenas obras y el fervor santo; la virtud de la humildad es máxima y sumamente necesaria, para que nos adelantemos en honor unos a otros: no solo a los mayores, sino también a los menores, cada uno se anteponga a sí mismo: esta es, sin duda, la perfección de la humildad y la plenitud de la justicia. Y puesto que Dios ama al dador alegre (2 Cor. 9, 7), y el fruto de la caridad es el gozo en el Espíritu Santo; cantemos, como se ha dicho, en los caminos del Señor, porque grande es la gloria del Señor (Salmo 137, 5): cantemos al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas (Salmo 97, 1). En todo esto, si alguien tal vez no desea progresar, y avanzar de virtud en virtud; sepa quien sea así, que está en la estación, no en la procesión, más bien en regresión; porque en el camino de la vida no avanzar es retroceder, ya que nada permanece aún en el mismo estado. Por lo tanto, nuestro progreso consiste, como he recordado muchas veces, en que nunca pensemos que hemos alcanzado, sino que siempre nos extendamos hacia lo que está adelante, nos esforcemos incesantemente por mejorar; y exponamos continuamente nuestra imperfección a la mirada de la divina misericordia.

SERMÓN III. Sobre el niño, María y José.

1. Hoy celebramos la Purificación de la bienaventurada Virgen María, que se realizó según la ley de Moisés, transcurridos cuarenta días desde la Natividad del Señor. Porque estaba escrito en la ley que la mujer que hubiera concebido y dado a luz un hijo, sería impura durante siete días, y al octavo día el niño sería circuncidado: luego, dedicada a la ablución y purificación, se abstendría de entrar en el templo durante treinta y tres días: cumplidos estos, ofrecería al hijo al Señor con ofrendas (Lev. 12). Pero, ¿quién no advierte en el mismo inicio de esta sentencia, que la madre del Señor está completamente libre de este precepto? ¿Acaso piensas que Moisés, al decir que la mujer que hubiera dado a luz un hijo sería impura, no temió

incurrir en el crimen de blasfemia sobre la madre del Señor, y por eso añadió, "habiendo concebido"? De lo contrario, si no hubiera previsto que la Virgen daría a luz sin semilla, ¿qué necesidad había de mencionar la concepción? Está claro, pues, que esta ley no incluye a la madre del Señor, que no concibió a su hijo de semilla, como estaba predicho por Jeremías, que el Señor haría algo nuevo sobre la tierra. ¿Qué nuevo? Dice: "La mujer rodeará al varón" (Jer. 31, 22). No recibirá al varón de otro hombre, no concebirá al hombre por ley humana; sino que dentro de sus entrañas intactas e íntegras encerrará al varón: así, ciertamente, que al entrar y salir el Señor, según otro profeta, la puerta oriental permanecerá cerrada perpetuamente (Ezequiel 44, 2).

2. ¿Acaso, entonces, no podría moverse su ánimo, y decir: ¿Qué necesidad tengo de purificación? ¿Por qué debo abstenerme de entrar en el templo, cuyo útero, sin conocer varón, se ha convertido en templo del Espíritu Santo? ¿Por qué no he de entrar en el templo, yo que he dado a luz al Señor del templo? Nada en esta concepción, nada en el parto fue impuro, nada ilícito, nada que purificar: ciertamente, cuando esta prole es fuente de pureza, y ha venido a hacer la purificación de los delitos. ¿Qué purificará en mí la observancia legal, que he sido purísima por el mismo parto inmaculado? En verdad, oh bienaventurada Virgen, en verdad no tienes causa, ni necesitas purificación. Pero, ¿acaso tu hijo necesitaba circuncisión? Sé como una entre las mujeres; porque también tu hijo está así en el número de los niños. Quiso ser circuncidado, ¿y no querrá mucho más ser ofrecido? Ofrece a tu hijo, Virgen sagrada, y presenta al Señor el bendito fruto de tu vientre. Ofrece para nuestra reconciliación de todos la víctima santa, agradable a Dios. Sin duda, Dios Padre aceptará la nueva oblación, y la hostia preciosísima, de la cual Él mismo dijo: "Este es mi Hijo amado, en quien me complazco" (Mateo 3, 17). Pero esta oblación, hermanos, parece bastante delicada, donde solo se presenta al Señor, se redime con aves, y de inmediato se lleva de nuevo. Vendrá el tiempo cuando no será ofrecido en el templo, ni entre los brazos de Simeón, sino fuera de la ciudad entre los brazos de la cruz. Vendrá el tiempo cuando no será redimido por otro, sino que redimirá a otros con su propia sangre, porque Dios Padre lo envió como redención para su pueblo. Aquello será el sacrificio vespertino, esto es el matutino. Este ciertamente es más alegre, pero aquel es más pleno. Este es en el tiempo de la natividad, aquel ya en la plenitud de la edad. De ambos, sin embargo, puedes tomar lo que el profeta predijo: "Fue ofrecido, porque Él quiso" (Isaías 53, 7). Porque también ahora fue ofrecido, no porque lo necesitara, no porque estuviera bajo el edicto de la ley, sino porque Él quiso; y en la cruz, no obstante, fue ofrecido, no porque lo mereciera, no porque el judío pudiera, sino porque Él quiso. Voluntariamente te sacrificaré, Señor, porque voluntariamente te ofreciste por mi salvación, no por tu necesidad.

3. Pero, hermanos, ¿qué ofrecemos nosotros, o qué le retribuimos por todo lo que nos ha retribuido? Él ofreció por nosotros la hostia más preciosa que tenía, ciertamente que no podía haber una más preciosa: y nosotros, por tanto, hagamos lo que podamos, ofreciéndole lo mejor que tenemos, que somos nosotros mismos. Él se ofreció a sí mismo; ¿quién eres tú que te niegas a ofrecerte a ti mismo? ¿Quién me dará que la majestad tan grande se digne recibir mi oblación? Tengo dos monedas, Señor, digo cuerpo y alma: ¡ojalá pudiera ofrecerte perfectamente estas en sacrificio de alabanza! Porque es bueno para mí, y mucho más glorioso y útil, ofrecerme a ti, que abandonarme a mí mismo. Porque mi alma se turba en mí mismo, pero en ti exultará mi espíritu, si verdaderamente se ofrece a ti. Hermanos, al Señor que iba a morir, el judío ofrecía víctimas muertas; pero ahora: "Vivo yo, dice el Señor, no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva" (Ezequiel 33, 11). El Señor no quiere mi muerte; ¿y no ofrezco con gusto mi vida? Porque esta es la hostia apacible, la hostia agradable a Dios, la hostia viva. Pero en aquella oblación del Señor se leen que fueron

tres; y en nuestra oblación, no obstante, se requieren tres cosas del Señor. En aquella oblación estaba José, el esposo de la madre del Señor, de quien se suponía que era hijo; estaba también la Virgen madre, y el niño Jesús que era ofrecido. Que haya, pues, en nuestra oblación constancia viril, haya continencia de la carne, haya conciencia humilde. Que haya, digo, en el propósito de perseverar un ánimo viril, haya en la continencia castidad virginal, haya en la conciencia simplicidad y humildad infantil. Amén.

3. Estudiemos, por tanto, conformarnos en costumbres a aquel a quien, aunque queramos, no podemos asemejarnos en maravillas. Emulemos en el hombre la sobriedad en el sustento, la devoción, el afecto; emulemos la mansedumbre del espíritu, la castidad del cuerpo, la custodia de la boca, la pureza del alma; pongamos freno a la ira y medida a la lengua, durmamos menos, oremos más frecuentemente, recordémonos a nosotros mismos con salmos, himnos y cánticos espirituales; unamos los días con las noches y ocupémonos en alabanzas divinas. Emulemos los carismas mejores. Aprendamos de aquel que fue manso y humilde de corazón. Emulemos, digo, aquel que fue generoso con los pobres, amable con los huéspedes, paciente con los pecadores, benigno con todos. Esto es mejor. En estas cosas está la forma en la que debemos ser impresos, en los milagros la gloria de la que debemos ser reprimidos. Aquellas alegran, estas edifican; aquellas conmueven, estas promueven. Banquémonos, amadísimos, llamados a la mesa del rico, mesa abundante en panes, colmada de delicias. ¿Acaso no es rico quien nos refuerza con ejemplos, nos protege con méritos, nos alegra con signos? Rico ciertamente, en cuyo banquete solemne hoy se congregan ángeles y hombres por igual: estos para ser alimentados, aquellos para deleitarse; estos para progresar, aquellos para alegrarse. ¿Qué es su vida llena de bienes, sino una mesa repleta de alimentos? Sin embargo, no se presentan todas las cosas a todos, sino que cada uno tome lo que vea que le conviene y le es útil.

4. Y yo, ciertamente, con un consejo más saludable, considero diligentemente lo que se me presenta. Me es prudente elegir lo mío, y no tocar lo ajeno. No extenderé mi mano hacia la gloria de los milagros, no sea que si intento lo que no he recibido de lo alto, pierda con razón incluso lo que parece que he recibido. No levanto mis ojos con él para escudriñar los secretos celestiales, no sea que, oprimido por la gloria, retroceda confundido, refugiándome tarde en el consejo del Sabio, que dice: No busques lo que es más alto que tú, ni escudriñes lo que es más fuerte que tú (Eclo. III, 22). Se ofrece en la mesa el vino nuevo de las aguas enrojadas; no lo toco, porque sé que no se me ha presentado, ya que no puedo, de igual manera, cambiar los elementos, renovar las naturalezas. Veo también en la mesa del Vencedor que los ángeles lo escucharon cantar. ¿Acaso veré yo también a los cantores celestiales presentarse ante mí: o ciertamente a aquellos citaristas del Apocalipsis tocar sus cítaras ante mí? (Apoc. XIV, 2.) Él manda a los demonios aún viviendo en el cuerpo, libera al cautivo en el cuerpo ya liberado del cuerpo. Son alimentos, pero no míos; ciertamente agradables y sabrosos, pero mi alma no los toca, porque no tengo de dónde pueda devolver tales cosas. Pero si considero diligentemente, he aquí ante mis ojos en la mesa del santo, la censura del juicio, el vigor de la disciplina, el espejo de la santidad, la forma de vida, el emblema de la virtud. Estas cosas se toman de mí sin presunción, y se consumen saludablemente: y si disimulo, se me exigirán estrictamente.

5. Escucha aún qué cosas creo que me son justamente presentadas. Si me ofreces el pan del dolor y el vino de la compunción de la mesa del rico, lo tomo seguro, que soy pobre y necesitado. Mis lágrimas serán mi pan de día y de noche (Salmo XLI, 4), y mezclaré mi copa con llanto (Salmo CI, 10). Esta es mi parte, que cometí cosas que deben doler. Sin embargo, no me pesará, como estimo, este alimento; porque quien puso el conocimiento, añadió

también el dolor. Pero si aparecen ejemplos de templanza, de justicia, de prudencia o de fortaleza, los tomo sin dudar, sabiendo que tales cosas debo preparar. No dudo que estas cosas me sean presentadas, que estas cosas me serán reclamadas. ¿Acaso se nos deben exigir señales y prodigios, para que los preparemos a cambio para el rico? Hermanos, son vasos para honor de aquel que nos invitó, no alimentos de los pobres. Tú, pues, que has sido invitado, considera diligentemente qué te ha presentado él, qué se ha presentado a sí mismo. No todo lo que se presenta en la mesa, se te presenta a ti. ¿Qué si se ha servido en una copa de oro? no se te presenta la copa, sino la bebida: toma la bebida y deja el oro. Así, el padre de familia comunica los ejemplos de buenas obras y la rectitud de las costumbres a los domésticos, de manera que retiene para sí la prerrogativa en los milagros. En estas cosas y en aquellas, él debe ser glorificado, cuyo don es vivir santamente, cuya virtud es hacer señales, quien en la perfecta Trinidad vive y reina Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON II.

1. Regocijaos en el Señor, amadísimos, que entre los continuos beneficios de su piedad concedió al mundo un hombre, cuyo ejemplo muchos serían salvados. Nuevamente digo, regocijaos, porque hecho de en medio se acercó a Dios, para que muchos más sean salvados por su intercesión. Tiene de entre los hombres, a quien el misericordioso y compasivo Señor perdona los pecados de los hombres: tiene tiempo y lugar para interceder el piadoso y misericordioso abogado; ciertamente un lugar tranquilo y un tiempo de descanso. Fue visto en la tierra, para ser ejemplo; fue elevado al cielo, para ser patrocinio. Aquí instruye para la vida, allí invita a la gloria. Se hizo mediador para el reino, quien fue incitador para la obra. Buen mediador, que ya no pidiendo nada para sí, desea transferir todo a nosotros, tanto el afecto del suplicante como el fruto de la súplica. ¿Qué buscaría para sí, quien de nada carece? El Señor lo conserva, y lo vivifica, y lo hace bienaventurado en la gloria: nada le faltará en el lugar de pastos dispuesto. Este es el día de su gloriosa migración, el día de la alegría de su corazón; exultemos y alegrémonos en él. Ha entrado en las potestades del Señor; alegrémonos, porque ahora es más poderoso para salvar.

2. Hoy el Vencedor, dejando el cuerpo, que solo parecía impedirle la entrada a la gloria, tanto más ágil cuanto más libre, penetró en los santos, hecho semejante en gloria a los santos. Hoy, desde el último y humilde lugar, que eligió para sí por consejo del Salvador, llamado por el mismo padre de familia, el verdadero amigo ascendió más alto, y tiene gloria ante los que están sentados juntos. Hoy, despreciando el mundo, y triunfando sobre el príncipe del mundo, verdaderamente el Vencedor ascendió sobre el mundo, recibiendo de la mano del Señor la corona de la victoria. Ascendió, además, con un inmenso equipaje de méritos, claro en triunfos, glorioso en milagros. Descansa el soldado veterano, y después de los trabajos y sudores de la sagrada milicia cumplida, es colocado felizmente, coronado sublimemente. Su alma morará en bienes. ¿Preguntas dónde? Con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Así con tales y en tal lugar se sienta; se sienta elevado y resplandeciente, se sienta gozoso y alabando; se sienta delicada y adornada con sus joyas, rodeada de manzanas, sostenida por flores; se sienta, digo, para sí, vacía de preocupaciones, abundante en delicias, abundante en ocio y quietud para dedicarse a la sabiduría. La que se sentó y lloró junto a los ríos de Babilonia, ahora se sienta junto a la fuente de la vida, y su conversación es junto al torrente de la voluptuosidad, cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios. Ha encontrado para sí la fuente de los jardines, el pozo de aguas vivas, y con la Samaritana bebe del agua de la sabiduría salvadora, para que no tenga sed jamás. Se le da del fruto de sus manos, y sus obras la alaban en las puertas, y se gloria en el testimonio de su conciencia; digo de su conciencia, no de otra. Se sienta en medio de los ángeles, digna ciertamente de su compañía, de quienes arde en deseo, resplandece en pureza, se adorna en castidad. Se sienta entre los apóstoles,

hombre de gracia apostólica; y no hay razón para que se esconda del grupo de los profetas, quien glorificó y llevó en su cuerpo a aquel que ellos predijeron. Ni se cree que nuestro Víctor deba ser excluido de los coros victoriosos de los mártires, quien en un duro y prolongado martirio ofreció como sacrificio viviente la víctima de su cuerpo.

3. Se sienta el veterano soldado, ya tranquilo con la debida suavidad y seguridad; seguro ciertamente para sí, pero solícito por nosotros. No es que al despojarse de la carne con la putrefacción, se despoje también de las entrañas de la piedad; ni que al vestirse con la estola de gloria, se vista al mismo tiempo de olvido de nuestra miseria y de su propia misericordia. No es tierra de olvido, la que habita el alma de Víctor; no es tierra de trabajo, para que se ocupe en ella; no es, en fin, tierra, sino cielo. ¿Acaso la habitación celestial endurece las almas que admite, o las priva de memoria, o las despoja de piedad? Hermanos, la amplitud del cielo dilata los corazones, no los estrecha; alegra las mentes, no las aleja; no contrae los afectos, sino que los extiende. En la luz de Dios se serena la memoria, no se oscurece; en la luz de Dios se aprende lo que no se sabe, no se desaprende lo que se sabe. ¿Acaso los espíritus celestiales, que desde el principio habitan los cielos, porque habitan los cielos, desprecian las tierras, y no más bien las visitan y frecuentan? ¿Acaso porque siempre ven el rostro del Padre, se anula el ministerio de la piedad? Todos son, sin embargo, espíritus administradores, enviados para ministerio a favor de los que han de heredar la salvación (Hebr. I, 14). ¿Qué, pues? los ángeles discurren, y socorren a los hombres; y los que son de nosotros, ¿no nos conocen, ni saben ya compadecerse, en quienes también ellos sufrieron? quienes no conocen dolores, sin embargo sienten los nuestros; y quienes vinieron de la gran tribulación, ¿no reconocen ya en qué estuvieron? Sé quién dijo: Me esperan los justos, hasta que me recompenses (Salmo CXLI, 8). Víctor es justo, también esperando sin duda nuestra recompensa. No es aquel copero del Faraón, que retuvo la gracia encontrada para sí, sin recordar al profeta suyo y al cautivo (Gén. XL). Es ministro de Cristo, sigue a Cristo. No ha olvidado su promesa, ni ha negado a su compañero de pasión la participación en el reino. No es discípulo contra el maestro; no puede Víctor hacer nada, sino lo que ha visto hacer al maestro. Las obras que él hizo, también estas las hizo de igual manera.

4. Ya ingresado en los cielos, que antes contemplaba con sus ojos bienaventurados abiertos, ahora verdaderamente con el rostro revelado contempla la gloria de Dios, absorbido ciertamente, pero no olvidado del clamor de los pobres. Bienaventurada visión, en la que se transforma en la misma imagen de claridad en claridad, como por el Espíritu del Señor. Pequeño para la lucha, grande para la victoria, aún sin salir de las entrañas de la madre, y ya expulsando demonios, con el incremento de virtudes y méritos Víctor, viviendo entre pecadores, fue trasladado. ¡Oh hombre de santidad excepcional! que antes santo que nacido, antes Víctor por obra que por nombre. Aún encerrado en el vientre ya triunfó sobre el enemigo. ¡Oh santidad venerable incluso para los mismos ángeles! que con igual empeño, aunque con diferente voluntad, los malos evitan y los buenos frecuentan. Y no diría fácilmente qué hace al hombre más santo, si el favor de estos, o el temor de aquellos. Habitante de la tierra con el cuerpo, habitante del cielo con la mente, a veces escuchaba más familiarmente a los mensajeros, a veces con inefable suavidad de canto las voces plausibles de los espíritus celestiales. Verdaderamente tu alma, Víctor, es una de las gemas que te aparecieron en la cruz. Verdaderamente fijada en la cruz, al estar insertada en la gloria divina, se reviste de la misma imagen de claridad que encontró. Al vencedor le abre su seno, quien al combatiente le dio su espíritu. ¡Oh alma victoriosa, que como un gorrión volando, has escapado de las trampas del mundo! mira a las almas incautas atrapadas en ellas, en peligro en ellas, para que por tu patrocinio seamos liberados.

5. ¡Oh soldado veterano, que cambiaste los duros trabajos de la milicia cristiana por el descanso de la felicidad angelical! mira a tus compañeros de armas débiles e inexpertos, que entre las espadas enemigas y las maldades espirituales estamos ocupados en tus alabanzas. ¡Oh ilustre Victor, que triunfaste gloriosamente tanto de la tierra como del cielo, despreciando noblemente la gloria de aquella, y arrebatando piadosamente los reinos de este! mira desde el cielo a los cautivos de la tierra, para que esta sea la consumación de tus triunfos, si también nosotros finalmente sentimos que te hemos vencido. Pues si tu nombre es por la cosa, la verdad perfecta del nombre se considerará por nuestra liberación. Y ciertamente falta a la interpretación, mientras nosotros, que somos tuyos, no somos liberados. ¡Qué piadoso, qué dulce, qué suave, oh Victor, en este lugar de aflicción y en este cuerpo de muerte cantarte, honrarte, rogarte! Tu nombre y tu memorial son un panal que destila en los labios de los cautivos; miel y leche bajo la lengua de aquellos que se deleitan en tu memoria. Vamos, pues, fuerte atleta, dulce patrón, fiel abogado, levántate en nuestra ayuda, para que también nosotros nos regocijemos en nuestra liberación, y tú te gloríes en la victoria completa. Oh Padre omnipotente, hemos pecado contra ti hechos hijos ajenos; pero nos hemos acercado en Victor, quien al vencer su codicia, venza también tu ira, y nos restituya poderosamente a la gracia. Oh victorioso Jesús, te alabamos en nuestro Victor, porque sabemos que en él te has vencido. Concédete, piadosísimo Jesús, así gloriarse de su victoria en ti, que no caiga en el olvido de nosotros. Hijo de Dios, haz que siempre esté en tu presencia recordándonos, que en tu temible juicio tome y lleve nuestra causa, tú que con el Padre y el Espíritu Santo vives y reinas Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

EN EL NATALICIO DE SAN BENITO ABAD. SERMON.

1. Reuniéndooos en uno para escuchar la palabra de salvación, tengo un gran temor, hermanos míos, de que alguno tal vez la reciba menos dignamente, y no como debe recibirse la palabra de Dios. Pues sé que la tierra, que a menudo ha recibido la lluvia que cae sobre ella, si no produce fruto, será reprobada, y próxima a la maldición (Hebr. VI, 7, 8). Y ciertamente, si pudiera, preferiría daros bendiciones, y no maldiciones. Más bien deseo que la bendición del celestial Padre nuestro, no la mía (que sin embargo, por su dignación recibís por mi boca) permanezca siempre como bendición para vosotros, y no pueda convertirse en maldición.

2. Celebramos hoy el natalicio de nuestro glorioso maestro Benito: por él y de él se os debe un sermón solemne según la costumbre. Su dulcísimo nombre, con toda alegría debéis abrazarlo y honrarlo; porque él es nuestro guía, él es nuestro maestro y legislador. Me deleito ciertamente también yo en su memoria, aunque no sin mi propia vergüenza me atrevo a mencionar el nombre de este bienaventurado padre. Pues tengo en común con vosotros la renuncia al mundo por su imitación, y la profesión de la disciplina monástica; pero singularmente sin vosotros comparto con él el nombre de abad. Fue abad, y yo también. ¡Oh abad, y abad! Un nombre, pero en uno solo la sombra de un gran nombre. Un ministerio, pero ¡ay de mí! cuán diferentes ministros, cuán diferente el mismo ministerio. Ay de mí, si estoy tan lejos de ti, oh bienaventurado Benito, en el futuro, como se encuentra lejos de tus huellas de santidad en el presente. Pero no es necesario que os hable de esto. Sé que hablo a quienes me conocen: solo pido que con compasión fraterna aliviéis esta vergüenza y este temor mío.

3. Sin embargo, cuando se me ha confiado la dispensación, aunque no tengo conmigo lo que os pueda ofrecer, pediré al bienaventurado Benito tres panes, con los que os alimente. Que os nutra su santidad, su justicia, su piedad. Recordad, amadísimos, que no todos los que estaban en la procesión del Señor, le ofrecieron sus vestiduras. En aquella, digo, procesión, que con el favor del Señor estamos a punto de celebrar, cuando al Señor que venía a la pasión, y sentado sobre un asno, el pueblo salió a su encuentro, no todos extendían sus vestiduras en el camino,

sino que algunos cortaban ramas de los árboles (Mateo XXI, 1-9). No era esto grande, lo que recibieron gratis, gratis lo daban. Sin embargo, ni siquiera ellos estaban completamente ociosos, ni se les lee que fueran excluidos de la procesión. Hermanos míos, piadoso jumento de Cristo, que podéis decir con el Profeta, Me he hecho como un jumento ante ti, y yo siempre contigo (Salmo LXXII, 23); vosotros en quienes se sienta Cristo, porque el alma del justo es sede de la sabiduría; y el Apóstol predica a Cristo, poder de Dios, y sabiduría de Dios (I Cor. I, 24): si no tengo vestiduras que extender a vuestros pies, intentaré al menos cortar ramas de los árboles, para que a tan gran procesión no le falte al menos un poco de mi ministerio.

4. El bienaventurado Benito fue un árbol, grande y fructífero, como un árbol plantado junto a corrientes de aguas (Salmo I, 3). ¿Dónde están las corrientes de aguas? Ciertamente en los valles; porque en medio de los montes pasarán las aguas. ¿Quién no ve que incluso los torrentes de los montes descienden de las alturas, y siempre se desvían hacia la humildad del valle? Así ciertamente, así Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes (Santiago IV, 6). Aquí seguro fija el pie, quienquiera que seas jumento de Cristo, apóyate en esta rama, sigue el camino del valle. Sin duda en el monte estableció su sede la serpiente antigua, mordiendo las uñas del caballo, para que caiga su jinete hacia atrás: por eso elige más bien el valle para caminar, elige el valle para plantar. Pues ni siquiera solemos elegir las montañas para plantar árboles, porque frecuentemente son áridas y pedregosas. En los valles hay fertilidad: allí prosperan las plantas, allí la espiga está llena, allí surge el fruto centésimo, según aquello, Y los valles se llenarán de trigo (Salmo LXIV, 14). Oyes que en todas partes se alaba el valle, en todas partes se predica la humildad. Planta, pues, donde están las corrientes de aguas; porque allí hay abundancia de gracia espiritual; y las aguas que están sobre los cielos alaban el nombre del Señor, es decir, las bendiciones celestiales hacen que se alabe. Estemos en esto, carísimos, y plantados estemos, para que no nos sequemos. No nos movamos por cualquier viento, como está escrito: Si el espíritu del que tiene poder se levanta contra ti, no dejes tu lugar (Ecles. X, 4). Ninguna tentación prevalecerá contra vosotros, si no camináis en cosas grandes y maravillosas sobre vosotros, sino que permanecéis con raíces firmes en la humildad arraigados y fundados. Así plantado junto a corrientes de aguas, este santo confesor del Señor dio su fruto en su tiempo.

5. Hay quienes no dan fruto: hay quienes lo dan, pero no el suyo: hay quienes dan el suyo, pero no en su tiempo. Hay, digo, árboles infructuosos, como el roble y el olmo, y otros árboles silvestres; pero nadie planta estos en su jardín, porque no dan fruto: y si lo dan, no es apto para el consumo humano, sino para el de los cerdos. Tales son los hijos de este siglo, que actúan en comilonas y borracheras, en la gula y la voracidad, en lechos y lascivias. Estos son, en efecto, alimentos de los cerdos, que el verdadero judío tiene prohibido comer (Deut. XIV, 8), es decir, el cristiano, que no debe adherirse a estas cosas. Pues así como la carne de cerdo, cuando se come, se adhiere a nuestra carne, hasta ser ya una sola carne; así el transgresor del precepto del Señor se asocia a espíritus impuros y, adhiriéndose a ellos, se convierte en uno con ellos, en demonio. Por eso, en los sacrificios se prohíbe ofrecer ese animal, que representa a los espíritus impuros y sucios; que, dejando toda limpieza, complaciéndose solo en suciedades, siempre se deleitan en revolcarse en el lodo de los vicios y crímenes. Por eso, en el Evangelio, aquella legión maldita, al ser expulsada del hombre, pide cerdos, como animal semejante a ellos, y no se les niega (Marcos V, 1-13). Estos son los frutos que dan los árboles infructuosos, a cuyas raíces ya parece estar puesta el hacha.

6. Los árboles que dan fruto, pero no el suyo, son los hipócritas, que, como Simón de Cirene, llevan una cruz que no es la suya: que, careciendo de intención religiosa, son forzados; y lo

que no aman, se ven obligados a hacer por el amor a la gloria que desean. Ya en lo que se dice, en su tiempo (Salmo I, 3), se reprende a algunos que quieren fructificar antes de tiempo. ¿No tememos acaso por nuestros árboles, cuando brotan antes de lo debido, por sus flores intempestivas? Así son algunos, cuyos frutos, por ser demasiado apresurados, nacen menos prósperos. Estos son los que, al inicio de su conversión, presumen querer fructificar para otros de inmediato, apresurándose a arar en el primogénito del buey y a esquilarse la oveja primogénita, contra los decretos de la ley. ¿Queréis saber cuán cuidadosamente evitó esto nuestro santo maestro? Y os presento esta rama; porque durante tres años permaneció desconocido para los hombres, conocido solo por Dios. Dio mucho fruto, como veis; pero en su tiempo. Pues no creía que era tiempo de fructificar cuando estaba tan agobiado por la tentación de la carne, que casi cedía, casi se apartaba. No pasará por alto esta rama, porque aunque de algún modo está cubierta de espinas, en las que el Señor Benito se lanzó; sin embargo, es útil en todo: útil para el asno del Señor por las trampas de las tentaciones, para que no caiga en ellas consintiendo, sino que resista más bien, y actúe virilmente, y sostenga al Señor para que no desespere. Aquí, pues, fija el pie, asno de Cristo, y aprende que por más amarga que sea la tentación, no cedas, ni creas por ello que has sido abandonado por el Señor, sino recuerda que está escrito: Invócame en el día de la tribulación, te libraré y me honrarás (Salmo XLIX, 15).

7. Por tanto, como comencé a decir, el bienaventurado Benito no creía que era tiempo de fructificar cuando aún estaba acosado por tantas tentaciones; pero llegó el tiempo, y en su tiempo dio fruto. De su fruto son aquellas tres cosas que mencioné antes: su santidad, su justicia, su piedad. Los milagros prueban su santidad, la doctrina su piedad, la vida su justicia. Ves, oh asno de Cristo, ramas verdes con hojas, florecientes, cargadas de fruto. Apóyate en ellas, para que hagas rectos tus pasos. Pero, ¿cómo te presento sus milagros? ¿Acaso para que quieras hacer milagros? De ninguna manera, sino para que te apoyes en sus milagros: es decir, para que confíes y te alegres de estar bajo tal pastor, de haber merecido tener tal patrón. Pues ciertamente es muy poderoso en los cielos, quien fue tan poderoso en la tierra: exaltado en magnitud de gloria según la magnitud de la gracia. Pues también se sabe que los ramos brotan según la cantidad de raíces: y cuantos más raíces tiene un árbol, más ramos, como dicen, lo adornan. Así, aunque no tengamos lo nuestro, los milagros de nuestro patrón deben ser para nosotros un gran consuelo. La doctrina nos instruye y dirige nuestros pasos en el camino de la paz. Por otra parte, la justicia de la vida nos fortalece y anima; para que tanto más nos encendamos a hacer lo que enseñó, cuanto más seguros estamos de que no enseñó otra cosa que lo que hizo. La palabra viva y eficaz es el ejemplo de la obra, haciendo muy persuasivo lo que se dice, mientras muestra factible lo que se aconseja.

8. De este modo, la santidad conforta, la piedad informa, la justicia confirma. ¿Cuánta piedad hubo en que no solo benefició a los presentes, sino que también se preocupó por los futuros? No solo a los que entonces eran, dio fruto este árbol, sino que hasta hoy su fruto permanece y crece. Amado ciertamente por Dios y por los hombres: cuya presencia no solo fue en bendición, como muchos amados solo por Dios, porque solo por Dios ya conocidos; sino que también su memoria ahora está en bendición. Pues hasta hoy, en la triple confesión del amor del Señor, alimenta al rebaño del Señor con este triple fruto. Alimenta con la vida, alimenta con la doctrina, alimenta también con la intercesión. Por la cual, ayudados incesantemente, fructificad también vosotros, amadísimos, porque en esto habéis sido puestos, para que vayáis y llevéis fruto. ¿De dónde iréis? Ciertamente de vosotros mismos, como está escrito: Apártate de tus voluntades (Eclesiástico XVIII, 30). Pues también leemos del Señor que salió a sembrar su semilla (Mateo XIII, 3). He aquí que también aquí tenemos su semilla, como antes

su fruto. Imitemos también a este, hermanos; porque para esto vino, para darnos ejemplo y mostrarnos el camino.

9. Quizás también el mismo Señor es un árbol, y debemos tomar de él también ramas, que pongamos a vuestros pies: más bien no quizás, sino más verdaderamente él mismo es árbol y planta celestial, pero plantada en la tierra, como está escrito: La verdad brotó de la tierra, y la justicia miró desde el cielo (Salmo LXXXIV, 12). De él, pues, os presento esta rama, para que así como se anonadó a sí mismo, sintáis esto mismo en vosotros: no es tanto que yo lo presente, sino el Apóstol, en quien leísteis: Tened en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres, y hallado en forma como hombre (Filipenses II, 5-7). Y vosotros también, hermanos amadísimos, despojaos, humillaos, sembrad, perdeos. Sembrad el cuerpo animal, y resucitará cuerpo espiritual. Perded vuestras almas, y las guardaréis para vida eterna. ¿Queréis saber cómo lo hizo el mismo Apóstol que enseñó? Dice: Si estamos fuera de nosotros, es para Dios; si estamos en nuestro juicio cabal, es para vosotros (II Corintios V, 13). ¿Qué, pues, a ti? Dice: He sido hecho como un vaso perdido (Salmo XXX, 13). Bien se pierde a sí mismo, quien nunca hace nada para sí; sino que toda su intención y todo su deseo tienden al agrado de Dios y a la utilidad de sus hermanos. Infeliz quien siembra en la carne, porque de la carne segará corrupción (Gálatas VI, 8). En otro lugar está escrito: Bienaventurados los que siembran sobre todas las aguas (Isaías XXXII, 20). Pero, ¿cómo sobre todas las aguas? Quizás también sobre las aguas, de las que se lee: Y las aguas que están sobre los cielos alaben el nombre del Señor (Salmo CXLVIII, 4): que son las virtudes angélicas y los pueblos celestiales. Así es ciertamente: Porque hemos sido hechos espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres (I Corintios IV, 9).

10. Sembremos, pues, a los hombres buen ejemplo por obras manifiestas; sembremos a los ángeles gran gozo por suspiros ocultos, y por otras cosas de este tipo, que solo ellos conocen. Pues hay gozo en los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente. De aquí decía el Apóstol: Procurando lo bueno no solo delante de Dios, sino también delante de los hombres (II Corintios VIII, 21). Pues somos conocidos por Dios; pero dijo delante de Dios, es decir, delante de aquellos que siempre están ante su rostro. A ellos principalmente les agrada, cuando os ven orando en secreto, o meditando algún salmo, o haciendo algo semejante. Así sembrad también vosotros, así fructificad, amadísimos. Sembrad también vosotros, porque tantos antes de vosotros han sembrado; fructificad, porque para vosotros han sembrado. Oh raza de Adán, ¡cuántos han sembrado en ti, y qué preciosa semilla! ¡Cuán mal perecerás, y con cuánta razón, si en ti perece tanta semilla, junto con el trabajo de los sembradores! ¿A qué perdición serás entregado por el agricultor, si en ti perecen todas estas cosas? Toda la Trinidad ha sembrado en nuestra tierra, han sembrado los ángeles y los apóstoles, han sembrado los mártires, los confesores y las vírgenes. Dios Padre ha sembrado; porque su corazón ha pronunciado una buena palabra. El Señor ha dado benignidad, y nuestra tierra ha dado su fruto. También el Hijo ha sembrado: él es quien salió a sembrar su semilla. Pues el Padre no salió, sino que el Hijo procedió del Padre, y vino al mundo; para que quien antes era pensamiento de paz en el corazón del Padre, se convirtiera también en nuestra paz en el vientre de la madre. También el Espíritu Santo ha sembrado; porque él también vino, y aparecieron a los discípulos lenguas repartidas como de fuego. Así toda la Trinidad ha sembrado: el Padre ciertamente paz desde el cielo, el Hijo la verdad, el Espíritu Santo la caridad.

11. También los ángeles han sembrado, cuando al caer otros, ellos permanecieron. Pues dijo aquel Lucifer, ya no lucero, sino portador de tinieblas y vespertino: Me sentaré en el monte

del testamento, seré semejante al Altísimo (Isaías XIV, 13, 14). ¡Oh impudente e imprudente! Miles de miles le sirven, y decenas de miles están ante él (Daniel VII, 10); ¿y tú te sentarás? Los querubines, dice el profeta, estaban de pie (Isaías VI, 2; Ezequiel X, 3), y no sentados; ¿por qué te esfuerzas en sentarte? Todos son espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación; ¿y tú te sentarás? ¿Qué has sembrado, para que ya coseches? No es tuyo, no es tuyo esto, sino para quienes está preparado por el Padre. ¿Por qué les envidias? Ciertamente ellos se sentarán; ellos, digo, los gusanillos de la tierra sentados juzgarán, y tú no solo no estarás de pie, sino que estarás de pie para ser juzgado. ¿No sabéis, dice el Apóstol, que juzgaremos a los ángeles? (I Corintios VI, 31). Ellos ciertamente que iban y lloraban, llevando su semilla, vendrán con regocijo trayendo sus gavillas (Salmo CXXV, 6). Dos gavillas son las que buscas, a saber, de honor y de descanso. Anhelas la sesión y la altura; pero no así, impío, no así: no recogerás, porque no has sembrado. Quienes sembraron trabajo y vileza, cosecharán honor y descanso. Por su doble confusión y vergüenza [otras versiones, trabajo], en su tierra poseerán el doble. Por eso decía uno: Mira mi humillación y mi trabajo (Salmo XXIV, 18). Hoy ciertamente habéis oído en el Evangelio al Señor prometiendo y diciendo a los discípulos: Os sentaréis sobre tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mateo XIX, 28). He aquí el descanso de la sesión, y el honor del juicio. Pues el mismo Señor no quiso llegar a estas cosas, sino por la humildad y el trabajo. Por eso fue condenado a muerte vergonzosa, interrogado con tormentos, y colmado de oprobios: ciertamente para que el enemigo se vista de confusión, él y todos los que lo imitan, y se desvían del camino. Él es, oh iniquo, él es quien se sentará en el trono de su majestad semejante al Altísimo, y coaltísimo a él. Esto ciertamente pensaron los santos ángeles, que al caer el maligno no consintieron en su apostasía, dejándonos ejemplo, para que así como ellos eligieron servir, así también hagamos nosotros. Pues también quienes huyen del trabajo y buscan el honor, sepan que imitan a aquel que buscó la sesión y la altura; y si no les asusta suficientemente su culpa, que al menos les asuste su castigo. Pues todo ha llegado a lo contrario, para que sea formado para burlarse de él, y el fuego eterno está preparado para él. Para evitar estas cosas, los santos ángeles nos han sembrado prudencia, que primero mantuvieron mientras otros caían.

12. Pero también los apóstoles nos han sembrado esta misma prudencia, cuando al apartarse aquellos que seguían la sabiduría de este mundo, que es necedad ante Dios; y la prudencia de la carne, que obra la muerte, y es enemiga de Dios; ellos se adhirieron al Señor. Pues aquellos se escandalizaron al oír sobre el sacramento de la carne y la sangre, y ya no andaban con él. Pero los discípulos, interrogados si también querían irse, respondieron: ¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Necesitamos, hermanos, imitar esta prudencia; porque muchos aún caminan con Jesús, hasta que se llega a comer su carne y beber su sangre, a participar de sus pasiones (pues esto significa tanto la palabra como el sacramento mismo): desde entonces se escandalizan y retroceden diciendo que dura es esta palabra (Juan VI, 67, 68, 69, 61). Seamos prudentes con los apóstoles, y digamos: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, no nos apartamos de ti, nos vivificarás. No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Mateo IV, 4). No solo el mundo tiene deleite, sino que mucho mayor es en tus palabras. Por eso el Profeta dice: ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca (Salmo CXVIII, 103). ¿A quién, pues, iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, Señor; y son sobre todo lo que el mundo puede tener. No solo la vida misma, sino también la promesa de vida eterna y la esperanza de los justos, es alegría, y tanta alegría, que todo lo que se desea no puede compararse con ella. Esta prudencia, pues, nos han sembrado los santos apóstoles. Los mártires, por su parte, es evidente que han sembrado fortaleza. Los confesores han sembrado justicia, que han seguido en toda su vida; pues esta es la diferencia entre mártires y confesores, como entre Pedro que dejó todo de una

vez, y Abraham que gastó la sustancia del mundo en buenos usos; pues así aquellos completaron en breve muchos tiempos, mientras estos llevaron martirios largos y variados. Las santas vírgenes es claro que han sembrado templanza, que así han pisoteado la lujuria.

EN LA FIESTA DE LA ANUNCIACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.

SERMON I. Sobre las palabras del salmo LXXXIV, 10, 11: «Para que habite la gloria en nuestra tierra.»

1. Para que habite la gloria en nuestra tierra, la misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron. Esta es nuestra gloria, dice el Apóstol, el testimonio de nuestra conciencia (II Corintios I, 12). No un testimonio como el que tenía aquel orgulloso fariseo, con pensamiento engañado y engañador dando testimonio de sí mismo (Lucas XVIII, 11, 12), y su testimonio no era verdadero; sino cuando el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu. Por lo demás, creo que este testimonio consiste en tres cosas. Es necesario, en primer lugar, creer que no puedes tener el perdón de los pecados, sino por la indulgencia de Dios: luego, que no puedes tener absolutamente nada de obra buena, si no te lo da él mismo: finalmente, que no puedes merecer la vida eterna con ninguna obra, si no se te da también gratuitamente. Pues, ¿quién puede hacer puro al que fue concebido en impureza, sino aquel que es el único puro? (Job XIV, 4.) Ciertamente lo que se ha hecho, no puede no haber sido hecho: sin embargo, si él no lo imputa, será como si no hubiera sido. Lo que también consideró el Profeta cuando dijo: Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa pecado (Salmo XXXI, 2). De las obras buenas es absolutamente cierto que nadie las tiene de sí mismo. Pues si la naturaleza humana no pudo mantenerse en pie aún íntegra, ¿cuánto menos podrá por sí misma levantarse ya corrompida? Es cierto que todas las cosas tienden a su origen, en cuanto está en ellas, y siempre están más inclinadas hacia esa parte. Así también nosotros, que fuimos creados de la nada, es evidente que si se nos deja a nosotros mismos, siempre nos inclinamos hacia el pecado, que es nada.

2. Ahora bien, sobre la vida eterna sabemos que las pasiones de este tiempo no son dignas de ser comparadas con la gloria futura, ni aunque uno las soporte todas. Pues no son tales los méritos humanos, que por ellos se deba la vida eterna por derecho, ni Dios haría alguna injusticia si no la concediera. Pues, por no mencionar que todos los méritos son dones de Dios, y así el hombre es más deudor a Dios por ellos, que Dios al hombre; ¿qué son todos los méritos ante tanta gloria? Finalmente, ¿quién es mejor que el profeta, a quien el mismo Señor da tan insigne testimonio, diciendo: He hallado un hombre conforme a mi corazón? (I Samuel XIII, 14; Hechos XIII, 22.) Sin embargo, él mismo tuvo que decir a Dios: No entres en juicio con tu siervo, Señor (Salmo CXLII, 2). Nadie, pues, se engañe a sí mismo; porque si quiere pensar bien [otras versiones, calcular], encontrará sin duda, que ni con diez mil puede enfrentarse a aquel que viene contra él con veinte mil (Lucas XIV, 31).

3. Sin embargo, lo que hemos dicho hasta ahora no es del todo suficiente, sino que debe considerarse más bien como un inicio y un fundamento de la fe. Por lo tanto, si crees que tus pecados no pueden ser borrados sino por aquel a quien solo has pecado, y en quien no cabe el pecado, haces bien; pero añade aún que también creas esto, que por él te son perdonados los pecados. Este es el testimonio que el Espíritu Santo da en tu corazón, diciendo: Te son perdonados tus pecados. Así lo considera el Apóstol, que el hombre es justificado gratuitamente por la fe (Rom. III, 28). De igual manera, si crees que los méritos no pueden obtenerse sino por él, no es suficiente, hasta que el Espíritu de verdad te dé testimonio de que los tienes por él. Así también, es necesario que tengas el testimonio del Espíritu sobre la vida

eterna, que por el don divino llegarás a ella. Él mismo perdona los pecados, él mismo otorga los méritos, y asimismo él mismo concede las recompensas.

4. Por otra parte, estos testimonios se me han hecho muy creíbles. Pues en cuanto a la remisión de los pecados, tengo un argumento muy poderoso, la pasión del Señor. La voz de su sangre ha prevalecido mucho más que la voz de la sangre de Abel, clamando en los corazones de los elegidos, el perdón de todos los pecados. Fue entregado por nuestros pecados: no hay duda de que su muerte es más poderosa y eficaz para el bien que nuestros pecados para el mal. En cuanto a las buenas obras, un argumento igualmente eficaz para mí es su resurrección, porque resucitó para nuestra justificación (Rom. IV, 25). Además, sobre la esperanza de las recompensas, su testimonio es la ascensión, porque ascendió para nuestra glorificación. Estos tres aspectos los tienes en los salmos, diciendo el Profeta: Bienaventurado el hombre a quien el Señor no imputa pecado (Sal. XXXI, 2); y en otro lugar: Bienaventurado el hombre cuyo auxilio es de ti (Sal. LXXXIII, 6); y en otro lugar: Bienaventurado aquel a quien elegiste y tomaste, habitará en tus atrios (Sal. LXIV, 5). Esta es la verdadera gloria, la gloria que habita; porque es de aquel que por la fe habita en nuestros corazones. Los hijos de Adán, buscando la gloria que es de unos a otros, no querían la gloria que es solo de Dios: y así, persiguiendo la gloria que fluye externamente, tenían gloria, no en sí mismos, sino más bien en otros.

973 5. ¿Quieres saber de dónde proviene al hombre la gloria que habita? Lo diré brevemente, porque la intención se apresura hacia lo místico. Pues también solo había propuesto investigar más diligentemente en esas palabras proféticas, pero el discurso apostólico que se encuentra a primera vista sobre la gloria interna y el testimonio de la conciencia me llevó a lo moral. Así, esta gloria habita incluso aquí en nuestra tierra, si la misericordia y la verdad se encuentran, y la justicia y la paz se besan. Es necesario que la verdad de nuestra confesión [o conversión] salga al encuentro de la misericordia que nos precede, y de aquí en adelante sigamos la santidad y la paz, sin la cual nadie verá a Dios. Porque donde alguien es compungido, ya entonces la misericordia lo ha precedido; pero de ninguna manera entrará, hasta que la verdad de la confesión salga a su encuentro. He pecado contra el Señor, dice David a Natán el profeta, cuando fue acusado de adulterio y homicidio. Y el Señor ha quitado tu pecado de ti, dice el profeta (II Sam. XII, 13). Sin duda, la misericordia y la verdad se encontraron. Y esto, para que te apartes del mal. Ahora bien, para que hagas el bien, debes cantar con pandero y coro, para que la misma mortificación de tu carne, y los frutos de la penitencia y las obras de justicia se realicen en unidad y concordia (porque la unidad del espíritu es el vínculo de la perfección); no te desvíes ni a la derecha ni a la izquierda. Hay quienes tienen la derecha como derecha de iniquidad. Aquel fariseo, del que hablamos antes, no era como los demás hombres (Luc. XVIII, 11); pero él mismo, como dijimos, dio testimonio de sí mismo, pero no verdadero. Ciertamente, cualquiera que sea aquel en quien la misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron, puede gloriarse con seguridad; pero gloriarse en aquel que da testimonio de sí mismo, en el espíritu de verdad.

6. Para que la gloria habite en nuestra tierra, la misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron. Si el Hijo sabio es la gloria del Padre, siendo la Sabiduría misma, nadie es más sabio; está claro que la gloria del Padre es Cristo, el poder de Dios y la sabiduría de Dios. Porque de muchas maneras y en muchos modos se había predicho de él en los profetas (Hebr. I, 1), que sería visto en la tierra y que habitaría entre los hombres; el salmista indica cómo se hizo esto, y cómo, cumplidas las cosas que habían sido predichas de él por boca de todos los profetas, habitó la gloria en nuestra tierra, con estas palabras, como si dijera más claramente: Para que el Verbo se hiciera carne y habitara entre nosotros, la misericordia y la verdad se encontraron, la justicia y la paz se besaron. Gran sacramento, hermanos, y que

debe ser investigado más diligentemente, a menos que tanto el entendimiento del misterio como las palabras mismas falten al entendimiento. Sin embargo, digo de alguna manera un poco de lo que siento, si acaso parezco haber dado ocasión al sabio. Me parece ver, amadísimos, al primer hombre vestido con estas cuatro virtudes desde el mismo comienzo de su creación, y, como recuerda el profeta, vestido con el manto de la salvación (Isai. LXI, 10). En estas cuatro está la integridad de la salvación, y sin todas ellas no puede haber salvación; especialmente cuando no podrían ser virtudes si se separaran unas de otras. Por lo tanto, el hombre recibió misericordia, como guardiana y acompañante, para que ella lo precediera, lo siguiera, lo protegiera y lo conservara en todas partes. Ves qué tipo de nutriente dio Dios a su pequeño, qué tipo de acompañante dio al hombre recién nacido. Pero también necesitaba un educador, como criatura noble y racional, para que no fuera cuidado como un animal, sino educado como un niño pequeño. Y ciertamente, nadie podría encontrarse más apto para tal enseñanza que la misma verdad, que lo llevaría al conocimiento de la Verdad suprema. Mientras tanto, para que no se encontrara sabio para hacer el mal, y el pecado fuera para él como sabiendo el bien y no haciéndolo, también recibió la justicia, por la cual sería gobernado. Además, la mano benignísima del Creador añadió la paz, para que fuera consolado y deleitado: paz doble, para que no hubiera luchas internas ni temores externos, es decir, que la carne no deseara contra el espíritu, ni ninguna criatura le causara temor. Pues incluso a todas las bestias les impuso nombres libremente, y la serpiente misma, al no atreverse por violencia, lo atacó más bien con engaño. ¿Qué le faltaba a este, a quien la misericordia custodiaba, la verdad enseñaba, la justicia gobernaba, la paz consolaba?

7. Pero ¡ay! este hombre, para su gran ruina e insensatez, descendió de Jerusalén a Jericó: pues cayó en manos de ladrones, de quienes se lee que fue despojado antes que nada (Luc. X, 30). ¿No fue despojado, quien al venir el Señor se queja de estar desnudo? Y en verdad no podía ser revestido, ni recuperar las vestiduras que le habían sido quitadas, a menos que Cristo perdiera las suyas. Pues así como no pudo ser vivificado en el alma sin la intervención de la muerte corporal de Cristo, tampoco pudo ser revestido sin su despojo. Y mira, si no fue por estas cuatro partes de la vestidura, que perdió el primer y viejo hombre, que también se dividieron las vestiduras del segundo y nuevo hombre. ¿O acaso preguntas por la túnica inconsútil, que no se divide, sino que se obtiene por suerte? Yo creo que es la imagen divina, que ciertamente no está cosida, sino injerta e impresa en la misma naturaleza, no puede ser dividida ni rasgada. Pues el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, teniendo en la imagen la libertad del albedrío, las virtudes en la semejanza. Y la semejanza ciertamente pereció, pero sin embargo el hombre pasa en la imagen. Pues la imagen misma puede arder en el infierno, pero no ser destruida; arder, pero no ser borrada. Por lo tanto, esta no se divide, sino que se obtiene por suerte. Y dondequiera que llegue el alma, allí estará también ella. Pues la semejanza no es así; sino que o permanece en el bien, o, si el alma peca, se transforma miserablemente, asemejándose a los animales insensatos.

8. Pero porque dijimos que el hombre fue despojado de las cuatro virtudes, es conveniente que digamos cómo fue despojado de cada una. El hombre perdió la justicia, cuando Eva obedeció la voz de la serpiente, y Adán la de la mujer, más que la divina. Sin embargo, quedaba algo que podían alcanzar, y el Señor lo insinuaba con su escrutinio; pero también rechazaron eso, volviéndose a palabras de malicia, para excusar excusas en los pecados. Pues la primera parte de la justicia es no pecar, la segunda es condenar el pecado por penitencia. Perdió también la misericordia, cuando Eva ardió tanto en su concupiscencia, que no tuvo piedad de sí misma, ni de su esposo, ni de los hijos que nacerían, entregando a todos al terrible maldición y a la necesidad de la muerte. Adán también expuso a la mujer, por la que había pecado, a la indignación divina, como queriendo desviar la flecha detrás de ella. Pues la

mujer vio que el árbol era hermoso a la vista, y agradable para comer, y había oído del serpiente que serían como dioses. Un cordón triple difícilmente se rompe, de curiosidad, voluptuosidad y vanidad. Esto solo tiene el mundo, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Atraída y seducida por estas cosas, la cruel madre rechazó toda misericordia. Así también Adán, que mal se compadeció de la mujer para pecar con ella, no quiso bien compadecerse, para soportar el castigo por ella. La mujer también fue privada de la verdad, primero torciendo mal lo que había oído, Muerte morirás (Gen. II, 17); y diciendo, No sea que muramos: finalmente creyendo al serpiente, que lo negaba por completo y decía, No moriréis. Adán también fue privado de la verdad, cuando se avergonzó de confesarla, presentando hojas, es decir, coberturas de excusas. Pues ella misma dice: Quien se avergüence de mí delante de los hombres, yo me avergonzaré de él delante de mi Padre (Luc. IX, 26). También perdieron la paz de inmediato, porque no hay paz para los impíos, dice el Señor (Isai. XLVIII, 22). ¿No encontraron acaso una ley contraria en sus miembros, a quienes de nuevo les avergonzaba su desnudez? Temí, dice, porque estaba desnudo (Gen. III). No así, miserable, no así poco antes temías: no buscabas hojas, aunque desnudo de cuerpo, como ahora.

9. Desde entonces (para seguir la parábola del mismo Profeta, que recordó que se encontraron y se reconciliaron en un beso) parece haber surgido una grave contienda entre las virtudes. Pues la verdad y la justicia afligían al miserable: la paz y la misericordia, ajenas a este celo, juzgaban que más bien debía perdonarse. Pues estas dos son hermanas de leche, como las anteriores. Por eso sucedió que, mientras aquellas persistían en la venganza, golpeando al transgresor de un lado a otro, y acumulando las presentes molestias con la amenaza de un castigo futuro, aquellas se retiraron al corazón del Padre, regresando al Señor que las dio. Pues solo él pensaba pensamientos de paz, cuando todo parecía lleno de aflicción. Pues la paz no cesaba, la misericordia no le daba silencio, sino que con un susurro piadoso golpeaban las entrañas paternas diciendo: ¿Acaso Dios rechazará para siempre? ¿O no volverá a complacerse? ¿Acaso Dios olvidará tener misericordia? ¿O retendrá en su ira sus misericordias? (Sal. LXXVI, 8, 10). Y aunque el Padre de las misericordias pareció disimular por mucho tiempo, para satisfacer mientras tanto el celo de la justicia y la verdad; sin embargo, la importunidad de los suplicantes no fue infructuosa, sino que fue escuchada en el tiempo oportuno.

10. Pues tal vez se diga que dio esta respuesta a los que intercedían: ¿Hasta cuándo vuestras súplicas? Soy deudor también a vuestras hermanas, que veis ceñidas para hacer venganza en las naciones; a la justicia y a la verdad. Que sean llamadas, que vengan, y sobre este asunto conferiremos juntos. Por lo tanto, los mensajeros celestiales se apresuran, y al ver la miseria de los hombres y la cruel herida, como dice el profeta, los ángeles de la paz lloraban amargamente (Isai. XXXIII, 7). Pues ¿quién buscaría o rogaría más fielmente por las cosas que son para la paz, que los ángeles de la paz? Ciertamente, de la deliberación común, la verdad ascendió al día señalado, pero ascendió hasta las nubes: aún no completamente clara, sino todavía oscurecida y nublada por el celo de la indignación. Y sucedió como leemos en el Profeta: Señor, en el cielo está tu misericordia, y tu verdad hasta las nubes (Sal. XXXV, 6). Pero el Padre de las luces estaba en medio, y cada una hablaba lo que tenía de más útil para su parte. ¿Quién crees que mereció estar presente en aquel coloquio, y nos lo indicará? ¿Quién lo oyó, y lo narrará? Tal vez son inenarrables, y no es lícito al hombre hablar. Sin embargo, parece que esta fue la suma de toda la controversia. La criatura racional necesita misericordia, dice la Misericordia, porque se ha hecho miserable, y muy digna de compasión. Ha llegado el tiempo de tener misericordia de ella, porque ya ha pasado el tiempo. En cambio, la Verdad: Es necesario, dice, que se cumpla la palabra que has hablado, Señor. Es

necesario que todo Adán muera con todos los que estaban en él, el día que comió el fruto prohibido en la transgresión. ¿Para qué entonces, dice la Misericordia, para qué me engendraste, Padre, para perecer más pronto? Pues la misma Verdad sabe que tu misericordia ha perecido, y no hay, si no tienes misericordia alguna vez. De manera similar, pero al contrario, también ella hablaba: Pues ¿quién no sabe que si el transgresor escapa de la sentencia de muerte que se le había predicho, ha perecido, y ya no permanecerá para siempre tu verdad, Señor?

11. He aquí que uno de los querubines [se añade en otras versiones, es decir, el Ángel del gran consejo] sugiere al rey Salomón que sean enviadas; porque al Hijo, dice, se le ha dado todo juicio (Juan V, 22). Y en su presencia, por lo tanto, la Misericordia y la Verdad se encontraron, repitiendo las mismas palabras de queja que mencionamos antes. Confieso, dice la Verdad, que la Misericordia tiene un celo bueno, pero ojalá fuera según el conocimiento. Ahora bien, ¿qué juzga que debe perdonarse al transgresor más que a la hermana? Pero tú, dice la Misericordia, no perdonas a ninguno, sino que con tanta indignación te ensañas contra el transgresor, que involucras también a la hermana. ¿Qué mal he merecido? Si tienes algo contra mí, dímelo: si no, ¿por qué me persigues? Gran controversia, hermanos, y una disputa muy intrincada. ¿Quién no diría allí: Nos hubiera sido mejor si este hombre no hubiera nacido? Así era, amadísimos, ciertamente así era: no parecía cómo podrían conservarse al mismo tiempo la Misericordia y la Verdad respecto al hombre. Y mientras la Verdad añadía que también se volvía la injuria de su parte contra el mismo Juez [se añade en otras versiones, merecía volverse], diciendo que debía cuidarse mucho de que no se hiciera nula la palabra del Padre, de que el verbo vivo y eficaz no se evacuara por cualquier ocasión: Deteneos, os ruego, dice la Paz, deteneos con palabras de este tipo. No nos conviene tal altercado: es una contienda deshonesto de virtudes.

12. Pero el Juez, inclinándose, escribía con el dedo en la tierra. Y eran palabras de la Escritura, que la misma Paz leía en los oídos de todos (pues ella estaba sentada más cerca): Esto dice, Pereceré, si Adán no muere; y esto dice: Pereceré, si no obtiene misericordia. Que la muerte sea buena, y cada una tiene lo que pide. Todos se asombraron ante la palabra de sabiduría y la forma de la composición y el juicio: pues fue evidente que no se les dejaba ocasión de queja; pues podría hacerse lo que cada una pedía, que muriera y obtuviera misericordia. Pero, ¿cómo se hará eso, dicen? La muerte es crudísima, y amarguísima, es terrible, y horrenda de oír. ¿Cómo podrá hacerse buena? Pero él dice: La muerte de los pecadores es pésima, pero la muerte de los santos puede hacerse preciosa. ¿No será preciosa, si es la puerta de la vida, la puerta de la gloria? Preciosa, dicen. Pero, ¿cómo se hará esto? Puede hacerse, dice, si alguien muere por caridad, ciertamente quien no debe nada a la muerte. Pues la muerte no podrá retener al inocente, sino que se perforará, como está escrito, la quijada de Leviatán (Job XL, 19), y se destruirá la pared intermedia, y se disolverá el gran abismo que se ha establecido entre la muerte y la vida. Ciertamente, la caridad es fuerte como la muerte, más aún, más fuerte que la muerte, si entra en el atrio de aquel fuerte, lo atará, y ciertamente saqueará sus bienes, pero también en su mismo paso pondrá el camino en el fondo del mar, para que pasen los liberados.

13. La palabra pareció buena, como fiel y digna de toda aceptación. Pero, ¿dónde podrá encontrarse aquel inocente, que quiera morir no por deuda, sino por voluntad; no por mal mérito, sino por su beneplácito? La Verdad recorre el orbe de la tierra; y nadie está limpio de mancha, ni siquiera el niño cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job. XIV, 4, 5, según la LXX). Pero también la Misericordia recorre todo el cielo, y en los ángeles tampoco encuentra, no diré depravación, pero sí menor caridad. Ciertamente, esta victoria se debía a otro, a quien nadie tendría mayor caridad, que pusiera su vida por siervos inútiles e indignos.

Pues aunque él ya no nos llama siervos, esto mismo es de inmenso amor, y de eximia dignación. Pero nosotros, aunque hiciéramos todo lo que se nos ha mandado, ¿qué más deberíamos decir, sino que somos siervos inútiles? (Luc. XVII, 10.) Pero, ¿quién se atrevería a convenir con él sobre esto? La verdad y la misericordia regresan al día señalado, muy ansiosas, no habiendo encontrado lo que deseaban.

14. Entonces, la paz, consolándolas aparte, les dice: Vosotras, dice, no sabéis nada, ni pensáis. No hay quien haga este bien, no hay ni uno solo. Quien dio el consejo, que brinde la ayuda. El rey entendió lo que decía, y dijo: Me arrepiento de haber hecho al hombre (Gén. VI, 7). El castigo, dice, me retiene, me corresponde soportar el castigo, hacer penitencia por el hombre que creé. Entonces dijo: He aquí que vengo. Porque este cáliz no puede pasar, a menos que lo beba. Y llamando inmediatamente a Gabriel: Ve, dice, di a la hija de Sion: He aquí que tu rey viene (Zac. IX, 9). Él se apresuró y dijo: Adorna tu tálamo, Sion, y recibe al rey. Además, la misericordia y la verdad precedieron al rey que vendría, como está escrito: La misericordia y la verdad precederán tu rostro. La justicia prepara el trono, según aquello: Justicia y juicio son el cimiento de tu trono (Sal. LXXXVIII, 15). La paz vino con el rey, para que se encontrara fiel al profeta que había dicho: Habrá paz en nuestra tierra cuando venga. De ahí que, cuando nació el Señor, el coro de ángeles cantaba: Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14). Pero también entonces la justicia y la paz se besaron, que hasta ahora parecían no poco discordantes. Porque antes, si había alguna justicia de la ley, no tenía beso, sino más bien aguijón, apremiando más por el temor que provocando por el amor. Pero no tuvo aquella reconciliación, como ahora tiene la que se conoce por la fe como justicia. De otro modo, ¿qué era lo que ni Abraham, ni Moisés, ni los demás justos de aquel tiempo, en su muerte podían alcanzar aquella paz de la bienaventuranza eterna, o entrar en el reino de la paz, sino que aún no se habían besado la justicia y la paz? Desde entonces, amadísimos, debemos seguir la justicia con mayor celo; ya que la justicia y la paz se han besado, y han hecho un pacto de amistad indisoluble: para que a quien lleve consigo el testimonio de la justicia, sea recibido con rostro alegre y abrazos gozosos por la paz, durmiendo y descansando en lo mismo.

977 SERMO II. Del Espíritu septiforme en Cristo.

1. Es de considerar, hermanos, en la solemnidad de hoy de la Anunciación del Señor, como una planicie amena, la sencilla historia de nuestra reparación. Se encomienda una nueva misión al ángel Gabriel, y la Virgen, profesando una nueva virtud, es honrada con el obsequio de una nueva salutación. Se excluye la antigua maldición de las mujeres, y una nueva madre recibe una nueva bendición. Se cumple por la gracia lo que desconoce la concupiscencia, para que, al sobrevenir el espíritu del Altísimo, dé a luz un hijo quien se digna no admitir varón. Entra a nosotros el mismo antídoto de salvación por la puerta por la que, al entrar el veneno de la serpiente, había ocupado la totalidad del género humano. Es fácil recoger innumerables flores de este tipo en estos prados; pero miro el abismo de temible profundidad en medio. Un abismo ciertamente inescrutable, el sacramento de la Encarnación del Señor; un abismo impenetrable. El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I, 14). ¿Quién lo investigará, quién lo alcanzará, quién lo comprenderá? El pozo es profundo, y no tengo con qué sacar. Sin embargo, a veces el vapor que exhala humedece los lienzos colocados sobre los pozos. Por eso, aunque temo irrumpir consciente de mi propia debilidad, frecuentemente extendiendo mis manos hacia ti, Señor, sobre la boca de este pozo, porque mi alma es para ti como tierra sin agua. Y ahora, si hay algo que, al ascender la nube desde abajo, haya bebido tenuemente mi pensamiento; procuraré comunicaros, hermanos, ese poco sin envidia, como si devolviera las escasas gotas celestiales exprimidas de un lienzo.

2. Pregunto, pues, por qué razón el Hijo se encarnó más que el Padre o el Espíritu Santo, siendo que de toda la Trinidad no solo es igual la gloria, sino una y la misma sustancia. Pero, ¿quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? Es un misterio altísimo, y no nos corresponde precipitarnos temerariamente en una sentencia sobre tal asunto. Sin embargo, parece que ni la encarnación del Padre ni la del Espíritu habría evitado la confusión en la pluralidad de hijos, mientras uno sería llamado Dios, otro hijo del hombre. También parece congruente que se hiciera hijo especialmente aquel que ya era hijo, para que no hubiera ambigüedad en el nombre. Finalmente, esta es la gloria singular y la prerrogativa excelsa de nuestra Virgen María, que mereció tener un hijo común con Dios Padre, lo cual ciertamente se habría perdido si no se hubiera encarnado el hijo. Pero tampoco se nos podría dar otra ocasión similar de esperar la salvación y la herencia. Siendo hecho primogénito entre muchos hermanos, quien era unigénito, sin duda los habría admitido en la herencia, a quienes llamó a la adopción. Si son hermanos, también son coherederos. Este, pues, es Cristo Jesús, mediador fiel, que así como en una persona unió la sustancia de Dios y del hombre en un sacramento inefable; así también en la misma reconciliación, usando de un altísimo consejo, no abandonó la equidad media, dando a cada uno lo que le correspondía, honor a Dios, misericordia al hombre. Esta es la mejor forma de composición entre el Señor ofendido y el siervo culpable, para que el siervo no sea oprimido por una sentencia demasiado austera en el celo de honrar al Señor; ni, por otro lado, al condescenderse excesivamente con este, aquel sea defraudado del honor debido.

3. Escucha, pues, y observa diligentemente la distribución angélica en el nacimiento de este mediador. Gloria, dicen, en las alturas a Dios, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14). Por esta observación fiel al reconciliador Cristo, no le faltó el espíritu de temor, con el cual siempre mostrara reverencia al Padre, siempre le defería, siempre buscara su gloria; ni el espíritu de piedad, con el cual compadeciera misericordiosamente a los hombres. Por lo cual también necesitó el espíritu de ciencia, por el cual se hiciera la distribución del temor y de la piedad sin confusión. Y nota que en aquel primer pecado de nuestros padres hubo tres autores; pero claramente faltaron tres a los tres. Digo a Eva, al diablo y a Adán. Eva no tuvo ciencia, quien, como dice el Apóstol, fue seducida en la transgresión (I Tim. II, 14). Pero esta ciertamente no le faltó a la serpiente, que se describe como más astuta que los demás animales; pero el maligno no tuvo piedad, quien desde el principio fue homicida. Adán parece piadoso, quizás, al no entristecer a la mujer; pero abandonó el temor del Señor, obedeciendo más a su voz que a la divina. ¡Ojalá hubiera prevalecido más en él el temor del Señor! como se lee significativamente de Cristo: Porque lo llenó, no el espíritu de piedad, sino de temor (Is. XI, 3). En todo y por todo, el temor del Señor debe preferirse a la piedad de los prójimos, y solo él debe reivindicar para sí todo el hombre. En estos tres, temor, piedad y ciencia, nuestro mediador reconcilió a los hombres con Dios; pues en consejo y fortaleza nos liberó de la mano del adversario. Con el consejo privó al enemigo de su derecho original, dando poder para que pusiera la mano sobre el inocente: con fortaleza prevaleció, para que no pudiera retener violentamente a los redimidos, cuando regresó victorioso del infierno, y la vida de todos resucitó con él.

4. Desde entonces nos alimenta con el pan de vida e inteligencia, y nos da de beber el agua de la sabiduría salvadora. Porque la inteligencia de las cosas espirituales e invisibles es el verdadero pan del alma, que fortalece nuestro corazón y nos robustece para toda buena obra en todo ejercicio espiritual. Pero el hombre carnal, que no percibe las cosas que son del espíritu de Dios, sino que le parecen necedad, gime y se lamenta, diciendo: Mi corazón se ha secado, porque olvidé comer mi pan (Sal. CI, 5). Porque ciertamente es pura y perfecta verdad que no aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si hace detrimento de su alma.

Pero, ¿cuándo podrá comprender esto el avaro? Trabaja en vano quien intenta persuadirse. ¿Por qué esto? Porque le parece necesidad. ¿Qué más verdadero que el yugo de Cristo sea suave? Preséntalo al hombre secular, y verás si no lo reputará más como piedra que como pan. Y ciertamente esta inteligencia de la verdad interna es la vida del alma, y este es el alimento espiritual. Porque no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Deut. VIII, 3). Sin embargo, hasta que te sepa la verdad, no se traslada a lo interior sin dificultad. Pero cuando comienzas a deleitarte en ella, ya no es alimento, sino bebida: y entra sin dificultad en el alma, para que el alimento espiritual de la inteligencia se digiera con la bebida de la sabiduría, no sea que, con los miembros del hombre interior, es decir, los afectos, sufriendo sequedad, sea más una carga que una utilidad.

3. De todo lo que era necesario para los pueblos que habían de salvarse, nada faltó en absoluto al Salvador. Porque él es, de quien profetizó Isaías: Saldrá una vara del tronco de Jesé, y un vástago de sus raíces florecerá, y reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el espíritu del temor del Señor (Is. XI, 1-3). Observa atentamente que dijo que este vástago florecería de la raíz, no de la vara. Porque si la nueva carne de Cristo hubiera sido creada en la Virgen de la nada (como algunos pensaron); no se podría decir que el vástago floreció de la raíz, sino quizás de la vara. Pero ahora, quien salió de la raíz, sin duda se prueba que tuvo en común la materia desde el origen. Porque el hecho de que el Espíritu reposara sobre él, declara que no había en él contradicción alguna. En nosotros, porque el espíritu no es del todo superior, no reposa, ya que la carne ciertamente desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne: de este conflicto nos libere, en quien no hubo nada similar, el nuevo hombre y verdadero hombre, que asumió la verdadera origen de nuestra carne, pero no asumió el viejo fermento de la concupiscencia.

979 SERMO III. De la mujer adúltera (Juan VIII, 3-11); de Susana (Dan. XIII): de la B. María (Luc. I, 26-38).

1. ¡Cuán rico eres en misericordia, cuán magnífico en justicia, cuán generoso en gracia, Señor Dios nuestro! No hay quien sea semejante a ti, dador copiosísimo, remunerador justísimo, piadosísimo libertador. Gratis miras a los humildes, juzgas justamente a los inocentes, salvas misericordiosamente incluso a los pecadores. Estas son, amadísimos, las cosas que hoy, si prestamos atención diligente, se nos ofrecen en la mesa de este rico padre de familia con los testimonios sagrados de las Escrituras, más copiosamente de lo habitual. Sin duda, esta abundancia nos la proporcionan, que han coincidido, a saber, el tiempo sagrado de la Cuaresma y el día sacratísimo de la Anunciación del Señor. Hoy, en nuestros oídos, la indulgencia del Redentor absuelve a la mujer sorprendida en adulterio, hoy liberó la sangre inocente de Susana, hoy también llenó a la bienaventurada Virgen con el singular don de la bendición gratuita. ¡Gran banquete, donde se nos ofrecen juntos misericordia, justicia y gracia! ¿Acaso no es la misericordia alimento de los hombres? Totalmente saludable y eficaz para la curación. ¿Acaso no es también la justicia el pan del corazón? Y ciertamente lo confirma óptimamente, como alimento sólido para el sustento. De hecho, bienaventurados los que tienen hambre de él, porque ellos serán saciados (Mat. V, 6). ¿Acaso no es la gracia de su Dios alimento del alma? Dulcísimo ciertamente, y que contiene en sí toda suavidad y deleite de sabor; más bien, reclamando para sí todo esto a la vez, no solo deleita, sino que también nutre y cura.

2. Acerquémonos a esta mesa, hermanos míos, y degustemos de cada uno de los manjares al menos un poco. En la ley, Moisés mandó apedrear a tales (dicen de la pecadora los pecadores, de la adúltera los fariseos). Pero él habló por la dureza de vuestro corazón de

piedra. Jesús, sin embargo, se inclinó. Señor, inclina tus cielos y desciende (Sal. CXLIII, 5). Inclínándose, y movido a misericordia (pues no era del corazón judío), escribía con el dedo, no ya en piedra, sino en tierra. Y no solo esto una vez, sino aquí también una escritura doble, como en Moisés dos tablas. Y quizás escribiendo la verdad y la gracia, y escribiendo de nuevo, parece haberlas impreso en la tierra, según lo que dice el apóstol Juan: La ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad vinieron por Jesucristo (Juan I, 17). Considera si puede parecer que leyó de la tabla de la verdad, de donde refutó a los fariseos: El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella. Una palabra ciertamente abreviada, pero viva y eficaz, y más penetrante que una espada de dos filos. ¡Cuán gravemente fueron traspasados los corazones de piedra por esta palabra, cuán vehementemente fueron trituradas las frentes de piedra por esta única piedrecilla, lo probó el rubor mismo de la confusión y la retirada clandestina! Ciertamente la adúltera merecía ser apedreada: pero que castigue quien no es digno de ser castigado él mismo. Que presuma exigir venganza de la pecadora quien no merece recibir la misma. De lo contrario, él mismo, más cercano a sí mismo, comience por sí mismo: pronuncie primero la sentencia sobre sí mismo, y ejerza la venganza. Esto es la Verdad.

3. Sin embargo, aún es menos: y si esta Verdad refutó a los acusadores, pero aún no ha absuelto a la acusada. Escriba de nuevo, escriba la gracia, lea, y escuchemos. ¿Nadie te condenó, mujer? Nadie, Señor. Ni yo te condeno; vete, y no peques más. ¡Oh voz de misericordia, oh oído de alegría salvadora! Hazme oír por la mañana tu misericordia, porque en ti he confiado, Señor (Sal. CXLII, 8). Solo la esperanza en ti obtiene lugar para la misericordia; ni pones el aceite de la misericordia sino en el vaso de la confianza. Pero hay una confianza infiel, solo capaz de maldición, cuando pecamos en la esperanza. Aunque ni siquiera debe llamarse confianza, sino una cierta insensibilidad y disimulo pernicioso. ¿Qué confianza hay para quien no atiende al peligro? ¿O qué remedio de temor hay donde no se siente el temor, ni la materia misma del temor? La confianza es un consuelo: ni necesita consuelo quien se alegra cuando ha hecho mal, y se regocija más en las cosas malas. Roguemos, pues, hermanos, que se nos responda cuántas iniquidades y pecados tenemos; deseemos que se nos muestren nuestros crímenes y delitos. Escudriñemos nuestros caminos y nuestros estudios, y ponderemos todos los peligros con atenta vigilancia. Que cada uno diga en su temor: Iré a las puertas del infierno, para que ya no respiremos sino en la sola misericordia de Dios. Esta es la verdadera confianza del hombre, que desfallece en sí mismo, y se apoya en su Señor. Esta, digo, es la verdadera confianza, a la que no se le niega la misericordia, atestiguando el profeta que el beneplácito del Señor está sobre los que le temen, y en los que esperan en su misericordia (Sal. CXLVI, 11). Y ciertamente no nos falta: en nosotros, ciertamente, la causa del temor, en él, sin embargo, la causa de la confianza. Es suave y benigno, de copiosa misericordia; más excelente que la malicia, abundante en perdonar. Creámosles incluso a los enemigos, que no encontraron en él otra cosa de la que pudieran tomar ocasión para construir una calumnia. Compadecerá, dicen, a la pecadora, y no permitirá de ninguna manera que se le ofrezca para ser muerta. Será, pues, manifiesto adversario de la ley, cuando absuelva a la condenada por la ley. Toda vuestra invención de malicia, oh fariseos, se vuelve sobre vuestra propia cabeza. Desconfiáis de la causa, quienes huís del juicio. Porque aquella ciertamente se absuelve sin injuria de la ley, que no se deja al acusador [de otro modo, que se deja sin acusador].

4. Pero consideremos, hermanos, a dónde van de aquí los fariseos. ¿Veis a los dos ancianos (pues comenzaron a salir desde los más viejos) cómo se esconden en el huerto de Joaquín? Buscan a Susana, su esposa: sigámoslos; pues están llenos de pensamiento inicuo contra ella. Consiente con nosotros, dicen los ancianos, dicen los fariseos, dicen los lobos, que poco antes

habían sido frustrados de la devoración de una ovejita ajena, aunque errante. Consiente con nosotros, y comete adulterio con nosotros. Ancianos de días malos, hace poco acusabais el adulterio, ahora aconsejáis el adulterio. Pero esta es toda vuestra justicia, y lo que públicamente acusáis, lo mismo hacéis en secreto. De ahí fue que salisteis uno tras otro, cuando aquel que es consciente de todos los ocultos había golpeado tan fuertemente vuestras conciencias, diciendo: El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella. Por lo tanto, con razón la Verdad dice a los discípulos: Si vuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mat. V, 20). De otro modo, diremos, dicen, contra ti testimonio. Semilla de Canaán, y no de Judá, ni esto mandó Moisés en la ley. ¿Acaso quien decretó apedrear a la adúltera, mandó acusar a la casta? ¿O quien ordenó que la adúltera fuera oprimida con piedras, también ordenó que se diera falso testimonio contra la inocente? Más bien, así como la adúltera, así también el falso testigo no debe quedar impune (Deut. XIX, 16-21; Prov. XIX, 9). Pero vosotros que os gloriáis en la ley, por la transgresión de la ley deshonráis a Dios.

5. Ingemio Susana, y dijo: Estoy rodeada de angustias. Por todas partes hay muerte; aquí la corporal, allá la espiritual. Si hago esto, dijo, la muerte es para mí; pero si no lo hago, no escaparé de vuestras manos. Vuestras manos, oh fariseos, no escapan ni la adúltera ni la casta: vuestras acusaciones no evaden ni el santo ni el pecador. Disimuláis vuestros pecados cuando encontráis los ajenos: de lo contrario, si alguien no tiene el suyo, le imputáis vuestro crimen. ¿Qué hace, sin embargo, Susana, entre la muerte y la muerte, del alma y del cuerpo, angustiada por todas partes? Mejor es para mí, dijo, caer sin acción en manos de los hombres, que abandonar la ley de mi Dios. Sin duda sabía ella cuán terrible es caer en manos del Dios viviente. Porque los hombres, cuando han matado el cuerpo, no tienen más que hacer con el alma: pero temed a aquel que tiene poder para arrojar tanto el cuerpo como el alma al infierno (Mat. X, 28). ¿Por qué tarda la familia de Joaquín? Que irrumpa por la puerta trasera, pues en el huerto se oye un clamor; clamor de lobos feroces, y de una ovejita balando entre ellos. Pero no permite que devoren a la inocente, quien tan dignamente la arrancó de sus fauces, incluso sin merecer ser rescatada. Con razón, pues, cuando era llevada a la muerte, su corazón tenía confianza en el Señor, a quien había temido tanto, que había pospuesto todo temor humano, y había preferido su ley y su vida, y su fama. Nunca se había dicho tal cosa de Susana. Pero también sus padres eran justos, y su esposo el más honorable de todos los judíos. Con razón, entonces, obtuvo del justo Juez una justa venganza de los injustos, quien tan vehementemente deseó la justicia, que por ella despreció la muerte del cuerpo, el oprobio de su linaje, el luto inconsolable de sus amigos.

6. Y nosotros, hermanos, si hemos oído de Cristo: Ni yo te condeno, si ya no queremos pecar contra él, si queremos vivir piadosamente en Cristo; es necesario que soportemos la persecución, para no devolver mal por mal, ni maldición por maldición. De lo contrario, quien no conserve la paciencia, perderá la justicia; esto es, perderá la vida; esto es, perderá su alma. Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor (Rom. XII, 19). Así es. Él retribuirá, pero si le guardas la venganza, si no le quitas el juicio, si no devuelves mal a quienes te hacen mal. Hará juicio, pero al que sufre la injuria; juzgará con equidad, pero por los mansos de la tierra. Ya os es molesto, si no me equivoco, que las delicias tarden. No os extrañéis: son delicias. No agobiarán a los saciados, ni podrán ser despreciadas por los que eructan.

7. Fue enviado el ángel Gabriel por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret. ¿Te sorprende que Nazaret, una pequeña ciudad, sea iluminada por el anuncio de un rey tan grande, y tan grande? Pero en esta pequeña ciudad se oculta un gran tesoro; oculto, digo, pero oculto a los hombres, no a Dios. ¿No es María el tesoro de Dios? Dondequiera que ella esté,

también está su corazón. Sus ojos están sobre ella, en todas partes observa la humildad de su sierva. ¿Conoce el cielo al Unigénito del Padre? Si conoce el cielo, también conoce Nazaret. ¿Por qué no conocería su patria? ¿Por qué no conocería su herencia? Reclama para sí el cielo del Padre, Nazaret de la madre, como él mismo se testifica ser Hijo de David y Señor (Mat. XXII, 42-45). El cielo es del Señor de los cielos, pero la tierra la dio a los hijos de los hombres (Sal. CXIII, 16). Por lo tanto, es necesario que ambos le cedan en posesión, porque no solo es Señor, sino también hijo del hombre. Escucha también cómo reclama la tierra para sí como hijo del hombre, pero también la comparte como esposo. Las flores, dice, han aparecido en nuestra tierra (Cant. II, 12). Tampoco discrepa de esto que Nazaret se interprete como flor. Ama la patria florida la flor de la raíz de Jesé, y con gusto se alimenta entre los lirios la flor del campo y el lirio de los valles. Porque la belleza, la fragancia y la esperanza del fruto recomiendan las flores; una triple gracia. Dios te considera una flor; y le agradas si no te falta ni el decoro de una conversación honesta, ni la fragancia de una buena reputación, ni la intención de una futura retribución. Porque el fruto del espíritu es la vida eterna.

8. No temas, María; porque has hallado gracia ante el Señor. ¿Cuánta gracia? Gracia plena, gracia singular. ¿Singular o general? Sin duda ambas, porque es plena, y singular en cuanto general: pues tú misma has recibido la general de manera singular. Digo, singular en cuanto general: porque sola entre todas has hallado gracia. Singular porque sola has encontrado esta plenitud; general, porque de esta plenitud reciben todos. Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. Singularmente es el fruto de tu vientre; pero llega a todas las mentes por medio de ti. Así, sin duda, así en otro tiempo el rocío todo en el vellón, todo en la era; pero en ninguna parte de la era todo, como en el vellón fue (Jueces VI, 37-40). En ti sola aquel Rey rico y opulento se vació; el excelso, humillado; el inmenso, abreviado, y hecho menor que los ángeles: en fin, verdadero Dios e Hijo de Dios encarnado. ¿Pero con qué fruto? Para que todos nos enriquezcamos con su pobreza, nos elevemos con su humildad, nos engrandezcamos con su disminución, y adhiriéndonos a Dios por su encarnación, comencemos a ser un solo espíritu con él.

9. Pero, ¿qué decimos, hermanos? ¿A qué vaso principalmente se infundirá la gracia? Si, como recordamos antes, la confianza es capaz de misericordia, y la paciencia de justicia, ¿qué receptáculo idóneo para la gracia podremos exhibir? El bálsamo es purísimo, y requiere un vaso muy sólido. ¿Y qué tan puro, qué tan sólido como la humildad del corazón? Con razón, pues, da gracia a los humildes; con razón Dios miró la humildad de su sierva. ¿Por qué mérito, preguntas? Sin duda, para que ningún mérito humano ocupara el ánimo humilde, impidiendo que libremente influyera la plenitud de la gracia divina. Pero a esta humildad debemos ascender por ciertos grados. Primero, el corazón del hombre, al que todavía le deleita pecar, y no ha cambiado su miserable costumbre por un propósito mejor, no es capaz de gracia, pues está impedido por sus propios vicios. En segundo lugar, cuando ya propone corregir sus costumbres, y no repetir las iniquidades pasadas; sin embargo, los mismos pecados pasados, aunque ya parezcan de algún modo amputados, mientras permanecen en él, no admiten la gracia. Permanecen hasta que se laven con confesión, hasta que con frutos dignos de penitencia se eliminan. Pero ¡ay de ti, si acaso a los vicios y pecados sucede una ingratitud más perniciosa! ¿Qué se opone tan evidentemente a la gracia? Nos enfriamos con el paso del tiempo del fervor de nuestra conversación, poco a poco se enfría la caridad, abunda la iniquidad, para que nos consumamos en la carne, quienes comenzamos en el espíritu. De ahí que sepamos menos lo que nos ha sido dado por Dios, igualmente indevotos e ingratos. Abandonamos el temor del Señor, omitimos la soledad religiosa, verbosos, curiosos, ingeniosos, incluso detractores y murmuradores, vacantes en nimiedades, huyendo del trabajo y la disciplina, siempre que sea posible sin nota; como si realmente fuera también sin daño.

¿Por qué, entonces, nos maravillamos de que la gracia nos falte, siendo rechazados por tantos obstáculos? Ahora bien, si alguno, según el Apóstol, para que la palabra de Cristo, la palabra de gracia habite en él, es agradecido (Col. III, 16, 15); si alguno es devoto, si alguno es solícito, si alguno es ferviente en espíritu: cuídese de no confiar en sus méritos, de no apoyarse en sus obras: de lo contrario, ni siquiera a tal ánimo entra la gracia. Sin duda está lleno, y en él ya no encuentra la gracia lugar para sí.

10. ¿Habéis considerado a aquel fariseo orando? No era ladrón, no era injusto, no era adúltero. ¿Estaba sin frutos de penitencia? Ayunaba dos veces en sábado, daba diezmos de todo lo que poseía. Pero tal vez lo sospecháis ingrato. Escuchad lo que dice: Dios, te doy gracias. Pero no estaba vacío, no estaba exánime, no era humilde, sino altivo. No se preocupó por saber qué le faltaba, sino que exageró su mérito: y aquella no era una plenitud sólida, sino un tumor. Por lo tanto, regresó vacío, quien simuló plenitud. Pues aquel publicano, que se vació a sí mismo, porque se preocupó por exhibir un vaso vacío, llevó consigo una gracia mayor (Luc. XVIII, 10, 14). Nosotros, pues, hermanos, si deseamos encontrar gracia, abstengámonos de aquí en adelante de los vicios, para que también nos arrepintamos dignamente de los pecados pasados. No obstante, también seamos solícitos, y nos exhibamos devotos a Dios y verdaderamente humildes. Porque tales almas mira con agrado con aquella mirada piadosa, de la que dice el Sabio: Porque la gracia y la misericordia de Dios es para sus santos, y su mirada para sus elegidos (Sab. IV, 15). Y tal vez por eso llama cuatro veces al alma que mira, diciendo: Vuélvete, vuélvete, Sunamita; vuélvete, vuélvete, para que te contemplemos (Cant. VI, 12): para que no persista ni en la costumbre de pecar, ni en la conciencia de los pecados; ni en el frío y la pereza de la ingratitud, ni en la ceguera de la altivez. De este cuádruple peligro nos digno rescatar y liberar, quien ha sido hecho para nosotros por Dios Padre sabiduría, y justicia, y santificación, y redención, Jesucristo nuestro Señor, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina Dios por los infinitos siglos de los siglos. Amén.

EN LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA. 983 SERMON Sobre la lámpara que arde triplemente, y que brilla triplemente.

Esté lejos de estos conventos, hermanos, aquella reprensión del profeta, que reprueba las asambleas judías, y dice: Inicuos son vuestros coetáneos (Isaías I, 13). Estas asambleas no son iniquas, sino claramente santas, religiosas, llenas de gracia, dignas de bendición. Os reunís, sin duda, para escuchar a Dios: os reunís para alabar, para orar, para adorarlo. Ambas asambleas son sagradas, agradables a Dios, familiares a los ángeles. Estad, pues, en reverencia, hermanos, estad en solicitud y devoción de mente: especialmente en el lugar de oración, y en esta escuela de Cristo, y auditorio espiritual. No consideréis, amadísimos, lo que se ve y es temporal, sino más bien lo que no se ve, eterno: juzgad según la fe, no según la apariencia. Porque ambos lugares son terriblemente temibles: y no se debe creer que el número de hombres presentes sea mayor que el de los ángeles. Sin duda, en ambos lugares está abierta la puerta del cielo, aquella escalera está erigida, suben y bajan los ángeles sobre el Hijo del hombre. Porque este Hijo del hombre es un gigante: el cielo es su trono, la tierra el escabel de sus pies. Su magnificencia se ha elevado sobre los cielos: sin embargo, permanece con nosotros hasta la consumación del siglo. Suben y bajan, pues, a Dios los ángeles santos, porque la cabeza y el cuerpo son uno, Cristo.

2. Sin embargo, no donde está la cabeza, sino dondequiera que esté el cuerpo, allí se congregarán las águilas, aunque no pueda separarse la cabeza del cuerpo. De hecho, él mismo dice: Donde dos o tres estén reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos (Mat. XVIII, 20). Pero tal vez alguien diga: ¿Dónde está ahora Cristo? Muéstranos a Cristo, y nos basta.

¿Por qué lleváis curiosos los ojos alrededor? ¿Acaso os habéis reunido para ver, y no más bien para escuchar? El Señor Dios me abrió el oído, dice el profeta (Isaías L, 5). Me abrió el oído, para que escuche lo que habla: no el ojo; para que vea su rostro, iluminó. O ciertamente abrió su oído para mí, no reveló su rostro. Está detrás de la pared, escucha, y es escuchado: pero aún no aparece. Escucha a los que oran, instruye a los que escuchan. ¿Buscáis la experiencia de aquel que en mí habla Cristo? (II Cor. XIII, 3.) Yo, dice, que hablo justicia (Isaías LXIII, 1). ¿Por qué no hablaría con la boca, lo que él mismo formó? ¿Por qué no usaría, como le plazca, el artífice su instrumento? No solo sus oídos, sino también mis labios abre, Señor: porque yo no prohibiré mis labios, Señor, tú lo sabes. Porque haces bien todas las cosas; y haces oír a los sordos, y hablar a los mudos.

3. Escuchad, pues, hermanos, lo que dice de Juan, cuya solemne natividad se celebra hoy. Él, dice, era una lámpara ardiente y brillante (Juan V, 35). Gran testimonio, hermanos míos: grande es aquel a quien se da, pero mayor es él mismo que lo da. Él, dice, era una lámpara ardiente y brillante. Porque solo brillar es vano, solo arder es poco: arder y brillar es perfecto. Escucha lo que dice la Escritura: El sabio permanece como el sol, pero el necio como la luna cambia (Eclesiástico XXVII, 12). Porque la luna brilla sin fervor; a veces llena, a veces pequeña, a veces no se ve. Porque la luz prestada nunca permanece en el mismo estado, sino que crece, disminuye, se atenúa, se aniquila, y no aparece en absoluto. Así, quienes ponen sus conciencias en labios ajenos, a veces son grandes, a veces pequeños, a veces nada, según lo que a las lenguas aduladoras les plazca vituperar o alabar. Pero el resplandor del sol es ígneo, y cuando arde más intensamente, también se muestra más luminoso a los ojos. Así el ardor interno del sabio brilla hacia afuera: y si no se le concede ambos, siempre se preocupa más por arder, para que su Padre que ve en lo oculto, le recompense. ¡Ay de nosotros, hermanos, si solo brillamos! Porque ciertamente brillamos, y somos magnificados por los hombres; pero para mí es lo mínimo ser juzgado por el día humano. Porque quien me juzga, es el Señor, quien exige fervor de todos, pero no así el resplandor. Fuego, dice, vine a traer a la tierra; y ¿qué quiero sino que se encienda? (Luc. XII, 49.) Este es el mandato común, esto es lo que se exige de todos; y no se admite excusa alguna si llegara a faltar.

4. Sin embargo, singularmente a los apóstoles y a los hombres apostólicos se les dice: Brille vuestra luz delante de los hombres (Mat. V, 16): sin duda como encendidos, y vehementemente encendidos, y a quienes no se teme por cualquier soplo o impulso de vientos. Se dijo también a Juan; pero ellos escuchan en el oído; Juan es instruido en el espíritu como un ángel. Sin duda, tanto más cercano a Dios, cuanto la voz está cerca del Verbo, a quien ninguna otra voz intermedia debe intimar lo que suena afuera. Porque Juan no fue enseñado por la predicación, sino por la inspiración, quien fue llenado del Espíritu en el vientre de su madre. Verdaderamente ardiente y vehementemente encendido, a quien así preocupó la llama celestial, que ya sintió la venida de Cristo, quien aún no podía sentir ni a sí mismo. Sin duda, aquel nuevo fuego, que recién salido del cielo, por la boca de Gabriel entró en el oído de la Virgen, nuevamente por la boca de la Virgen y el oído de la madre entró al niño: para que desde esa hora el Espíritu Santo llenara el vaso de su elección, y preparara la lámpara para Cristo el Señor. Fue, pues, ya entonces una lámpara ardiente, pero aún bajo el celemín, hasta que se pusiera sobre el candelero, y brillara para todos los que estaban en la casa del Señor. En ese tiempo solo pudo iluminar su celemín; solo iluminar a su madre, revelándole un gran sacramento de piedad con el mismo movimiento de nueva exultación. ¿De dónde a mí esto, dice, que venga la madre de mi Señor a mí? ¿Quién te indicó la madre del Señor, mujer santa? ¿De dónde me conoces? Tan pronto como, dice, la voz de tu salutación llegó a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi vientre (Luc. I, 43, 44).

5. Iluminó, pues, ya entonces el celemín bajo el cual estaba oculto: pero no ocultaba la lámpara ardiente bajo el celemín, que poco después iluminaría al mundo entero con nuevos resplandores. Él era, dice, una lámpara ardiente y brillante. No dice: Brillante y ardiente; porque el resplandor de Juan provino del fervor, no el fervor del resplandor. Hay quienes no brillan porque arden; sino que más bien arden para brillar: pero estos claramente no arden con el espíritu de caridad, sino con el afán de vanidad. ¿Queréis saber cómo ardió Juan, y brilló? Yo creo que en él se puede encontrar ambos, tanto el ardor como el resplandor, en triple forma. Porque ardía en sí mismo con la vehemente austeridad de su vida: hacia Cristo, con un fervor íntimo y pleno de devoción; hacia los pecadores próximos, con la constancia de una libre increpación. Brilló, sin embargo, para decirlo brevemente, con el ejemplo, con el dedo, con la palabra, mostrando a sí mismo para la imitación, y al mayor luminar que estaba oculto, para la remisión de los pecados, e iluminando también nuestras propias tinieblas, como está escrito: Porque tú iluminas mi lámpara, Señor; mi Dios, ilumina mis tinieblas (Sal. XVII, 29); ciertamente para la corrección.

6. Considera, pues, al hombre prometido por el oráculo angélico, concebido por milagro, santificado en el vientre, y en el nuevo hombre admira [o imita] el fervor de la penitencia. El Apóstol dice: "Teniendo sustento y con qué cubrirnos, estemos contentos con esto" (I Tim. VI, 8). Esta es la perfección apostólica; pero Juan incluso despreció estas cosas. Escucha al Señor en el Evangelio: "Vino Juan el Bautista, que no comía ni bebía" (Mat. XI, 18); claramente tampoco vestía. Pues así como la langosta no es alimento, salvo quizás para algunos animales irracionales; así tampoco el pelo de camello es vestimenta humana. ¿Por qué tú, camello, dejaste tus pelos? Ojalá hubieras dejado más bien tu joroba. ¿Por qué vosotros, bestias irracionales y reptiles del desierto, buscáis alimentos delicados? Juan, hombre santo, enviado por Dios, más bien ángel de Dios, como dice el Padre: "He aquí que envío mi ángel delante de ti" (Luc. XII, 27); este Juan, que no hay mayor entre los nacidos de mujer, castiga, debilita y aflige así su cuerpo inocentísimo: ¿vosotros os apresuráis a vestir de lino fino y púrpura, y a banqueteáis espléndidamente? ¡Ay! ¿Es este todo el honor del día presente? ¿Es esta toda la reverencia al Bautista? ¿Es esta la alegría profetizada de su nacimiento? ¿De quién hacéis memoria, oh cultivadores demasiado delicados? ¿De quién celebráis el natalicio? ¿No es de aquel que en el desierto fue hirsuto de vestimenta, consumido por el ayuno? ¿Qué salisteis a ver al desierto, hijos de Babilonia? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué, pues? ¿Un hombre vestido con ropas delicadas? ¿Criado con delicadezas? En esto se centra toda vuestra celebración: en seguir la brisa del favor popular, en la gloria de las vestiduras y en el placer de los alimentos. Pero, ¿qué tiene esto que ver con Juan? Pues Juan no hizo así, ni pudo jamás deleitarse en tales cosas.

7. "Muchos", dice el ángel, "se alegrarán en su nacimiento" (Luc. I, 14). Es cierto: muchos se alegran en su nacimiento; y como hemos oído, incluso para los paganos es alegre y solemne. Ellos celebran lo que ignoran, pero no así deberían los cristianos. Ahora bien, ellos también se alegran en este nacimiento del bienaventurado Juan el Bautista; pero ojalá fuera por el nacimiento, no por la vanidad. ¿Qué es sino vanidad de vanidades todo lo que está bajo el sol? ¿O qué más tiene el hombre de todo su trabajo, con el que trabaja bajo el sol? Hermanos, bajo el sol está todo lo que se ve con los ojos, todo lo que parece estar sujeto a esta luz corpórea. ¿Qué es eso, sino vapor que aparece por un momento? (Jac. IV, 45). ¿Qué es eso, sino hierba y flor de hierba? Toda carne es hierba, dice el Señor, y toda su gloria como flor de hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isai. XL, 6, 8). Trabajemos en esta palabra, hermanos; en la que podemos vivir y alegrarnos eternamente. Trabajemos no por el alimento que perece, sino por el que permanece para vida eterna. ¿Cuál es ese? No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca

de Dios (Mat. IV, 4). Sembremos en esta palabra, amadísimos, sembremos en el espíritu; porque los que siembran en la carne, solo cosecharán corrupción. Alegrémonos dentro, y no bajo el sol, sino, según el Apóstol, como tristes, por la humildad y gravedad: siempre, sin embargo, gozosos (II Cor. VI, 10), por la consolación interna. Alegrémonos, amadísimos, en el nacimiento del bienaventurado Juan, y alegrémonos por el mismo nacimiento.

8. En verdad, en su recuerdo hay para nosotros una abundante causa de alegría, múltiple es la materia de gozo. Él era una lámpara ardiente y brillante, y los judíos quisieron regocijarse en su luz; pero él más bien se alegraba en el fervor de la devoción, se alegraba al oír la voz del esposo como amigo del esposo. Debemos alegrarnos en ambos; en uno ciertamente él, en el otro nosotros debemos alegrarnos con él. Pues ardía para sí, pero nos iluminaba a nosotros. Alegrémonos en su fervor para imitarlo: alegrémonos también en la luz, pero no permaneciendo allí, sino para que en su luz veamos la luz, la luz verdadera, que no es él, sino de la que él da testimonio. Vino Juan, dice el Señor, ni comiendo ni bebiendo (Mat. XI, 18). Eso es para mí un incentivo de fervor y materia de humildad. ¿Quién de nosotros, hermanos, al contemplar la penitencia de Juan, se atrevería a magnificar la suya, o al menos a considerarla de algún valor? ¿Quién se atrevería a murmurar en sus trabajos y decir: "Es suficiente lo que sufro, y no demasiado"? ¿Qué homicidios, qué sacrilegios, o qué crímenes castigaba así Juan en sí mismo? Encendámonos en penitencia, hermanos, interroguemos nuestras conciencias, y animémonos a exigir venganza de nosotros mismos, para que podamos escapar del terrible juicio del Dios viviente. Cualquier falta de fervor, que la humildad de una confesión pura lo supla. Porque Dios es fiel, y si confesamos nuestras iniquidades, si exponemos nuestras miserias, si no excusamos nuestras debilidades, nos perdonará nuestros pecados.

9. Desde este punto, observa también el fervor de Juan hacia los delitos de los demás. Este es el orden digno y razonable, que recuerdes comenzar contigo mismo. "Librame de mis ocultos", dice, "y de los ajenos perdona a tu siervo" (Sal. XVIII, 13, 14). "Generación de víboras", dice Juan, "¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?" ¿De qué fervor de mente crees que proceden estas chispas, más bien carbones desoladores? Así tampoco perdonando a los fariseos: "No digáis", dice, "que tenemos por padre a Abraham: porque Dios puede de estas piedras levantar hijos a Abraham" (Luc. III, 7, 8). Pero esto parecería menos, si temiera siquiera el rostro del poderoso, y no con toda libertad del espíritu reprende al rey pecador, cruel y soberbio; saliendo con cierta vehemencia sagrada del desierto, si se moviera por sus halagos, o por el mismo terror de la muerte. "Herodes temía a Juan, y al oírlo hacía muchas cosas, y lo escuchaba de buena gana". Y él, sin embargo, no perdonando por esto: "No te es lícito", dice, "tenerla". Atado también, y arrojado a la cárcel, no obstante permaneció firmemente en la verdad, y cayó felizmente por la verdad (Marc. VI, 17-28). Que también en nosotros arda este celo, amadísimos; que arda el amor a la justicia, el odio a la iniquidad. Nadie, hermanos, acaricie los vicios; nadie disimule los pecados. Nadie diga: "¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?" Nadie, en lo que le concierne, soporte con ecuanimidad, cuando vea que el orden se pierde, que la disciplina disminuye. Porque es consentir, callar, cuando puedes reprender: y sabemos que el mismo castigo espera a los que hacen y a los que consienten.

10. Ahora bien, sobre la humilde y ferventísima devoción de Juan hacia el Señor, ¿qué diremos? Desde allí exultó en el vientre (Luc. I, 44); desde allí temió en el Jordán al bautizarlo (Mat. III, 14); desde allí no solo a Cristo, que se pensaba, sino que ni siquiera la correa de su calzado se consideraba digno de desatar (Marc. I, 7); desde allí se alegraba el amigo del esposo al oír la voz del esposo (Luc. I, 44); desde allí confesaba haber recibido gracia por gracia; pero clamaba que él no tenía el Espíritu por medida, sino la plenitud de la

cual todos recibían (Joan. I, 16). ¿No te someterás a Dios, alma mía? (Sal. LXI, 1). De lo contrario, no seré lámpara ardiente, a menos que ame al Señor mi Dios con todo mi corazón, con toda mi mente, y con todas mis fuerzas. Porque solo la caridad es la que enciende para la salvación; solo la que infunde e inflama el Espíritu, que se nos prohíbe extinguir (Thess. V, 19). Tienes cómo Juan ardió: y en esto mismo cómo brilló, se ha indicado, si lo has advertido. Porque no podías conocer su ardor, a menos que hubiera brillado.

11. Brilló, pues, como recordé antes, con el ejemplo, con el dedo, con la palabra: con la obra se mostró a sí mismo. Cristo, con el índice, nos declaraba a nosotros mismos con la palabra. "Tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo", dice el padre; "porque irás delante de la faz del Señor a preparar sus caminos, para dar conocimiento de salvación a su pueblo". Para dar, dice, no la salvación: porque él no era la luz; sino el conocimiento de la salvación, para dar testimonio de la luz. Conocimiento, dice, de la salvación, en la remisión de los pecados (Luc. I, 76, 77). ¿Puede un sabio despreciar el conocimiento de la salvación? Supongamos, sin embargo, que Juan aún no ha venido, que aún no nos ha señalado a Cristo. ¿Dónde buscaremos la salvación? He pecado un gran pecado, que no puede ser borrado con la sangre de becerros o machos cabríos, porque el Altísimo no se deleita en holocaustos. Mi memoria está manchada con la hez de este aceite: no hay navaja que pueda raspar esta membrana, porque toda ella ha absorbido toda la hez. Si olvido mi pecado, soy necio e ingrato; si permanece en mi memoria, me acusará eternamente. ¿Qué haré, pues? Iré a Juan, y escucharé la voz de alegría, la voz de misericordia, el sermón de gracia, la palabra de remisión y paz. "He aquí", dice, "el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo" (Joan. I, 29); y en otro lugar: "El que tiene la esposa", dice, "es el esposo" (Joan. III, 29). Mostró, pues, que vino Dios, que es el esposo, que es el Cordero. Porque Dios, es seguro que puede perdonar los pecados; pero si quiere, aún está en cuestión. Quiere, ciertamente, porque es el esposo, porque es amable. Y Juan es amigo del esposo, porque el esposo no sabe tener sino amigos. Y aunque quiere tener una esposa gloriosa, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante; no busca tal (¿dónde la encontraría?), sino que él mismo la hace tal, él mismo se la presenta tal. Escucha, pues, lo que dice por el profeta. Se dice comúnmente: "¿Acaso una mujer, si duerme con otro hombre, volverá a su primer marido? Pero tú has fornicado con muchos amantes. Vuelve, sin embargo, a mí, y yo te recibiré" (Jerem. III, 1). He aquí lo que pide, he aquí lo que quiere.

12. Pero tú quizás temas la purificación de los delitos que ha venido a hacer, no sea que con quemadura y corte rompa los huesos y las médulas de los huesos, no sea que cause un dolor más grave que la muerte. Escucha: es el Cordero, viene con mansedumbre con lana y leche, justificando al impío solo con la palabra. ¿Qué es, según el cómico, más fácil de decir? (Terent. Phorm. II, I, 70). "Solo di la palabra, y mi siervo será sanado" (Mat. VIII, 8). ¿Por qué, pues, vacilamos en adelante, hermanos, y no nos acercamos con toda confianza al trono de la gloria? [o, ascendamos.] Demos gracias a Juan, y por su mediación pasemos a Cristo, porque, como él mismo dice: "Es necesario que él crezca, y yo disminuya" (Joan. III, 36). ¿Cómo disminuir? En esplendor, ciertamente, no en fervor. Retrajo sus rayos, se recogió [o, se recogió], para no ser como aquel que profiere todo su espíritu. "Es necesario que él crezca", dice, "que no puede ser agotado, de cuya plenitud todos reciben; pero yo disminuya, a quien se le ha dado el espíritu por medida, y más bien debo esforzarme por arder siempre que por brillar. Precedí al sol, como estrella matutina; es necesario que me esconda, ya que el sol ha salido. No tengo sino un poco de aceite para ungirme; quiero poseerlo más seguro en el vaso que en la lámpara".

EN LA VIGILIA DE LOS SANTOS PEDRO Y PABLO APÓSTOLES. SERMON Sobre la triple ayuda que recibimos de los santos.

1. En las Vigilias de los santos es necesario que el hombre espiritual vigile, quien desea celebrar sus solemnidades en espíritu y verdad. Porque unas son las vigilias de los carnales, otras las de los espirituales. Aquellos preparan cultos más brillantes y banquetes más lujosos; y quizás en las mismas vigilias realizan obras de las tinieblas, se alegran cuando han hecho el mal y se regocijan en cosas malas. Vosotros no habéis aprendido así a Cristo, quienes habéis seguido a Cristo, quienes habéis dejado todo, quienes debéis atender al nombre de las vigilias con ojo vigilante. Porque las vigilias se proponen para que despertemos, si en algún pecado o negligencia dormimos, y anticipemos el rostro de los santos en confesión. No así los hijos de este siglo, no así, quienes son poderosos para beber vino, y hombres fuertes para mezclar embriaguez; quienes han dormido en sus delitos y crímenes. No os pase desapercibido, porque los que están ebrios, de noche están ebrios; y los que duermen, de noche duermen: y en vano les suena el nombre de las Vigilias santas, cuando ellos más bien se esfuerzan por dormir que por vigilar. Vosotros, sin embargo, no sois hijos de la noche, ni de las tinieblas, sino de la luz y del día (I Thess. V, 5-8), para que no os sorprendan los días de los natalicios de los santos, y os encuentren desprevenidos.

2. Hay, pues, tres cosas que debemos considerar vigilante en las festividades de los santos: la ayuda del santo, su ejemplo, nuestra confusión. Su ayuda, porque quien fue poderoso en la tierra, es más poderoso en los cielos ante la faz del Señor su Dios. Porque si mientras vivía aquí, tuvo misericordia de los pecadores, y oró por ellos; ahora tanto más, cuanto más verdaderamente reconoce nuestras miserias, ora por nosotros al Padre: porque aquella patria bienaventurada no ha cambiado su caridad, sino que la ha aumentado. Porque no porque sea impasible del todo, por eso se ha vuelto incompasivo con él: sino que ahora más bien se ha revestido de entrañas de misericordia, cuando está ante la fuente de misericordia [o, existe]. Hay también otra causa, que más urge a los santos a estar solícitos por nosotros, porque, según la voz del Apóstol, Dios provee por nosotros, para que no sean consumados sin nosotros (Hebr. XI, 40), como dice el santo David: "Me esperan los justos, hasta que me retribuyas" (Sal. CXLI, 8). También debemos atender a su ejemplo, porque mientras fue visto en la tierra, y convivió con los hombres, no se desvió ni a la derecha ni a la izquierda: sino que mantuvo el camino real, hasta que llegó a aquel que dice, "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Joan. XIV, 6). Contemplad la humildad de sus obras, la autoridad de sus palabras, y entonces veréis cómo tanto con palabra como con ejemplo brilló entre los hombres; qué huellas nos dejó, para que caminemos por ellas, y no erremos en ellas. Verdaderamente, según el profeta, "La senda del justo es recta, recto es el camino del justo para caminar" (Isai. XXVI, 7).

3. Pero también con más diligente atención contemplemos nuestra confusión: porque aquel hombre fue semejante a nosotros, pasible, formado del mismo barro del que nosotros. ¿Qué es, pues, que no solo creemos difícil, sino imposible, que hagamos las obras que él hizo, que sigamos sus huellas? Confundámonos, hermanos, y temblemos ante esta voz, si acaso esta confusión nos trae gloria, si acaso este temor nos genera gracia. Estos hombres fueron quienes nos precedieron, quienes avanzaron tan maravillosamente por los caminos de la vida, que apenas creemos que fueron hombres. Así, pues, en las festividades de los santos debemos tanto alegrarnos como confundirnos: alegrarnos, porque hemos enviado por adelantado a nuestros patronos; confundirnos, porque no podemos imitarlos. Así siempre nuestra alegría en este valle de lágrimas, debe ser sazonada con el pan de lágrimas, para que siempre no solo lo último; sino también lo primero de la alegría lo ocupe el luto: porque aunque grande es la materia de los gozos, pero mayor es la de los dolores. "Me acordé de Dios", clama el justo, "y me deleité": pero inmediatamente añade, "Mi espíritu desfalleció, me turbó, y no hablé" (Sal. LXXVI, 4, 5).

4. Y si esto debemos pensar en las Vigilias de cada santo, ¿qué haremos en la solemnidad de los santos y sumos Apóstoles? Hablo de Pedro y Pablo. Bastaría la festividad de uno para infundir exultación a toda la tierra: pero la de ambos está unida para el cúmulo de los gozos, para que así como en vida se amaron, así en la muerte no sean separados. ¿Qué más poderoso que ellos mientras estuvieron en la tierra, a quienes se les entregan las llaves del reino de los cielos, a uno el magisterio de los Gentiles: uno mató a Ananías y Safira con las palabras de su boca, el otro da lo que da en persona de Cristo; y cuando se debilita, entonces es más fuerte y poderoso? ¡Cuánto más poderosos son en los cielos, quienes fueron tan poderosos en la tierra! Y quienes nos dejaron mayores ejemplos, que aquellos que en hambre y sed, en frío y desnudez, y en todas aquellas cosas que Pablo enumera (II Cor. XI, 23-33; Hebr. XI, 36-38), continuamente fueron afligidos, y finalmente con feliz martirio ascendieron a los reinos celestiales? Verdaderamente son para nosotros rubor de confusión, a quienes apenas nos atrevemos a mirar, no digamos a imitar. Oremos, pues, a ellos para que nos hagan propicio a su amigo, nuestro juez, que es Dios bendito por los siglos. Amén.

EN LA FIESTA DE LOS SANTOS PEDRO Y PABLO APÓSTOLES.

SERMON I. Sobre la triple custodia que los apóstoles tienen sobre nosotros, y sobre los tres grados de nuestra conversación.

1. Una gloriosa solemnidad ha amanecido para nosotros, consagrada por la muerte más ilustre de los mártires eminentes, líderes de los mártires, príncipes de los apóstoles. Estos son Pedro y Pablo, dos grandes luminarias que Dios ha establecido en el cuerpo de su Iglesia como una luz gemela de los ojos. Ellos me han sido dados como maestros y mediadores, a quienes puedo encomendarme con seguridad: porque me han mostrado los caminos de la vida, y a través de ellos podré ascender al Mediador que vino a pacificar con su sangre tanto lo que está en los cielos como lo que está en la tierra. Él es purísimo en ambas naturalezas, quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca. ¿Cómo, entonces, me atreveré a acercarme a Él, siendo yo un pecador que ha pecado más allá del número de la arena del mar, cuando Él es más puro y yo no puedo ser más impuro? Debo temer caer en las manos del Dios viviente si presumo acercarme o adherirme a Él, a quien me separa una diferencia tan grande como la que existe entre el bien y el mal. Por eso Dios me dio a estos hombres, que son humanos y pecadores, y grandes pecadores, que aprendieron en sí mismos y de sí mismos cómo debían tener misericordia de los demás. Los culpables de grandes crímenes fácilmente perdonarán grandes crímenes, y con la medida con que se les midió, nos medirán a nosotros. El apóstol Pedro pecó un gran pecado; y tal vez no haya ninguno mayor: y tan rápidamente como fácilmente obtuvo el perdón, y de tal manera que no perdió nada de la singularidad de su primacía. Pero también Pablo, que atacó tan singular e incomparablemente las entrañas de la naciente Iglesia, es llevado a la fe por la voz del mismo Hijo de Dios, y por tantos males es llenado de tantos bienes, que se convierte en un vaso de elección para llevar su nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel (Hechos IX, 15): un vaso digno, lleno de manjares celestiales: del cual tanto el sano toma alimento como el enfermo recibe medicina.

2. Era apropiado que al género humano se le constituyeran pastores y doctores que fueran dulces, poderosos y, no obstante, sabios. Dulces, para que me recibieran con amabilidad y misericordia; poderosos, para que me protegieran con fortaleza; sabios, para que me guiaran al camino y por el camino que conduce a la ciudad. ¿Qué hay más dulce que Pedro, quien tan dulcemente convoca a todos los pecadores hacia él, como atestiguan los Hechos de los Apóstoles y la serie de sus Epístolas? ¿Qué hay más poderoso que él, a quien la tierra

obedeció cuando devolvió a los muertos, y el mar se ofreció bajo sus pies para ser pisado (Mateo XIV, 29); quien tocó a Simón el Mago con el espíritu de su boca en el aire, quien recibió las llaves del reino de los cielos de manera tan singular, que la sentencia de Pedro precede a la sentencia del cielo? En efecto, lo que ates, dice, en la tierra, será atado en los cielos; y lo que desates en la tierra, será desatado en los cielos (Mateo XVI, 19). ¿Y qué hay más sabio que él, a quien no la carne y la sangre, sino el Padre que está en los cielos, reveló con gran generosidad la sabiduría que es de los cielos? Sigo con mucho gusto a Pablo, quien por su inmensa dulzura llora por aquellos que pecaron y no hicieron penitencia (II Cor. XII, 21); quien es más fuerte que todo principado y potestad (Rom. VIII, 38); quien no trajo la sabiduría y la médula de los sentidos sagrados del primer o segundo cielo, sino del tercero (II Cor. XII, 21).

3. Estos son nuestros maestros, quienes aprendieron más plenamente los caminos de la vida del maestro de todos, y nos enseñan hasta el día de hoy. ¿Qué, entonces, nos enseñaron o enseñan los santos apóstoles? No el arte de la pesca, no la fabricación de tiendas, ni nada de este tipo: no leer a Platón, no revolver las sutilezas de Aristóteles, no aprender siempre y nunca llegar al conocimiento de la verdad. Me enseñaron a vivir. ¿Crees que es poca cosa saber vivir? Es algo grande, más bien lo máximo. No vive quien se infla de orgullo, quien se ensucia con la lujuria, quien se infecta con otras pestes; porque eso no es vivir, sino confundir la vida y acercarse hasta las puertas de la muerte. Yo considero una buena vida sufrir el mal y hacer el bien, y perseverar así hasta la muerte. Se dice comúnmente que quien se alimenta bien, vive bien. Pero la iniquidad se ha mentido a sí misma; porque no vive bien sino quien hace el bien.

4. Sin embargo, creo que tú, que estás en la congregación, vives bien si vives ordenadamente, sociablemente y humildemente: ordenadamente para ti, sociablemente para el prójimo, humildemente para Dios. Ordenadamente, para que en toda tu conversación estés atento a observar tus caminos, tanto ante el Señor como ante el prójimo, cuidando de no pecar tú ni escandalizar a él. Sociablemente, para que te esfuerces en ser amado y amar; mostrarte amable y accesible; soportar no solo pacientemente, sino también con gusto las debilidades de tus hermanos, tanto de sus costumbres como de sus cuerpos. Humildemente, para que cuando hayas hecho todo esto, te esfuerces en expulsar el espíritu de vanidad que suele nacer de estas cosas; y por mucho que lo sientas, niega completamente el consentimiento. Así también en el sufrimiento del mal, ya que es triple, debes aplicar una triple providencia. Porque hay lo que sufres de ti mismo, lo que sufres del prójimo, lo que sufres de Dios. Lo primero es la austeridad de la penitencia; lo segundo, la vejación de la malicia ajena; lo tercero, el flagelo de la corrección divina. En lo que sufres de ti mismo, debes sacrificar voluntariamente; lo que sufres del prójimo, soportarlo pacientemente; lo que sufres de Dios, soportarlo sin murmurar y con acción de gracias. No así muchos de los hijos de Adán, que erraron en la soledad, en un lugar sin agua (Salmo CVI, 4). Erraron claramente, y se desvían del camino de la verdad, quienes retirándose a la soledad del orgullo, no quieren tener una vida social, cuya singularidad no puede asociarse. Pero también en un lugar sin agua; porque no compungidos por la lluvia de lágrimas, permanecen en una tierra estéril y árida con sequedad perpetua. Por eso no encontraron el camino de la ciudad de la morada; porque envejecidos en tierra extraña, se contaminaron con los muertos, fueron contados con los que están en el infierno.

5. No era así de solitario aquel de quien el santo Jeremías dice: Es bueno para el hombre cuando lleva el yugo desde su juventud. Se sentará solitario y callará, porque se ha levantado sobre sí mismo (Lamentaciones III, 27, 28). Ellos erraron, pero este se sentará. Siempre erran de corazón; pero este no se sienta, sino que se sentará solitario, cuando tenga el honor de la

singularidad, es decir, el distintivo de la potestad judicial que los santos poseerán en su tierra, cuando la alegría eterna será para ellos. También callará, es decir, juzgará con tranquilidad, como el Señor de los ejércitos juzga todo con tranquilidad. ¿Por qué? Porque se ha levantado sobre sí mismo, es decir, cuando era joven y sentía los ardores de la edad resbaladiza, se vistió de anciano, dejando lo que era, asumiendo lo que no era. Se ha levantado, dice, sobre sí mismo: porque no mira hacia sí mismo, sino hacia aquel que está sobre él. Se sentará, y también callará ahora del ruido de las sugerencias diabólicas, del ruido de los deseos carnales, del ruido del mundo. Feliz el alma que no escucha estas lenguas, aunque las oiga: mucho más feliz aquella, si es que hay alguna, a la que no le hablan en absoluto. Esta es la sabiduría que el Apóstol habla entre los perfectos, escondida en misterio, que ninguno de los príncipes de este siglo conoció (I Cor. II, 6, 7). Así me enseñaron los apóstoles a vivir y a ascender [o, a creer]. Te doy gracias, Señor Jesús, que escondiste estas cosas de los sabios y prudentes, y las revelaste a estos pequeños que te siguieron y dejaron todo por tu nombre.

SERMO II.

1. Estos santos, cuya solemne pasión celebramos hoy, nos han dado mucha causa para hablar de ellos, y también mucho material. Sin embargo, temo una cosa, que las palabras de salvación tantas veces escuchadas comiencen a volverse triviales para nosotros como palabras. En efecto, la palabra del hombre es una cosa vil y volátil, sin peso, sin valor, sin solidez. Golpea el aire, de ahí que se llame palabra: y como una hoja llevada por el viento, se desvanece, y no hay quien lo considere. Ninguno de vosotros, hermanos, debe recibir así, más bien ninguno debe despreciar así la palabra de Dios. Porque os digo: Le habría sido mejor a ese hombre no haber escuchado. Los frutos de la vida son las palabras de Dios, no hojas; y si son hojas, son de oro. Por tanto, no deben ser menospreciadas, no deben pasar de largo, no deben volar. También recoged los fragmentos para que no se pierdan. Porque la tierra que ha recibido muchas veces la lluvia que cae sobre ella, y no ha dado fruto, es tierra reprobada, próxima a la maldición (Hebr. VI, 7, 8). Así también la higuera estéril que se lee en el Evangelio, si después de que el cultivador de la viña haya cavado alrededor de ella y haya puesto estiércol, sigue siendo encontrada estéril (Lucas XIII, 6-9), ¿no es cierto que ya se debe poner el hacha a la raíz de ese árbol?

2. Y os digo, si el Señor encuentra menos bien en los seculares, tendrá más paciencia con ellos que con nosotros, a quienes ha separado la lluvia voluntaria de las consolaciones celestiales: a quienes no ha faltado el azadón de la disciplina, ni el estiércol de la pobreza y la vileza. ¿Acaso no son estiércol las abominaciones de los egipcios que ofrecemos a nuestro Dios? Estiércol ciertamente vil a la vista, pero útil para el fruto. No rehúya esta fealdad quien desea la fecundidad; pues del deformado montón de estiércol que se lleva al campo, surgirá un hermoso montón de gavillas que se traerá del campo. Por eso no os sea vil la vil preciosidad; sino estimad el oprobio de Cristo más precioso que todos los tesoros de Egipto. Sin embargo, a quienes tienen un estercolero terrenal, tampoco les falta la lluvia celestial: que es la devoción de las oraciones, la rumia gozosa de los salmos, la dulce meditación, la consolación de las Escrituras. En efecto, esta misma lluvia es la que recibís por mi boca, si alguna vez del río, cuyo ímpetu alegra la ciudad de Dios, y del torrente de su delicia, alguna gota cae sobre vosotros mientras hablamos de ellas.

3. Pero es necesario que a veces cave alrededor, ya que me han puesto como guardián y cultivador en las viñas. ¡Ay de mí! que no he cultivado ni guardado la mía, sin embargo, es necesario que, mientras ocupo este lugar, a veces cave alrededor y ponga estiércol. Es molesto, pero no me atrevo a disimular: sabiendo que el hacha dañará mucho más que el azadón; el fuego, más que el estiércol. Por lo tanto, es necesario a veces reprender y

amonestar: y no ignoro que la palabra de reprensión es estiércol, una palabra de reproche, y que si no lo excusa la necesidad, también es menos decorosa para quien la pronuncia. Pero ¿qué hacemos, que con este estiércol vemos a algunos engordar, pero a otros endurecerse y volverse como piedras? De ahí que esté escrito: Del estiércol de los bueyes será lapidado el perezoso (Eclesiástico XXII, 2). ¿Acaso no se engorda quien, reprendido, lo recibe con benevolencia, responde con mansedumbre, intenta corregirse con gusto? Esta es ciertamente una engorda saludable y fecunda, para que el justo me corrija con misericordia y me reprenda; pero que el aceite del pecador no unja mi cabeza. De esa gordura que genera el aceite del pecador, brotan más abundantemente las espinas y los abrojos, y toda raíz de amargura germina más copiosamente. Por lo tanto, quien llama misericordia a la reprensión de los justos, indica suficientemente cómo debe ser recibida, con qué ánimo benigno, con qué mente devota; y cuánta gratitud se le debe tener. Así, para nosotros que la recibimos, será una engorda saludable, no fértil en vicios, como el aceite del pecador, sino en el fruto de aquel que, según el Apóstol, tenemos en santificación (Rom. VI, 22). Pero ¿qué hacemos contigo, oh perezoso, por qué te irritas más ante esta misericordia y te exasperas? ¿Acaso no es buen estiércol el que esparcí en tu campo? ¿De dónde, entonces, tiene piedras? Pero tú, hombre enemigo; porque quien ama la iniquidad, odia su alma: (Salmo X, 6.) tú, digo, hombre enemigo, hiciste esto; que, avanzando para no sacudir tu pereza, sino para excusarla, conviertes el estiércol en piedras para ti, y de lo que debías engordar, te lapidas. Estas cosas se han dicho, hermanos, para que sepáis cuán benignamente debe ser escuchado, cuán devotamente recibido, cuán cuidadosamente conservado todo lo que pertenece a la salvación de las almas, y no como palabra de hombres, sino como (lo que verdaderamente es) palabra de Dios, ya sea que se escuche como consolatoria, como admonitoria, o incluso como reprensiva. Me he excedido, lo confieso, casi olvidando la festividad misma, pero, como creo, no para vuestra insensatez, si lo que habéis escuchado ha quedado firmemente adherido al alma.

4. Y ahora intentemos hablar brevemente de la solemnidad misma. Se celebra el día festivo de los apóstoles de Cristo, a quienes ciertamente sé que se les debe mucho honor de nuestra parte; pero dudo bastante si se les puede rendir alguno. Porque demasiado honrados son tus amigos, Dios; demasiado fortalecido está su principado (Salmo CXXXVIII, 17). ¿Qué, pues? si aún en la tierra podían todo, no en sí mismos, sino en Cristo; ¿qué no podrán hoy viviendo en la eterna felicidad con Él? Mortales aún y destinados a morir, parecían tener el imperio de la vida y la muerte, ciertamente con solo una palabra mortificando a los vivos y resucitando a los muertos: ¿cuánto más ahora, cuando han sido demasiado honrados, demasiado fortalecido está su principado? Pero ¿qué es, hermanos? cuando se celebra hoy la bienaventurada memoria de los apóstoles, ¿acaso se conmemora solemnemente su nacimiento o conversión, o ciertamente su vida o milagros? No es, hermanos, la solemnidad de un nacimiento humano, como hace poco celebrasteis el día natalicio del bienaventurado Juan. Porque él es honrado al nacer, porque nace santificado. En efecto, en Juan solo es más célebre el nacimiento que la pasión; porque aunque sufrió por Cristo, cuando cayó por la justicia y la verdad, sin embargo, nació más evidentemente por Él, ciertamente un hombre enviado por Dios, que nació para esto y vino al mundo para dar testimonio de la verdad (Juan I, 7). Pero tampoco hoy recordamos la conversión de los apóstoles, ni sus milagros, como en ciertos otros días, cuando se recuerda con gozo festivo de la Iglesia la conversión de uno, o la liberación del otro de la cárcel hecha por un ángel. Veneramos especialmente la muerte, que nada entre los hombres es más temido por el juicio humano.

5. Considerad, hermanos, el juicio de la santa Iglesia, juzgando según la fe, no según la apariencia. Porque la muerte de los apóstoles es lo que principalmente recuerda en su

solemnidad. Hoy, ciertamente, Pedro fue crucificado, hoy Pablo fue decapitado. Esta es la causa de la festividad de hoy, esta es la materia de los presentes gozos. Celebrando, pues, el día festivo y alegre, la Iglesia sin duda tiene el espíritu del esposo, el espíritu del Señor: en cuya presencia, como tienes en el salmo: Preciosa es la muerte de sus santos (Salmo CXV, 15). ¿Cuántos, creemos, estuvieron presentes mientras sufrían los apóstoles, que no envidiarían en absoluto sus preciosas muertes? Porque fueron vistos morir a los ojos de los insensatos, y se estimó que su salida era una aflicción, y así fueron vistos morir a los ojos de los insensatos: Pero para mí, dice el Profeta, demasiado honrados son tus amigos, Dios; demasiado fortalecido está su principado. Hermanos, los amigos de Dios parecen morir a los ojos de los insensatos; pero a los ojos de los sabios se juzga que más bien duermen. En efecto, Lázaro dormía, porque era amigo (Juan XI, 11): y cuando da a sus amados el sueño, he aquí la herencia del Señor (Salmo CXXVI, 2, 3).

6. Esforcémonos, hermanos, por vivir la vida de los justos, pero deseemos mucho más morir su muerte. Porque la sabiduría de los justos prefiere las cosas últimas, juzgándonos allí donde nos encuentre. Es absolutamente necesario que el fin de la vida presente se adhiera al principio de la futura, ni allí es tolerable la disimilitud. Porque así como si alguien quisiera coser o unir dos cinturones, sin preocuparse mucho por las otras partes, prepara uniformemente las cabezas que deben unirse, para que no difieran entre sí; así os digo, por muy espiritual que haya sido la conversación, si nuestra consumación es carnal, no se adhiere en absoluto a esa vida espiritual, ni la carne y la sangre podrán heredar el reino de Dios. Hijo, dice el Sabio, recuerda tus postrimerías, y no pecarás (Eclesiástico VII, 40). Sin duda, porque esta recordación hace temeroso; el temor expulsa el pecado, no admite la negligencia.

7. De ahí que Moisés diga de algunos: ¡Ojalá fueran sabios, y entendieran, y previeran sus postrimerías! (Deut. XXXII, 29.) En estas palabras veo que se nos recomiendan tres cosas: sabiduría, inteligencia, providencia. Creo ciertamente que pueden asignarse a tres tiempos, para que una cierta imagen de la eternidad parezca reformarse en nosotros, moderando el presente con sabiduría, juzgando el pasado con inteligencia, previendo el futuro con cautela. Esta es la suma del ejercicio espiritual, este es el estudio espiritual; para que dispongamos sabiamente nuestras cosas presentes, recordemos con amargura de alma nuestras cosas pasadas, y también preveamos con solicitud las futuras. Vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo, dice el Apóstol (Tito II, 12): para que, en efecto, se observe la sobriedad en el presente: para que con justa satisfacción se rediman los tiempos pasados que nos pasaron sin fruto de salvación; para que el escudo de la piedad se oponga a los peligros inminentes del futuro. Porque la piedad, el culto humilde y devoto de Dios, es la única que vale para todo: y no hay otra manera de prever nuestras postrimerías, sino que, considerando con diligencia todos los peligros que parecen inminentes, aprendamos a desconfiar completamente de nuestra industria, más bien de nuestros méritos, y a encomendarnos solo a la protección divina con un afecto piadoso de mente, y con el afecto [en otras versiones falta y efecto] de una intención piadosa hacia aquel cuyo don perfecto y regalo perfecto es la consumación feliz y la muerte preciosa.

8. Tienes en el Evangelio estas tres mismas cosas, encomendadas a ti por el Señor: Bienaventurados, dice, los pobres, bienaventurados los mansos, bienaventurados los que lloran (Mat. V, 3-5). Bienaventurados los que saborean el futuro, rechazando lo presente por el deseo de las cosas celestiales con un cierto sabor interno de la mente. Bienaventurados los que prevén el fin, recibiendo con mansedumbre la palabra implantada, que puede salvar sus almas, y con piedad de corazón tienden hacia la herencia futura. Bienaventurados los que, comprendiendo su error pasado, lavan con frecuentes lágrimas su lecho. ¿Ves qué desea el

hombre santo, qué anhela obtener para aquellos por quienes ora? ¡Ojalá, dice, fueran sabios, y entendieran, y previeran el fin! Como si dijera más claramente: ¡Ojalá hubiera en ellos espíritu de sabiduría, de entendimiento y de consejo! ¡Ojalá se encuentren estas cosas en nosotros, hermanos, para que dispongamos suavemente de todo lo nuestro con sabiduría, para que condenemos los pecados pasados con entendimiento, para que preveamos el futuro con consejo! ¡Ojalá seamos sabios para la moderación de la vida presente! ¡Ojalá entendamos para la corrección del pasado! ¡Ojalá preveamos con fe devota en Dios, para que tengamos, con su misericordia, una feliz consumación! Este es el triple cordón con el que somos llevados a la salvación; una vida ordenada, un juicio recto, una fe devota.

SERMO III. Sobre la lectura del libro de la Sabiduría: «Estos son hombres de misericordia.» (Eclo. XLIV, 10, 11.)

1. Con razón, hermanos, la madre Iglesia atribuye a los santos apóstoles lo que se lee en los libros de la Sabiduría: Estos son hombres de misericordia, cuyas justicias no han caído en el olvido: con su descendencia permanecen los bienes. Son verdaderamente hombres de misericordia, ya sea porque han alcanzado misericordia, ya sea porque están llenos de misericordia, o porque nos han sido dados misericordiosamente por Dios. Y mira cuánta misericordia han alcanzado. Pregunta a Pablo sobre sí mismo, o más bien escucha su confesión espontánea. Fui blasfemo, perseguidor e inicuo; pero alcancé misericordia (I Tim. I, 13). ¿Quién no ha oído cuántos males hizo a los santos en Jerusalén? y no solo en Jerusalén, sino que por toda Judea se dejaba llevar por las riendas de la locura, para desgarrar los miembros de Cristo en la tierra. Finalmente, llevado por esta furia iba, pero fue prevenido por la gracia. Iba respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, y se convirtió en discípulo del Señor, a quien se le mostraría cuánto debía sufrir por su nombre. Iba exhalando un veneno terrible por todo su cuerpo, y de repente fue transformado en vaso de elección, para que su corazón ya eructara una buena palabra, una palabra piadosa, y dijera: Señor, ¿qué quieres que haga? (Hech. IV.) Esta es, sin duda, la transformación de la diestra del Altísimo. Con razón, por tanto, decía: Fiel es esta palabra y digna de toda aceptación, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero (I Tim. I, 15). Tomad, pues, hermanos, esta confianza y consuelo en el bienaventurado Pablo, para que los ya convertidos al Señor no sean demasiado atormentados por la conciencia de los pecados pasados; sino que solo os humille, como a él. Yo soy, dice, el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios (I Cor. XV, 9). Así también nosotros humillémonos bajo la poderosa mano de Dios, y tengamos confianza, porque también nosotros hemos alcanzado misericordia, hemos sido lavados, hemos sido santificados. Y esto, en verdad, para todos nosotros, porque todos hemos pecado y necesitamos esta gloria de Dios.

2. Pero en el bienaventurado Pedro tengo algo más que añadir, tanto más querido cuanto más raro; y cuanto más singular, más sublime. Pues Pablo pecó, pero lo hizo ignorando en su incredulidad: Pedro, cuando cayó, tenía los ojos abiertos. Sin embargo, donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. De aquellos que pecan antes de conocer a Dios, antes de experimentar sus misericordias, antes de llevar el yugo suave y la carga ligera, antes de recibir la gracia de la devoción y las consolaciones del Espíritu Santo; de ellos, digo, es copiosa la redención. Y todos nosotros fuimos tales. Pero de aquellos que después de su conversión se enredan en pecados y vicios, ingratos a la gracia recibida, y después de poner la mano en el arado miran hacia atrás, se vuelven tibios y carnales, o después de conocer el camino de la verdad retroceden como apóstatas manifiestos: de ellos ciertamente encontrarás muy pocos que después de esto regresen a su estado anterior, sino que más bien, puestos en la inmundicia, se ensucian aún más. Sobre ellos el profeta lamenta: ¿Cómo se ha oscurecido el

oro, se ha cambiado el color más excelente? y: Los que se nutrían en escarlata, abrazaron el estiércol (Lam. IV, 1, 5).

3. Sin embargo, si alguno es de este tipo, no desesperamos de él, siempre que quiera levantarse pronto. Porque cuanto más tiempo permanezca, tanto más difícil será levantarse. Bienaventurado el que tomará y estrellará a los pequeños de Babilonia contra la roca: porque si crecen, apenas podrán ser superados. Hijitos, os digo esto para que no pequéis. Pero si alguno peca, tenemos un Abogado ante el Padre, que puede lo que nosotros no podemos: solo que el que ha caído no añada mal al mal para caer más profundamente, sino que más bien se levante, confiando en que tampoco a él se le negará el perdón, si confiesa sus pecados de corazón. Porque si aquel de quien hablamos, Pedro, después de una caída tan grave, volvió a una eminencia tan grande de santidad; ¿quién, después de esto, desesperará, si solo quiere salir de los pecados? Observa lo que está escrito: Salió fuera y lloró amargamente (Mat. XXVI, 75). En la salida entiende la confesión de la boca, en el llanto amargo la compunción del corazón. Y observa que entonces por primera vez recordó la palabra que Jesús había dicho: entonces por primera vez la palabra fue al corazón, por la cual había sido predicha su debilidad, cuando se desvaneció la temeridad presuntuosa. ¡Ay de ti, que después de la caída te muestras más fuerte ante nosotros! ¿Por qué eres tan rígido para tu propia perdición? Inclínate más bien, para que te levantes mejor, y no impidas que se rompa lo que está torcido, para que pueda solidificarse mejor. ¿Por qué te indignas con el gallo que te reprende? Indígnate más bien contigo mismo. Lluvia voluntaria, dice el Salmista, apartarás, Dios, a tu heredad, y se debilitó. Buena debilidad, que se aparta para la heredad, que no rechaza al médico. Porque a los endurecidos, como vasija de alfarero, los quebrará con vara de hierro: y la heredad se debilitó, dice, tú la perfeccionaste (Sal. LXVII, 10).

4. Habéis oído ciertamente cuánta misericordia han alcanzado nuestros apóstoles, para que ya nadie de vosotros se avergüence más de lo necesario por los pecados pasados, compungido en el lecho de su conciencia. ¿Qué, pues? ¿acaso pecaste en el mundo; más que Pablo? Y si incluso en la religión; ¿más que Pedro? Sin embargo, ellos haciendo penitencia de todo corazón, no solo alcanzaron la salvación, sino también la santidad; incluso alcanzaron el ministerio de la salvación y el magisterio de la santidad. Y tú, pues, haz lo mismo, porque por ti la Escritura dice que aquellos hombres son de misericordia: ciertamente por la mucha misericordia que merecieron alcanzar.

5. Sin embargo, también puedes entender en esta palabra que los apóstoles fueron hombres de misericordia, es decir, llenos de misericordia, o hombres de misericordia, es decir, dados misericordiosamente a la Iglesia universal. Sabemos que estos hombres no vivieron para sí mismos, ni murieron para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos; más bien para todos nosotros por él. Porque, ¿cuánto nos beneficiará su justicia, cuando incluso sus pecados, como se ha mostrado, tanto nos han beneficiado? Su vida, su doctrina, incluso su misma muerte, nos beneficia. Porque en su conversión nos dieron los bienaventurados apóstoles la continencia, en su predicación la sabiduría, en su pasión la paciencia. Un cuarto beneficio nos siguen dando hasta hoy, llenos de misericordia, que es el fruto de sus santas oraciones. Aunque incluso en su vida encuentras algo que añadir, la confianza, que nos dieron con la demostración de sus milagros. ¿Y quién enumerará cuántos beneficios nos han llegado a través de ellos? Bien, pues, dice la Escritura de ellos: Porque estos son hombres de misericordia; y añade: Cuyas justicias no han caído en el olvido (Eclo. XLIV).

6. ¿Quieres que tampoco la tuya caiga en el olvido? Cuídate de tres peligros: y florecerá eternamente ante el Señor. Lees: Porque eres tibio, comenzaré a vomitarte de mi boca (Apoc. III, 16); lees: Si el justo se aparta de su justicia, etc., de todas sus justicias no me acordaré

(Ezeq. XVIII, 24); lees que a algunos se les dirá en el juicio: No os conozco (Mat. VII, 23); sin duda a aquellos que recibieron su recompensa. Por tanto, toda justicia tibia, toda transitoria, toda vendida, estará en el olvido ante Dios. Pero no así las justicias de los apóstoles. Lo cual se muestra suficientemente por lo que sigue: Con su descendencia permanecen los bienes. Porque hasta hoy permanecen en nosotros las huellas de los apóstoles; y su religión, porque es de Dios, no puede disolverse. Las vestiduras del pueblo israelita permanecieron íntegras durante cuarenta años en el desierto (Deut. VIII, 4); mucho más las vestiduras de los apóstoles puestas sobre el jumento del Salvador. Con su descendencia, dice. ¿Qué es la descendencia, porque sigue diciendo: Herencia santa son sus nietos? Son ciertamente la misma descendencia y los nietos. Recordáis, creo: hablo a los que conocen la ley: recordáis, digo, el mandato legal, para que el hermano sobreviviente suscite descendencia al hermano fallecido sin descendencia (Gen. XXXVIII, 8; Deut. XXV, 5). ¿Quién sin descendencia? Singularmente, dice, soy yo hasta que pase (Sal. CXL, 10). Por eso, resucitando, dice: Ve, di a mis hermanos (Juan XX, 17). Como si dijera: Son hermanos, hagan lo que hacen los hermanos. Por tanto, por el Evangelio nos engendraron; no obstante, no para sí mismos, sino para Cristo, porque por el Evangelio de Cristo. De ahí que Pablo se molestara porque algunos se decían de ellos, de quienes habían sido engendrados por el Evangelio, indignándose contra aquellos que decían: Yo soy de Pablo, yo soy de Cefas, yo de Apolo (I Cor. I, 12; I Cor. III, 4); queriendo más bien que todos fueran y se dijera de Cristo. Así que somos descendencia de los apóstoles por la predicación; pero por adopción y herencia, descendencia de Cristo, y nietos de los apóstoles.

EN LA ASUNCIÓN DE LA B. V. MARÍA.

SERMO I. Sobre la doble recepción, de Cristo y de María.

1. La Virgen gloriosa hoy ascendiendo a los cielos, sin duda ha colmado de copiosas alegrías a los ciudadanos celestiales. Esta es, en efecto, cuya voz de salutación hace exultar de gozo incluso a aquellos que aún están encerrados en las entrañas maternas (Luc. I, 41). Si el alma del pequeño aún no nacido se derritió cuando María habló, ¿qué pensamos que fue aquella exultación celestial, cuando merecieron escuchar su voz, ver su rostro y disfrutar de su presencia bendita? Pero para nosotros, queridos, ¿cuál es la ocasión de solemnidad en su Asunción, cuál la causa de alegría, cuál la materia de gozo? La presencia de María ilumina todo el orbe: de tal manera que incluso la misma patria celestial ya resplandece más claramente irradiada por el fulgor de la lámpara virginal. Con razón, por tanto, resuena en las alturas la acción de gracias y la voz de alabanza; pero parece que más debemos lamentarnos que aplaudir. Porque, ¿cuánto exulta el cielo por su presencia, no es consecuente que tanto lamente este nuestro mundo inferior su ausencia? Sin embargo, cese nuestra queja, porque tampoco aquí tenemos ciudad permanente; sino que buscamos aquella a la que hoy ha llegado María bendita. En la cual, si somos ciudadanos inscritos, es digno ciertamente que incluso en el exilio, incluso sobre los ríos de Babilonia, nos acordemos de ella, compartamos sus gozos, participemos de su alegría, especialmente aquella que hoy con tan copioso ímpetu alegra la ciudad de Dios, para que también nosotros sintamos las gotas que caen sobre la tierra. Nuestra reina nos ha precedido, nos ha precedido, y ha sido recibida tan gloriosamente, que los siervos sigan confiadamente a la Señora clamando: Atráenos tras de ti; correremos en el olor de tus ungüentos (Cant. I, 3). Nuestra peregrinación ha enviado por adelantado a la abogada, que como madre del Juez, y madre de misericordia, tratará suplicante y eficazmente los asuntos de nuestra salvación.

2. Hoy nuestra tierra ha enviado un precioso regalo al cielo, para que dando y recibiendo se unan en un feliz pacto de amistad las cosas humanas con las divinas, las terrenales con las

celestiales, las bajas con las altas. Porque allí ha ascendido el fruto sublime de la tierra, de donde descienden los dones óptimos y perfectos. Ascendiendo, pues, al cielo la bienaventurada Virgen, también ella dará dones a los hombres. ¿Por qué no habría de darlos? Pues ni le faltará la facultad, ni la voluntad. Es reina de los cielos, es misericordiosa; en definitiva, es madre del unigénito Hijo de Dios. Porque nada puede tanto recomendar la magnitud de su poder o de su piedad: a menos que tal vez no se crea que el Hijo de Dios honre a su madre; o alguien pueda dudar de que el afecto de caridad haya pasado completamente a las entrañas de María, en las cuales la misma caridad que es de Dios reposó corporalmente durante nueve meses.

3. Y esto lo digo por nosotros, hermanos, sabiendo que es difícil que en tanta escasez se pueda encontrar aquella caridad perfecta que no busca lo suyo. Sin embargo, aunque por ahora calle los beneficios que obtenemos por su glorificación; si la amamos, ciertamente nos alegraremos, porque va al Hijo. Claro está, digo, que nos congratularemos con ella, a menos que, ¡Dios no lo quiera! seamos hallados ingratos con la inventora de la gracia. Porque aquel a quien primero ella recibió al entrar en el castillo de este mundo, por él es recibida hoy al entrar en la santa ciudad. Pero, ¿con cuánto honor piensas, con cuánta exultación piensas, con cuánta gloria? Ni en la tierra hubo lugar más digno que el templo del vientre vírginal, en el cual María recibió al Hijo de Dios; ni en los cielos el trono real, en el cual hoy el Hijo de María ha sublimado a María. Feliz ciertamente es cada recepción; inefable cada una, porque cada una es inexcogitable. ¿Por qué, pues, hoy en las iglesias de Cristo se recita la lectura evangélica en la que se entiende que la mujer bendita recibió al Salvador? Creo que es para que esta que celebramos, se estime de alguna manera a partir de aquella recepción, o más bien para que, junto a la inestimable gloria de aquella, se conozca la inestimable de esta. Porque, ¿quién, aunque hable con lenguas de hombres y de ángeles, podría explicar cómo, al sobrevenir el Espíritu, al cubrir la virtud del Altísimo, se hizo carne el Verbo de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas; y el Señor de la majestad, a quien no puede contener el universo de la creación, se encerró en las entrañas virginales hecho hombre?

4. Pero, ¿quién podría siquiera imaginar cuán gloriosa fue hoy la salida de la reina del mundo, y con cuánto afecto de devoción salió toda la multitud de las legiones celestiales a su encuentro: con qué cánticos fue llevada al trono de la gloria; con qué rostro plácido, con qué serena faz, con qué abrazos alegres fue recibida por el Hijo, y exaltada sobre toda criatura, con aquel honor que fue digno de tan gran madre, con aquella gloria que tanto convenía al Hijo? Felices ciertamente los besos impresos en los labios del lactante, a quien la madre virgen aplaudía en su regazo. Pero, ¿no consideraremos más felices aquellos que hoy recibió de la boca del que está sentado a la derecha del Padre, en la bendita salutación, cuando ascendía al trono de la gloria, cantando el epitalamio y diciendo: Bésemme con el beso de su boca? (Cant. I, 1.) ¿Quién narrará la generación de Cristo y la ascensión de María? Porque, ¿cuánto alcanzó de gracia en la tierra sobre los demás, tanto obtiene en los cielos de gloria singular. Y si ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman: lo que ha preparado para quien le engendró, y, lo que es cierto para todos, quien le amó sobre todos, ¿quién lo dirá? Feliz ciertamente María, y múltiplemente feliz, ya sea cuando recibe al Salvador, ya sea cuando es recibida por el Salvador: en ambos casos admirable la dignidad de la Virgen madre: en ambos casos digna de ser abrazada la dignación de la majestad. Entró, dice, Jesús en cierto castillo, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa (Luc. X, 38). Pero más bien debemos dedicarnos a las alabanzas, porque esta festividad se debe a los pregones festivos. Y como las palabras de esta lectura nos proporcionan abundante materia; mañana también, reuniéndonos en uno, será necesario compartir sin envidia lo que se nos haya dado desde arriba, para que en la memoria

de tan gran Virgen no solo se despierte el afecto de devoción, sino que también se edifiquen las costumbres para el progreso de la conversación, en alabanza y gloria de su Hijo nuestro Señor, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

SERMO II. Sobre la casa que debe ser limpiada, adornada, llenada.

1. Entró Jesús en cierto castillo, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa (Luc. X, 38). Oportunamente me parece que en este lugar debe ser asumida la exclamación profética: ¡Oh Israel, cuán grande es la casa del Señor, y cuán inmenso el lugar de su posesión! (Baruc III, 24.) ¿No es inmenso, en comparación con el cual se llama castillo la más espaciosa extensión de esta tierra? ¿No es inmensa la patria y la región inestimable, cuando del Salvador que viene de ella, al entrar en el orbe de la tierra, se dice que entra en un castillo? A menos que alguien piense que debe entenderse por castillo otra cosa que el atrio del fuerte armado, el príncipe de este mundo, cuyos bienes vino a arrebatarse el más fuerte (Luc. XI, 21, 22). Apresurémonos a entrar en esa amplitud de bienaventuranza, hermanos, donde nadie oprime a otro: para que podamos con todos los santos comprender cuál sea la longitud y la anchura, la altura y la profundidad (Efes. III, 18). Y no desesperemos de ello, puesto que el mismo habitante celestial de la patria, incluso su creador, no rehuyó las estrecheces de este pequeño castillo nuestro.

2. Pero, ¿qué significa cuando decimos que entró en la aldea? También entró en el estrechísimo albergue del vientre virginal. De hecho, una mujer lo recibió en su casa. Feliz mujer, que no recibió ya a los exploradores de Jericó, sino más bien al mismo y fortísimo despojador de aquel necio, que verdaderamente cambia como la luna; no mereció recibir a los enviados de Jesús, hijo de Nave, sino al verdadero Jesús, Hijo de Dios. Feliz, digo, la mujer, cuya casa, al recibir al Salvador, se encontró limpia, pero ciertamente no vacía. ¿Quién podría decir vacía a aquella a quien el ángel saluda como llena de gracia? Y no solo eso; sino que también afirma que el Espíritu Santo vendrá sobre ella. ¿Para qué crees, sino para llenarla aún más? ¿Para qué, sino para que, al venir el Espíritu, ya llena de sí misma, con su llegada se haga sobrellena y sobreabundante para nosotros? ¡Ojalá fluyan hacia nosotros esos aromas, es decir, los carismas de las gracias, para que todos recibamos de tan gran plenitud! Ella es nuestra mediadora, ella es por quien hemos recibido tu misericordia, Dios: ella es por quien también nosotros recibimos al Señor Jesús en nuestras casas. Y para cada uno de nosotros, hay un campamento, y cada uno tiene su casa; y la Sabiduría llama a las puertas de cada uno: si alguien le abre, entrará y cenará con él. Hay un proverbio común, que está en boca de muchos, pero más aún en el corazón: "El que guarda su cuerpo, guarda bien su castillo". Sin embargo, el sabio no dice así, sino más bien: "Con toda diligencia guarda tu corazón, porque de él mana la vida" (Prov. IV, 23).

3. Sin embargo, concedamos que hay que ceder a la multitud; que guarde bien su castillo quien guarde su cuerpo. Pero ciertamente hay que preguntarse qué tipo de custodia debe aplicarse a este castillo. ¿Te parece que el alma ha guardado bien el castillo de su cuerpo, cuando sus miembros, como si hubieran hecho una conjura, lo entregaron al dominio de su enemigo? Hay quienes han hecho un pacto con la muerte, un acuerdo con el infierno (Isa. XXVIII, 15). "Engordó", dice, "el amado, y recalcitró; engordó, se hizo grueso, se dilató" (Deut. XXXII, 15). Esta es ciertamente la custodia que es alabada por los pecadores en los deseos de su carne. ¿Qué os parece, hermanos? ¿Debemos ceder también en esta parte a la multitud? ¡De ninguna manera! Preguntemos más bien a Pablo, como líder valiente de la milicia espiritual. Dinos, Apóstol, ¿cuál es la custodia de tu castillo? "Yo", dice, "así corro, no como a la incertidumbre; así peleo, no como quien golpea el aire. Castigo mi cuerpo y lo

reduzco a servidumbre, no sea que, habiendo predicado a otros, yo mismo sea descalificado" (I Cor. IX, 26, 27). Y en otro lugar: "No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus concupiscencias" (Rom. VI, 12). Una custodia ciertamente útil, y feliz el alma que así guarda su cuerpo, para que nunca lo reclame el enemigo. Hubo un tiempo en que este mi castillo fue sometido a la tiranía de aquel impío, quien mandaba con poder sobre todos los miembros. Cuánto daño hizo en ese tiempo, lo indica aún la presente desolación y pobreza. ¡Ay! No dejó en él ni el muro de la continencia, ni el baluarte de la paciencia. Exterminó las viñas, segó las cosechas, arrancó los árboles: pues incluso este mi ojo saqueaba mi alma. Finalmente, si no fuera porque el Señor me ayudó, casi habría habitado mi alma en el infierno. Digo el infierno inferior, donde no hay confesión, de donde a nadie se le permite salir.

4. Sin embargo, incluso entonces no le faltaba cárcel ni infierno. Desde el mismo principio de la conjuración y traición más vil, fue entregada a la custodia carcelaria en su propia casa, y dada a sus propios torturadores. Pues su conciencia era su cárcel, sus torturadores eran la razón y la memoria, y estos ciertamente crueles, severos e inmisericordes: pero mucho menos que aquellos rugientes preparados para devorar, a quienes estaba a punto de ser entregada. Pero bendito sea Dios, que no me entregó como presa a sus dientes. Bendito sea el Señor, que visitó y realizó la redención. Pues cuando el maligno se apresuraba a entregarla al infierno inferior [y a los torturadores], y también a quemar el castillo con fuegos perpetuos, para que se hiciera una retribución digna a los miembros perjuros, vino uno más fuerte. Jesús entró en el castillo, ató al fuerte y saqueó sus bienes; para que lo que antes era para deshonra, lo hiciera para honor. Rompió las puertas de bronce y quebró los cerrojos de hierro, sacando al cautivo de la casa de la cárcel y de la sombra de la muerte. Su salida fue en confesión. Pues esta es la escoba, con la que se limpia y adorna la cárcel, y luego, con ciertos juncos verdes de instituciones regulares, regresa de la cárcel a la casa. Así que la mujer ya tiene su casa, tiene donde recibir a aquel a quien está obligada por tan grandes beneficios. De lo contrario, ¡ay de ella, si se niega a recibirlo, si no lo retiene, si no lo obliga a quedarse con ella, porque ya anochece! Pues el que fue expulsado antes, al regresar, encuentra la casa limpia y adornada, pero vacía.

5. La casa de la mujer queda desierta, ya que descuidó mostrarla digna del hospedaje del Salvador. ¿Cómo, preguntas? ¿Podrá una casa limpiada por la confesión de pecados anteriores, y adornada por la observancia de instituciones regulares, ser juzgada indigna de ser morada de la gracia, de la entrada del Salvador? Sin duda podrá, si está limpiada solo en la superficie, y llena de lodo en su interior, como se ha dicho. ¿Quién pensaría en recibir al Señor en sepulcros blanqueados, que parecen hermosos por fuera, pero por dentro están llenos de inmundicia y podredumbre? Supongamos que, deleitado por la superficie, comienza a poner el pie, concediendo alguna primera gracia de su visita: ¿no retrocederá de inmediato con indignación? ¿No huirá clamando: "Estoy hundido en el lodo profundo, y no hay sustancia"? (Sal. LXVIII, 3). Pues la apariencia de virtud, y no la verdad, es como una cualidad, no una sustancia. Y la delgada superficie de la conversación exterior no puede soportar su entrada; pues todo lo penetra, y su morada está en los corazones más íntimos. Si el cuerpo no está manifiestamente sujeto a pecados, el espíritu de disciplina no habita en él; ciertamente no solo lo evita, sino que huye y se aleja de él (Sab. I, 5). ¿O qué es sino una execrable ficción, si solo raspas el pecado en la superficie, y no lo erradicas desde dentro? Ten por seguro que brotará más abundantemente, y el maligno huésped [o enemigo] que fue expulsado, entrará en la casa limpia pero vacía con otros siete peores. Pues el perro que vuelve a su vómito será mucho más odioso que antes, y se convertirá en hijo del infierno

multiplicadamente, quien después del perdón de los pecados cae de nuevo en las mismas inmundicias, como la cerda lavada en el lodo.

6. ¿Quieres ver una casa limpia, adornada y vacía? Observa al hombre que ha confesado y abandonado los pecados manifiestos que preceden al juicio, y ahora solo mueve las manos a las obras de los mandamientos, con el corazón completamente seco, guiado por una cierta costumbre, como la becerra de Efraín, enseñada a amar la trilla. No pasa por alto ni una jota ni un ápice de las cosas exteriores que valen poco; pero traga el camello mientras cuele el mosquito. Pues en el corazón es esclavo de su propia voluntad, adorador de la avaricia, ávido de gloria, amante de la ambición; o alimenta todos estos vicios, o cada uno de ellos en su interior: y la iniquidad se engaña a sí misma, pero Dios no se burla. A veces ves a un hombre tan disfrazado, que incluso se engaña a sí mismo, sin prestar atención al gusano que devora sus entrañas. Pues la superficie permanece, y cree que todo está a salvo. "Comieron", dice el profeta, "los extranjeros su fuerza, y él no lo supo" (Oseas VII, 9). Dice: "Porque soy rico, y de nada tengo necesidad: cuando es pobre, y miserable, y desdichado" (Apoc. III, 17). Pues cuando surge la ocasión, ves que la pus que estaba oculta en la llaga brota, y el árbol cortado, no arrancado de raíz, brota en un bosque más denso. Si queremos evitar este peligro, es necesario que pongamos el hacha a la raíz de los árboles, no a las ramas. No se encuentre en nosotros solo el ejercicio corporal, que vale poco: sino que se encuentre la piedad útil para todo, y el ejercicio espiritual.

7. "Una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa; y tenía una hermana, llamada María". Son hermanas, y deben ser compañeras. Esta se ocupa en el frecuente ministerio, aquella está atenta a las palabras del Señor. A Marta le corresponde el adorno, pero la plenitud a María. Pues está vacante para el Señor, para que la casa no esté vacía. Pero, ¿a quién podemos atribuir la limpieza? Pues si también encontramos esto, habrá una casa en la que el Salvador es recibido, y estará limpia, adornada y no vacía. Démosla a Lázaro, si también os parece bien. Pues también por derecho de fraternidad esta casa es común con las hermanas. Digo Lázaro, a quien la voz de la virtud resucita de entre los muertos, ya de cuatro días y apestando, para que parezca representar adecuadamente la forma del penitente. Que el Salvador entre en la casa, y la visite frecuentemente, la cual el penitente Lázaro limpia, Marta adorna, y María llena, dedicada a la contemplación interna.

8. Pero tal vez alguien más curioso pregunte por qué en la presente lectura evangélica no se menciona en absoluto a Lázaro. Creo ciertamente que esto no difiere de la similitud propuesta. Pues queriendo el Espíritu que se entienda una casa virginal, no mencionó incongruentemente la penitencia, que acompaña al mal. Pues no se diga que esta casa tuvo alguna vez contaminación propia, para que en ella se buscara la escoba de Lázaro. Pues si bien trajo la mancha original de los padres; pero menos que Jeremías santificada en el vientre, o no más que Juan llena del Espíritu Santo, la piedad cristiana prohíbe creer: pues no sería honrada con alabanzas festivas al nacer, si no naciera santa. Finalmente, cuando de todas maneras consta que María fue limpiada de la contaminación original solo por la gracia, ya que ahora en el bautismo solo la gracia lava esta mancha, y solo la piedra de la circuncisión la rasuró en otro tiempo: si, como es piadoso creer, María no tuvo pecado propio, la penitencia estuvo lejos de su corazón inocentísimo. Que Lázaro esté, pues, entre aquellos cuya conciencia necesita ser limpiada de obras muertas: que se retire entre los heridos que duermen en los sepulcros, para que en el tálamo virginal se encuentren solo Marta y María. Pues ella es la que sirvió humildemente a Isabel, embarazada y anciana, durante unos tres meses (Luc. I, 56); ella es la que conservaba las palabras que se decían sobre el Hijo, meditándolas en su corazón (Luc. II, 19).

9. Que a nadie le sorprenda, pues, que al recibir la mujer al Señor, no se llame María, sino Marta: cuando en esta única y suprema María se encuentra el negocio de Marta, y el no ocioso ocio de María. Toda la gloria de la hija del rey es interior: sin embargo, está vestida de variedad en fimbrias de oro. No es del número de las vírgenes insensatas: es una virgen prudente; tiene lámpara, pero lleva aceite en su vaso. ¿Acaso habéis olvidado aquella parábola evangélica, que narra que las vírgenes insensatas fueron prohibidas de entrar en las bodas? (Mat. XXV, 1-13). Su casa estaba limpia, pues eran vírgenes: estaba adornada, porque todas juntas, es decir, las insensatas con las prudentes, adornaron las lámparas; pero estaba vacía, porque no llevaron aceite en sus vasos. Por eso, el esposo celestial no se digna recibirlas en sus casas, ni admitirlas a las bodas. No así la mujer fuerte, que aplastó la cabeza de la serpiente. Pues tienes después de mucho en sus alabanzas, que "no se apagará su lámpara en la noche" (Prov. XXXI, 18). Esto se dice en reproche de las insensatas, que al venir el esposo a medianoche, se quejan tarde, y dicen: "Nuestras lámparas se apagan". Así pues, salió la gloriosa Virgen, cuya lámpara ardentísima fue un milagro de luz incluso para los ángeles, para que dijeran: "¿Quién es esta que surge como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol?" (Cant. VI, 9). Pues resplandecía más claramente que las demás, ya que Cristo Jesús, su Hijo, nuestro Señor, la había llenado de la gracia más que a sus compañeras.

SERMO III. De María, Marta y Lázaro. (Luc. X, 38-42.)

1. Jesús entró en una aldea, y una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. ¿Qué es, hermanos, que de las dos hermanas solo se lee que una recibió al Señor, y precisamente la que parece inferior? Pues María eligió la mejor parte, según el testimonio de aquel a quien Marta recibió. Pero Marta parece ser la mayor, y el inicio de la salvación se conoce más por la acción que por la contemplación. Cristo alaba a María, pero es recibido por Marta. Jacob ama a Raquel, pero se le da a Lea sin saberlo. Si se queja de la trampa, oírás que no es costumbre entregar primero a las más jóvenes en matrimonio (Gen. XXIX, 23-26). Si consideras esta casa terrenal, será fácil saber cómo en ella Marta recibe más al Señor que María. Pues lo que dice el Apóstol: "Glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo" (I Cor. VI, 20), se dice a Marta, no a María. Esta ciertamente usa el instrumento del cuerpo, mientras que para aquella es un impedimento. Pues "el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas" (Sab. IX, 15). ¿Acaso también al que obra? Marta, pues, recibe al Salvador en su casa en la tierra: María más bien piensa en cómo será recibida por él en la casa no hecha por manos, eterna en los cielos. Sin embargo, tal vez también ella parece haber recibido al Señor, pero en espíritu: pues el Señor es espíritu.

2. "Esta", dice, sin duda refiriéndose a Marta, "tenía una hermana llamada María, que sentada a los pies de Jesús, escuchaba su palabra". Ves que ambas recibieron al Verbo, esta en la carne, aquella en la voz. Pero Marta se afanaba en el frecuente ministerio. Se levantó y dijo: "Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir?" ¿Crees que en la casa donde se recibe a Cristo se escuchará la voz de la murmuración? Feliz casa, y siempre bendita es la congregación donde Marta se queja de María. Pues es indigno, completamente ilícito, que María emule a Marta. En ninguna parte lees que María se queje diciendo: "Porque mi hermana me ha dejado sola para vacar". ¡Lejos esté que quien vaca para Dios aspire a la tumultuosa vida de los oficiales hermanos! Marta siempre se siente insuficiente y menos idónea, y desea más bien que otros se le unan en la obra que administra. Pero Jesús le respondió: "Marta, Marta, estás preocupada y turbada por muchas cosas". Mira la prerrogativa de María, a quien tiene como abogado en toda causa. Pues el fariseo se indigna (Luc. VII, 39), la hermana se queja, incluso los discípulos murmuran (Mat. XXVI, 8): en

todas partes María calla, y Cristo habla por ella. "María ha elegido la mejor parte, que no le será quitada en la eternidad". Esto es lo único necesario; esta es la única cosa que el Profeta buscaba tan diligentemente: "Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré" (Sal. XXVI, 4).

3. Pero, hermanos, ¿qué significa que María haya elegido la mejor parte? ¿Dónde quedará lo que solemos decir contra ella, si alguna vez quiere juzgar la turbación de la administradora Marta: "Mejor es la iniquidad del hombre que la mujer que hace el bien"? (Ecli. XLII, 14). ¿Dónde quedará aquello: "Si alguno me sirve, mi Padre lo honrará"? (Juan XII, 26). ¿Y aquello: "El que es mayor entre vosotros, será vuestro servidor"? (Mat. XX, 26). Finalmente, ¿qué consuelo hay para el que trabaja, si en su reproche se exalta la parte de la hermana? Por tanto, creo que una de dos cosas: o que María es alabada por su elección, porque esa parte, en cuanto depende de nosotros, debe ser elegida por todos; o ciertamente que no le faltó nada, ni se precipitó en ninguna parte, sino que estaba preparada para la obediencia del preceptor en cualquier cosa. Pues ¿quién como David es fiel, entrando y saliendo, y yendo al mandato del rey? (I Sam. XXII, 14). Finalmente, "mi corazón está preparado, mi corazón está preparado" (Sal. LVI, 8); no solo una vez, sino también una segunda, tanto para vacar para ti como para servir a los prójimos. Esta es ciertamente la mejor parte, que no será quitada: esta es la mejor mente, que no cambiará a dondequiera que la llames. "Adquiere un buen grado, quien bien sirva" (I Tim. III, 13). Quizás mejor quien bien vaca para Dios; pero óptimo quien es perfecto en ambos. Aún digo una cosa, si es lícito sospecharlo de Marta. ¿No parece que considero ociosa a aquella a quien pidió como ayudante? Pero es carnal, y no percibe en absoluto las cosas del espíritu de Dios, si acaso alguien acusa a un alma vacante de su vacación. Que oiga, pues, que esta es la mejor parte, que permanece para siempre. ¿Acaso no parece de alguna manera ruda el alma que, completamente ajena a la contemplación divina, entra en aquella región donde esta es la única obra de todos, el único estudio, la misma vida?

4. Pero consideremos, hermanos, cómo en esta nuestra casa la ordenación de la caridad ha distribuido estas tres cosas: la administración de Marta, la contemplación de María, y la penitencia de Lázaro. Todo alma perfecta posee estas cualidades simultáneamente; sin embargo, parece que cada una pertenece más a individuos específicos, de modo que algunos se dedican a la santa contemplación, otros a la administración fraterna, y otros a recordar en la amargura de su alma sus años, como heridos que duermen en los sepulcros. Así es, ciertamente, así debe ser, que María piense piadosa y sublimemente sobre su Dios, Marta benigna y misericordiosamente sobre su prójimo, y Lázaro miserable y humildemente sobre sí mismo. Que cada uno considere su grado. Si en esta ciudad se encuentran Noé, Daniel, Job; ellos se salvarán por su justicia, dice el Señor: pero no salvarán a su hijo o hija (Ezequiel XIV, 14-16). No halagamos a nadie: ¡ojalá ninguno de ustedes se engañe a sí mismo! Pues a quienes no se les ha confiado ninguna dispensación, ninguna administración, deberán sentarse, ya sea a los pies de Jesús con María, o ciertamente con Lázaro dentro de los límites del sepulcro. ¿Por qué no habría de turbarse Marta por muchas cosas, si está preocupada por muchas? Pero a ti, a quien no se le impone esta necesidad, una cosa es necesaria: o no turbarse en absoluto, sino deleitarse más en el Señor; o, si aún no puedes, no turbarte por muchas cosas, sino, como dice el profeta de sí mismo, hacia ti mismo (Salmo XLI, 7).

5. Repito, para que nadie tenga excusa por ignorancia: es necesario, hermano, que a quien no le concierne la construcción o el gobierno del arca de Noé entre las olas del diluvio, sea un hombre de deseos, como lo era Daniel; o con el bienaventurado Job, un hombre de dolores y conecedor de la debilidad. De lo contrario, temo que el que te desea encontrar caliente por la consideración de sí mismo y ardiente con el fuego de la caridad, o frío por el conocimiento de él mismo, y apagando con el agua de la compunción los dardos encendidos del diablo, te

vomite de su boca por ser tibio y provocar náuseas. Pero también es necesario que Marta misma sea advertida, que lo que más se busca entre los dispensadores es que se encuentre a alguien fiel. Será fiel si no busca lo suyo, sino lo de Jesucristo, para que su intención sea pura; ni haga su propia voluntad, sino la del Señor, para que su acción sea ordenada. Hay quienes no tienen el ojo simple, y reciben su recompensa. Hay quienes son llevados por sus propios impulsos del alma, y todo lo que ofrecen está contaminado, ya que sus voluntades se encuentran en ellos. Ven ahora conmigo al cántico nupcial, y consideremos cómo el esposo, al llamar a la esposa, no omitió ninguno de estos tres, ni añadió nada a ellos. Levántate, dice, apresúrate, amiga mía, hermosa mía, paloma mía, y ven (Cantar de los Cantares II, 10). ¿No es amiga, quien atenta a las ganancias del Señor, fielmente también pone su alma por él? Pues cuantas veces interrumpe su estudio espiritual por uno de los más pequeños de él, tantas veces pone espiritualmente su alma por él. ¿No es hermosa, quien con el rostro descubierto contemplando la gloria del Señor, se transforma en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor? (II Corintios III, 18.) ¿No es paloma, quien llora y gime en las hendiduras de la roca, en las cavernas de la pared (Cantar de los Cantares II, 14), como sepultada bajo la piedra?

6. Una mujer, llamada Marta, lo recibió en su casa. Es cierto que los hermanos oficiales ocupan este lugar, a quienes la mirada de la caridad fraterna ha asignado diversas administraciones. ¡Ojalá yo mismo merezca ser encontrado fiel entre los dispensadores! Pues, ¿a quiénes más convenientemente se les puede aplicar lo que el Señor dijo: Marta, Marta, estás preocupada, que a los prelados, si están dignamente en la preocupación? ¿O quién se turba por muchas cosas, sino aquel a quien le incumbe toda la preocupación de María vacante, de Lázaro penitente, y también de aquellos a quienes reparte sus cargas? Mira a Marta preocupada, mira a Marta turbada por muchas cosas. Hablo del apóstol, quien al advertir a los prelados sobre la preocupación, lleva él mismo la preocupación de todas las Iglesias. ¿Quién se enferma, dice, y yo no me enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? (II Corintios XI, 29.) Que Marta, por tanto, reciba al Señor en su casa, a quien ciertamente se le ha confiado la dispensación de la casa. Es mediadora, para obtener la salvación tanto para sí misma como para sus súbditos, reciba la gracia, como está escrito: Reciban los montes paz para el pueblo, y los collados justicia (Salmo LXXI, 3). Que los demás colaboradores suyos reciban cada uno según la calidad de su ministerio; reciban a Cristo, sirvan a Cristo, le ministren en sus miembros, aquel en los hermanos enfermos, aquel en los pobres, aquel en los huéspedes y peregrinos.

7. A quienes así están preocupados por el frecuente ministerio, que María vea cómo está vacante, y vea que el Señor es suave. Vea, digo, con cuánta devoción de mente, con cuán tranquilo ánimo se sienta junto a los pies de Jesús, teniéndolo siempre ante su vista, y recibiendo las palabras de su boca, cuyo aspecto es deleitable, y su elocuencia dulce. Porque la gracia se ha derramado en sus labios, y es hermoso en forma más que los hijos de los hombres, incluso más que toda la gloria de los ángeles. Alégrate y da gracias, María, que elegiste la mejor parte. Bienaventurados son los ojos que ven lo que tú ves, y los oídos que merecen oír lo que oyes. Bienaventurada ciertamente, que percibes las venas del susurro divino en el silencio, en el cual ciertamente es bueno para el hombre esperar al Señor. Sé simple, no solo sin engaño y simulación, sino también sin la multiplicidad de ocupaciones, para que contigo esté su conversación, cuya voz es dulce, y su rostro hermoso. Cuida una cosa, no comiences a abundar en tu propio sentido, y quieras saber más de lo que es necesario saber: no sea que mientras sigues la luz, caigas en las tinieblas, engañada por el demonio del mediodía, del cual no es el momento de discutir ahora. ¿Dónde ha llegado Lázaro? ¿Dónde lo pusieron? Hablo a las hermanas, que sepultaron al hermano con la predicación y el

ministerio, con el ejemplo y la oración. ¿Dónde, pues, lo pusieron? Está escondido en una fosa de tierra, yace bajo una piedra, no se encuentra fácilmente. Por lo tanto, no será inapropiado reservar el cuarto sermón para el cuarto día, para que, siguiendo el ejemplo del Salvador, al escuchar: He aquí, el que amas está enfermo (Juan XI, 3), también nosotros permanezcamos aquí en este día.

SERMO IV. Sobre el cuarto día de Lázaro, y el elogio de la Virgen.

1. Es tiempo de hablar para toda carne, cuando la madre del Verbo encarnado es asumida al cielo; y la mortalidad humana no debe cesar de alabar, cuando la naturaleza del hombre sola es exaltada sobre los espíritus inmortales en la Virgen. Pero la devoción no permite guardar silencio sobre su gloria, ni el pensamiento estéril puede concebir algo digno, ni la locución inexperta puede dar a luz. De ahí que incluso los príncipes de la corte celestial, al considerar tal novedad, claman no sin admiración: ¿Quién es esta que sube del desierto, rebosante de delicias? (Cantar de los Cantares VIII, 5.) Como si dijeran más claramente: ¿Cuán grande es esta? ¿O de dónde le viene tanta abundancia de delicias al ascender del desierto? Pues no se encuentran delicias iguales ni en nosotros, que en la ciudad del Señor nos alegra el ímpetu del río, que bebemos del torrente de la gloria de su rostro. ¿Quién es esta que sube de debajo del sol, donde no hay más que trabajo y dolor, y aflicción de espíritu, rebosante de delicias espirituales? ¿Por qué no habría de llamar delicias al decoro de la virginidad con el don de la fecundidad, la insignia de la humildad, el panal destilante de caridad, las entrañas de misericordia, la plenitud de gracia, la prerrogativa de gloria singular? Ascendiendo, pues, del desierto la reina del mundo, incluso a los santos ángeles, como canta la Iglesia, se ha hecho hermosa y suave en sus delicias. Sin embargo, que dejen de maravillarse de las delicias de este desierto, porque el Señor ha dado benignidad, y nuestra tierra ha dado su fruto (Salmo LXXXIV, 13). ¿Por qué se maravillan de que María suba del desierto rebosante de delicias? Más bien, que se maravillen de Cristo pobre descendiendo de la plenitud del reino celestial. Pues parece digno de un milagro mucho mayor que el Hijo de Dios sea hecho un poco menor que los ángeles, que la madre de Dios sea exaltada sobre los ángeles. Porque su abajamiento se ha convertido en nuestra plenitud: su miseria, en las delicias del mundo. Pues siendo rico, por nosotros se hizo pobre, para que por su pobreza fuésemos enriquecidos (II Corintios VIII, 9). Pero también la ignominia de la cruz se ha convertido en la gloria de los creyentes.

2. Sin embargo, nuestra vida se apresura al sepulcro, para que el que lleva cuatro días muerto sea devuelto del sepulcro: y busca a Lázaro, de quien hoy (si bien lo recuerda vuestra caridad) se debe el sermón, para que sea buscado y encontrado por Lázaro. Porque en esto está la caridad, no como si nosotros hubiéramos amado a Dios, sino porque él nos amó primero. Actúa, pues, Señor, busca al que amas, para que también lo hagas amante y buscador. Busca dónde lo pusieron: pues yace encerrado, atado, cargado. Yace en el calabozo de la conciencia, está retenido por las cadenas de la disciplina, y como si una piedra estuviera puesta sobre él, es oprimido y agobiado por el peso de la penitencia, especialmente porque falta por el momento un amor fuerte como la muerte, y la caridad que todo lo soporta; y en todo esto ya hiede, Señor: pues lleva cuatro días. Creo que ya muchos ingenios se adelantan para entender a quién quiero llamar Lázaro: sin duda, a aquel que recientemente muerto por el pecado cavó para sí una pared, para ver muchas abominaciones (Ezequiel VIII, 8, 9), y las malas de su corazón perverso e inescrutable, y según otro profeta ha entrado en la roca, escondido en una fosa de tierra ante la ira del Señor (Isaías II, 10).

3. Pero, ¿qué significa: Señor, ya hiede; pues lleva cuatro días? Pues tal vez no cualquiera entienda de inmediato este hedor y estos cuatro días. Yo considero que el primer día es el del temor, en el cual ciertamente, al iluminar nuestros corazones, morimos al pecado, y de algún

modo somos sepultados en nuestras conciencias. El segundo, si no me equivoco, se lleva a cabo en el trabajo del combate. Pues suele al principio de la conversión surgir más intensamente la tentación de la mala costumbre, y apenas pueden extinguirse los dardos encendidos del diablo. El tercero, no obstante, parece ser de dolor; mientras uno recuerda sus años en la amargura de su alma, y no tanto se esfuerza por evitar lo futuro, como deplora llorando lo pasado. ¿Te sorprende que haya llamado días a estos? Pero tales días se deben a la sepultura, días de niebla y oscuridad, días de luto y amargura. Sigue el día de la vergüenza, no diferente de los tres: cuando ya con horrible confusión se cubre el alma miserable, mientras considera demasiado lo que y cuánto ha delinquido, y en los ojos del corazón gira imágenes tétricas de los pecados. Un alma así no disimula nada, sino que juzga, agrava, exagera todo: no se perdona a sí misma, juez severo consigo misma. Útil es ciertamente la exacerbación, y digna de misericordia la crueldad, fácilmente conciliando la gracia divina, mientras la mente se emula incluso contra sí misma. Sin embargo, Lázaro, ven fuera, no permanezcas más tiempo en tanto hedor. La carne podrida está próxima a la putrefacción; y quien se confunde más vehementemente y se consume, está cerca de desesperar. Por eso, Lázaro, ven fuera. Un abismo llama a otro abismo: el abismo de la luz y la misericordia, al abismo de la miseria y las tinieblas. Mayor es su bondad que tu iniquidad: y donde abunda el pecado, hace que la gracia sobreabunde. Lázaro, dice, ven fuera (Juan XI, 39, 43). Como si dijera más claramente: ¿Hasta cuándo te retendrá la oscuridad de tu conciencia? ¿Cuánto tiempo en tu lecho te compungirás con corazón pesado? Ven fuera, avanza, respira en la luz de mis misericordias. Pues esto es lo que leíste en el profeta: Refrenaré tu boca con mi alabanza, para que no perezcas (Isaías XLVIII, 9). Más claramente también otro profeta sobre sí mismo: A mí mismo, dice, mi alma está turbada; por eso oro recordando de ti (Salmo XLI, 7).

4. Ahora bien, ¿qué significa lo que dice: Quitad la piedra, y poco después, desatadlo? (Juan XI, 39, 44.) ¿Acaso después de la visita de la gracia consoladora cesará de hacer penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos; o desechará la disciplina, si acaso el Señor se enoja, y perecerá del camino justo? ¡De ninguna manera! Que se quite la piedra, pero que la penitencia permanezca, no ya oprimiendo y agobiando, sino fortaleciendo y confirmando más bien la mente viva y robusta: ciertamente cuyo alimento sea, que antes no conocía, hacer la voluntad del Señor. Así también la disciplina ya no constriñe al libre, según aquello: No está puesta la ley para los justos (I Timoteo I, 9); sino que guía al voluntario, y lo dirige en el camino de la paz. Sobre esta resurrección de Lázaro canta más claramente el profeta: No dejarás mi alma en el infierno; porque, como recuerdo haber dicho el segundo día de esta festividad, el infierno y la cárcel del alma es la conciencia culpable. Ni permitirás que tu santo (no el suyo propio, sino ciertamente el tuyo, a quien tú santificas) vea corrupción. Pues ciertamente estaba próximo a la corrupción el que llevaba cuatro días muerto, que ya comenzaba a heder. Estaba cerca de disolverse por completo, y al llegar al fondo de los males el impío despreciaría; pero prevenido por la voz de la virtud, y vivificado por ella, da gracias diciendo: Me has hecho conocer los caminos de la vida, me llenarás de alegría con tu rostro (Salmo XV, 10, 11). Pues a la contemplación de él me has llamado y sacado del infierno mi alma: mientras mi espíritu se angustiaba sobre mí, mirando el rostro de mi propia conciencia demasiado abominable. Clamó, dice, con gran voz: Lázaro, ven fuera; con gran voz ciertamente, no tanto sonora, sino magnífica en piedad y virtud.

5. Pero, ¿a dónde hemos llegado? ¿Acaso no seguíamos a la Virgen ascendiendo sobre los cielos? Y he aquí que con Lázaro descendemos al abismo. Del esplendor de la virtud al hedor del que lleva cuatro días muerto, la oración ha corrido rápidamente. ¿Por qué esto, sino porque éramos llevados por nuestro propio peso; y nos arrastraba la materia, tanto más

abundante ciertamente, cuanto más familiar? Confieso mi impericia, no escondo mi propia pusilanimidad. No hay ciertamente nada que más me deleite, pero tampoco que más me aterre, que tener un discurso sobre la gloria de la Virgen madre. Pues aunque calle por ahora el privilegio inefable de los méritos, y la prerrogativa completamente singular, la abrazan con tanto afecto de devoción, la honran, la reciben, como es digno, todos, que aunque todos deseen hablar de ella; sin embargo, cualquier cosa que se diga sobre lo indecible, por el mismo hecho de que pudo decirse, sea menos grata, menos placentera, menos aceptada. ¿Por qué no habría de saber menos, cualquier cosa que la mente humana pueda comprender sobre la gloria incomprensible? Pues si en ella alabo la virginidad, muchas vírgenes después de ella me parecen ser ofrecidas. Si predico la humildad, se encontrarán tal vez pocos, que, enseñados por su Hijo, se han hecho mansos y humildes de corazón (Mateo XI, 29). Si quiero magnificar la multitud de su misericordia, hay algunos hombres de misericordia, incluso mujeres. Hay una cosa, en la que ni se ha visto primera semejante, ni tiene seguidora, teniendo los gozos de madre con el honor de la virginidad. María ha elegido la mejor parte (Lucas X, 42). La mejor ciertamente, porque la fecundidad conyugal es buena, pero mejor es la castidad virginal; sin duda alguna, la mejor es la fecundidad virginal, o la virginidad fecunda. Es privilegio de María, no se dará a otro, porque no se le quitará. Es singular, pero se encuentra también inmediatamente indecible, para que nadie pueda alcanzarlo, así tampoco siquiera expresarlo. ¿Qué si añades aquello, de quién es madre? ¿Qué lengua podrá ya, aunque sea angélica, elevar con dignas alabanzas a la Virgen madre; madre, sin embargo, no de cualquiera, sino de Dios? Doble novedad, doble prerrogativa: doble milagro, pero digno ciertamente y muy apropiadamente conveniente. Pues ni otro hijo convenía a la virgen, ni otro parto a Dios.

6. Sin embargo, no solo esto, si prestas atención diligente, sino que también encontrarás en María otras virtudes completamente singulares, que parecían ser comunes. Pues, ¿qué pureza angélica se atrevería a compararse con aquella virginidad, que fue digna de ser el santuario del Espíritu Santo, y la morada del Hijo de Dios? Si valoramos el precio de las cosas por su rareza, quien primero en la tierra propuso llevar una vida angélica, está sobre todos. ¿Cómo, dice, será esto? porque no conozco varón. Inamovible propósito de virginidad, que ni siquiera al ángel prometiendo un hijo vaciló en lo más mínimo. ¿Cómo, dice, será esto? Pues no de la manera en que suele hacerse en los demás. No conozco varón en absoluto, ni por deseo de hijo, ni por esperanza de prole.

7. ¿Cuán grande y cuán preciosa es la virtud de la humildad con tanta pureza, con tanta inocencia, con una conciencia completamente sin falta, más aún con tanta plenitud de gracia? ¿De dónde te viene la humildad, y tanta humildad, oh bienaventurada? Digna ciertamente de que el Señor la mirara, cuyo rey deseara su belleza, cuyo suavísimo olor fuera atraído desde aquel eterno lecho del seno paterno. Pues mira cuán claramente se armonizan el cántico de nuestra Virgen y el cántico nupcial: ciertamente cuyo útero fue el tálamo del esposo. Escucha a María en el Evangelio: Ha mirado, dice, la humildad de su sierva (Lucas I, 34, 48). Escucha a la misma en el epitalamio: Mientras el rey estaba en su lecho, mi nardo dio su olor (Cantar de los Cantares I, 11). Pues el nardo es una hierba humilde, y purga el pecho: para que sea evidente que la humildad se designa con el nombre de nardo, cuyo olor y belleza hallaron gracia ante Dios.

8. Que tu misericordia calle, Virgen bendita, si hay alguien que recuerde que, al invocarte en sus necesidades, le hayas fallado. Nosotros, tus humildes siervos, nos alegramos contigo en las demás virtudes, pero en esta especialmente para nuestro propio beneficio. Alabamos tu virginidad, admiramos tu humildad; pero la misericordia es más dulce para los miserables,

abrazamos la misericordia con más cariño, la recordamos con más frecuencia, la invocamos más a menudo. Pues esta es la que obtuvo la reparación de todo el mundo, la que consiguió la salvación de todos. Es evidente que estuviste preocupada por todo el género humano, a quien se le dijo: No temas, María, has hallado gracia (Luc. I, 30), ciertamente la que buscabas. ¿Quién, entonces, puede investigar la longitud y la latitud, la altura y la profundidad de tu misericordia, oh bendita? Pues su longitud socorre a todos los que la invocan hasta el último día. Su latitud llena el orbe de la tierra, para que también tu misericordia llene toda la tierra. Así, la altura de la ciudad celestial encuentra restauración, y su profundidad obtiene redención para los que están sentados en tinieblas y en sombra de muerte. Pues por ti el cielo se llenó, el infierno fue evacuado, las ruinas de la Jerusalén celestial fueron restauradas, y a los miserables que esperaban se les dio la vida perdida. Así, la caridad más poderosa y piadosa abunda tanto en el afecto de compadecerse como en el efecto de socorrer, igualmente rica en ambos.

9. A esta fuente, por tanto, apresúrese nuestra alma sedienta: a este cúmulo de misericordia recurra toda nuestra miseria con toda solicitud. He aquí que ya con los votos que pudimos te hemos acompañado al Hijo, y te hemos seguido al menos de lejos, Virgen bendita. Que de aquí en adelante sea de tu piedad hacer conocida al mundo la gracia que hallaste ante Dios; obteniendo con tus santas plegarias perdón para los culpables, curación para los enfermos, fortaleza para los pusilánimes, consuelo para los afligidos, ayuda y liberación para los que están en peligro. En este día de solemnidad y alegría, que Jesús Cristo, tu Hijo, nuestro Señor, quien es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos, conceda a tus siervos que invocan tu dulcísimo nombre de María con alabanza, los dones de su gracia a través de ti, reina clemente. Amén.

DOMINGO DENTRO DE LA OCTAVA DE LA ASUNCIÓN DE LA B. V. MARÍA.
SERMON Sobre las doce prerrogativas de la B. V. María, a partir de las palabras del Apocalipsis XII, 1: «Apareció una gran señal en el cielo: una Mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y en su cabeza una corona de doce estrellas.»

1. Verdaderamente, amados, un hombre y una mujer nos hicieron mucho daño: pero, gracias a Dios, por un hombre y una mujer todo se restaura; y no sin gran ganancia de gracias. Pues no como el delito, así también el don; sino que la magnitud del beneficio excede la estimación del daño. Así, ciertamente, el artífice más prudente y clemente, lo que estaba quebrantado, no lo rompió, sino que lo restauró de manera más útil, para que nos formara un nuevo Adán del viejo, y transfiriera a Eva en María. Y ciertamente Cristo podía bastar; pues incluso ahora toda nuestra suficiencia es de él; pero no era bueno para nosotros que el hombre estuviera solo. Era más adecuado que ambos sexos estuvieran presentes en nuestra reparación, de los cuales ninguno faltó en la corrupción. Verdaderamente fiel y poderoso mediador entre Dios y los hombres es el hombre Cristo Jesús, pero los hombres reverencian en él la majestad divina. La humanidad parece absorbida en la deidad, no porque la sustancia haya cambiado, sino porque el afecto se ha deificado. No solo se le canta misericordia, también se le canta juicio (Sal. C. 1); porque, aunque aprendió de lo que sufrió a ser compasivo, para hacerse misericordioso, sin embargo, tiene también poder judicial. Finalmente, nuestro Dios es un fuego consumidor (Deut. IV, 24; Hebr. XII, 29). ¿Por qué no temerá el pecador acercarse, no sea que, así como la cera se derrite ante el fuego, así perezca él ante la faz de Dios?

2. Ahora, pues, ni la misma mujer bendita entre las mujeres parecerá ociosa: ciertamente se encontrará su lugar en esta reconciliación. Pues se necesita un mediador para este mediador, y no hay otro más útil para nosotros que María. Eva fue una mediadora demasiado cruel, por

quien la serpiente antigua infundió su veneno pestilente incluso al mismo hombre; pero María es fiel, quien ofreció el antídoto de la salvación tanto a hombres como a mujeres. Aquella fue ministra de seducción; esta, de propiciación: aquella sugirió la transgresión, esta introdujo la redención. ¿Por qué la fragilidad humana temería acercarse a María? No hay nada austero en ella, nada terrible: es toda suave, ofreciendo a todos leche y lana. Revisa diligentemente toda la serie de la historia evangélica: y si acaso encuentras algo de reproche, algo duro, o alguna señal de leve indignación en María, de ahora en adelante tenla por sospechosa, y teme acercarte. Pero si, como realmente son, encuentras que todas las cosas que le conciernen están llenas más bien de piedad y gracia, llenas de mansedumbre y misericordia; da gracias a quien te proveyó de una mediadora tan benigna con la más misericordiosa compasión, en la que nada puede ser sospechoso. Finalmente, se hizo todo para todos, y con la más copiosa caridad se hizo deudora a sabios e insensatos. Abre el seno de su misericordia a todos, para que de su plenitud reciban todos, el cautivo redención, el enfermo curación, el triste consuelo, el pecador perdón, el justo gracia, el ángel alegría, finalmente toda la Trinidad gloria, la persona del Hijo la sustancia de la carne humana; para que no haya quien se esconda de su calor.

3. ¿Crees que es la mujer vestida del sol? Aunque la serie de la visión profética misma demuestre que debe entenderse de la Iglesia presente; sin embargo, no parece inapropiado atribuirlo a María. Ciertamente es ella quien se vistió como de otro sol. Pues así como él se levanta indiferentemente sobre buenos y malos, así también ella no discute los méritos pasados; sino que se muestra accesible a todos, clementísima para todos, y finalmente se compadece de las necesidades de todos con un afecto amplísimo. Pues toda deficiencia está bajo ella: y cualquier fragilidad o corrupción, con una sublimidad excelentísima, excede y supera a todas las demás criaturas, de modo que con razón se dice que la luna está bajo sus pies. De lo contrario, no pareceríamos haber dicho nada grande, al decir que esta luna está bajo sus pies, a quien es un sacrilegio dudar que ha sido exaltada sobre todos los coros de ángeles, sobre querubines y serafines. Sin embargo, la luna suele designar no solo el defecto de corrupción, sino también la insensatez de la mente, y a veces también la Iglesia de este tiempo; aquella ciertamente por su mutabilidad, esta ciertamente por el esplendor recibido de otro. Ambas, por así decirlo, lunas se colocan adecuadamente bajo los pies de María, aunque de manera diferente: pues el necio se cambia como la luna; pero el sabio permanece como el sol (Ecli. XXVII, 12). En el sol ciertamente hay fervor y esplendor estable; en la luna solo esplendor, y este completamente mutable e incierto, que nunca permanece en el mismo estado. Con razón, pues, se dice que María está vestida del sol, quien penetró la profundidad de la divina sabiduría más allá de lo que se puede creer, de modo que, en cuanto lo permite la condición de la criatura sin unión personal, parece inmersa en aquella luz inaccesible. Con aquel fuego se purifican los labios del profeta (Isa. VI, 7), con aquel fuego se encienden los serafines. Pero María mereció de manera muy diferente, no como tocada superficialmente, sino más bien cubierta por todas partes, y rodeada, y como encerrada por el mismo fuego. Su vestidura es ciertamente blanquísima, pero también ardentísima: de modo que todo en ella se conoce tan excelentemente iluminado, que nada en ella, no digo oscuro, sino ni siquiera algo apenas oscuro, o menos luminoso, ni siquiera algo tibio, o no ferventísimo, se puede sospechar.

4. Toda insensatez está lejos bajo sus pies, para que esté completamente ausente del número de las mujeres insensatas, y del colegio de las vírgenes necias. Más bien, aquel único insensato, y príncipe de toda insensatez, que verdaderamente se cambió como la luna, perdió la sabiduría en su esplendor, está pisoteado y triturado bajo los pies de María, sufriendo una miserable servidumbre. Ciertamente ella es la mujer prometida por Dios, que aplastará con su

pie de virtud la cabeza de la serpiente antigua: a cuyo talón ciertamente acechó en muchas astucias (Gen. III, 15), pero en vano. Ella sola aplastó toda la depravación herética. Otro dogmatizaba que Cristo no había nacido de la sustancia de su carne; otro susurraba que no lo había dado a luz como niño, sino que lo había encontrado; otro blasfemaba que, después del parto, había sido conocida por un hombre; otro, no soportando escuchar a la Madre de Dios, impiamente denigraba aquel gran nombre de Theotocos. Pero los insidiadores fueron aplastados, los suplantadores pisoteados, los detractores refutados, y todas las generaciones la llaman bienaventurada. Finalmente, y de inmediato, el dragón, a través de Herodes, acechó a la que daba a luz, para que, recibiendo al hijo nacido, lo devorara, porque había enemistad entre la descendencia de la mujer y el dragón.

5. Ahora, si la Iglesia debe entenderse más bien con el nombre de luna, porque ciertamente no brilla por sí misma, sino por aquel que dice: Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5); tienes una mediadora, que te hemos recomendado poco antes, claramente expresada. Una mujer, dice, vestida del sol, y la luna bajo sus pies. Abracemos las huellas de María, hermanos míos, y con la más devota súplica postrémonos a los benditos pies de ella. Retengámosla, y no la soltemos hasta que nos bendiga: pues es poderosa. Ciertamente es el vellón intermedio entre el rocío y la era, la mujer entre el sol y la luna, María entre Cristo y la Iglesia. Pero tal vez te maravilles no tanto del vellón cubierto de rocío, como de la mujer vestida del sol. Ciertamente es una gran familiaridad, pero una cercanía completamente maravillosa del sol y la mujer. ¿Cómo, pues, en un calor tan vehemente, subsiste una naturaleza tan frágil? Con razón te maravillas, Moisés santo, y deseas más curiosamente contemplar. Sin embargo, quítate las sandalias de tus pies, y deja los envoltorios de los pensamientos carnales, si deseas acercarte. Iré, dice, y veré esta gran visión (Éxodo III, 3). Ciertamente es una gran visión, la zarza ardiendo sin consumirse; un gran signo, la mujer permaneciendo ilesa vestida del sol. No es de la naturaleza de la zarza, cubierta por todas partes de llamas, permanecer sin embargo sin quemarse; no es del poder de la mujer, soportar el vestido del sol. No es de la virtud humana, pero ni siquiera de la angélica: se necesita una más sublime. El Espíritu Santo, dice, vendrá sobre ti. Y como si ella respondiera: Porque Dios es espíritu, y nuestro Dios es un fuego consumidor: La virtud, dice, no mía, no tuya, sino del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 35). Por lo tanto, no es de extrañar si bajo tal sombra se sostiene tal vestido.

6. Una mujer, dice, vestida del sol. Ciertamente vestida de luz como de un vestido. Tal vez el carnal no lo percibe: ciertamente es espiritual, le parece una necesidad. No así le parecía al Apóstol, quien decía: Vestíos del Señor Jesucristo (Rom. XIII, 14). ¡Cuán familiar te has hecho, Señora! ¡Cuán cercana, más bien cuán íntima has merecido ser, cuánta gracia has hallado ante él! En ti permanece, y tú en él; y lo vistes, y eres vestida por él. Lo vistes con la sustancia de la carne, y él te viste con la gloria de su majestad. Vistes al sol con una nube, y tú misma eres vestida por el sol. Pues el Señor hizo algo nuevo sobre la tierra, que una mujer rodeara a un hombre (Jeremías XXXI, 22), y no a otro que a Cristo, de quien se dice: He aquí el hombre, su nombre es Oriente (Zacarías VI, 12). También hizo algo nuevo en el cielo, que una mujer apareciera vestida del sol. Finalmente, lo coronó, y a su vez mereció ser coronada por él. Salid, hijas de Sion, y ved al rey Salomón con la diadema con que lo coronó su madre (Cantar de los Cantares III, 11). Pero esto en otro momento. Mientras tanto, ciertamente entrad más bien, y ved a la reina con la diadema con que la coronó su hijo.

7. En su cabeza, dice, una corona de doce estrellas. Digno ciertamente de ser coronado con estrellas es el que, brillando mucho más que ellas, las adorna más bien que ser adornado por ellas. ¿Por qué no coronarán las estrellas a quien el sol viste? Como los días de primavera, dice, la rodeaban flores de rosas, y lirios de los valles (Eclesiástico L, 8). Ciertamente la

izquierda del esposo está bajo su cabeza y ya su derecha la abraza (Cantar de los Cantares II, 6). ¿Quién estimará esas gemas? ¿Quién nombrará las estrellas con las que está compuesta la diadema real de María? Está más allá del hombre exponer la razón de esta corona, indicar su composición. Sin embargo, nosotros, según la medida de nuestra pequeñez, absteniéndonos de un peligroso escrutinio de secretos, tal vez no incongruentemente parezcamos entender estas doce estrellas como las doce prerrogativas de gracias con las que María está singularmente adornada. Pues se puede encontrar en María prerrogativas del cielo, prerrogativas de la carne, prerrogativas del corazón: y si este ternario se multiplica por el cuaternario, tal vez tengamos las doce estrellas con las que la diadema de nuestra reina resplandece ante todos. Ciertamente para mí brilla un fulgor singular; primero, en la generación de María; segundo, en la salutación angélica; tercero, en la venida del Espíritu; cuarto, en la inenarrable concepción del Hijo de Dios. Así también en estas cosas resplandece claramente un decoro estelar, que es la primacía de la virginidad, que es fecunda sin corrupción, que es grávida sin carga, que es parturienta sin dolor. No obstante, también con un esplendor especial en María resplandecen la mansedumbre del pudor, la devoción de la humildad, la magnanimidad de la credulidad, el martirio del corazón. Será de vuestra diligencia contemplar cada una de estas cosas más detenidamente. Mientras tanto, pareceremos haber hecho lo suficiente si hemos podido señalarlas brevemente.

8. ¿Qué, pues, resplandece como estrella en la generación de María? Ciertamente que nació de reyes, que es del linaje de Abraham, que es generosa de la estirpe de David. Si esto parece poco, añade que a esa generación se le concedió divinamente un privilegio singular de santidad; que mucho antes fue prometida celestialmente a los mismos padres; que fue prefigurada por milagros místicos; que fue anunciada por oráculos proféticos. Pues esta es la vara sacerdotal, que floreció sin raíz (Números XVII, 8); este es el vellón de Gedeón, que se humedeció en medio de la era seca (Jueces VI, 37, 38); esta es la puerta oriental en la visión de Ezequiel, que nunca se abrió a nadie (Ezequiel XLIV, 1, 2), la que prefiguraba. Esta finalmente, sobre todas las demás, Isaías prometía que surgiría como vara de la raíz de Jesé (Isaías XI, 1); ahora más evidentemente que una virgen daría a luz. Con razón se escribe que este gran signo apareció en el cielo, porque se sabe que fue prometido desde el cielo mucho antes. El Señor dice: Él mismo os dará una señal. He aquí que la virgen concebirá (Isaías VII, 14). Ciertamente dio un gran signo, porque también es grande quien lo dio. ¿El fulgor de esta prerrogativa no reverbera fuertemente la vista de quiénes? Ahora, en lo que fue saludada tan reverentemente y con la mayor cortesía por el arcángel, como si ya entonces se la viera exaltada en el trono real sobre todos los órdenes de las legiones celestiales, y casi a punto de ser adorada por un hombre, quien solía ser adorado equitativamente por los hombres hasta entonces; se nos encomienda el mérito excelentísimo de nuestra Virgen y su singular gracia.

9. No obstante, también resplandece el nuevo modo de concepción, para que no en iniquidad, como todas las demás, sino con la venida del Espíritu Santo, sola, y de sola santificación, María concibiera. Pues que dio a luz al verdadero Dios y al Hijo de Dios, para que el mismo Hijo de Dios y del hombre, uno solo, Dios y hombre, saliera de María, es un abismo de luz: ni fácilmente diría que el ojo angélico no se oscurece ante la vehemencia de este resplandor. De lo demás, ciertamente, tanto la virginidad de la carne como el propósito de la virginidad, especialmente también la novedad de este propósito, evidentemente ilustran: que, en la libertad del espíritu, trascendiendo los decretos de la ley mosaica, prometió a Dios la santidad intacta del cuerpo y del espíritu. Pues prueba el fundamento inviolable del propósito, que tan constantemente respondió al ángel que prometía un hijo: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? (Lucas I, 34.) Tal vez por eso primero se turbó en su palabra, y pensaba qué clase de salutación era esta, porque había oído que era bendita entre las mujeres, quien

ciertamente siempre deseaba ser bendecida entre las vírgenes. Y desde entonces ciertamente pensaba qué clase de salutación [o bendición] era esta, porque ya parecía ser sospechosa. Pero cuando en la promesa del hijo se veía claramente el peligro de la virginidad, no pudo disimular más y dijo: ¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón? Con razón, pues, mereció aquella bendición, y no perdió esta; para que la virginidad se hiciera mucho más gloriosa por la fecundidad, y la fecundidad por la virginidad, y estas dos estrellas parecieran iluminarse mutuamente con sus rayos. Pues es grande ser virgen; pero ser virgen madre, mucho más en todo sentido. Con razón también no sintió sola aquella molestísima fatiga, con la que se sabe que todas las demás mujeres embarazadas sufren, quien sola concibió sin placer libidinoso. Por eso, incluso en el mismo inicio de su concepción, cuando principalmente las demás mujeres se afligen más miserablemente, María subió con toda alegría a las montañas, para servir a Isabel. Pero también subió a Belén, ya inminente el parto, llevando aquel precioso depósito, llevando una carga ligera, llevando a quien la llevaba. Así también en el parto, cuán luminoso es que con nueva exultación dio a luz una nueva prole, sola entre las mujeres ajena a la común maldición y dolor de las parturientas. Si valoramos las cosas por su rareza, nada puede encontrarse más raro que estas. Pues en todas estas cosas ni se vio a la primera semejante, ni se verá a la siguiente. De las cuales, si las contemplamos fielmente, sin duda concebimos admiración, pero veneración, pero devoción, pero consuelo.

10. Sin embargo, lo que aún queda requiere imitación. No se nos ha prometido divinamente de tantas maneras y modos antes del nacimiento, ni se nos ha anunciado desde el cielo; tampoco hemos sido honrados por el arcángel Gabriel con los servicios de un saludo tan nuevo. Menos aún nos comparte los otros dos aspectos: su secreto es solo suyo. Ella es la única de quien se dice: "Lo que ha nacido en ella es del Espíritu Santo" (Mateo 1, 20); la única a quien se le dice: "Lo que nacerá de ti, Santo, será llamado Hijo de Dios" (Lucas 1, 35). Que las vírgenes sean ofrecidas al rey, pero después de ella, pues solo ella reclama el primado. Mucho más aún, ella sola concibió sin corrupción, llevó sin carga, dio a luz a su hijo sin dolor. Por lo tanto, nada de esto se nos exige; pero ciertamente se nos exige algo. ¿Acaso, si nos falta incluso la mansedumbre de la modestia, la humildad del corazón, la magnanimidad de la fe, la compasión de la mente, la singularidad de los dones excusará nuestra negligencia? Una gema muy apreciada en la diadema, una estrella brillante en la cabeza, el rubor en el rostro de una persona modesta. ¿O acaso alguien piensa que careció de esta gracia, quien fue llena de gracia? María fue modesta: lo probamos con el Evangelio. ¿Dónde alguna vez se mostró locuaz, dónde se mostró presuntuosa? Estaba afuera buscando hablar con su hijo (Mateo 12, 46), y ni con autoridad materna interrumpió el discurso ni irrumpió en la habitación donde el Hijo hablaba. En todo el texto de los cuatro Evangelios, si recordamos bien, solo se escucha a María hablar cuatro veces. Primero al ángel, pero cuando ya le había hablado una y otra vez; segundo, a Isabel, cuando la voz de su saludo hizo que Juan saltara de alegría en el vientre, y mientras Isabel magnificaba a María, ella se preocupó más por magnificar al Señor (Lucas 1, 34-55); tercero, a su Hijo, cuando ya tenía doce años, porque ella y su padre lo buscaron con dolor (Lucas 2, 48); cuarto, en las bodas, a su Hijo y a los sirvientes (Juan 2, 3, 5). Y ese discurso fue un indicio muy claro de su innata mansedumbre y de su virginal modestia. Considerando la vergüenza de los demás, no pudo soportar, no pudo disimular la falta de vino. Allí, ciertamente, fue reprendida por su Hijo, como mansa y humilde de corazón, no le respondió, ni tampoco desesperó, advirtiendo a los sirvientes que hicieran lo que él les dijera.

11. ¿Acaso no se lee que desde el principio vinieron los pastores y encontraron primero a María entre todos? Encontraron, dice el evangelista, a María y a José, y al niño acostado en el

pesebre (Lucas 2, 16). Así también los magos, si recuerdas, no encontraron al niño sin María, su madre (Mateo 2, 11), y al llevar al templo del Señor al Señor del templo, escuchó muchas cosas de Simeón tanto sobre él como sobre ella misma (Lucas 2, 34, 35), lenta para hablar, rápida para escuchar. Y María conservaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón (Lucas 2, 19, 51); pero en todo esto no encontrarás que haya dicho alguna palabra sobre el mismo misterio de la encarnación del Señor. ¡Ay de nosotros, que tenemos el espíritu en las narices! ¡Ay de nosotros, que lo decimos todo, que, según el cómico, estamos llenos de grietas y nos desbordamos por todas partes (Terencio en Eunucho, I, II, 25)! María escuchó a su hijo tantas veces, no solo hablando en parábolas a las multitudes, sino también revelando en privado a los discípulos los misterios del reino de Dios, lo vio hacer milagros, lo vio luego colgado en la cruz, lo vio expirar, lo vio resucitar, lo vio ascender; pero en todo esto, ¿cuántas veces se menciona que se escuchó la voz de la virgen más modesta, cuántas veces la de la tórtola más casta? Finalmente, lees en los Hechos de los Apóstoles que, regresando del monte de los Olivos, perseveraban unánimes en la oración. ¿Quiénes? Si acaso María estaba presente, que se la nombre primero, quien está por encima de todos, tanto por la prerrogativa de su Hijo como por el privilegio de su santidad. Pedro y Andrés, dice, Santiago y Juan, y los demás que siguen. Todos estos perseveraban unánimes con las mujeres y María, la madre de Jesús. ¿Acaso se mostraba a sí misma como la última de las mujeres, para ser puesta la última de todas? Verdaderamente carnales aún los discípulos, a quienes aún no se les había dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan 7, 39), cuando surgió entre ellos la contienda por el primado (Lucas 22, 24); mientras María, cuanto más grande era, se humillaba no solo en todo, sino también por encima de todos. Merecidamente se hizo la última primera, quien, siendo la primera de todos, se hacía la última. Merecidamente se hizo señora de todos, quien se mostraba sierva de todos. Merecidamente, finalmente, fue exaltada sobre los ángeles, quien con inefable mansedumbre se inclinaba incluso por debajo de las viudas y penitentes, por debajo de aquella de quien fueron expulsados siete demonios. Os ruego, hijitos, emulad esta virtud, si amáis a María; si os esforzáis por agradecerle, emulad su modestia. Nada es tan adecuado para el hombre, nada tan congruente para el cristiano, y nada tan apropiado para el monje.

12. Y ciertamente, la virtud de la humildad resplandece bastante manifiestamente en la Virgen a partir de esta misma mansedumbre. Sin duda, la humildad y la mansedumbre son hermanas de leche, más genuinamente unidas en aquel que decía: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón" (Mateo 11, 29). Pues así como la madre de la presunción es la altivez, así la verdadera mansedumbre no procede sino de la verdadera humildad. Sin embargo, la humildad no solo se recomienda en el silencio de María, sino que resuena más evidentemente en su discurso. Había oído: "Lo que nacerá de ti, Santo, será llamado Hijo de Dios"; y no respondió otra cosa que ser su sierva. Luego fue a Isabel, y de inmediato la gloria singular de la Virgen le fue revelada por el Espíritu. De hecho, se maravillaba de la persona que venía, diciendo: "¿De dónde a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?" También alababa la voz de quien saludaba, añadiendo: "Tan pronto como la voz de tu saludo llegó a mis oídos, el niño saltó de alegría en mi vientre"; y beatificaba la fe de quien creía: "Bienaventurada, decía, la que creyó, porque se cumplirán en ti las cosas que te fueron dichas por el Señor". Grandes alabanzas, pero la devota humildad no permitió retener nada para sí, más bien devolvió todo a aquel cuyos beneficios en ella eran alabados. Tú, dice, magnificas a la madre del Señor; pero mi alma magnifica al Señor. En mi voz dices que el hijo saltó de alegría; pero mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador; y él también, como amigo del esposo, se regocija con la voz del esposo. Dices que es bienaventurada la que creyó; pero la causa de la credulidad y la bienaventuranza es la mirada de la piedad suprema, para que por

esto más bien me llamen bienaventurada todas las generaciones (Lucas 1, 35-48), porque Dios miró a su humilde y pequeña sierva.

13. Sin embargo, ¿acaso pensamos, hermanos, que la santa Isabel, al hablar por el Espíritu, erró? ¡De ninguna manera! Bienaventurada ciertamente a quien Dios miró, y bienaventurada quien creyó. Este fue el gran fruto de la mirada divina. Con un arte inefable del Espíritu que sobrevino, a tanta humildad se añadió tanta magnanimidad en el secreto del corazón virginal, que, así como predijimos sobre la integridad y fecundidad, estas también se hacen estrellas más brillantes por la mutua mirada, de modo que ni tanta humildad disminuyó la magnanimidad, ni tanta magnanimidad la humildad: sino que, siendo en su propia estimación tan humilde, no obstante, en la credulidad de la promesa era magnánima, de modo que, considerándose a sí misma solo una pequeña sierva, no dudó en absoluto de ser elegida para este misterio incomprensible, para este admirable intercambio, para este sacramento inescrutable, y creyó que pronto sería la verdadera madre de Dios y del hombre. Esto ciertamente lo hace en los corazones de los elegidos la prerrogativa de la gracia divina, para que ni la humildad los haga pusilánimes, ni la magnanimidad arrogantes; más bien cooperen entre sí, para que no solo no entre ninguna altivez por la magnanimidad, sino que de ahí principalmente se promueva la humildad: para que se encuentren más temerosos, y no ingratos al dador de los dones; y a su vez, por ocasión de la humildad, no se infiltre ninguna pusilanimidad: sino que cuanto menos cada uno se acostumbra a presumir de sí mismo incluso en lo más mínimo, tanto más también en las cosas grandes confíe en el poder divino.

14. Ciertamente, el martirio de la Virgen (que, si recordáis, nombramos como la duodécima entre las estrellas de su diadema) se recomienda tanto en la profecía de Simeón como en la misma historia de la pasión del Señor. Este, dice el santo anciano sobre el pequeño Jesús, está puesto para caída y resurrección de muchos en Israel, y para señal de contradicción; y a ti misma una espada te atravesará el alma (Lucas 2, 34-35). Verdaderamente, bienaventurada madre, una espada atravesó tu alma. De lo contrario, no habría penetrado la carne de tu Hijo sin atravesar tu alma. Y ciertamente, después de que tu Jesús (de todos, pero especialmente tuyo) entregó el espíritu, la cruel lanza no tocó su alma, que no podía dañar, pero ciertamente atravesó tu alma. Su alma ya no estaba allí; pero la tuya ciertamente no podía ser arrancada de allí. Por lo tanto, el dolor atravesó tu alma, para que con razón te proclamemos más que mártir, en quien ciertamente el efecto de la compasión superó el sentido de la pasión corporal.

15. ¿Acaso no fue para ti más que una espada aquella palabra, realmente atravesando el alma y llegando hasta la división del alma y el espíritu: Mujer, he ahí tu hijo? (Juan 19, 26). ¡Oh cambio! Juan te es dado en lugar de Jesús, el siervo en lugar del Señor, el discípulo en lugar del maestro; el hijo de Zebedeo en lugar del Hijo de Dios, un hombre puro en lugar del verdadero Dios. ¿Cómo no atravesaría esta audición tu alma más afectuosa, cuando incluso nuestros corazones, aunque de piedra, aunque de hierro, se desgarran solo con el recuerdo? No os maravilléis, hermanos, de que se diga que María fue mártir en el alma. Que se maraville quien no recuerde haber oído a Pablo mencionar entre los mayores crímenes de los gentiles que fueron sin afecto (Romanos 1, 31). Eso estaba lejos de las entrañas de María, y que esté lejos también de sus pequeños siervos. Pero tal vez alguien diga: ¿Acaso no sabía que iba a morir? Y sin duda. ¿Acaso no esperaba que resucitaría de inmediato? Y con confianza. ¿Sobre esto dolió el crucificado? Y vehementemente. De lo contrario, ¿quién eres tú, hermano, o de dónde te viene esta sabiduría, para que te maravilles más de María compadeciéndose que del hijo de María padeciendo? ¿Él pudo morir en el cuerpo, y ella no pudo morir con él en el corazón? Lo hizo el amor, que nadie tuvo mayor; y lo hizo también el amor, al que después de aquel no hubo otro semejante. Ahora a ti, madre de misericordia, por el mismo afecto de tu mente purísima, postrada a tus pies la luna, te interpela con devotas

súplicas como mediadora ante el sol de justicia: para que en tu luz vea la luz, y merezca la gracia del sol por tu intercesión, a quien verdaderamente amó sobre todas las cosas, y adornó, vistiéndote con el manto de la gloria, y poniendo la corona de la belleza en tu cabeza. Llena estás de gracias, llena de rocío celestial, apoyada sobre el amado, rebosante de delicias. Alimenta hoy a tus pobres, Señora; también los perritos coman de las migajas, y no solo al niño de Abraham, sino también a los camellos da de beber de tu jarra rebosante (Génesis 24, 15-20): porque tú eres verdaderamente la doncella elegida y preparada para el Hijo del Altísimo, que es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

EN LA NATIVIDAD DE LA B. V. MARÍA SERMÓN. Del acueducto.

1. El cielo abraza la presencia de la Virgen fecunda, la tierra venera su memoria. Así, ciertamente, se encuentra allí la exhibición de todo bien, aquí el recuerdo; allí la saciedad, aquí una tenue libación de primicias; allí la realidad, aquí el nombre. Señor, dice, tu nombre es para siempre, y tu memorial de generación en generación (Salmo 101, 13). Generación y generación, no de ángeles ciertamente, sino de hombres. ¿Quieres saber que su nombre y memorial están en nosotros, su presencia en lo alto? Así oraréis, dice: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre (Mateo 6, 9). Oración fiel, cuyos mismos comienzos nos recuerdan tanto la adopción divina como la peregrinación terrena: para que, sabiendo esto, que mientras no estemos en el cielo, peregrinamos lejos del Señor, gemamos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción de hijos, ciertamente la presencia del Padre. Por lo tanto, el profeta habla de Cristo, diciendo: El espíritu ante nuestro rostro, Cristo el Señor: en su sombra viviremos entre las naciones (Lamentaciones 4, 20). Pues entre las bienaventuranzas celestiales no se vive en sombra, sino más bien en esplendor. En los esplendores de los santos, dice, te engendré desde el seno antes del lucero (Salmo 109, 3). Pero eso ciertamente lo dice el Padre.

2. Pero la madre ciertamente no lo engendró en esplendor, sino en sombra, aunque solo en aquella con la que el Altísimo la cubrió. Por lo tanto, con razón canta la Iglesia, no aquella Iglesia de los santos que está en las alturas y en esplendor, sino la que mientras tanto peregrina en la tierra: Bajo su sombra, a quien deseaba, me senté, y su fruto es dulce a mi paladar (Cantar de los Cantares 2, 3). Pues había pedido que se le indicara la luz meridiana, donde pastorea el esposo: pero fue reprimida, y en lugar de la plenitud de la luz recibió la sombra, en lugar de la saciedad, por ahora, el gusto. De hecho, no dice: Bajo su sombra, que deseaba; sino: Bajo su sombra, a quien deseaba, me senté. Pues no había deseado su sombra, sino ciertamente el mismo mediodía, la luz plena de la luz plena. Y su fruto, dice, es dulce a mi paladar: como si dijera, a mi gusto. ¿Hasta cuándo no me perdonas, ni me dejas tragar mi saliva? ¿Hasta cuándo permanece aquella sentencia: Gustad y ved que el Señor es bueno? (Salmo 33, 9). Y ciertamente es bueno al gusto, y dulce al paladar, para que con razón también sobre esto la esposa haya estallado en una voz de acción de gracias y alabanza.

3. Pero ¿cuándo se dirá: Comed, amigos, y bebed; y embriagaos, amados? (Cantar de los Cantares 5, 1). Los justos se deleiten, dice el Profeta, pero en la presencia de Dios (Salmo 67, 4), ciertamente no en sombra. Y de sí mismo: Me saciaré, dice, cuando aparezca tu gloria (Salmo 16, 15). Pero también el Señor dijo a los apóstoles: Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tentaciones; y yo dispongo para vosotros, como mi Padre dispuso para mí un reino, para que comáis y bebáis en mi mesa (Lucas 22, 28-30). Pero ¿dónde? En mi reino, dice. Bienaventurado ciertamente quien comerá pan en el reino de Dios. Santificado sea, pues, tu nombre, por el cual de alguna manera estás en nosotros, Señor, habitando por la fe en los corazones, porque tu nombre ya ha sido invocado sobre nosotros. Venga tu reino. Venga ciertamente lo que es perfecto, y se evacue lo que es en parte. Tenéis,

dice el Apóstol, vuestro fruto en santificación, y el fin, la vida eterna (Romanos 6, 22). La vida eterna, fuente inagotable, que riega toda la superficie del paraíso. No solo riega, sino que embriaga, fuente de jardines, pozo de aguas vivas, que fluyen con ímpetu desde el Líbano: y el ímpetu del río alegra la ciudad de Dios. ¿Quién es la fuente de la vida, sino Cristo el Señor? Cuando Cristo, dice, vuestra vida aparezca, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria (Colosenses 3, 4). Ciertamente, la plenitud misma se vació, para hacerse para nosotros justicia, y santificación, y redención; aún no apareciendo como vida, o gloria, o bienaventuranza. La fuente ha sido derivada hasta nosotros, en las plazas se han derivado las aguas, aunque no beba de ellas el extraño (Proverbios 5, 16-17). Descendió por el acueducto aquella vena celestial, no obstante, no exhibiendo la abundancia de la fuente, sino infundiendo las gotas de gracia en nuestros corazones sedientos, a unos más, a otros menos. Lleno ciertamente el acueducto, para que los demás reciban de la plenitud, pero no la plenitud misma.

4. Ya habéis advertido, si no me equivoco, a quién quiero decir con acueducto, quien recibiendo la plenitud de la misma fuente del corazón del Padre, nos lo dio, si no como es, al menos como podíamos recibirlo. Sabéis a quién se le dijo: Salve, llena de gracia. ¿O acaso nos maravillamos de que se haya podido encontrar de dónde hacer tal y tan grande acueducto, cuya cima, a semejanza de aquella escalera que vio el patriarca Jacob, tocara los cielos (Génesis 28, 12), e incluso trascendiera los cielos, y pudiera alcanzar esta vivísima fuente de las aguas que están sobre los cielos? También Salomón se maravillaba, y como si desesperara, decía: ¿Quién encontrará una mujer fuerte? (Proverbios 31, 10). Sin duda, por eso durante tanto tiempo faltaron al género humano los flujos de gracia, porque aún no intercedía aquel tan deseado acueducto del que hablamos. Y no te maravillarás de que haya sido esperado tanto tiempo, si recuerdas cuántos años trabajó Noé, hombre justo, en la construcción del arca, en la cual pocas, es decir, ocho almas, fueron salvadas, y eso por un tiempo bastante breve.

5. Pero, ¿cómo nuestro acueducto alcanzó esa fuente tan sublime? ¿Cómo crees, sino por la vehemencia del deseo, el fervor de la devoción, la pureza de la oración? Como está escrito: La oración del justo penetra los cielos (Ecli. XXXV, 21). ¿Y quién es justo, si no María, de quien nos ha nacido el sol de justicia? ¿Cómo, entonces, alcanzó ella la majestad inaccesible, sino llamando, pidiendo, buscando? Finalmente, encontró lo que buscaba, a quien se le dijo: Has hallado gracia ante Dios (Luc. I, 30). ¿Qué? ¿Llena de gracia y aún encuentra gracia? Digna ciertamente de encontrar lo que busca, a quien no le basta su propia plenitud, ni puede estar contenta con su propio bien; sino que, como está escrito: Quien bebe de mí, aún tendrá sed (Ecli. XXIV, 29); pide la superabundancia para la salvación del universo. El Espíritu Santo, dice, vendrá sobre ti (Luc. I, 35), y ese precioso bálsamo fluirá en ti con tal abundancia y plenitud, que se derramará copiosamente a tu alrededor. Así es: ya lo sentimos, ya nuestros rostros se alegran con el aceite. Ya clamamos: Tu nombre es aceite derramado, y tu memoria de generación en generación. Pero esto no es en vano: y si el aceite se derrama, no se pierde. Por eso, las jóvenes, es decir, las almas pequeñas, aman al esposo (Cant. I, 2), y no poco; y el ungüento que desciende de la cabeza no solo lo recibe la barba, sino también el borde mismo del vestido.

6. Contempla, oh hombre, el plan de Dios, reconoce el plan de la sabiduría, el plan de la piedad. Para regar con rocío celestial la era, primero empapó todo el vellón (Jue. VI, 37-40): para redimir al género humano, depositó todo el precio en María. ¿Por qué esto? Tal vez para que Eva fuera excusada por su hija, y la queja del hombre contra la mujer se apaciguara. No digas más, oh Adán: La mujer que me diste, me dio del árbol prohibido (Gen. III, 12); di más

bien: La mujer que me diste, me alimentó con fruto bendito. Un plan muy piadoso; pero quizás hay algo más oculto, y esto no es todo. Es cierto, pero es poco, si no me equivoco, para vuestros deseos. Es la dulzura de la leche; tal vez se extraerá si presionamos más fuerte, y la grasa de la mantequilla. Mirad más profundamente, con cuánto afecto de devoción quiso que la honráramos, quien puso la plenitud de todo bien en María: para que, por tanto, si hay alguna esperanza en nosotros, si hay alguna gracia, si hay alguna salvación, sepamos que fluye de ella, que ascendió llena de delicias. Un jardín de delicias, que no solo ha sido soplado al venir, sino también al pasar por el viento divino, para que por todas partes fluyan y se derramen sus aromas, es decir, los carismas de las gracias. Quita este cuerpo solar, que ilumina el mundo: ¿dónde está el día? Quita a María, esta estrella del mar, del mar grande y espacioso: ¿qué queda sino oscuridad envolvente, y sombra de muerte, y densísimas tinieblas?

7. Con todas las fibras del corazón, con todos los afectos de las entrañas, y con todos los votos veneremos a esta María; porque así es la voluntad de aquel que quiso que todo lo tuviéramos por medio de María. Esta, digo, es su voluntad, pero por nosotros. En todo y por todo, previendo para los miserables, consuela nuestra trepidación, excita la fe, fortalece la esperanza, ahuyenta la desconfianza, levanta la pusilanimidad. Temías acercarte al Padre, aterrizado solo al oírlo, huías a las hojas; te dio a Jesús como mediador. ¿Qué no obtendrá tal Hijo ante tal Padre? Será escuchado ciertamente por su reverencia: porque el Padre ama al Hijo. ¿O temes también a él? Es tu hermano y tu carne, tentado en todo sin pecado, para hacerse misericordioso. Este hermano te lo dio María. Pero tal vez también temas la majestad divina en él, que aunque se hizo hombre, permaneció Dios. ¿Quieres tener un abogado incluso ante él? Recurre a María. Pura humanidad en María, no solo pura de toda contaminación, sino también pura en la singularidad de la naturaleza. No dudaría en decir que también ella será escuchada por su reverencia. Ciertamente el Hijo escuchará a la Madre, y el Padre escuchará al Hijo. Hijitos, esta es la escalera de los pecadores, esta es mi mayor confianza, esta es toda la razón de mi esperanza. ¿Qué? ¿Puede el Hijo rechazar o soportar el rechazo; no escuchar o no ser escuchado? En absoluto. Has encontrado, dice el ángel, gracia ante Dios. Felizmente. Siempre encontrará gracia, y es la única gracia que necesitamos. La Virgen prudente no buscaba sabiduría, como Salomón, ni riquezas, ni honores, ni poder, sino gracia. Sin duda, es solo la gracia la que nos salva.

8. ¿Por qué deseamos otras cosas, hermanos? Busquemos la gracia, y busquémosla por medio de María; porque lo que busca, encuentra, y no puede ser defraudada. Busquemos la gracia, pero la gracia ante Dios: porque ante los hombres la gracia es engañosa. Que otros busquen mérito, nosotros esforcémonos por encontrar gracia. ¿Qué? ¿Es acaso por gracia que estamos aquí? En verdad, es por la misericordia del Señor que no hemos sido consumidos. ¿Quiénes somos? Nosotros, los perjuros, los adúlteros, los homicidas, los ladrones, ciertamente los desechos de este mundo. Consultad vuestras conciencias, hermanos, y ved que donde abundó el delito, sobreabundó la gracia. María no presenta mérito, sino que busca gracia. Finalmente, confía tanto en la gracia, y no piensa en grande, que teme la salutación angélica. María, dice, pensaba qué clase de salutación sería esta (Luc. I, 29). Sin duda, se consideraba indigna de la salutación angélica. Y tal vez meditaba así: ¿De dónde a mí, que venga el ángel de mi Señor a mí? No temas, María, no te maravilles de que venga el ángel: y viene uno mayor que el ángel. No te maravilles del ángel del Señor: y el Señor del ángel está contigo. Finalmente, ¿por qué no verías al ángel, cuando ya vives angelicalmente? ¿Por qué no visitaría el ángel a la compañera de vida? ¿Por qué no saludaría al ciudadano de los santos, y al doméstico de Dios? La vida virginal es ciertamente angelical: y los que no se casan, ni se dan en matrimonio, serán como los ángeles de Dios.

9. ¿Ves cómo también de esta manera nuestro acueducto asciende a la fuente; y no solo ya penetra los cielos con la oración, sino también con la incorruptibilidad, que hace cercano a Dios, como dice el Sabio? (Sab. VI, 20). Porque era virgen santa en cuerpo y espíritu, a quien especialmente se le podría decir: Nuestra conversación está en los cielos (Filip. III, 20). Santa, digo, en cuerpo y espíritu, para que no dudes sobre este acueducto. Muy sublime ciertamente, pero no obstante permanece íntegro. Jardín cerrado, fuente sellada, templo del Señor, santuario del Espíritu Santo. Porque no es una virgen necia, que no solo tiene aceite, sino plenitud de aceite guardada en el vaso. Dispuso ascensiones en su corazón, ascendiendo igualmente en conversación, como ya hemos dicho, y en oración. Finalmente, fue a la montaña con prisa, y saludó a Isabel, y estuvo a su servicio como tres meses, para que ya entonces pudiera decir la madre a la madre, lo que mucho después el Hijo dijo al Hijo: Deja ahora; porque así conviene que cumplamos toda justicia (Mat. III, 15). Claramente subiendo a la montaña, cuya justicia es como los montes de Dios. Este fue el tercer ascenso de la Virgen, para que el cordón triple no se rompiera fácilmente. Porque ardía en la búsqueda de la gracia la caridad, brillaba en la carne la virginidad, la humildad en el servicio resplandecía. Porque si todo el que se humilla será exaltado, ¿qué hay más sublime que esta humildad? Isabel se maravillaba de que hubiera venido, y decía: ¿De dónde a mí, que venga la madre de mi Señor a mí? (Luc. I, 43). Pero ahora más bien se maraville, que al igual que su Hijo, ella no vino para ser servida, sino para servir. Con razón, por tanto, aquel cantor divino, en admiración de ella, decía: ¿Quién es esta que sube como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército en orden? (Cant. VI, 9). Subió claramente sobre el género humano, subió hasta los ángeles, pero también los trascendió, y supera toda criatura celestial. Sin duda, debe beber sobre los ángeles, quien derrama a los hombres agua viva.

10. ¿Cómo, dice, será esto, pues no conozco varón? Verdaderamente santa en cuerpo y espíritu, teniendo la integridad de la carne, y el propósito de la integridad. Respondiendo el ángel, dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Luc. I, 34, 35). No me preguntes, dice; está por encima de mí, y no puedo alcanzarlo. El Espíritu Santo, no el angélico, vendrá sobre ti; y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra, no yo. No te detengas ni siquiera entre los ángeles, Virgen santa; algo más sublime que tu ministerio está esperando ser ofrecido a la tierra sedienta. Un poco más allá de ellos, encontrarás a quien ama tu alma. Un poco, digo, no porque no sobresalga incomparablemente, sino porque entre él y ellos no encuentras nada intermedio. Pasa, pues, las virtudes y dominaciones, también los querubines y serafines, para que llegues a aquel de quien claman unos a otros: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos (Isa. VI, 3). Porque lo que nacerá de ti, Santo, será llamado Hijo de Dios (Luc. I, 35). Fuente de sabiduría, Verbo del Padre en las alturas. Este Verbo, mediando tú, se hará carne: para que quien dice: Yo en el Padre, y el Padre en mí (Juan XIV, 10); diga también, porque yo de Dios procedí y vine (Juan VIII, 42). En el principio, dice, era el Verbo. Ya brota la fuente; pero por ahora solo en sí misma. Porque el Verbo estaba con Dios (Juan I, 1), habitando ciertamente en luz inaccesible; y el Señor decía desde el principio: Yo pienso pensamientos de paz, y no de aflicción (Jer. XXIX, 11). Pero contigo está tu pensamiento, y no sabemos lo que piensas. ¿Quién conoció el pensamiento del Señor? ¿O quién fue su consejero? Así que el pensamiento de paz descendió a la obra de paz: el Verbo se hizo carne, y ya habita en nosotros. Habita ciertamente por la fe en nuestros corazones, habita en nuestra memoria, habita en el pensamiento, y desciende hasta la misma imaginación. ¿Qué podría pensar antes el hombre de Dios, sino tal vez fabricar un ídolo en su corazón?

11. Era incomprendible e inaccesible, invisible e incognoscible por completo. Ahora, sin embargo, quiso ser comprendido, quiso ser visto, quiso ser pensado. ¿De qué manera,

preguntas? Sin duda, yaciendo en el pesebre, descansando en el regazo virginal, predicando en el monte, pasando la noche en oración, o colgando en la cruz, pálido en la muerte, libre entre los muertos, y reinando en el infierno, o incluso resucitando al tercer día, y mostrando a los apóstoles los lugares de los clavos como signos de victoria, finalmente ascendiendo ante ellos a los secretos del cielo. ¿Qué de esto no se piensa verdaderamente, piadosamente, santamente? Todo lo que pienso de esto, pienso en Dios. y en todo él es mi Dios. Esto es lo que llamé meditar la sabiduría, y juzgué prudente eructar la memoria de la dulzura, que en tales núcleos la vara sacerdotal produjo copiosamente; que al beber en lo alto, María nos lo derramó más abundantemente. En lo alto ciertamente, y más allá de los ángeles, que recibió el Verbo del mismo corazón del Padre, como está escrito: El día al día eructa palabra (Sal. XVIII, 3). Ciertamente el día es el Padre: porque el día del día es la Salvación de Dios (Sal. XCV, 2). ¿No es también la Virgen un día? Y brillante. Un día resplandeciente, que avanza como el alba, hermosa como la luna, escogida como el sol.

12. Observa, pues, cómo hasta los ángeles llegó con la plenitud de la gracia, más allá de los ángeles con el Espíritu Santo que sobrevino. Hay en los ángeles caridad, hay pureza, hay humildad. ¿Qué de esto no brilló en María? Pero se mostró anteriormente, en la medida en que pudimos mostrarlo: sigamos la supereminencia. ¿A cuál de los ángeles se le dijo alguna vez: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra: por eso lo que nacerá de ti, Santo, será llamado Hijo de Dios? Finalmente, la Verdad brotó de la tierra, no de la criatura angélica: no tomó a los ángeles, sino la simiente de Abraham. Es grande para un ángel ser ministro del Señor; pero María mereció algo más sublime, ser madre. Así, la fecundidad de la Virgen es una gloria supereminente, y tanto más excelente que los ángeles por el don singular, cuanto más diferente es el nombre de madre que recibió sobre los ministros. Esta gracia encontró la llena de gracia, para que con caridad ferviente, virginidad íntegra, humildad devota, se hiciera no obstante sin conocimiento de varón, grávida sin dolor femenino. Poco es: lo que nació de ella, Santo es llamado, y es Hijo de Dios.

13. Por lo demás, hermanos, debemos cuidar con sumo esmero que el Verbo, que salió de la boca del Padre a nosotros mediante la Virgen, no vuelva vacío: sino que por la misma Virgen devolvamos gracia por gracia. Eructemos la memoria, mientras suspiramos por la presencia, y se devuelvan a su origen los flujos de gracia, para que fluyan más abundantemente. De lo contrario, si no regresan a la fuente, se secan, y siendo infieles en lo poco, no merecemos recibir lo máximo. Poco ciertamente es la memoria en comparación con la presencia, poco en comparación con lo que deseamos, grande en comparación con lo que merecemos: muy por debajo del deseo, pero no obstante por encima del mérito. Por tanto, sabiamente la esposa se regocija no poco por este poco. Porque cuando dijo: Indícame dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía (Cant. I, 6); recibiendo lo pequeño por lo inmenso, y por el pasto meridiano ofreciendo el sacrificio vespertino, no murmura ni se entristece, como suele suceder, sino que da gracias, y en todo se muestra más devota. Sabe que si es fiel en la sombra de la memoria, sin duda obtendrá la luz de la presencia. Así que, vosotros que recordáis al Señor, no calléis, y no le deis silencio. Sin duda, quienes tienen al Señor presente, no necesitan exhortación: y lo que dice otro profeta: Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba a tu Dios, Sion (Sal. CXLVII, 1), es más de congratulación que de amonestación. Quienes caminan en la fe, necesitan la amonestación de no callar, y de no darle silencio a él. Porque habla, y habla paz a su pueblo, y sobre sus santos, y a los que se convierten al corazón. Porque con el santo serás santo, y con el hombre inocente serás inocente (Sal. XVII, 26): y escuchándose a sí mismo, se escuchará, y al que le habla, le hablará. De lo contrario, le diste silencio si callas. Pero, ¿de qué si callas? De la alabanza. No calléis, dice, y no le deis

silencio, hasta que establezca, y hasta que ponga a Jerusalén como alabanza en la tierra (Isa. LXII, 6, 7). La alabanza de Jerusalén, alabanza gozosa y decorosa. A menos que tal vez pensemos que los ángeles, ciudadanos de Jerusalén, se deleitan en alabanzas mutuas, y se engañan de vanidad en lo mismo.

14. Hágase tu voluntad, Padre, así en la tierra como en el cielo, para que la alabanza de Jerusalén se establezca en la tierra. ¿Qué es ahora? ¿No busca el ángel del ángel gloria en Jerusalén, y el hombre del hombre desea ser alabado en la tierra? ¡Perversidad execrable! pero que sea de aquellos que no tienen el conocimiento de Dios, que se han olvidado del Señor su Dios. Vosotros que recordáis al Señor, no calléis de su alabanza, hasta que se establezca y se perfeccione en la tierra. Porque hay un silencio irreprochable, más aún, laudable. Y hay una palabra que no es buena. De lo contrario, no diría el profeta, que es bueno para el hombre esperar en silencio la Salvación de Dios (Lam. III, 26). Buen silencio de la jactancia, buen silencio de la blasfemia, buen silencio del murmullo y la difracción. Porque otro, exasperado por la magnitud del trabajo y el peso del día, murmura en su ánimo; y juzga a aquellos que velan por su alma, como si fueran a rendir cuentas. Es un clamor, pero sobre todo silencio, este clamor del ánimo endurecido hace callar, que no permite ser escuchado, la voz del Verbo. Otro, por pusilanimidad de espíritu, desfallece en la espera: y esta es la peor palabra de blasfemia, que no se perdona ni en este siglo ni en el futuro. Un tercero camina en grandezas, y en maravillas sobre sí mismo, diciendo: Nuestra mano es excelsa; pensando que es algo, cuando no es nada. ¿Qué le diría a este, quien habla paz? Porque dice: Porque soy rico, y de nada tengo necesidad. Pero la sentencia de la Verdad es: ¡Ay de vosotros, ricos, porque ya tenéis vuestra consolación aquí! (Luc. VI, 24). En cambio: Bienaventurados, dice, los que lloran, porque ellos serán consolados (Mat. V, 5). Calle, pues, en nosotros la lengua maldiciente, la lengua blasfema, la lengua altisonante; porque es bueno en este triple silencio esperar la Salvación del Señor, para que digas: Habla, Señor, porque tu siervo escucha (I Sam. III, 10). Porque tales voces no son para él, sino contra él, como el legislador dijo a los murmuradores: No es contra nosotros vuestro murmullo, sino contra el Señor (Éx. XVI, 8).

15. Sin embargo, guarda silencio sobre estas cosas, pero no guardes silencio del todo, no le des silencio a Él. Háblale en confesión contra la jactancia, para obtener el perdón de lo pasado. Habla en acción de gracias contra la murmuración, para encontrar mayor gracia en el presente. Habla en oración contra la desconfianza, para alcanzar la gloria en el futuro. Confiesa, digo, lo pasado, y da gracias por lo presente, y luego ora con más fervor por lo futuro: para que Él tampoco guarde silencio en cuanto a la remisión, la infusión, la promesa. No guardes silencio, digo, y no le des silencio a Él. Habla, para que Él también hable, y puedas decir: Mi amado es mío, y yo soy suya (Cant. II, 16). Voz agradable y elocuencia dulce. Sin duda, no es esta una voz de murmullo, sino la voz de la tórtola. Y no digas: ¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extraña? (Sal. CXXXVI, 4.) Ya no se considerará extraña, de la cual el esposo dice: Se ha oído la voz de la tórtola en nuestra tierra. Pues había oído decir: Capturadnos las zorras pequeñas (Cant. II, 12, 15): y tal vez por eso estalló en una voz de júbilo, para decir: Mi amado es mío, y yo soy suya. Claramente es la voz de la tórtola, que tanto en vida como en muerte, con singular castidad, persevera con su pareja, de modo que ni la muerte ni la vida la separan del amor de Cristo. Observa, pues, si algo pudo apartar a este amado de su amada, para que no perseverara con ella, aun pecando y apartándose. Las nubes acumuladas intentaban ocultar los rayos, para que nuestras iniquidades nos separaran de Dios: pero el sol se calentó [o, prevaleció] y disolvió todo. De otro modo, ¿cuándo habrías regresado a Él, si Él no hubiera perseverado contigo, si no hubiera clamado: Vuelve, vuelve,

Sunamita; vuelve, vuelve, para que te contemplemos? (Cant. VI, 12.) Sé, pues, también tú perseverante con Él, para que no te apartes de Él por ningún castigo o trabajo.

16. Lucha con el ángel, para que no sucumbas; porque el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. ¿No es una lucha, mi amado es mío, y yo soy suya? (Mat. XI, 12.) Ha manifestado su amor; que experimente también el tuyo. En muchas cosas te prueba el Señor tu Dios. A menudo se aparta, desvía su rostro, pero no en ira. Esto es una prueba, no una reprobación. Tu amado te ha soportado; soporta tú a tu amado, soporta al Señor, actúa con valentía. No tus pecados lo vencieron; que tampoco sus castigos te superen, y obtendrás la bendición. Pero ¿cuándo? Cuando llegue el amanecer, cuando el día ya haya despuntado, cuando Jerusalén haya establecido la alabanza en la tierra. He aquí, dice, un hombre luchaba con Jacob hasta el amanecer (Gen. XXXII, 24). Hazme oír por la mañana tu misericordia, porque en ti he confiado, Señor. No guardaré silencio, ni te daré silencio hasta el amanecer; ojalá tampoco el ayuno. Sin duda te dignas a alimentarte, pero entre los lirios. Mi amado es mío, y yo soy suya, que se alimenta entre los lirios. Sin duda, y si recuerdas, en el mismo Cántico se expresa claramente que la aparición de las flores acompaña al sonido de la tórtola. Pero observa que parece indicar un lugar, no un alimento; no expresa de qué se alimenta, sino entre qué. Pues tal vez no se alimenta de comida, sino de la compañía de los lirios; no se alimenta de lirios, sino que se mueve entre ellos. Sin duda, los lirios agradan más por su fragancia que por su sabor; y son más aptos para la vista que para el consumo.

17. Así, pues, se alimenta entre los lirios, hasta que el día despunte, y a la belleza de las flores suceda la abundancia de los frutos. Mientras tanto, ciertamente es tiempo de flores, no de frutos, mientras estamos más en esperanza que en realidad; y caminando por fe, no por vista, nos alegramos más en la expectativa que en la experiencia. Considera, pues, la ternura de la flor, y recuerda la palabra que dice el Apóstol, que tenemos este tesoro en vasos de barro (II Cor. IV, 7). ¡Cuántos peligros parecen amenazar a las flores! ¡Qué fácilmente se perfora el lirio con las espinas! Con razón, pues, canta el amado: Como el lirio entre las espinas, así es mi amiga entre las hijas (Cant. II, 2). ¿No era un lirio entre las espinas, quien decía: Con los que odian la paz, yo era pacífico? (Sal. CXIX, 7.) Sin embargo, aunque el justo florece como el lirio, el esposo no se alimenta del lirio, ni se complace en la singularidad. Escucha, pues, al que habita entre los lirios. Donde, dice, dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos (Mat. XVIII, 2). Jesús siempre ama lo que está en medio, siempre rechaza los desvíos y los lugares de descanso el Hijo del hombre, mediador entre Dios y los hombres. Mi amado es mío, y yo soy suya, que se alimenta entre los lirios. Cuidemos de tener lirios, hermanos, extirpemos las espinas y los abrojos, y apresurémonos a injertar lirios: si acaso el amado se digna descender a alimentarse también entre nosotros.

18. Sin duda se alimentaba con María, y eso más abundantemente por la multitud de lirios. ¿No son los lirios el adorno de la virginidad, el emblema de la humildad, la supereminencia de la caridad? Sin embargo, también nosotros tendremos lirios, aunque muy inferiores: pero ni siquiera entre estos el esposo se desdeñará de alimentarse; si es que aquellas acciones de gracias que mencionamos son iluminadas por la alegría de la devoción, la oración es blanqueada por la pureza de la intención, la confesión es emblanqueada por la indulgencia, como está escrito: Si vuestros pecados fueran como la grana, serán emblanqueados como la nieve; y si fueran rojos como el carmesí, serán como lana blanca (Is. I, 18). Sin embargo, sea lo que sea lo que te prepares para ofrecer, recuerda encomendarlo a María, para que la gracia regrese al dador de la gracia por el mismo canal por el que fluyó. Pues no era impotente Dios para infundir gracia sin este acueducto, como quisiera; pero quiso proveerte un vehículo. Tal vez tus manos estén llenas de sangre, o manchadas de regalos, porque no las has sacudido de todo don. Por eso, ese pequeño don que deseas ofrecer, cuida de entregarlo a las manos

gratísimas y dignísimas de toda aceptación de María, si no quieres sufrir rechazo. Sin duda son unos lirios muy blancos: y no se quejará el amante de los lirios de no haber encontrado entre los lirios lo que haya encontrado entre las manos de María. Amén.

EN LA FIESTA DE SAN MIGUEL.

SERMON I. De los oficios de los ángeles hacia nosotros, y nuestra reverencia hacia ellos [o, de la triple causa por la cual los ángeles están preocupados por nosotros].

1. Hoy se celebra la memoria de los ángeles, y exigís un sermón debido por tan gran solemnidad. Pero, ¿qué pueden decir los viles gusanos sobre los espíritus angélicos? Creemos ciertamente, y con fe indudable sostenemos, que gozan de la presencia divina y de la visión, felices sin fin en los bienes del Señor, que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre. ¿Qué, pues, puede decir el hombre a los hombres sobre estas cosas, que ni siquiera él puede pensar, ni ellos al menos pueden oír? En verdad, si de la abundancia del corazón habla la boca, es necesario que la lengua guarde silencio por la pobreza del pensamiento. Sin embargo, si es mucho para nosotros hablar de esa claridad y gloria, en la que los santos ángeles nos superan completamente en sus corazones; hablemos de la que nos muestran, por gracia y caridad. En los espíritus celestiales no solo se encuentra una dignidad admirable, sino también una dignación amable. Es digno, pues, hermanos, que no pudiendo alcanzar la gloria, abracemos tanto más la misericordia, en la que sin duda abundan los domésticos de Dios, los ciudadanos del cielo, los príncipes del paraíso. Lo testifica el mismo Apóstol, quien arrebatado hasta el tercer cielo, mereció asistir a esa corte bienaventurada, y conocer sus secretos, que todos son espíritus administradores, enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación (Heb. I, 14).

2. Y que esto no parezca increíble a nadie; puesto que el mismo Creador y rey de los ángeles vino, no para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos (Mat. XX, 28). ¿Por qué, pues, alguien habría de desdeñar ese ministerio de los ángeles, en el que les precede aquel a quien en las alturas sirven con toda avidez y felicidad? Si también dudas de esto, ciertamente quien lo vio, dio testimonio: Miles de miles le servían, y millones de millones estaban delante de Él (Dan. VII, 10). Otro profeta también, hablando al Padre sobre el Hijo, dice: Lo hiciste un poco menor que los ángeles (Sal. VIII, 6). Así es, así conviene que venza también en humildad, quien vencía en sublimidad; y sea tanto menor que los ángeles, cuanto se entregó a un ministerio más bajo: quien es tanto más excelente, cuanto más diferente nombre heredó sobre ellos. Pero tal vez preguntes, en qué se ve disminuido respecto a los ángeles, cuando vino a servir; puesto que, como recordamos antes, también ellos son enviados para servir. Sin duda en que no solo sirvió, sino que también fue servido, y era uno y el mismo quien servía y quien era servido. Con razón, pues, la esposa en el Cantar de los Cantares dice: He aquí, viene saltando sobre los montes, brincando sobre las colinas (Cant. II, 8). Sirviendo, saltó entre los ángeles: pero también los superó siendo servido. Pues los ángeles sirven, pero de lo ajeno, ofreciendo a Dios buenas obras, no suyas, sino nuestras, y trayéndonos su gracia. Por eso, la Escritura al decir: Porque subió el humo de los aromas en la presencia del Señor de la mano del ángel, cuidadosamente predispuso que se le dieron muchos inciensos (Apoc. VIII, 4, 3). Ofrecen nuestros sudores, no los suyos; nuestras lágrimas, no las suyas, a Dios: también nos traen sus dones, y no los suyos.

3. No así aquel ministro más sublime que todos, pero también más humilde que todos, quien se ofreció a sí mismo como sacrificio de alabanza, quien ofreciendo su alma al Padre, nos ministra hasta hoy su carne. Por la gracia de este tan gran ministro, no es de extrañar que los santos ángeles nos sirvan digna y gustosamente. Pues ellos nos aman, porque Cristo nos amó.

Ciertamente se dice en un proverbio vulgar: Quien me ama, ama también a mi perro. Nosotros, oh bienaventurados ángeles, somos los perritos de aquel Señor a quien amáis con tanto afecto; perritos, digo, deseando saciarnos de las migajas que caen de la mesa de nuestros señores, que sois vosotros. Y he dicho esto, hermanos, para que de aquí en adelante tengáis mayor confianza hacia los bienaventurados ángeles, y por tanto más familiarmente en toda vuestra necesidad invoquéis su ayuda; pero también os esforcéis por comportaros más dignamente en su presencia, y más y más conciliaros su gracia, captar su benevolencia, rogar por su clemencia. Por esta razón considero necesario exponer también a vuestra caridad otras causas, que también hacen que los bienaventurados ángeles se preocupen por nuestra debilidad; sin su ansiedad, ciertamente, pero no sin nuestra utilidad; ni en detrimento de su felicidad, sino para el aumento de nuestra salvación.

4. Sin duda se sabe que las almas humanas, partícipes de la razón y capaces de bienaventuranza, son, si nos atrevemos a decirlo, de naturaleza afín a la angélica: y no os conviene a vosotros, oh bienaventurados espíritus, desdeñar, contra el precepto de la ley, la especie que debéis visitar, aunque esté, como veis, muy degradada. Pero tampoco creemos que vosotros, ciudadanos celestiales, os deleitéis en la destrucción de vuestra ciudad, y en la ruina de los muros, que veis semiderruidos. Si deseáis su restauración, como es digno; frecuentemente, os ruego, ante el trono de la gloria repetid la palabra de súplica, diciendo: Haz bien, Señor, en tu buena voluntad a Sion, para que se edifiquen los muros de Jerusalén (Sal. L, 20). Si amáis la belleza de la casa de Dios, más aún porque verdaderamente la amáis; experimenten vuestro celo las piedras vivas y racionales, que solo pueden ser coedicadas con vosotros en su restauración. Este es, amadísimos, el triple cordón, por el cual desde la excelsa morada de los cielos es atraída la caridad supereminente de los ángeles para consolarnos, visitarnos, ayudarnos, por Dios, por nosotros, por ellos mismos. Por Dios, ciertamente, cuya entrañable misericordia hacia nosotros también ellos, como es digno, imitan. Por nosotros, en quienes sin duda compadecen su propia semejanza. Por ellos mismos, cuyos órdenes esperan con todo deseo ser restaurados de entre nosotros. Pues en la boca de los pequeños que ahora se alimentan de leche, y aún no de alimento sólido, debe perfeccionarse aquella alabanza de la majestad divina, de la cual teniendo las primicias los espíritus angélicos, disfrutan sin duda de una bienaventurada delectación: pero nos esperan con tanto más ansia, cuanto con la expectativa y deseo de su consumación son solicitados.

5. Siendo así las cosas, considerad, cuánta también es la solicitud que necesitamos, amadísimos, para mostrarnos dignos de su compañía, y comportarnos de tal manera en la presencia de los ángeles, que no ofendamos sus santos ojos. ¡Ay de nosotros, si alguna vez provocados por nuestros pecados y negligencias, nos juzgan indignos de su presencia y visita, de modo que ya tengamos que lamentarnos y decir con el Profeta: Mis amigos y mis vecinos se acercaron contra mí, y se quedaron; y los que estaban cerca de mí, se quedaron lejos, y me hacían violencia los que buscaban mi alma (Sal. XXXVII, 12, 13); sin duda, al haberse alejado aquellos cuya presencia podía protegernos y repeler al enemigo. Pues si tan necesaria tenemos la familiaridad de la dignación angélica, debemos evitar su ofensa, y ejercitarnos principalmente en aquellas cosas que sabemos que les agradan. Hay muchas cosas que les complacen, y que les gusta encontrar en nosotros: como la sobriedad, la castidad, la pobreza voluntaria, los frecuentes gemidos al cielo, y la oración con lágrimas, y la intención del corazón. Sin embargo, sobre todo esto, los ángeles de la paz nos exigen unidad y paz. ¿Por qué no se deleitarían especialmente en estas cosas, que representan en nosotros una cierta forma de su ciudad, para que se maravillen de la nueva Jerusalén en la tierra? Digo, pues, que así como la participación de aquella ciudad es en lo mismo (Sal. CXXI, 3), así también nosotros sintamos lo mismo, digamos lo mismo todos, y no haya entre nosotros divisiones;

sino que más bien todos juntos seamos un solo cuerpo en Cristo, y cada uno de nosotros miembros unos de otros.

6. Por el contrario, nada ofende tanto, y provoca a la indignación, como las disensiones y escándalos, si acaso se encuentran entre nosotros. Escuchemos, pues, lo que dice Pablo a los Corintios. Porque habiendo entre vosotros celos y contiendas, ¿no sois carnales, y andáis según el hombre? (I Cor. III, 3.) En la Epístola del apóstol Judas leemos así: Estos son los que se separan a sí mismos, animales, no teniendo el Espíritu (Judas 19). Se puede ver cómo el alma del hombre vivifica todos los miembros del cuerpo que están unidos a ella. Separa, pues, cualquiera de ellos de la unión con los demás, y ve si de ahí en adelante lo vivifica. Así es todo el que dice anatema a Jesús (I Cor. XII, 3): lo que nadie dice hablando en el Espíritu de Dios, porque anatema es separación. Así es, digo, todo el que se divide de la unidad, y no dudes que de él se ha apartado el espíritu de vida. Con razón, pues, los apóstoles llaman carnales y animales, no teniendo el Espíritu, a los contenciosos y a los que se separan a sí mismos. Dicen, pues, aquellos santos y bienaventurados espíritus, donde encuentran escándalos y disensiones: ¿Qué tenemos que ver con esta generación que no tiene el Espíritu? Pues si el Espíritu estuviera presente, ciertamente por Él se difundiría la caridad, y no se rompería la unidad. Y dicen: No permanecemos con estos hombres para siempre, porque son carne. ¿Qué convenio hay entre la luz y las tinieblas? Nosotros somos del reino de la unidad y la paz, y esperábamos que estos hombres vinieran a esa misma unidad y paz. Pero ahora, ¿cómo pueden unirse a nosotros, quienes disienten entre sí? Veis cuán adecuada es a esta solemnidad la lectura evangélica, que nos disuade tan fuertemente del escándalo de los pequeños, puesto que los escándalos desagradan tanto a los ángeles. Quien escandalice a uno de estos pequeños (Mat. XVIII, 6): es duro lo que sigue. Pero ya ha pasado la hora, debemos ir a las misas. Ruego que no os sea molesta la dilación, que podrá no ser inútil, si en otro sermón proseguimos más diligentemente este capítulo presente.

SERMON II. Sobre aquello, «Quien escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí,» etc. (Mat. XVIII, 6-9).

1. Habéis escuchado, hermanos, la lectura evangélica que resuena bastante terriblemente contra aquellos que escandalizan a los pequeños. La Verdad no halaga a nadie, no acaricia a nadie, no engaña a nadie, declarando abiertamente que ¡ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! Bueno le sería a él, si no hubiera nacido ese hombre (Mat. XXVI, 24). Nacido ciertamente de nuevo, nacido para la vida, nacido del Espíritu, quien sin duda se consume después en la carne. Conviene a él, si hay alguien que suscita escándalos en esta casa, en esta santa, agradable a Dios, y muy grata y familiar congregación de sus ángeles, que se le cuelgue al cuello una piedra de molino, y en lugar del suave yugo y la carga ligera del Salvador, con la pesada carga de la codicia terrena impuesta sobre sus hombros, sea sumergido en el profundo mar de este gran y espacioso mundo, que sin duda es el siglo malo. Pues menos condenable le sería perecer más en el mundo, que en el monasterio. Pues es necesario que perezca el hombre que no tiene caridad, aunque entregue su cuerpo para ser quemado. Y esto lo digo, hermanos, no porque piense menos bien de vosotros, o parezca reinar en vosotros este vicio tan malvado; sino para que en esa caridad y unanimidad, y paz en la que estáis en el Señor, estéis solícitos en perseverar, y abundar más. Pues ¿cuál es nuestra esperanza, y nuestro gozo, y la corona de nuestra gloria? ¿No es vuestra unidad y unanimidad, en la que me alegro de encontraros amantes de la fraternidad, y sobre todo teniendo entre vosotros mismos la mutua caridad, que es el vínculo de la perfección? Por lo cual os ruego, estad así en el Señor, amadísimos. Pues en esto conocerán todos, incluso los santos ángeles, que sois discípulos de Cristo, si tenéis amor los unos por los otros.

2. Finalmente, si recordáis la triple causa de la caridad y solicitud angélica hacia nosotros que os transmitimos en el sermón anterior, también se puede recomendar magníficamente la utilidad del amor fraternal. Es fácil para el hombre que no ama al prójimo considerar que no tiene ninguna de las causas que mencionamos entonces. ¿Acaso seremos amados por los ángeles por la gracia de Cristo si descubren nuestra falta de amor mutuo, y por lo tanto no somos sus discípulos? ¿Seremos amados por ellos por nosotros mismos, es decir, por la similitud de nuestra naturaleza espiritual, si no amamos a nuestros compañeros de naturaleza humana? Más aún, si por las contiendas entre nosotros se demuestra que somos más carnales que espirituales. Finalmente, ¿nos amarán por ellos mismos y por la futura restauración de su ciudad si, Dios no lo quiera, falta el único vínculo de caridad que puede unirnos y edificarnos con ellos? ¿Cómo esperarán reconstruir con nosotros los muros perpetuos de esa ciudad si descubren, si ven que no somos piedras vivas que puedan unirse, sino más bien polvo que el viento arroja de la faz de la tierra, que el soplo de una palabra levanta en torbellino y que la más leve brisa de sospecha dispersa? Y esto es suficiente para lo que dice el Señor: Si alguno escandaliza a uno de estos pequeños. Creo que de ahora en adelante evitaréis con mayor cuidado esta peste tan maligna.

3. Ahora bien, ¿quién no se conmueve con lo que sigue en el Evangelio: Si tu ojo te escandaliza, arráncalo? ¿Acaso se nos aconseja arrancar este ojo corporal, o cortar una de estas manos, o un pie? ¡Lejos de nosotros tal pensamiento carnal y ridículo! Más bien, después de que la palabra divina nos ha disuadido suficientemente de los escándalos externos, como habéis oído, nos da consejo sobre qué hacer con el escándalo que sufrimos internamente, encontrando una ley contraria en nuestros miembros. Pues Él conoce nuestra fragilidad, que tal escándalo no puede ser evitado fácilmente por nosotros. Además, sabemos por experiencia diaria que este escándalo ocurre de tres maneras. A veces, en nosotros hay un ojo de intención espiritual simple, que más bien debe llamarse de la gracia que nuestro; pero nos escandaliza nuestro propio ojo, el que verdaderamente es nuestro, cuando nuestra voluntad introduce otra intención menos casta. Pero ya tenemos sobre esto el saludable consejo del Salvador: Arráncalo, dice, y échalo de ti. Esto se logrará si no consientes, si lo rechazas, si resistes. De manera similar, debe entenderse sobre la mano y el pie. Pues cuando, estando dedicados a buenas obras, nuestra propia voluntad intenta llevarnos a otras obras, es nuestra mano la que nos escandaliza; pero debe ser cortada y echada de nosotros, para que no consintamos en ella.

1023 4. Así también, deseando progresar en la santa conversación y ascender por los grados de la escalera que Jacob vio, y según lo que dice el salmista, ir de virtud en virtud (Sal. LXXXIII, 8), a menudo sufrimos escándalo de un pie de nuestra pusilanimidad y negligencia, que ciertamente intenta descender más y avanzar con menos esfuerzo; pero es necesario cortarlo, para que el pie de la gracia, que está en el camino recto, pueda correr sin ofensa, sin escándalo, sin impedimento. Y lo que dice: Es mejor para nosotros entrar en la vida con un solo ojo, o mano, o pie, que teniendo dos ir al fuego del infierno: señala a aquellos que siguen su propia voluntad, ya sea buena o mala, y entran por dos caminos, ahora siguiendo lo bueno, ahora lo malo, según varían sus deseos. A quienes les habría sido más útil adherirse a la gracia en todo, y donde su propia voluntad se opone, cortarla y desecharla de sí mismos. Sin embargo, después de mucho tiempo ejercitándonos en la abnegación de nuestra propia voluntad, de alguna manera la dominamos, para que aprenda ya no a enorgullecerse, sino más bien a estar sujeta a Dios sin escándalo ni contradicción; y ya no sea necesario desechar nuestro ojo, que al adherirse al ojo simple se ha vuelto también simple, o ciertamente ya no es otro ojo, sino uno con él, como testifica el Apóstol: porque el que se adhiere al Señor, es un espíritu con Él (I Cor. VI. 17). Y lo que se ha dicho del ojo, debe entenderse de la misma

manera sobre la mano y el pie. Pues aquel cuya voluntad se adhiere con afecto y deseo de gracia, de modo que no desea hacer el mal, ni lo bueno de manera menor, ni menos bien de lo que sugiere la gracia; este es claramente un hombre perfecto. Pero esta paz es más bien de felicidad: la abnegación de los escándalos y la victoria sobre las tentaciones, de fortaleza: aquella, digo, de gloria, esta de virtud.

EN LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.

SERMON I. Sobre la lectura evangélica, «Viendo Jesús las multitudes,» etc. (Mat. V, 1-12.)

1. Es digno celebrar con toda devoción la festividad de hoy de Todos los Santos. Sin duda, si parece grande, y lo es, la solemnidad del bienaventurado Pedro, o del bienaventurado Esteban, o de cualquiera de los demás; ¿cuánto más esta, que no es de uno solo, sino de todos? Pero no ignoráis, hermanos, que es costumbre de los seculares preparar banquetes festivos en los días de fiesta: y cuanto más clara sea la solemnidad, tanto más espléndidamente se banquetean. ¿Qué, pues? ¿No deben también aquellos que se convierten al corazón buscar las delicias del corazón, y comparar lo espiritual con lo espiritual? Por eso ya está preparado nuestro banquete, hermanos, ya todo está cocido, y ha llegado el tiempo de banquete. Pues es digno que primero se sacie el alma, ya que esta porción sin duda, y sin comparación, es mejor: especialmente cuando es manifiesto que las solemnidades de los Santos pertenecen más a las almas que a los cuerpos; y lo que es de las almas, las almas lo aceptan más, ya que están unidas a ellas por una cierta afinidad natural. Por lo cual, estos santos compadecen más a las almas, desean más sus bienes, y se deleitan más en sus refrigerios, porque ellos mismos fueron pasibles como nosotros; ellos mismos deploraron las molestias de este peregrinaje y exilio miserable; ellos mismos experimentaron la pesada carga de este cuerpo, y los tumultos del mundo, y las tentaciones del enemigo. No hay duda, pues, de que les es más grata y mucho más aceptable aquella festividad que se enfoca en los banquetes de las almas, que aquella que es celebrada por los seculares, cumpliendo los deseos de la carne en las concupiscencias de los placeres.

2. Sin embargo, ¿de dónde nos viene el pan de las almas en tierra desierta, en lugar de horror y vasta soledad? ¿De dónde nos viene el alimento espiritual bajo el sol, donde no hay nada sino trabajo y dolor, y aflicción del espíritu? Pero sé quién dijo: Pedid y recibiréis: y aquello: Si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos; ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el buen espíritu a los que se lo pidan? (Mat. VII, 7, 11; Luc. XI, 9, 13.) Tampoco ignoro cuánto habéis pedido con insistencia durante toda esta noche y día, mendigando que se os dé el pan vivo del cielo; no aquel que fortalece el cuerpo, sino el que confirma el corazón del hombre. Pues no me atrevería a llamarnos comensales, sino que somos mendigos, viviendo de la provisión de Dios. Mendigos, digo, yaciendo ante la puerta del rey riquísimo, llenos de llagas, y deseando saciarnos, más bien sustentarnos con las migajas que caen de la mesa de nuestros señores, cuya solemnidad celebramos hoy. Sin duda, ellos abundan en delicias, y reciben una medida buena, apretada, y rebosante. Confiamos, sin embargo, en que habrá quien nos dé: pues hay un gran abismo y una distancia muy grande entre la liberalidad y benignidad de Dios, y la crueldad del rico avaro. Por eso hoy nuestro Padre nos ha dado pan: pues el Padre de las misericordias, es necesario que también sea padre de los miserables; nos ha dado, digo, pan del cielo, y alimentos en abundancia: ¡ojalá yo sea considerado un cocinero fiel, ojalá mi alma sea una cocina útil!

3. Pues para preparar vuestros manjares, toda esta noche mi corazón se ha calentado dentro de mí, y en mi meditación se ha encendido un fuego: sin duda, aquel que el Señor Jesús envió a la tierra, y quiso que ardiera intensamente (Luc. XII, 49). Pues es necesario tener alimento

espiritual, y cocina, y fuego espiritual. Resta ahora que distribuya lo que he preparado: pero vosotros considerad más bien al Señor que da, que al siervo que distribuye. Pues yo, en cuanto a mí respecta, no soy más que vuestro conservo, que junto con vosotros, y para mí, y para vosotros, como el mismo Señor sabe, mendigo el pan del cielo, y el alimento de la vida. Por eso no soy yo quien os da, sino que es vuestro Padre quien os da el pan del cielo vivo: Él os alimenta, tanto con obras como con palabras, e incluso con la carne de su Hijo, que es verdaderamente comida. Pues también leo sobre las obras: Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre (Juan IV, 34); y sobre las palabras, que no solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (Deut. VIII, 3); Por lo tanto, ahora tenemos alimento con sus hechos y palabras; después de esto, también recibiremos el sacramento inmaculado del cuerpo del Señor en la mesa sagrada del altar, con su propiciación.

4. Leemos en el Evangelio hoy, que viendo Jesús las multitudes, subió al monte. Pues el Señor, predicando, era seguido por los pueblos de las ciudades y aldeas: cuyas almas salvaba, sanaba sus cuerpos; y se adherían a Él, deleitados tanto por su palabra como por su aspecto: cuya voz era ciertamente suave, y su rostro hermoso, como está escrito: Hermoso eres, más que los hijos de los hombres, la gracia se derrama en tus labios (Sal. XLIV, 3). Tal es a quien seguimos, a quien nos adherimos; todo Él deseable, a quien no solo los pueblos, sino también los mismos ángeles santos desean contemplar. ¿Qué os ofreceremos más dulce? Sin duda, estas son las delicias de los ángeles. Gustad, pues, y ved que el Señor es dulce. Y a esta dulzura, a este sabor, a esta sabiduría, que verdaderamente se extrae de lo oculto, nada de lo que se desea puede compararse. ¿Qué, pues? ¿Te maravillas del esplendor en el sol, de la belleza en la flor, del sabor en el pan, de la fecundidad en la tierra? Pero todas estas cosas han sido dadas por Dios: y no hay duda de que ha reservado para sí mucho más de lo que ha dado a las criaturas.

5. Ahora, tampoco debemos considerar ocioso que subió al monte, sin duda porque mucho antes fue predicho como por un profeta clamando desde lejos: Sube al monte alto, tú que evangelizas a Sion; levanta con fuerza tu voz, tú que evangelizas a Jerusalén (Isa. XL, 9). En esta ascensión, si no tenéis algo mejor, yo creo que debe entenderse lo que al principio de los Hechos de los Apóstoles menciona el bienaventurado Lucas, diciendo: El primer tratado hice, oh Teófilo, acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar (Hech. I, 1). Sin duda, no según la costumbre de los fariseos, que ataban cargas pesadas e insoportables, y las ponían sobre los hombros de los hombres, pero ellos mismos no querían moverlas ni con un dedo (Mat. XXIII, 4). ¿No es este buen pan del alma, y que mucho confirma el corazón del hombre? Confiadamente te sigo, Señor, a dondequiera que vayas, y camino seguro por el camino de tus mandamientos sabiendo que Tú mismo has precedido por él. Seguro, digo, corro por el camino de tus mandamientos, ya que sé que desde el extremo del cielo fue tu salida para correr este camino, y tu llegada hasta su extremo fue por este camino. No puedo ahora, hermanos, masticar cada cosa de esta manera: sed vosotros animales limpios y rumiantes, para que se cumpla lo que está escrito: El tesoro deseable reposa en la boca del sabio (Prov. XXI, 20). Pues tal vez tanto la brevedad de la hora como la magnitud de la materia obligan a resumir y cortar la palabra.

6. Viendo Jesús las multitudes, subió al monte. Viendo con mirada de misericordia, porque eran como ovejas errantes, sin pastor. ¿Qué significa que antes de comenzar a enseñar, subió al monte, sino que en esto mismo enseñó que los predicadores de la palabra de Dios deben tender a lo sublime con los deseos del alma y la santa conversación, y ascender al monte de las virtudes? Y cuando se sentó, se acercaron a Él sus discípulos. Cuando se sentó, dice. De lo contrario, ¿quién podría acercarse a ese gigante excelso? Muy benignamente se inclinó, y se anonadó hasta sentarse, de modo que dice al Padre: Tú conoces mi sentada y mi levantada

(Sal. CXXXVIII, 2). Pues se sentó, para que a Él, a quien ni siquiera los ángeles de pie podían alcanzar, también los publicanos y pecadores se acerquen, se acerque María Magdalena, y también el ladrón desde la cruz. Y cuando se sentó, se acercaron a Él sus discípulos. Se acercaron no tanto con el paso de los pies, como con el afecto del corazón, y la imitación de las virtudes. Pero bien se dice que no las multitudes, no cualquiera del pueblo, sino los discípulos se acercaron: para que así como el Antiguo Testamento se lee que fue dado en el monte Sinaí, solo Moisés subiendo, y el pueblo esperando abajo (Éxodo XXIV, 12-18); así también ahora los montes lleven paz al pueblo, y las colinas justicia; y como en ciertas tinieblas, y en secreto se diga a los apóstoles lo que después dirán en la luz, y oigan al oído lo que después predicarán sobre los tejados. Por eso sigue:

7. Y abriendo su boca, les enseñaba. Abrió ahora su boca, quien antes había abierto las bocas de los profetas. De aquí que se lea en el salmo, diciendo el Profeta: Señor, abrirás mis labios, y mi boca anunciará tu alabanza (Sal. L, 17). Pero ahora quien de muchas maneras y en muchos modos había hablado en otro tiempo en los profetas, finalmente habló con su propia boca, como si dijera: Y el que hablaba, he aquí estoy (Isa. LII, 6). Bienaventurados los que oyeron hablar en carne a la Sabiduría: bienaventurados los que oyeron las palabras del Verbo de Dios, que salieron de su propia boca. Sin embargo, lo que ellos oyeron, aún se nos reserva a nosotros; porque también nosotros podemos oír, aunque no de Él mismo. Abriendo su boca, les enseñaba, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu. Verdaderamente se abrió su boca, en la que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Y verdaderamente esta es su doctrina, quien en el Apocalipsis habla: He aquí, hago nuevas todas las cosas (Apoc. XXI, 5): quien por el Profeta había predicho antes: Abriré mi boca, eructaré cosas ocultas desde la constitución del mundo (Sal. LXXVII, 2; Mat. XIII, 35). Pues ¿qué hay más oculto que la pobreza sea bienaventurada? Sin embargo, la Verdad habla, que no puede ser engañada ni engañar; y es Él quien dice que bienaventurados los pobres de espíritu. Así vosotros, insensatos hijos de Adán, ¿buscáis riquezas, deseáis riquezas hasta ahora: cuando ya la bienaventuranza de los pobres ha sido divinamente recomendada, predicada al mundo, creída por los hombres? Que las busque el pagano, que vive sin Dios; que las busque el judío, que recibió promesas terrenales: pero ¿con qué cara, más bien con qué mente busca riquezas el cristiano, después de que Cristo ha predicado que los pobres son bienaventurados? ¿Hasta cuándo, hijos ajenos, hasta cuándo hablará vuestra boca vanidad, para que digáis bienaventurado al pueblo que tiene estas cosas, estas visibles, estas presentes; cuando el Hijo de Dios abriendo su boca ha hablado la verdad, que los pobres son bienaventurados, y ay de los ricos?

8. Pero presta atención cuidadosamente, que no nombra simplemente a los pobres, por los plebeyos pobres por necesidad miserable, no por voluntad loable. Espero ciertamente que esta misma miseria de su aflicción les será de provecho ante la misericordia de la bondad divina: sin embargo, sé que el Señor en este lugar no habló de estos, sino de aquellos que pueden decir con el Profeta: Voluntariamente te sacrificaré (Sal. LIII, 8). Sin embargo, ni siquiera toda pobreza voluntaria tiene alabanza ante Dios: pues también se lee que los filósofos dejaron todas sus cosas, para que, libres de las preocupaciones mundanas, pudieran dedicarse más libremente al estudio de la vanidad; y no querían abundar en riqueza terrena, para abundar más en su propio sentido. A estos los distingue lo que se ha dicho, de espíritu, es decir, con voluntad espiritual. Bienaventurados, por tanto, los pobres de espíritu, con intención espiritual, deseo espiritual, por el solo beneplácito de Dios, y la salvación de las almas, porque de ellos es el reino de los cielos. Pero ¿quién es el que así habla, que así beatifica a los pobres, y así enriquece? ¿Crees que podrá ser verdad? Sin duda lo será, ya que es veraz y poderoso quien lo promete. Si murmura el enemigo, se le responderá: ¿No me es

lícito hacer lo que quiero? ¿O es malo tu ojo porque yo soy bueno? (Mat. XX, 15.) Si tú con justicia has sido humillado por haberte querido exaltar contra mí; ¿no es justo que sean exaltados los que se humillan por mí? Y verdaderamente, hermanos, si aquel miserable fue arrojado del cielo, porque aspiró a la altura, deseó la altitud, presumió de sublimidad: ¿no es consecuente que sean bienaventurados los que voluntariamente se deponen en la humildad de la pobreza, y según la promesa del Señor, de ellos es el reino de los cielos, que este perdió? Y observa cuán sabiamente ha ordenado la Sabiduría, oponiendo el primer remedio contra el primer pecado. Como si dijera más claramente: ¿Quieres obtener el cielo que perdió el ángel soberbio, que confió en su propia fuerza, y en la multitud de sus riquezas? Abraza la vileza de la pobreza, y será tuyo. Sigue:

9. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Bien, muy bien. Así debía ser, después de encomiar la pobreza, también se debía predicar la mansedumbre; porque al dejarlo todo, la primera tentación suele ser la molestia del cuerpo y la aflicción inusual de la carne. ¿De qué servirá la pobreza, si, Dios no lo quiera, el pobre cae en murmuración, volviéndose irritable e impaciente con la disciplina? También, después de la promesa del reino, se da otro reino como prenda, para que, según la Escritura, tengamos la promesa de la vida presente y futura (I Tim. IV, 8); y de la exhibición de lo presente, sea firme la expectativa de lo futuro. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Esta tierra la entiendo como nuestro cuerpo: si el alma quiere poseerlo, si desea reinar sobre sus miembros, es necesario que sea mansa y esté sujeta a su superior; porque encontrará a su inferior tal como se haya mostrado a su superior. Pues la criatura se arma para vengar la injuria de su Creador. Y por eso, el alma que encuentra rebelde a su carne, debe saber que está menos sujeta a las potestades superiores de lo que debería. Que se mansedumbre y se humille bajo la poderosa mano del Altísimo; y esté sujeta a Dios, y también a aquellos a quienes debe obedecer en su lugar: y enseguida encontrará su cuerpo obediente y sujeto. Porque es la Verdad la que habla: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. Y mira si no ha salido un segundo remedio contra la herida del segundo pecado. Pues después de la caída de la prevaricación angélica, Eva pecó, agitada por la inquietud del espíritu, y rechazando el yugo suave y la carga ligera del Señor; porque no quiso esperar para recibir de la mano del Señor, de quien ya había recibido las demás cosas, también la perfección de la bienaventuranza, sino que intentó arrebatarla por el consejo de la serpiente. Por esto perdió el paraíso, la tierra de las delicias: por esto encontró en su propio cuerpo una ley contraria. Pero tal vez ahora, al escuchar esta voz del Señor, ardes en deseo de mansedumbre, y te quejas de la aspereza de tu corazón, y de ciertos movimientos bestiales y de una ferocidad indomable. Atiende, pues, a lo que sigue:

10. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Los azotes doman al caballo indómito; el espíritu contrito y la asiduidad de las lágrimas doman al alma indómita. Por tanto, en todas tus obras recuerda tu fin: el horror de la muerte, el juicio temible, el miedo al infierno ardiente no permitas que se aleje de los ojos de tu corazón. Piensa en la miseria de tu peregrinación, recuerda tus años en la amargura de tu alma; piensa en los peligros de la vida humana, piensa en tu propia fragilidad: y si perseveras en tal pensamiento, te digo, sentirás poco cualquier cosa que parezca molesta externamente, mientras con todo tu corazón te ocupas de la molestia interior. Pero tampoco el Señor permitirá que estés sin consuelo, porque es el Padre de las misericordias y el Dios de toda consolación; y se cumplirá completamente lo que la Verdad promete: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Concuerta con esta sentencia también aquello que leíste en Salomón: Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del banquete (Ecles. VII, 3). Por eso serías bienaventurada, Eva, si después de la culpa buscaras el consuelo de las lágrimas, y convertida al

arrepentimiento obtuvieras pronto el perdón. Pero ahora buscaste un consuelo muy miserable en la caída similar de tu marido, y con el veneno más malo, es decir, con el vicio más nefasto, infectaste toda tu posteridad: de modo que hasta hoy la perdición de uno, otro la considera su consuelo. ¡Miserable consuelo de Eva, y de aquellos que imitan esta miseria! Pero bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Pero, ¿qué otra cosa es este consuelo, sino la gracia de la devoción que procede de la esperanza del perdón, y la suavísima delectación del bien, y el gusto de la sabiduría, aunque sea pequeño, con los cuales el Señor benigno refresca el alma afligida? Pero ese gusto no es otra cosa que un estímulo del deseo y un incentivo del amor, como está escrito: Los que me comen, aún tendrán hambre; y los que me beben, aún tendrán sed (Eclesiástico XXIV, 29). Por eso inmediatamente se añade:

11. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. El que tiene hambre, que tenga más hambre; y el que desea, que desee aún más abundantemente; porque tanto como pueda desear, tanto recibirá. Más bien, no según la imperfección o medida del deseo, porque mientras no tenga perfectamente, no puede desear perfectamente; pero tampoco puede tener perfectamente, mientras no desee perfectamente; sino que recibirá una medida buena, apretada, remecida y rebosante. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Al paladar más débil del corazón y al alma aún languideciente, la justicia parece una cosa dura e insípida; pero los que la han probado, ellos saben cuán bienaventurados son los que tienen hambre de ella, porque ellos serán saciados. ¡Oh verdadera y gloriosa saciedad! ¡Oh santo banquete! ¡Oh deseables manjares! donde ciertamente no habrá ansiedad, ni podrá haber hastío, porque habrá suma saciedad y sumo deseo. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Ahora bien, creo que esta palabra procede contra Adán, quien parece haber tenido alguna porción de justicia, en que se compadeció de la mujer; pero si hubiera tenido hambre de justicia, sin duda se habría preocupado de devolver lo que debía, no solo a su esposa, sino mucho más a su Creador. Pues debía a su esposa compasión y disciplina, como a un inferior. Porque el hombre es cabeza de la mujer (Efesios V, 23). Pero debía a Dios obediencia y sujeción. Pero, ¿qué pensamos, hermanos, que muchos hasta hoy juzgan gravemente ese hecho, y sin embargo lo imitan insensatamente? Se indignan contra Adán, porque obedeció a la voz de su esposa más que a Dios; y ellos mismos escuchan a su Eva, es decir, a la carne, más que a Dios. Hermanos, si ahora viéramos a Adán en ese momento, con pensamientos ascendiendo a su corazón, constreñido entre la súplica de su esposa y el mandato del Creador; ¿no clamaríamos contra él, diciendo: Cuidate, miserable, mira que no lo hagas; la mujer ha sido seducida, no le consientas? ¿Por qué entonces, cada vez que nos asalta una tentación similar, no nos persuadimos de la misma manera a nosotros mismos? Porque bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Pero, ¿qué puede ser toda nuestra justicia ante Dios? ¿No será considerada, según el profeta, como un trapo de inmundicia (Isaías LXIV, 6) y si se juzga estrictamente, toda nuestra justicia será hallada injusta y deficiente? ¿Qué será entonces de los pecados, cuando ni siquiera la justicia podrá responder por sí misma? Por eso, clamando fervientemente con el Profeta: No entres en juicio con tu siervo, Señor (Salmo CXLII, 2), recurramos con toda humildad a la misericordia, que sola puede salvar nuestras almas, y consideremos cuidadosamente lo que sigue:

12. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Y observa cómo Zaqueo brevemente en una palabra abarca ambos, diciendo: La mitad de mis bienes doy a los pobres, y si en algo he defraudado a alguien, devuelvo el cuádruplo (Lucas XIX, 8). Ves cuánto hambre tiene de justicia, a quien no le basta devolver con medida justa, sino que devuelve el cuádruplo. También es gran misericordia que da la mitad de sus bienes a los

pobres. Sin embargo, no callaré lo que siento. Mi boca hablará la alabanza del Señor: del Señor, ciertamente, no la vuestra. Pues no a vosotros, sino a su nombre doy gloria. Zaqueo ciertamente, cuya alabanza está en el Evangelio, dio la mitad de sus bienes a los pobres; pero veo aquí a muchos Zaqueos, que no se han reservado nada de todo. ¿Quién me escribirá este Evangelio de estos Zaqueos, o más bien de estos Pedros, que puedan hablar con confianza al Señor: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido? (Mateo XIX, 27.) Pero ya está escrito en el Evangelio eterno, está escrito y sellado en el libro de la vida: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Ahora bien, hermanos, esta sentencia toca la crueldad de Adán, quien parecía haber pecado antes por amor a su esposa. Pues sabemos, oh Adán, que es hueso de tus huesos y carne de tu carne, y pecaste por amor a ella. Veamos ahora cuánto la amas. Viene el Señor con una espada de fuego para vengar la prevaricación: enfréntate al peligro por ella, y di: Señor, la mujer es más débil, la mujer ha sido seducida: mi iniquidad es, mi pecado, que la venganza recaiga solo sobre mí. Pero no habla así: La mujer, dice, que me diste, me dio del árbol, y comí (Génesis III, 12). ¡Oh perversidad! Rehúsan sufrir el castigo por ella, y no te negaste a admitir la culpa. ¡Cómo, ay dolor! ¡Lo has confundido todo! Misericordioso de manera pernicioso, donde debías ser severo; y más perniciosamente cruel, donde debías mostrar misericordia. Pues no debías pecar por ella de ninguna manera, pero sí debías satisfacer por ella con ánimo dispuesto. Así debe hacerse, hermanos, que nunca por otro hombre peque, lo cual es justicia: y que con gusto lleve los pecados ajenos, lo cual es misericordia. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Sigue:

13. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados ciertamente, y completamente bienaventurados, los que verán a aquel a quien los ángeles desean mirar, a quien ver es vida eterna. A ti dijo mi corazón, buscó tu rostro: tu rostro, Señor, buscaré (Salmo XXVI, 8). ¿Qué tengo yo en el cielo? y de ti, ¿qué he querido sobre la tierra? Mi carne y mi corazón desfallecen, Dios de mi corazón, y mi porción es Dios para siempre (Salmo LXXII, 25, 26). ¿Cuándo me llenarás de alegría con tu rostro? ¡Ay de mí por la impureza de mi corazón! que impidiendo, aún no merezco ser admitido a esa visión bienaventurada. ¿Con cuánta solicitud, hermanos, con cuánto empeño se debe trabajar para que pueda limpiarse el ojo con el que se ha de ver a Dios? Y yo, ciertamente, siento que estoy manchado con triple suciedad; la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de la gloria temporal, y la conciencia de los delitos pasados. Pues hay en el alma ciertos movimientos de ambos deseos, que ni con la razón ni con las fuerzas puedo extinguir, mientras esté en este siglo malo, y esté atado en el cuerpo de muerte. Sin embargo, contra estas suciedades opongo el remedio de la oración; y por eso, como los ojos de los siervos en las manos de sus señores; así nuestros ojos al Señor nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros, que solo él es puro, y puede hacer puro al concebido en semilla impura. Así también contra la conciencia del pecado se ha instituido el remedio de la confesión; y todo se lava en la confesión. He aquí estas son las que limpian el ojo del corazón, la oración y la confesión. Por lo demás, bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Verán ciertamente al final cara a cara; verán también ahora, pero por espejo en enigma; y ahora conocen en parte, perfectamente después conocerán. Pues todo aquel en cuya conciencia aún vive el pecado oculto, o peca en esperanza, y así siente de Dios, como si menos le desagradasen los pecados; o peca en desesperación, sintiendo a Dios inmisericorde. A ambos se les dice con razón: Pensaste inicuamente, que sería como tú (Salmo XLIX, 21): porque ninguno de los dos ve a Dios, sino que la iniquidad miente a sí misma, formando para sí un ídolo en lugar de lo que no es él. Pero bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos solos ven a Dios, solos sienten de él en bondad: como verdaderamente es bueno, así que nadie es bueno sino él.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Miserables, por tanto, Adán y Eva, que convertidos en palabras de malicia para excusar excusas en pecados, mientras huyen de la limpieza de la confesión, permanecen con el corazón impuro, y son echados de la presencia del Señor. Sigue:

14. Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Con razón serán llamados con el nombre de hijos, quienes hayan cumplido la obra de hijos. Pues él es, por quien reconciliados tenemos paz con Dios: él que pacificó en su sangre las cosas que están en los cielos y las que están sobre la tierra, mediador de Dios y de los hombres, hombre Cristo Jesús. Y observa cómo en las tres primeras el alma se reconcilia consigo misma; en las dos que siguen, con el prójimo; en la sexta, con Dios; en la séptima también reconcilia a otros, como recibido en la gracia del Señor, y dotado de feliz familiaridad. Pues con la pobreza, la mansedumbre, el llanto se renueva en el alma una cierta semejanza e imagen de la eternidad que abarca todos los tiempos, mientras con la pobreza merece lo futuro, con la mansedumbre se reivindica lo presente, con el llanto de la penitencia recupera también lo pasado, como está escrito: Recordaré todos mis años en la amargura de mi alma (Isaías XXXVIII, 15). Por lo demás, con la justicia y la misericordia nos adherimos perfectamente al prójimo, mientras que lo que no queremos que nos hagan a nosotros, no lo hagamos a otros por justicia; y lo que queremos que los hombres nos hagan, también nosotros lo hagamos a ellos por misericordia. Ya reconciliados con nosotros mismos, reconciliados también con el prójimo, con confianza por la limpieza del corazón nos reconciamos con Dios. Bienaventurados, pues, los que no ingratos por su reconciliación, y piadosamente solícitos por sus hermanos, también a ellos, en cuanto pueden, se esfuerzan por reconciliarlos consigo mismos y con Dios. ¿Con qué alabanzas digno, con cuánto afecto crees que debe ser abrazado aquel hermano, que sin reproche viviendo entre los hermanos, con toda solicitud se cuida de que no haya en él nada que deba ser soportado por otros; y lo que en otros es oneroso, lo soporta pacientemente? que considera los escándalos de cada uno como suyos; que con el Apóstol dice: ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? ¿quién se enferma, y yo no me enfermo? (II Cor. XI, 29.) Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Pues no es Dios de disensión, sino de paz: por eso es digno que los hijos de paz sean llamados también hijos de Dios.

15. Ya la octava bienaventuranza que sigue, es la prerrogativa de los mártires: de cuya tolerancia ni el tiempo parece ser, ni la virtud. Ahora se honra más la justicia en cuanto a la apariencia: o nadie, o pocos sufren persecución por ella. Felices, sin embargo, si los hay, porque de ellos es el reino de los cielos, donde nadie los persigue. Que si la tribulación es múltiple, entonces también se debe exultar más abundantemente, no mirando las incomodidades que se ven; sino las recompensas, que no se ven. Pues lo que se ve, es temporal; lo que no se ve, es eterno. Bienaventurados, dice, seréis cuando os odien los hombres, y cuando os separen, y os expulsen, y digan todo mal contra vosotros mintiendo, por mi causa. Gozaos en aquel día, y exultad: porque he aquí vuestra recompensa es copiosa en los cielos, mucho más copiosa que el trabajo en la tierra. Sin embargo, ¿qué significa que la misma promesa se hizo a los pobres y a los mártires, sino porque verdaderamente la pobreza voluntaria es un tipo de martirio? Bienaventurado el hombre, dice el Profeta, que no fue tras el oro ni esperó en los tesoros del dinero. ¿Quién es este, y lo alabaremos? Porque hizo maravillas en su vida (Eclesiástico XXXI, 8, 9). ¿Qué más maravilloso, o qué martirio más grave hay, que tener hambre entre los banquetes, tener frío entre muchas y preciosas vestiduras, ser oprimido por la pobreza entre las riquezas que ofrece el mundo, que muestra el maligno, que desea nuestro propio apetito? ¿No será coronado con razón quien así haya luchado, rechazando al mundo que promete, burlándose del enemigo que tienta, y, lo que es

más glorioso, triunfando de sí mismo, y crucificando la concupiscencia que arde? Por eso, finalmente, a los pobres y a los mártires se les promete igualmente el reino de los cielos, porque con la pobreza se compra, pero en la pasión por Cristo se recibe sin demora alguna.

SERMON II. Sobre el estado de los santos antes de la resurrección.

1. Porque hoy celebramos, amadísimos, la memoria festiva de todos los Santos, dignísima de toda devoción, creo que vale la pena hablar a vuestra caridad sobre la felicidad común de ellos, en la que ya disfrutaban de bienaventurado descanso, y la futura consumación que esperan, con la ayuda del Espíritu Santo, de tal manera que no siga conjeturas de opinión propia, sino la autoridad de los libros divinos; para no parecer que profetizo de mi corazón, sino que me apoyo, en cuanto pueda, en los testimonios de las Escrituras. Pues habrá, con la ayuda del Señor, triple utilidad en este sermón, para que, conocida, al menos en parte, la feliz retribución de los santos, con mayor solicitud de ahora en adelante nos adheramos a sus huellas, y con más ferviente deseo suspiremos por su compañía, y con más propensa devoción nos esforcemos por recomendarnos a sus patrocínios. Pues fiel es el dicho, y digno de toda aceptación, que a quienes seguimos con solemne veneración, también los sigamos con similar conversación: a quienes proclamamos bienaventurados, corramos con toda avidez hacia su bienaventuranza: de quienes nos deleitamos con sus alabanzas, seamos elevados por sus patrocínios. Y ciertamente se encuentra no poco fructuosa la memoria festiva de los santos, alejando la languidez, la tibieza y el error: cuando nuestra debilidad es ayudada por su intercesión, nuestra negligencia es excitada por la consideración de su bienaventuranza, y nuestra ignorancia es también instruida por sus ejemplos. Por eso, aunque no dudo que estáis perfectamente instruidos para imitar las huellas de los santos, por la lectura del santo Evangelio de hoy, y por el mismo sermón del Señor, ciertamente con la escala erigida ante vuestros ojos, por la cual todo el coro de santos que hoy veneramos ascendió; y no ignoro que todo el tiempo de esta noche y día ha sido gastado con religiosa devoción en implorar sus sufragios: ya intentaré hablar algo pequeño de su felicidad, lo que él mismo haya concedido, quien ya los magnifica y glorifica, a quienes primero llamó y justificó.

2. Leemos en el Profeta: "Vuelve, alma mía, a tu descanso, porque el Señor te ha favorecido; porque ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída" (Salmo 114, 7, 8); y en otro salmo: "Nuestra alma, como un pájaro, ha escapado del lazo de los cazadores" (Salmo 123, 7). También creo haber encontrado muchas palabras similares en la serie de las Escrituras divinas, palabras de hombres que se alegran con gran admiración por haber sido liberados, palabras de perfecta seguridad y felicidad inmensa, una voz de acción de gracias y alegría, que, según mi entender, no creo que convengan en absoluto a aquellos que aún habitan en casas de barro y comen su pan con el sudor de su rostro. ¿Quién de ellos se gloriará de tener un corazón casto? ¿Quién se atreverá a gloriarse de que el lazo ha sido roto, que sus pies han sido liberados de la caída, cuando el Apóstol claramente protesta y dice: "El que piensa estar firme, mire que no caiga" (1 Cor. 10, 12)? Por eso también de sí mismo dice: "¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?" (Rom. 7, 24). Y en otro lugar: "Hermanos, yo mismo no considero haberlo alcanzado. Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta" (Filip. 3, 13, 14), etc. Asimismo: "Yo, pues, corro de esta manera, no como a la incertidumbre; de esta manera peleo, no como quien golpea el aire; sino que golpeo mi cuerpo y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser descalificado" (1 Cor. 9, 26, 27). Estas son claramente las palabras de una trompeta de milicia, las palabras de un líder valiente que lucha con fuerza. Pues las anteriores parecen más bien de alguien que triunfa, o ciertamente aún no triunfante, pero que ya regresa de la

batalla con victoria, y que con una conciencia alegre y segura espera el futuro día de gran triunfo.

3. ¿Qué dice el valiente soldado, el siervo fiel, al regresar de la batalla? "Vuelve ya, alma mía, a tu descanso", dice. Pues mientras servías al Señor en el cuerpo de muerte, no había descanso, tanto por el trabajo del combate como por el peligro de un desenlace aún incierto. De un lado, el tumulto de las tentaciones lo excitaba, del otro, el miedo a sucumbir lo preocupaba más gravemente. Sin embargo, hermanos, incluso entonces el soldado de Cristo tenía gloria, aunque no tuviera descanso. Pues dice el valiente y fortísimo soldado, del cual hicimos mención poco antes: "Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia" (2 Cor. 1, 12). No creo que este testimonio de la conciencia deba entenderse como si la conciencia misma se atestiguara a sí misma. Pues no es aprobado el que se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien Dios recomienda (2 Cor. 10, 18). Por lo tanto, el testimonio de la conciencia en el que se gloría el Apóstol no es lo que la conciencia da, sino lo que el Espíritu de verdad habla en ella, dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Rom. 8, 16). Es un testimonio de la conciencia no de quien da testimonio, sino de quien percibe. Pues cuando la verdad aplaude, cuando la justicia atestigua, sin duda es la voz de Dios que recomienda, y el testimonio del Espíritu Santo que da testimonio, como si el rey, por cuyo amor y honor lucha el soldado valientemente, estuviera cerca aplaudiendo alegremente, alabando las acciones valientes, clamando que la victoria está próxima, que las recompensas ya están preparadas, y prometiendo la corona eterna. En este testimonio se gloría el soldado probado y valiente; sin embargo, no descansa, sino que lucha con más fuerza y valentía. Así que, mientras aún militan, los elegidos de Dios ciertamente se alegran, pero solo de las primicias del Espíritu, que también ayuda su debilidad con su poder y consuela su pusilanimidad con su testimonio. Por eso, el Apóstol, de quien hablábamos, dice: "El reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Rom. 14, 17).

4. Ahora bien, una vez completado el tiempo de milicia, los santos tienen gozo también en su espíritu, hasta que llegue el día en que merezcan entrar en el gozo de su Señor, teniendo gozo también en su propio cuerpo. Pues así lo tenemos en el Salmo: "Señor, la luz de tu rostro ha sido sellada sobre nosotros; has dado alegría en mi corazón". ¿De dónde? Claramente de lo que sigue: "Del fruto de su trigo, vino y aceite" (Salmo 4, 7, 8). Pues el alma ha escuchado la voz que dice: "Dadle del fruto de sus manos, y alábenla en las puertas sus obras" (Prov. 31, 31). Por eso, Juan es mandado a escribir en el Apocalipsis que "bienaventurados los muertos que mueren en el Señor". ¿Por qué bienaventurados? "Desde ahora", dice el Espíritu, "para que descansen de sus trabajos" (Apoc. 14, 13). Por eso, en el mismo salmo del que hablábamos antes, a las palabras que pusimos arriba se añade: "En paz me acostaré y dormiré" (Salmo 4, 9). Y sobre las obras tenemos en el Apocalipsis: "Sus obras los siguen" (Apoc. 14, 13). ¿Para qué los siguen, sino para alabarlos en las puertas? ¿Para qué los siguen, sino para multiplicarse del fruto de ellos, y recibiendo del fruto de sus manos, engordar los becerros, que según el testimonio profético, cuando se reedifiquen los muros de Jerusalén, sabemos que serán puestos sobre el altar del Señor? (Salmo 51, 20, 21). Mientras tanto, que nos enseñe aquel cuyo testimonio se ha hecho muy creíble, que, como escribe en el Apocalipsis, también escuchó sus voces bajo el altar (Apoc. 6, 9, 10). Aún, pues, la luz del rostro del Señor está sellada sobre ellos; y aunque no tienen plena alegría, tienen sin embargo mucha alegría en su corazón, hasta que venga el día en que los llene de alegría con su rostro. Mientras tanto, digo, esas almas se convierten en su descanso, hasta que venga el día en que merezcan entrar en el descanso del Señor. Aún sus obras los alaban en las puertas, hasta que venga el tiempo en que cada uno tendrá alabanza de Dios. Veis, hermanos, cuán grande es la

unidad de las Escrituras, cómo con un solo sentido y casi con las mismas palabras hablan de la bienaventuranza de las almas.

5. Ahora bien, que nadie de vosotros sospeche que es pequeño el descanso o la alegría de aquellos que, libres de toda molestia, recuerdan sus años en la dulzura de su alma; se alegran por los días en que fueron humillados, por los años en que vieron el mal; con una admiración gozosa y una alegría maravillosa consideran los peligros que han evitado, los trabajos que han soportado, las luchas que han vencido; y por todo esto esperan con fe cierta e indudable la bienaventurada esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador suyo, que resucitará y reformará sus cuerpos, conformados a la claridad de su propio cuerpo.

6. ¡Cuánta es la felicidad de ellos, cuánta la inmensa alegría! que ciertamente exultan con un triple gozo, de la recordación de la virtud pasada, de la exhibición del descanso presente, de la cierta expectativa de la futura consumación. Pues de esa futura consumación tenemos la voz de ellos al final de ese salmo del que hablábamos antes. Dicen, en efecto, cada una de las almas, a las que ya se les ha dado llegar a este descanso: "En paz me acostaré y dormiré; porque tú, Señor, me has puesto en esperanza singular". Singular, digo, en esperanza, no ya entre esperanza y miedo, donde antes no sin mucha ansiedad y preocupación fluctuaba. Así también de la presente paz de los santos tenemos escrito en otro salmo: "Vuelve, alma mía, a tu descanso, porque el Señor te ha favorecido". Bien, digo, ha hecho, aunque aún no óptimamente. Escucha, pues, cuán bien: "Porque ha librado mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída" (Salmo 114, 7, 8): es decir, de todo pecado y de la pena del pecado, del miedo también y del peligro de recaer, completamente liberado. Este es el lecho suavísimo del alma, que ya no se lava ni se humedece con lágrimas, cuando Dios enjugará toda lágrima de sus ojos. Este es el lecho en el que ya no se punza, ni se convierte en su aflicción, mientras se clava con espina. Pues ha salido de aquella tierra que le producía espinas y abrojos. Este es, en verdad, el lecho del alma, que ya no se revuelca en su debilidad; porque todas las cosas que eran de debilidad han pasado juntas. Esta es, digo, la suavísima y más saludable paz del alma, una conciencia limpia, tranquila, segura. Sea, pues, el colchón del alma bienaventurada la pureza de su conciencia, sea la almohada su tranquilidad, sea su cobertor su seguridad: para que en este lecho, por ahora, duerma deleitadamente, descanse felizmente.

7. Ahora bien, de la recordación de la virtud pasada tienes en el salmo ciento veintitrés claramente las palabras de ellos, que también mencioné antes. Consideran y recuerdan con mucha admiración de qué lazos, de cuántos peligros han merecido ser liberados con la ayuda divina, y exultando en el Señor dicen: "Si no hubiera estado el Señor con nosotros, diga ahora Israel, si no hubiera estado el Señor con nosotros, cuando se levantaron los hombres contra nosotros, tal vez nos habrían tragado vivos. Nuestra alma ha pasado por el torrente, tal vez nuestra alma habría pasado por el agua intolerable"; y añaden: "Bendito sea el Señor, que no nos dio por presa a sus dientes" (Salmo 123, 1-6). Pero también las palabras que el Apóstol decía ya en el momento de su inminente disolución, parecen convenirle ahora mucho mejor en el estado en el que ahora descansa felizmente: pues ahora ya habla con seguridad: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez" (2 Tim. 4, 7, 8). Estas son, os digo, hermanos, estas son ahora todas las ocupaciones de los santos, este es su alimento, este es su sueño: y por eso el Espíritu Santo quiso que se escribieran esas palabras que hemos citado, y otras similares, para que de ellas se nos diera a conocer en alguna medida su estado.

8. Sin embargo, se afectan de manera muy diferente en tales meditaciones, y se deleitan mucho más de lo que nuestra mente puede captar o nuestra palabra explicar. Escucha cómo se esfuerza el profeta, repitiendo y multiplicando palabras, y aun así no puede magnificar dignamente lo que intenta. "¡Cuán grande", dice, "es la multitud de tu dulzura, Señor, que has reservado para los que te temen!" ¿Qué añadió, sin embargo? "La has perfeccionado", dice, "para los que esperan en ti, ante los hijos de los hombres" (Salmo 31, 20). Hay, pues, una multitud de dulzura que está reservada, grande y muy grande, pero aún no perfecta; porque se perfeccionará en lo manifiesto, no en lo oculto, cuando los santos no descansarán bajo el altar, sino que se sentarán como jueces sobre tronos. Pues las almas santas despojadas de sus cuerpos son admitidas inmediatamente al descanso; pero no así a la plena gloria del reino. "Los justos me esperan", dice el Profeta, cuando aún estaba retenido en la custodia de este cuerpo, "hasta que me recompenses" (Salmo 141, 8). Y la voz divina a las almas que clamaban por la resurrección de sus cuerpos: "Esperad un poco de tiempo, hasta que se complete el número de vuestros hermanos" (Apoc. 6, 11). Pero ya el discurso debe cerrarse: pues nos llaman las solemnidades de las misas que aún deben celebrarse. Lo que queda aún de la misma materia, lo reservaremos para otro sermón.

SERMO III. Cómo las almas santas estarán sin mancha ni arruga.

1. Habéis advertido, si no me equivoco, de lo que se dijo en el sermón anterior, que hay tres estados de las almas santas: el primero, en el cuerpo corruptible; el segundo, sin cuerpo; el tercero, en el cuerpo ya glorificado. El primero en la milicia, el segundo en el descanso, el tercero en la bienaventuranza consumada; el primero, finalmente, en los tabernáculos, el segundo en los atrios, el tercero en la casa de Dios. ¡Cuán amables son tus tabernáculos, Señor de los ejércitos! pero mucho más deseables son los atrios, según lo que añade: "Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor" (Salmo 83, 1, 2). Pero como también en esos atrios hay algún defecto, bienaventurados son los que habitan en tu casa, Señor. Me alegré ciertamente en lo que se me dijo, hermanos, porque iremos a la casa del Señor. Y si preguntáis de dónde presumo esto con tanta confianza: sin duda, de que ya muchos de nosotros estamos en los atrios, esperando hasta que reciban sus cuerpos, hasta que se complete el número de los hermanos. Pues a esa beatísima casa no entran sin nosotros, ni sin sus cuerpos, es decir, ni los santos sin el pueblo, ni los espíritus sin la carne. Pues no conviene que se otorgue la bienaventuranza completa, hasta que el hombre esté completo para recibirla; ni que la Iglesia sea donada con perfección mientras esté imperfecta. Por eso, cuando pedían la resurrección de los cuerpos, como ya dijimos en el sermón anterior, recibieron la respuesta divina, diciendo: "Esperad un poco de tiempo, hasta que se complete el número de vuestros hermanos" (Apoc. 6, 11). Sin embargo, ya han recibido cada uno sus estolas; pero no se vestirán con dobles hasta que también nosotros nos vistamos: como dice el Apóstol de los patriarcas y profetas: "Dios proveyendo algo mejor para nosotros, para que no fueran perfeccionados sin nosotros" (Heb. 11, 40). Pues la primera estola es la felicidad y el descanso de las almas; la segunda es la inmortalidad y la gloria de los cuerpos. Por eso dicen: "Venga, Señor, la venganza de la sangre de tus santos que ha sido derramada" (Apoc. 6, 10), no como deseosos de venganza, ni por celo de su propia retribución; sino por el deseo de la resurrección y glorificación de sus cuerpos, que sin duda no dudan que se diferirá hasta el día del juicio.

2. Pero, ¿de dónde te viene esto a ti, oh miserable carne, oh fea, oh fétida, de dónde te viene esto? Las almas santas, que Dios ha marcado con su propia imagen, te desean; que han sido redimidas con su propia sangre, te esperan; y su alegría no puede completarse, su gloria no puede perfeccionarse, su bienaventuranza no puede consumarse sin ti. Tanto es así que el deseo natural en ellas es tan fuerte, que aún toda su afecto no se dirige libremente hacia Dios,

sino que se contrae de algún modo, y hace una arruga, mientras se inclinan con deseo hacia ti. Por eso también el bienaventurado Juan, que nos ha revelado muchas cosas sobre ese estado en el que las almas bienaventuradas descansan felizmente, dice: "Sin mancha están ante el trono de Dios" (Apoc. 14, 5). Sin mancha, digo, pero aún no sin arruga; hasta que venga el día en que Cristo presentará a la Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga. Pues en aquellos que aún militan, la Iglesia no está ni siquiera sin mancha; porque nadie está limpio de suciedad, ni siquiera el niño cuya vida es de un día sobre la tierra: vida que el bienaventurado Job testifica que es una milicia (Job 7, 1). En aquellos que descansan bajo el altar del Señor, la Iglesia ya está sin mancha, como tienes en el salmo: "Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo? ¿O quién descansará en tu monte santo? El que entra", dice, "sin mancha" (Salmo 14, 1, 2). Este, pues, descansará en el monte del Señor, el que entra sin mancha: pero el que esté sin arruga, será exaltado sobre el monte. Pero si quieres saber cuándo estarán sin arruga las almas santas, cuando los cielos se extenderán como una piel, que se dilata completamente para que no se encuentre ni la más mínima arruga en ella: entonces, sin duda, cuando seguirán al Cordero dondequiera que vaya. Pues ciertamente es necesario que se extiendan y dilaten las almas, que deben seguir al Cordero. ¿A dónde va? Alcanza ciertamente de un extremo al otro con fuerza, y dispone todas las cosas suavemente.

3. ¿Quieres aún saber a dónde va el Cordero, y a dónde deben seguirlo las almas bienaventuradas? "En todas las cosas busqué descanso" (Eclo. 24, 11). Esta es ciertamente la paz del Señor, no interrumpida, no restringida a algo cierto; porque en todas las cosas se alegra, en todas se deleita, en todas busca y encuentra descanso. Pues también le agradan los bienes en sí mismos, y se deleita igualmente en la buena ordenación de los males. Ama la misericordia y el juicio: y no solo se complace ahora en la gloria de los buenos, sino también en los justos castigos de los impíos. ¿Qué, pues? ¿Crees que podrá el alma humana entrar en este gozo de su Señor, y en este descanso suyo, para que también ella se deleite en todas las cosas; y no se contraiga ya con alguna afecto privada en una arruga, sino que pase a un afecto general y divino? Podrá sin duda, si se encuentra fiel sobre las pocas cosas que recibió en el tiempo de su milicia, es decir, sobre sus miembros, sobre sus sentidos, sobre sus apetitos, que recibió para gobernar, para que en ellos se pruebe cuán fiel es a su Señor. Sepa, pues, el siervo de Cristo poseer su vaso en santificación, glorifique y lleve a Dios en su cuerpo: y no hay duda de que el Señor liberal y rico constituirá al siervo fiel en lo poco sobre muchas cosas. Sobre muchas cosas, ciertamente, porque lo constituirá señor de su casa, y príncipe de toda su posesión. Y no os parezca increíble, hermanos, como si lo dijera de mí mismo: porque la misma Verdad lo promete claramente, de cuya promesa no se puede dudar en absoluto. "Bienaventurado", dice, "aquel siervo a quien su Señor, cuando venga, lo encuentre haciendo así. En verdad os digo que lo constituirá sobre todos sus bienes" (Mat. 24, 46, 47). Entonces, el siervo fiel es constituido sobre todos los bienes de su Señor, cuando merece entrar en su gozo, y alegrarse con él en adelante en todas las cosas, regocijarse en todo, deleitarse en todo. Pues el que se adhiere a Dios, según el testimonio del Apóstol, se convierte en un solo espíritu con él (1 Cor. 6, 17); y su voluntad, adhiriéndose completamente a la voluntad divina, se hace una con ella, de modo que ya no se encuentra nada que esté en contra de ella en todas las criaturas; sino que todas las cosas se hacen, o más bien permanecen, según su arbitrio.

4. Esta es, por tanto, la bienaventurada esperanza que esperan las almas santas: y aunque se encuentren en acción de gracias por la felicidad en la que ya descansan, aún oran y claman a Dios por la consumación que aguardan. Así como dijimos que están sin mancha de antigüedad, pero no sin arruga de contracción, así parecen haber llegado ya a la acción de gracias, pero aún no a la voz de alabanza; porque es propio de los perfectos alabar

perfectamente, para que sea alabado con su herencia, cuando ellos también lo alaben, y cada uno reciba alabanza de Dios. Por eso, el Profeta parece haber usado significativamente el verbo en tiempo futuro: "Bienaventurados", dice, "los que habitan en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos" (Salmo 83, 5). Pues también el bienaventurado Juan en el Apocalipsis no escuchó una voz de alabanza, sino más bien una voz de súplica. Así lo tienes: "Bajo el altar de Dios escuché las voces de los muertos". ¿Qué voces? "Venga, Señor, la sangre de tus santos que ha sido derramada" (Apoc. 6, 10). Esta es una voz de súplica, no de alabanza. Pero, ¿hasta cuándo rodearemos de lejos este altar y temeremos acercarnos? Desea, si no me equivoco, vuestra caridad escuchar el sacramento de este altar y conocer el sagrado y secreto misterio. Pero, ¿quién soy yo para atreverme temerariamente a irrumpir en la cámara de los santos como un investigador imprudente? Como si no hubiera leído que el investigador de la majestad será oprimido por la gloria (Prov. 25, 27). Sin embargo, detengámonos aquí, si os place, hoy, si acaso las almas santas que habitan en ese altar se dignan abrirnos el misterio, no por nuestro mérito, ciertamente, sino por aquel que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre: reconociéndonos también a nosotros entre los ciudadanos y domésticos de Dios, y no como huéspedes y forasteros que deben ser expulsados de aquella secreta morada.

SERMO IV. Sobre el seno de Abraham, y el altar bajo el cual el bienaventurado Juan escuchó las almas de los santos, y los siete panes, de los cuales se dice que quedaron tantas cestas.

1. Cuando surgió el sermón sobre aquel altar celestial, bajo el cual el bienaventurado Juan escuchó las voces de los santos (Apoc. 6, 9, 10), lo pospusimos, como creo que vuestra caridad recuerda, para que, precedida la oración, se nos abriera con más seguridad el acceso a tan sagrada y secreta cámara. Es tiempo de que digamos ya lo que se nos ha dado sentir sobre ello, sin perjuicio, ciertamente, si a alguien le ha sido revelado de otra manera. Lo primero que puede movernos es qué significa que el bienaventurado Juan dice haber escuchado bajo el altar de Dios las voces de las almas santas, cuando el Salvador, hablando del alma de Lázaro en el Evangelio, dice que fue llevada por los ángeles no bajo el altar de Dios, sino al seno de Abraham (Luc. 16, 22). Pues también el santo Job, al parecer, no se atrevió a aspirar al altar de Dios, cuando decía: "¿Quién me dará esto, que me protejas en el infierno, y me escondas hasta que pase tu furor, y me fijes un tiempo en el que te acuerdes de mí?" (Job 14, 13). Pero ya había llegado el tiempo, hermanos, aquel que el bienaventurado Job pedía, ya había llegado el tiempo de recordar, ya había llegado el tiempo de tener misericordia, cuando el bienaventurado Juan escuchó las voces de los santos bajo el altar de Dios. Pues hasta que viniera aquel deseado, que con su sangre borrara el documento de nuestra condenación, y extinguiendo la espada flamígera, abriera a los creyentes los reinos de los cielos; no había acceso para ninguno de los santos a ellos: pero el Señor les había provisto en el mismo infierno un lugar de descanso y refrigerio, estableciendo un gran abismo entre aquellas almas santas y las almas de los impíos. Aunque ambas estaban en tinieblas, no ambas estaban en penas; sino que los impíos eran atormentados, mientras que los justos eran consolados. Que estaban en tinieblas lo aprendemos por el testimonio del bienaventurado Job, quien también decía que iría a un lugar tenebroso y cubierto por la oscuridad de la muerte (Job 10, 21). Este lugar, oscuro ciertamente, pero tranquilo, el Señor lo llama seno de Abraham: por lo que creo, porque descansaba en la fe y la esperanza del Salvador. Pues la fe de Abraham fue tan manifiestamente probada y aprobada, que él mismo fue el primero en merecer recibir la promesa de la futura encarnación de Cristo. A este lugar descendió el Salvador, rompió las puertas de bronce, y quebró los cerrojos de hierro, y sacó a los cautivos de la casa de la cárcel, sentados, es decir, descansando, pero en tinieblas y en sombra de muerte, ya entonces los colocó bajo el altar de Dios, escondiéndolos en su tabernáculo en el día del mal, y

protegiéndolos en el escondite de su tabernáculo, hasta que venga el tiempo en que salgan completado ya el número de los hermanos, y reciban el reino que les está preparado desde el origen del mundo. Ahora bien, si en algún lugar también el presente descanso de los santos se llama seno de Abraham, es cierto que esta costumbre ha surgido del Evangelio: aunque nadie debe dudar de que este seno es muy diferente de aquel: pues aquel estaba en tinieblas, este en mucha luz; aquel estaba en el infierno, este en el cielo. Sin embargo, no parece incongruente decir ahora que los hijos de los patriarcas son recibidos en el seno paterno, cuando merecen pasar de este mundo a su compañía.

2. Por lo demás, el altar mismo, del que debemos hablar, yo, según mi entender, no creo que sea otra cosa que el mismo cuerpo del Señor Salvador. Creo, además, que tengo su sentido sobre esto, especialmente cuando lo escucho en el Evangelio prometiendo: "Dondequiera que esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas" (Luc. 17, 37). Por lo tanto, bajo la humanidad de Cristo descansan felizmente los santos, en la cual incluso los mismos ángeles desean mirar, hasta que venga el tiempo en que ya no sean colocados bajo el altar, sino exaltados sobre el altar. Pero, ¿qué he dicho? ¿Acaso la gloria de la humanidad de Cristo podrá ser alcanzada, no digo por los hombres, sino siquiera por los ángeles, mucho menos superada? ¿De qué manera, entonces, he dicho que serán exaltados sobre el altar aquellos que ahora descansan bajo el altar? Sin duda, por visión y contemplación, no por prelación. Pues el Hijo nos mostrará, como prometió, a sí mismo (Juan 14, 21), no en forma de siervo, sino en forma de Dios. También nos mostrará al Padre y al Espíritu Santo, sin cuya visión nada nos bastaría; porque esta es la vida eterna, que conozcamos al Padre, el verdadero Dios, y a quien envió, Jesucristo (Juan 17, 3), y en ellos, lo que no se duda, también al Espíritu de ambos. Pasando, ciertamente, nos servirá, nuevas y hasta entonces completamente inexperimentadas delicias de su manifiesta contemplación. Por eso también el bienaventurado Juan en su Epístola dice: "Ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos"; y añade: "Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es" (1 Juan 3, 2). Escucha, finalmente, a la esposa en el Cantar de los Cantares hablando confiadamente, y ya colocada en esperanza sobre el altar. "Su izquierda", sin duda la del esposo, "está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará" (Cant. 2, 6). Pues la bienaventurada alma trasciende la encarnación y humanidad de Cristo, que ciertamente con razón se llama su izquierda; para contemplar más sublimemente su divinidad y majestad, que no incongruentemente llama su derecha.

3. Pues de tres maneras, hermanos, en aquella eterna y perfecta bienaventuranza disfrutaremos de Dios, viéndolo en todas las criaturas, teniéndolo en nosotros mismos, y (lo que es inefablemente más gozoso y bienaventurado que todo esto) conociendo también a la misma Trinidad en sí misma, y contemplando aquella gloria sin ningún enigma con el ojo puro del corazón. Pues en esto consistirá la vida eterna y perfecta, que conozcamos al Padre, y al Hijo con el Espíritu Santo, y veamos a Dios tal como es: es decir, no solo como está en nosotros, o en las demás criaturas, sino como está en sí mismo. Por eso, aquellos dos aspectos que mencionamos antes parecen ser como circundantes, y como la cáscara del trigo: pero este conocimiento, la suma de la bienaventuranza, es la médula del trigo, la grasa del grano, con la que ciertamente se sacia la santa ciudad de Jerusalén (Salmo 147, 14). Pero tan grande como es aquella bienaventuranza, tan oculta está a nuestros ojos; porque ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre, cuánta claridad, cuánta suavidad, cuánta alegría nos espera en aquel conocimiento. Esa es la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento; cuánto más todo nuestro discurso. Por lo tanto, lo que a nadie se ha dado experimentar, nadie intente expresar. "Medida", dice el Señor, "llena, apretada, remecida y rebosante darán en vuestros regazos" (Luc. 6, 38). Llena de la universalidad de las criaturas, apretada en nuestro hombre

interior, remecida en el exterior, rebosante en el mismo Dios. Allí está la cúspide de la felicidad, allí la gloria sobreeminente, allí la bienaventuranza rebosante.

4. Pues cómo ha de ser visto en las criaturas, cómo ha de ser tenido en nosotros, podemos conjeturarlo en parte, por las mismas primicias del espíritu que ya hemos recibido. Pero aquel conocimiento nos es completamente desconocido: se ha hecho admirable; se ha fortalecido, para que no podamos alcanzarlo. Sin embargo, cómo ha de ser visto en las criaturas, podemos entenderlo en alguna medida, ya que incluso ahora se le ve en ellas: por eso también los filósofos, según el testimonio del Apóstol, por las cosas hechas, contemplaron las cosas invisibles de Dios (Rom. 1, 20). Pero por mucho que alguien progrese en entender y contemplar cuán poderosamente, cuán prudentemente, cuán benignamente la majestad eterna ha hecho todas las cosas, gobierna todo, ordena el universo; ciertamente comprende muy poco de lo que es. Pero vendrá el tiempo cuando ya, como dijimos en el sermón anterior, seguiremos al Cordero dondequiera que vaya, y en todas las criaturas lo alcanzaremos, para que en todas nos regocijemos, que es el gozo de nuestro Señor Dios. Regocijémonos ciertamente en todas, pero no de otra cosa que de él mismo, así como él no disfruta de otras cosas, sino de sí mismo.

5. Ahora bien, cómo ha de ser tenido en nosotros, también esto podemos pensarlo en parte. Pues consta que las almas tienen una triple naturaleza. Por eso también los sabios de este mundo han enseñado que el alma humana es racional, irascible, concupiscible: lo cual ciertamente la misma naturaleza y las experiencias cotidianas nos enseñan. Por lo demás, así como en nuestro racional, tanto la ciencia como la ignorancia constan, como hábito y privación: así también en lo concupiscible, el deseo y el desprecio; y en lo que se llama irascible, tanto la alegría como la ira se encuentran. Por lo tanto, Dios llenará nuestro racional con la luz de la sabiduría, de modo que no nos falte nada en ningún conocimiento. Llenará nuestro concupiscible con la fuente de la justicia, para que deseemos completamente y nos llenemos completamente de ella, como está escrito: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados" (Mat. 5, 6). Pues ninguna otra cosa puede llenar el deseo del alma, ninguna otra puede beatificar el alma. Cuando, por lo tanto, Dios haya llenado nuestro concupiscible con justicia; todo lo que el alma debe rechazar, lo rechazará; todo lo que debe desear, lo deseará: y de todo, deseará más lo que más deba ser deseado. Con razón, por lo tanto, atribuimos la justicia a nuestro concupiscible, ya que ciertamente de él se nos reputa justos o injustos. Ahora bien, lo que se llama en nosotros irascible, cuando Dios lo haya llenado, habrá en nosotros perfecta tranquilidad, y seremos llenos de la paz divina en suma alegría y gozo. Y ve si no también en estas tres cosas consiste la perfecta, en cuanto a lo que respecta al alma, bienaventuranza: cuando la ciencia ya no infle por la justicia; ya no entristezca por la alegría, para que cese aquel proverbio: "Quien añade ciencia, añade dolor" (Ecl. 1, 18): cuando la justicia no sea indiscreta por la ciencia, ni onerosa por la alegría: cuando la alegría no sea inepta por la ciencia, ni impura por la justicia.

6. Pero en todo esto, nada ha recibido aún nuestro hombre exterior. Por lo tanto, para que la gloria habite también en nuestra tierra (Salmo 84, 10), y según otro profeta se llene toda la tierra de la majestad del Señor (Isaías 6, 3), hay cuatro cosas que buscar, ya que consta que está compuesto de cuatro elementos. Y no te extrañes de que parezca necesitar más quien es más miserable, pues también en el salmo has leído, diciendo el Profeta: "Mi alma tiene sed de ti, ¡cuánto más mi carne!" (Salmo 63, 2). Que nuestra tierra tenga, por tanto, inmortalidad, para que ya no tema ser reducida de nuevo al polvo. Pues resucitando nuestro cuerpo ya no morirá, la muerte no tendrá más dominio sobre él. Pero, ¿de qué servirá, si acaso sucede vivir eternamente en las miserias y aflicciones de esta pasibilidad, por la cual ciertamente este cuerpo corruptible es continuamente afligido; y si no una vez, ciertamente siempre muere?

Que tenga ciertamente también alguna vez impasibilidad total. Pues dicen que de los humores desordenados proceden las causas de las pasiones. Pero ya nuestro cuerpo desea también la ligereza, según la porción que tiene del aire, para que no sea molesto ni siquiera por su peso. Por lo tanto, se debe creer que la ligereza y agilidad de los cuerpos bienaventurados será tan grande, que podrán, si quieren, seguir sin ninguna demora o dificultad incluso la velocidad de nuestros pensamientos. ¿Qué más falta para la perfecta bienaventuranza del cuerpo? Solo la belleza. Esta, que habremos de tener perfectísima, no sin razón podemos atribuirla a la parte que tenemos del fuego. Pues esperamos al Salvador, como dice el Apóstol, que transformará el cuerpo de nuestra humillación, configurado al cuerpo de su gloria (Filip. 3, 20, 21), mostrando lo que prometió, que "los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre" (Mat. 13, 43). Así, pues, Dios llenará nuestras almas, cuando haya en ellas perfecta ciencia, perfecta justicia, perfecta alegría. Así se llenará de su majestad toda la tierra, cuando el cuerpo sea incorruptible, impasible, ágil, configurado finalmente al cuerpo de su gloria. Y ve si acaso estos son los siete panes, con los cuales el Salvador se dice que sació a cuatro mil hombres, de los cuales los apóstoles recogieron cestas llenas del mismo número para ser guardadas (Mat. 15, 32, 38). Pues ahora nos alimentamos con estos panes, cuando con gozosa meditación rumiamos la bienaventurada esperanza: hasta que venga, cuando ya no de esperanza, sino de la misma realidad y exhibición, gozando, merezcamos recibir como cestas llenas por cada uno de los panes.

SERMO V.

1. Es un día festivo para nosotros, y entre las principales solemnidades se cuenta la solemnidad de hoy. ¿Qué decimos entonces? ¿De qué apóstol, de qué mártir, de qué santo? No de uno solo singularmente, sino de todos juntos. Todos sabemos que se llama y es la festividad de Todos los Santos, la que hoy celebramos. De todos, digo, ya sean celestiales o terrenales. Pues hay santos del cielo, y hay santos de la tierra: y de aquellos que son de la tierra, algunos aún están en la tierra, otros ya están en el cielo. Se celebra, por tanto, la festividad de todos estos en común, pero quizás no de manera uniforme. Y no es de extrañar, ya que ni siquiera la misma santidad de todos es uniforme, sino que hay diferencia entre santos y santos, y no poca. Y no digo ahora que uno sea más santo que otro (pues esta es una diferencia de cantidad, más que de cualidad); sino que no solo más y menos, sino también de manera diferente y verdaderamente encontramos que se dice santos. Y tal vez entre ángeles y hombres se pueda asignar esta diversidad de santidad y celebración. Pues no parece que puedan ser honrados como triunfantes aquellos que nunca se supo que lucharon. Sin embargo, deben ser honrados de manera diferente, incluso ellos, como tus amigos, Dios, cuya voluntad siempre han seguido, con tanta felicidad, como facilidad. A menos que quizás se crea que lucharon en el hecho de que, mientras otros pecaban, permanecieron firmes, no yendo en el consejo de los impíos, sino cada uno diciendo: "Pero para mí, el acercarme a Dios es bueno" (Salmo 72, 28). Por lo tanto, en ellos debe celebrarse la gracia que previene en la bendición de la dulzura; debe honrarse la benignidad de Dios, no llevándolos al arrepentimiento, sino apartándolos de todos aquellos a quienes se debería el arrepentimiento; no librándolos de la tentación, sino conservándolos de la tentación.

2. Sin embargo, otro tipo de santidad parece ser propio de aquellos que han venido de la gran tribulación, y han blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero (Apoc. 7, 14): que después de muchos combates ya ahora triunfan en los cielos coronados, porque han luchado legítimamente. ¿Hay aún algún tercer tipo de santos? Sí, pero oculto. Pues hay santos que aún militan, aún luchan; aún corren, no han alcanzado. Quizás temerariamente parezca que llamo santos a estos; pero sin embargo, conozco a uno de ellos que no temió decir a Dios: "Guarda mi alma, porque soy santo" (Salmo 85, 2). Así también el Apóstol, consciente de los secretos

divinos, dice más claramente: "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados santos" (Rom. 8, 28). Esta es, sin duda, la diversidad de la apelación en el nombre de santidad, para que algunos ya sean llamados santos según la consumación, otros según la sola predestinación. Por lo tanto, esta santidad está oculta ante Dios; está cerrada, y de alguna manera se celebra cerradamente. Pues el hombre no sabe si es digno de amor o de odio; pero todo se reserva incierto para el futuro (Ecl. 9, 1, 2). Sea, por tanto, la celebración de estos santos en el corazón de Dios; porque el Señor conoce a los que son suyos, y él mismo sabe a quiénes ha elegido desde el principio. Sea también entre aquellos espíritus administradores, que son enviados para servicio a favor de los que han de heredar la salvación: a nosotros se nos prohíbe alabar al hombre en su vida. ¿Cómo puede ser segura la alabanza, donde ni siquiera la vida es segura? No será coronado sino el que haya luchado legítimamente, dice aquella trompeta celestial (2 Tim. 2, 5). Y escucha la ley del combate de la boca del mismo legislador: "El que persevere hasta el fin, este será salvo" (Mat. 10, 22). No sabes quién perseverará, no sabes quién luchará legítimamente, no sabes quién recibirá la corona.

3. Alaba la virtud de aquellos cuya victoria ya es segura; ensálzalos con devotas alabanzas, de quienes puedes alegrarte con seguridad por sus coronas. Cantamos a los santos esta noche, diciendo: Temed al Señor, todos sus santos (Salmo XXXIII, 10); pero no a estos. No, digo, no exhortamos a temer a aquellos que perseveraron hasta el fin, porque está escrito: Ya no habrá temor en nuestros confines. Más bien decíamos a aquellos santos, a quienes es necesaria una múltiple custodia por la multitud de peligros. Pues no tienen lucha solo contra carne y sangre, sino también contra principados y potestades, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas, contra las maldades espirituales en los lugares celestiales (Efesios VI, 12). Necesitan ciertamente custodia, quienes son atacados de manera tan múltiple, no solo de cerca, sino de lejos. Y donde hay tantas luchas afuera, no deben faltar temores adentro, para que con razón se les diga: Temed al Señor, todos sus santos. Toda nuestra bienaventuranza por ahora es temer a Dios, dice la Escritura: Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso (Proverbios XXVIII, 14). Y también el salmista dice: Bienaventurados todos los que temen al Señor, que andan en sus caminos (Salmo CXXVII, 1). Sin embargo, son bienaventurados de manera muy diferente aquellos en quienes la caridad perfecta ya ha echado fuera el temor, y ya no temen caminando en los caminos, sino que alaban más bien habitando en la casa, como dice el mismo: Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán (Salmo LXXXIII, 5). Por lo tanto, nuestra felicidad, nuestra festividad por ahora, está en el temor de Dios: pues la de ellos se centra más en la exaltación y la alabanza.

4. De ahí que se alabe con seguridad a los hombres que ya no viven su propia vida, sino la de Dios: pues la vida de los hombres ciertamente es tentación. Sin embargo, hay una doble seguridad en esta alabanza: a menos que tal vez parezca, si atendemos diligentemente, que una está comprendida dentro de la otra. Pues no hay razón para temer alabar verdaderamente, con toda certeza, a los dignos de alabanza: no hay razón para dudar en glorificar a aquellos absorbidos en la gloria, de modo que no puedan ser movidos en absoluto por nuestra alabanza. No hay lugar para la vanidad, donde la verdad ya lo ha ocupado todo. Pero, ¿cuál es, dirás, la gloria de los santos? Pues no se glorifican a sí mismos, porque está escrito: No te alabe tu propia boca (Proverbios XXVII, 2). No se alaban mutuamente, porque están atentos y dedicados a la alabanza del Creador, en quien ciertamente toda su bienaventuranza está depositada, y nunca pueden vacar en alabanzas mutuas, dice el Profeta, como también recordamos antes: Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; por los siglos de los siglos te alabarán. Sin embargo, no me inclino a creer que los santos carezcan de gloria,

especialmente por aquello que dice el Apóstol: Porque esta leve tribulación momentánea nuestra, produce en nosotros un eterno peso de gloria más allá de toda medida (II Corintios IV, 17). Y el Profeta: Visítanos con tu salvación, para ver la bondad de tus escogidos, para alegrarnos en la alegría de tu pueblo, para que seas alabado con tu heredad (Salmo CV, 4, 5). Pues no dice: Para que seas alabado por tu heredad; sino, con tu heredad, para que se entienda que la alabanza futura será común. Y si la heredad misma alaba al Señor; ¿quién alaba a la heredad? Escuchemos al Apóstol. Entonces, dice, cada uno recibirá su alabanza. ¿De quién? De Dios (I Corintios IV, 5). Gran alabador, y alabanza sumamente deseable. Feliz intercambio de alabanza, donde tanto alabar es bienaventuranza, como ser alabado.

5. ¿Para qué, entonces, nuestra alabanza a los santos? ¿Para qué nuestra glorificación? ¿Para qué esta misma solemnidad nuestra? ¿Qué les importan los honores terrenales, a quienes el Padre celestial honra según la verdadera promesa del Hijo? ¿Qué les importan nuestras alabanzas? Están llenos. Así es, amadísimos, los santos no necesitan nuestros honores, ni se les otorga nada con nuestra devoción. Claramente, el que veneremos su memoria es de nuestro interés, no del de ellos. ¿Queréis saber cuánto nos interesa? Yo, confieso, siento en mí que esta recordación enciende un vehemente deseo, y un deseo triple. Se dice comúnmente: Lo que no ve el ojo, el corazón no lo siente. Mi ojo, mi memoria; y pensar en los santos es de algún modo verlos. Así, ciertamente, nuestra porción en la tierra de los vivientes, y no es ciertamente una porción pequeña: sí, sin embargo, como conviene, la memoria va acompañada de afecto. Así, digo, nuestra conversación está en los cielos; sin embargo, no así la nuestra, como la de ellos. Pues su sustancia está allí, pero nuestros deseos; ellos están allí por presencia, nosotros por memoria. ¿Cuándo también nosotros seremos añadidos a nuestros padres? ¿Cuándo seremos presentados esencialmente a ellos? Este es el primer deseo que la memoria de los santos en nosotros excita o más bien incita, para que disfrutemos de su tan deseable compañía, y merezcamos ser conciudadanos y compañeros de los espíritus bienaventurados, mezclarnos con la asamblea de los patriarcas, las filas de los profetas, el senado de los apóstoles, los numerosos ejércitos de mártires, los colegios de confesores, los coros de vírgenes; en definitiva, ser recogidos y alegrarnos en la comunión de todos los santos.

6. Las recordaciones de cada uno, como chispas individuales, o más bien como antorchas ardentísimas, encienden las almas devotas, para que anhelan su vista y abrazo: tanto que a menudo se consideran entre ellos, a veces dirigiendo sus corazones con toda avidez y vehemencia hacia todos juntos, a veces hacia unos o hacia otros. De lo contrario, ¿qué es esta negligencia, qué pereza, más bien qué locura, que no nos esforzamos por romper con suspiros frecuentes y afecto ferventísimo, y lanzar nuestras almas hacia esas tan felices huestes? ¡Ay de nosotros por la dureza de nuestro corazón! ¡Ay por el pecado de las naciones, que el Apóstol menciona que fueron sin afecto! (Romanos I, 31). Nos espera aquella Iglesia de los primogénitos, y nosotros negligimos; los santos nos desean, y nosotros los menospreciamos; los justos nos esperan, y nosotros disimulamos. Despertemos alguna vez, hermanos; resucitemos con Cristo, busquemos las cosas de arriba, saboreemos las cosas de arriba. Deseemos a los que nos desean, apresurémonos hacia los que nos esperan, anticipemos con los votos de nuestras almas a los que nos esperan. Pues en esta nuestra comunión no hay seguridad, no hay perfección, no hay descanso: y sin embargo, aquí también, ¡cuán bueno y cuán agradable es habitar los hermanos juntos en unidad! Pues cualquier cosa que, ya sea interior o exterior, se presente molesta, ciertamente se encuentra más tolerable por la misma compañía tan genuina de hermanos, con quienes tenemos un solo corazón y una sola alma en Dios. ¡Cuán más dulce será, cuán más deleitable, cuán más bienaventurada la unión donde no podrá haber sospecha alguna, ni ocasión de disensión; donde todos serán unidos por la

perfecta caridad en un vínculo indisoluble, para que, como el Padre y el Hijo son uno, así también nosotros seamos uno en ellos!

7. No solo la sociedad, sino también la felicidad de los santos es deseable para nosotros, para que de quienes deseamos la presencia, también busquemos con fervor sus glorias. Pues esta ambición no es perniciosa, ni es en absoluto peligrosa la aspiración a esa gloria. Porque lo que decimos: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria (Salmo CXIII, 1); es la voz de este tiempo, cuando incluso los ángeles claman: Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas II, 14). No me toques, dice: porque aún no he subido a mi Padre (Juan XX, 17). Es palabra de gloria. Ciertamente el Hijo sabio es la gloria del Padre. No me toques, dice la gloria, no busques por ahora la gloria, huye más bien: y cuida de no tocarme en absoluto, hasta que llegemos al Padre, donde toda glorificación ya es segura. Allí mi alma se alabará en el Señor, oigan los mansos, y se alegren. ¿No parece haber escuchado al que dice: No me toques; aún no he subido a mi Padre, quien en el Cantar clama: Huye, amado mío, huye? (Cantar de los Cantares VIII, 14). Esto es lo que mencionamos antes: No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da gloria. Por eso también en el himno hoy cantamos: "Da paz a tus siervos, y también gloria por todos los siglos," según la distribución angélica.

8. Porque la vida del hombre sobre la tierra es tentación, con razón en la tierra el hombre no debe buscar gloria, sino paz: paz con Dios, paz con el prójimo, paz en sí mismo. ¡Oh guardián de los hombres! ¿Por qué me has puesto contrario a ti, y me he vuelto pesado para mí mismo? (Job VII, 20). Ciertamente una lucha cercana y una sedición interna, una guerra no civil, sino doméstica, el espíritu deseando contra la carne, y la carne deseando contra el espíritu. ¿De dónde esto, sino porque me has puesto contrario a ti? Pues tú eres la verdadera libertad, tú la vida, tú la gloria, tú la suficiencia, tú la bienaventuranza; yo pobre, y miserable, y desdichado, confundido y humillado por todas partes, muerto por el pecado, vendido bajo el pecado. Finalmente, tú eres el placer perfecto y santo, y el descanso de los espíritus bienaventurados, me has puesto desde el principio contra Edén (que significa placer) ciertamente en trabajo y aflicción. Sin embargo, dices: Convertíos a mí de todo vuestro corazón. Está claro que estamos apartados, a quienes exhortas a volver: está claro que somos contrarios, a quienes llamas a convertirnos. Pero, ¿cómo? En ayuno, dice, y llanto, y lamento (Joel II, 12). ¡Cosa maravillosa! ¿Acaso tú estás en ayuno, y habitas en llanto, y moras en lamento? Lejos de ti todas estas cosas: lejos de ti en gran medida. Ciertamente tu reino está en Jerusalén, a la que sacias con la grosura del trigo; y allí no hay luto ni clamor, ni dolor alguno, sino más bien acción de gracias, y voz de alabanza. Los justos, dice, banquetean en la presencia de Dios, y se deleitan en alegría y exultación (Salmo LXVII, 3). ¿Cómo, entonces, nos convertiremos a él en ayuno, y llanto, y lamento? ¿Acaso el justo lo encuentra en alegría y exultación; pero quien aún no es justo, no lo encontrará sino en ayuno, y llanto, y lamento? Así es ciertamente; pero el justo que ya ha merecido la visión, no quien aún vive por fe. Ciertamente lo que dice el Señor: Con él estoy en la tribulación (Salmo XC, 15), se refiere a quien camina por fe; no a quien ya ha llegado a la visión. En verdad, ambos tienen una sola cabeza, pero no se muestra de la misma manera a todos los miembros. A algunos se les muestra la cabeza cubierta de espinas, inclinada en la cruz, para que se humillen juntos, y juntos se compunjan. A otros se les muestra gloriosa, para que sean glorificados por ella, para que se gloríen en ella hechos semejantes a ella, a quien ven tal como es.

9. Este, entonces, es el segundo deseo que la conmemoración de los santos enciende en nosotros, para que así como a ellos, también a nosotros Cristo se nos aparezca nuestra vida, y también nosotros aparezcamos con él en gloria. Por ahora ciertamente no como es, sino como fue hecho por nosotros, nuestra cabeza se nos representa no coronada de gloria, sino rodeada

de espinas por nuestros pecados, dice la Escritura: Salid, hijas de Sion, y ved al rey Salomón con la diadema con que lo coronó su madre (Cantar de los Cantares III, 11). ¡Oh rey! ¡Oh diadema! Pues la madre, la Sinagoga, no mostrándose madre, sino madrastra, coronó a nuestro rey con una corona de espinas. Que las partes no busquen la gloria, cuyos miembros tienen su cabeza tan sin gloria, no teniendo forma ni hermosura, ni nada de eso. Ciertamente Salomón es, que se interpreta pacífico, ciertamente lo que es en el presente; no ciertamente beatífico, ni glorioso: para que en todo se recomiende aquel elogio angélico, por el cual entregaron paz a las tierras, gloria a los cielos. Que no se avergüence el miembro de ser delicado bajo una cabeza espinada, pues toda púrpura para él por ahora no es tanto de honor, sino de burla. Sin embargo, hoy se ve en muchos lugares, no sin mucha ambición y comilona, honrar el día presente. ¿Honrar o deshonrar diré? Que lo vean ellos mismos que hacen estas cosas. Es de ellos esta clase de celebración, no de los santos: hacen lo que les place, no lo que a los santos. Vendrá cuando Cristo venga, y su muerte ya no será anunciada, para que sepamos que también nosotros hemos muerto, y con él está escondida nuestra vida. Aparecerá la cabeza gloriosa, y con ella los miembros glorificados resplandecerán, cuando reforme el cuerpo de nuestra humillación, configurado a la gloria de la cabeza, que es él mismo. Esta gloria, entonces, con toda y segura ambición deseemos, no sea que también nosotros escuchemos: Porque buscáis la gloria que es de los hombres, y no queréis la gloria que es solo de Dios (Juan V, 44).

10. Ciertamente, para que nos sea lícito esperarla, y aspirar a tanta bienaventuranza, debemos desear sumamente también los sufragios de los santos, para que lo que nuestra posibilidad no alcanza, nos sea concedido por su intercesión. Tened piedad de mí, tened piedad de mí, al menos vosotros, mis amigos (Job XIX, 21). Sabéis, vosotros, nuestro peligro, sabéis nuestra fragilidad; sabéis nuestra ignorancia, y los engaños de los adversarios; sabéis sus ímpetus, y nuestra fragilidad. Pues a vosotros hablo, que estuvisteis en la misma tentación; que superasteis los mismos conflictos, evadisteis las mismas trampas; que aprendisteis de lo que sufristeis, compasión. Confío ciertamente también en los ángeles, que no desdeñan visitar su propia especie, especialmente porque está escrito: Visitarás tu especie, y no pecarás (Job V, 24). Sin embargo, aunque creo que debo presumir de ellos por la similitud de la sustancia espiritual y la forma racional; con mayor confianza creo que debo recurrir a aquellos que sé que son mis consortes en la misma humanidad, para que les sea más familiar y especial compadecerse del hueso de sus huesos, y de la carne de su carne.

11. Finalmente, al pasar de este mundo al Padre, nos dejaron santas prendas. Pues ciertamente sus cuerpos están sepultados en paz entre nosotros, cuyos nombres vivirán por siempre, es decir, cuya gloria nunca se sepulta. Lejos, lejos de vosotros, almas santas, aquella crueldad egipcia del copero del faraón, que restaurado a su posición anterior, inmediatamente se olvidó del santo José, que estaba en prisión (Génesis XL). Pues no eran miembros de una sola cabeza, ni había parte alguna del fiel con el infiel, ni sociedad alguna del israelita con el egipcio, no más que de la luz con las tinieblas. Pues Egipto se interpreta como tinieblas, Israel como Viendo a Dios: y por eso dondequiera que estaba Israel, había luz. No así nuestro Jesús pudo olvidar al ladrón crucificado con él: ciertamente se cumplió lo prometido; el mismo día que sufrió con él, reinó con él (Lucas XX). Nosotros también, si no somos miembros de la misma cabeza, de la cual también los santos, ¿por qué les congratulamos hoy con votos tan solemnes, y con tanto afecto? Sin embargo, quien dijo: Si un miembro es glorificado, todos los miembros se alegran con él; también dijo: Pero si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él (I Corintios XII, 26). Esta, entonces, es nuestra y su coherencia, que nosotros nos congratulemos con ellos, ellos compadezcan con nosotros: nosotros reinemos con ellos en devota meditación, ellos militen en nosotros y por nosotros

con piadosa intercesión. Y no hay razón para dudar de su piadosa solicitud por nosotros, puesto que no serán consumados sin nosotros, como recordamos antes, nos esperan hasta que se nos retribuya: para que en el último gran día de la festividad todos juntos concurren en un hombre perfecto con su cabeza tan excelsa, y sea alabado con su heredad Jesucristo nuestro Señor, que es sobre todo bendito, y alabado, y glorioso por los siglos. Amén.

EN EL TRÁNSITO DE SAN MALACHÍAS OBISPO

SERMON I.

1. Del cielo os ha sido destinada hoy, amadísimos, una bendición copiosa: y no distribuirla fielmente os sería ciertamente dañino; y para mí, peligroso, a quien evidentemente se ha confiado esta dispensación. Temo, pues, vuestro daño, temo mi condenación, si acaso se dijera: Los niños pidieron pan, y no hubo quien se los diera (Lamentaciones IV, 4). Pues sé cuán necesaria os es la consolación venida del cielo, a vosotros que se sabe habéis renunciado virilmente a las seducciones carnales y a los placeres mundanos. Nadie dude ciertamente que es un beneficio celestial, y determinado por consejo supremo, que el obispo Malaquías hoy durmiera entre vosotros, y tuviera entre vosotros la sepultura deseada. Pues si ni siquiera una hoja de árbol cae a tierra sin el consentimiento divino; ¿quién tan torpe, que no advierta claramente en la llegada y tránsito de este bienaventurado varón un gran consejo de la piedad suprema? Desde los confines de la tierra, vino aquí a depositar su tierra, apresurándose por otra ocasión, aunque se sabe que lo deseaba mucho por su especial caridad hacia nosotros. Sufrió ciertamente muchos impedimentos en el mismo viaje, y no se le permitió cruzar, hasta que se acercara el tiempo de su consumación, y el término que no podía ser pasado. A quien, ciertamente, llegando a nosotros con muchos trabajos, recibimos como a un ángel de Dios por la reverencia de su santidad: pero también él nos recibía a nosotros con afecto devoto, por su mansedumbre y humildad profundamente arraigada, mucho más de lo que merecíamos. Luego pasó pocos días entre nosotros en su salud, mientras esperaba a sus compañeros, que habían sido dispersados en Inglaterra, cuando la vana sospecha de aquel rey impedía al hombre de Dios. Y ya reunidos todos con él, preparaba su viaje a la curia romana, para la cual había venido: cuando de repente, prevenido por la enfermedad, sintió que más bien era llamado al palacio celestial. Dios proveyendo mejor para nosotros, para que no saliera de nosotros y se consumara en otro lugar.

2. No había en él, no digo signo de muerte, sino ni siquiera de grave enfermedad que los médicos pudieran detectar: sin embargo, él, animado en espíritu, decía que de todas formas era necesario que este año Malaquías partiera de esta vida. Se luchó en contra, tanto con devotas oraciones a Dios como con todos los medios posibles: pero prevalecieron los méritos de él, de modo que se le concedió el deseo de su corazón, y no se le negó la voluntad de sus labios. Pues todo le sucedió conforme a sus deseos, de tal manera que eligió este lugar, inspirado por la divina clemencia, y también deseó desde hace mucho tiempo tener este día de sepultura, en el que se celebra la memoria general de todos los fieles. Pero también se sumó a nuestra alegría el hecho de que, por disposición de Dios, se eligiera el mismo día para trasladar y depositar aquí los huesos de nuestros hermanos desde el cementerio anterior. Mientras los transportábamos y cantábamos según la costumbre, el mismo santo varón decía que se deleitaba mucho con ese canto: y no mucho después él también lo siguió, adormecido en un sueño dulcísimo y felicísimo. Damos gracias a Dios por todas sus disposiciones, porque quiso honrarnos con la presencia de su muerte bienaventurada, enriquecer a sus pobres con el tesoro preciosísimo de su cuerpo, y sostenernos, siendo nosotros tan débiles, con una columna tan grande de su Iglesia. Este signo, que se nos ha hecho para bien, nos persuade de

que o bien el lugar es agradable a Dios, o bien quiere hacerlo agradable para sí, ya que condujo a un hombre de tanta santidad desde los confines de la tierra para morir y ser sepultado aquí.

3. Sin embargo, la caridad de este bienaventurado padre nos obliga a condolernos más afectuosamente con aquel pueblo, y a aborrecer más vehementemente la crueldad de la muerte que no perdonó a esta Iglesia tan miserable, infligiéndole esta herida terrible. En verdad, la muerte es cruel e inexorable, que privó a tanta multitud de hombres con el golpe de uno solo: ciega e imprudente, que ató la lengua de Malaquías, impidió sus pasos, disolvió sus manos, cerró sus ojos. Aquellos, digo, ojos devotos, que solían reconciliar la gracia divina con los pecadores con piadosas lágrimas: aquellas manos purísimas, que siempre amaron ejercitarse en obras laboriosas y humildes, que tantas veces ofrecían la hostia salvífica del Cuerpo del Señor por los pecadores; y se levantaban al cielo en oración sin ira ni disputa; que se sabe que prestaron muchos beneficios a los enfermos y brillaron con varios signos: también aquellos hermosos pasos del que evangeliza la paz, del que evangeliza el bien; aquellos pies, que tantas veces se fatigaron por el celo de la piedad; aquellas huellas, dignas de ser siempre besadas con devoción: finalmente, aquellos labios santos del sacerdote, que guardaban la ciencia; la boca del justo, que meditaba la sabiduría: y su lengua, que hablando juicio, e incluso misericordia, solía sanar tantas heridas de las almas. No es de extrañar, hermanos, que la muerte sea injusta, pues la iniquidad la engendró: imprudente, pues se sabe que la seducción la parió. No es de extrañar, digo, si hiere sin discreción, pues proviene de la transgresión; si es cruel y necia, pues surgió del engaño de la antigua serpiente y de la insensatez de la mujer. ¿Por qué, sin embargo, nos quejamos de que se atrevió a atacar a Malaquías, miembro fiel de Cristo, cuando también se apoderó furiosa del mismo Cristo, cabeza de Malaquías y de todos los elegidos? Ciertamente se apoderó de uno inmune, pero no escapó inmune. La muerte chocó con la vida, y la vida encerró dentro de sí a la muerte, y la muerte fue absorbida por la vida. Al devorar el anzuelo, comenzó a ser retenida por aquello que parecía haber retenido.

4. Pero tal vez alguien diga: ¿Cómo se ve que la muerte fue superada por la cabeza, si todavía con tanta libertad se ensaña con los miembros? Si la muerte está muerta, ¿cómo mató a Malaquías? Si fue vencida, ¿cómo aún prevalece sobre todos, y no hay hombre que viva y no vea la muerte? La muerte, obra del diablo y pena del pecado, ha sido claramente vencida; el pecado, causa de la muerte, ha sido vencido; y el maligno mismo, autor del pecado y de la muerte, ha sido vencido. No solo han sido vencidos, sino también ya juzgados y condenados. La sentencia está dictada, pero aún no promulgada. Finalmente, ya está preparado el fuego para el diablo, aunque aún no ha sido precipitado en el fuego, se le permite malignar por un poco más de tiempo. Se ha convertido en un martillo del celestial artífice, martillo de toda la tierra: tritura a los elegidos para su utilidad, destruye a los reprobos para su condenación. Así como es el padre de familia, así son sus domésticos, a saber, el pecado y la muerte. Pues también el pecado, aunque no se duda que fue clavado en la cruz con Cristo, sin embargo, se le permitió habitar en el mismo Apóstol mientras vivía, aunque no reinar. Miento si no es él quien dice: Ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí (Rom. VII, 17). Así también la muerte misma no se ve obligada a ausentarse, pero se le obliga a no perjudicar. Habrá un tiempo cuando se dirá: ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? (I Cor. XV, 55). Y también esta enemiga será destruida al final. Ahora, sin embargo, bajo la moderación de aquel que tiene el dominio de la vida y la muerte, y que contiene el mar dentro de los límites de las costas, la muerte misma es un sueño de refrigerio para los amados del Señor, como atestigua el Profeta, que dice: Cuando da sueño a sus amados, he aquí la herencia del Señor (Sal. CXXVI, 2, 3). La muerte de los pecadores es ciertamente pésima, cuya natividad es

mala y su vida peor; pero preciosa es la muerte de los santos (Sal. CXV, 15). Preciosa, ciertamente, como el fin de los trabajos, como la consumación de la victoria, como la puerta de la vida y la entrada a la seguridad perfecta.

5. Alegrémonos, pues, hermanos, alegrémonos, como es digno, con nuestro padre; porque es piadoso llorar a Malaquías difunto, y más piadoso alegrarse con Malaquías viviente. ¿Acaso no vive? Y felizmente. Sin duda, a los ojos de los insensatos parecía morir, pero él está en paz. Finalmente, ya conciudadano de los santos y doméstico de Dios, canta y da gracias, diciendo: Pasamos por el fuego y el agua, y nos sacaste a un lugar de refrigerio (Sal. LXV, 12). Pasó valientemente, y felizmente pasó. El verdadero Hebreo celebró la Pascua en espíritu, y al pasar nos decía: Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros. Pasó por el fuego y el agua, a quien ni las tristezas pudieron quebrantar, ni las blanduras detener. Hay un lugar abajo que el fuego reclama todo para sí, de tal manera que ni siquiera una mínima gota de agua pudo obtener allí el miserable rico del dedo de Lázaro. Y hay arriba una ciudad de Dios, que alegra el ímpetu del río, el torrente de la voluptuosidad, el cáliz embriagador cuán glorioso. En este medio se contiene el conocimiento del bien y del mal, y aquí se puede experimentar tanto la voluptuosidad como la tribulación. La infeliz Eva nos introdujo en estas vicisitudes. Aquí ciertamente hay día y noche: pues en el infierno solo hay noche, y en el cielo solo hay día. Bienaventurada, por tanto, el alma que atraviesa ambos, sin adherirse a la voluptuosidad, ni desfallecer en la tribulación.

6. Brevemente creo que debo relataros uno de los muchos magníficos actos de este hombre, en el que se le conoce por haber atravesado valientemente tanto el fuego como el agua. La sede metropolitana del gran Patricio, apóstol de los irlandeses, era reclamada por una progenie tiránica, creando arzobispos por orden de sucesión, poseyendo como herencia el santuario de Dios. Rogado por los fieles, nuestro Malaquías, poniendo su vida en sus manos, se acercó intrépido, asumió el arzobispado, entregándose a un peligro manifiesto para poner fin a tan gran crimen. Gobernó la Iglesia entre peligros; después de los peligros, inmediatamente ordenó canónicamente a otro sucesor. Pues había asumido con la condición de que, cesando la rabia de la persecución, se le permitiera regresar a su sede propia, una vez que otro pudiera ser instituido con seguridad: donde, sin rentas eclesiásticas o seculares, viviendo en las congregaciones religiosas que él mismo había construido, vivió entre ellos como uno de ellos, hasta este tiempo sin ninguna propiedad. Así el fuego de la tribulación probó al hombre de Dios, pero no lo consumió: pues era oro; así tampoco la tentación lo retuvo ni lo disolvió; ni se detuvo como un espectador curioso en el camino, olvidando su propia peregrinación.

7. ¿Quién de vosotros, hermanos, no desearía vehementemente imitar su santidad, si se atreviera a esperararlo? Creo, por tanto, que escucharéis con más agrado si acaso podemos decir qué hizo santo a Malaquías. Pero para que nuestro testimonio no parezca menos aceptable, escuchad a la Escritura que dice: En su fe y mansedumbre lo hizo santo (Ecli. XLV, 4). Con fe pisoteaba el mundo, como atestigua Juan, que dice: Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe (I Juan V, 4). Pues en espíritu de mansedumbre soportaba con ánimo sereno cualquier cosa dura y adversa. Por esto, después de Cristo, con fe pisoteaba los mares, para no ser atrapado por las tentaciones: por eso en su paciencia poseía su alma, para no ser quebrantado por las molestias. De estos dos tienes en el salmo, caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra (Sal. XC, 7): porque muchos más caen por las seducciones de la prosperidad que por los azotes de la adversidad. Nadie de nosotros, carísimos, deleitándose en la superficie plana del camino más suave, piense que ese camino marino es más conveniente para él. Este campo tiene grandes montes, invisibles ciertamente, pero por eso mismo más peligrosos. Quizás el camino entre las alturas de los montes y las asperezas de las

rocas parezca más laborioso, pero para los experimentados se encuentra mucho más seguro y deseable. Sin embargo, en ambos lugares hay trabajo, en ambos lugares hay peligro, lo sabía quien decía: Por las armas de justicia a diestra y a siniestra (II Cor. VI, 7): para que merecidamente nos congratulemos con aquellos que han pasado por el fuego y el agua, y han sido llevados al refrigerio. ¿Queréis oír sobre el refrigerio? ¡Ojalá otro os lo dijera! pues yo no puedo expresar lo que no he probado.

8. Sin embargo, me parece hoy escuchar a Malaquías hablando sobre este refrigerio: Vuélvete, alma mía, a tu descanso, porque el Señor te ha hecho bien; porque ha librado mi alma de la muerte (Sal. CXIV, 7, 8), etc. En estas palabras, ¿qué entiendo? Escuchad brevemente: pues ya el día está inclinado, y el discurso ha avanzado más de lo que esperaba, porque a regañadientes me aparto de la dulzura del nombre paterno, y temiendo que mi lengua calle sobre Malaquías, temo hacer un final. La muerte del alma, hermanos míos, es el pecado: a menos que se os haya olvidado lo que leísteis en el profeta, El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 4). Por tanto, hay una triple congratulación para el hombre, liberado de todo pecado, trabajo y peligro. De esto, pues, ni se dice que el pecado habite en él, ni se le impone el luto de la penitencia, ni se le predice que deba guardarse de cualquier caída en adelante. Elías dejó su manto; no hay nada que temer, no hay nada que temer ser tocado, ni mucho menos ser retenido por la adúltera. Subió al carro; ya no hay que temer caer: sube suavemente; no trabajando con su propio vuelo, sino sentado en un vehículo rápido. A este refrigerio, amadísimos, corramos con toda la avidez del alma en el olor de los ungüentos de este bienaventurado padre nuestro, que hoy parece haber excitado nuestra pereza en un ferventísimo deseo. Corramos, digo, tras él, clamándole con frecuencia: Atráenos tras de ti: y con el afecto del corazón, y con el progreso de la conversación, dando devotas gracias a la misericordia omnipotente, porque a sus siervos indignos, a quienes faltan méritos propios, quiso al menos que no les faltaran los sufragios ajenos.

SERMO II.

1. Está claro, amadísimos, que mientras estamos retenidos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor (II Cor. V, 6): y por tanto, el exilio y la conciencia de los delitos nos imponen más llanto que alegría. Sin embargo, como por boca apostólica se nos exhorta a alegrarnos con los que se alegran (Rom. XII, 15), el tiempo y la causa requieren que nos levantemos a toda alegría. Pues si verdaderamente, como sintió el Profeta, se alegran los justos en la presencia de Dios (Sal. LXVII, 4), sin duda se alegra Malaquías, quien en sus días agradó a Dios y fue hallado justo. En santidad y justicia ministró ante él: agradó el ministerio, agradó también el ministro. ¿Por qué no habría de agradar? Puso el Evangelio sin costo, llenó de Evangelio su patria, domó principalmente la bárbara ferocidad de los suyos, los irlandeses; con el yugo leve de Cristo, sometió con la espada del espíritu a las naciones extranjeras, restaurando su herencia hasta los confines de la tierra. ¡Oh ministerio fructífero! ¡Oh ministro fiel! ¿Acaso no se cumplió por él la promesa paterna al Hijo? ¿Acaso no lo contemplaba el Padre desde antiguo, cuando hablaba al Hijo: Te daré las naciones por herencia, y los confines de la tierra por posesión? (Sal. II, 8.) ¡Cuán gustosamente el Salvador recibía lo que había comprado, y lo había comprado con el precio de su sangre, con la ignominia de la cruz, con el horror de la pasión! ¡Cuán gustosamente de las manos de Malaquías, porque ministraba gratuitamente! Por tanto, en el ministro ciertamente era grato el don gratuito, en el ministerio, sin embargo, la conversión de los pecadores era placentera. Grata, digo, y placentera en el ministro la simplicidad del ojo, en el ministerio, sin embargo, la salvación del pueblo.

2. Aunque si la eficiencia del ministerio fuera menor, no obstante, con razón habría mirado a Malaquías y a sus obras, a quien le es amiga la pureza, a quien le es familiar la simplicidad:

cuya justicia es pesar la obra por la intención, y estimar el estado de todo el cuerpo por la calidad del ojo. Ahora bien, grandes son las obras del Señor, exquisitas en todas las voluntades y estudios de Malaquías: grandes y muchas, y muy buenas, aunque mejores por la buena casta intención de su origen. ¿Qué obra de piedad pasó por alto a Malaquías? Era pobre para sí mismo, pero rico para los pobres. Fue padre de los huérfanos, esposo de las viudas, protector de los oprimidos. Dador alegre, raro peticionario, receptor modesto. La reforma de la paz entre los discordantes fue para él de máxima preocupación y mucha eficacia. ¿Quién tan piadoso para compadecerse, tan pronto para socorrer, tan libre para corregir? Pues también era celoso, y no le faltaba la ciencia, moderadora de su celo. Y ciertamente era débil con los débiles, pero no obstante poderoso con los poderosos, resistía a los soberbios, golpeaba a los tiranos, maestro de reyes y príncipes. Él es quien, orando, quitó la vista al rey maligno y se la devolvió al humillado. Él es quien frustró en su mal a los violadores de la paz que había hecho, entregados al espíritu de error: y nuevamente los obligó a la paz, confundidos y atónitos por lo que les había sucedido. Pues él es a quien, contra otros, igualmente transgresores del pacto, el arroyo asistió muy diligentemente, de manera maravillosa frustrando los planes de los impíos. No había lluvias, no había inundaciones de aguas, no había concurrencia de nubes, no había derretimiento de nieves: cuando de repente se convirtió en un gran río, lo que era un arroyo: y el arroyo iba, y se hinchaba inundando, y negando completamente el paso a los que querían hacer el mal.

3. ¡Cuántas cosas hemos oído y conocido sobre el celo del hombre y la venganza de los enemigos, siendo sin embargo suave y manso, y de mucha misericordia para todos los que sufrían necesidad! Quien vivía como un padre de todos, como una gallina a sus polluelos, así protegía a todos, y los cubría bajo el velo de sus alas. No se distinguía ni sexo, ni edad, ni condición, ni persona: no faltaba a nadie, con el regazo de la piedad extendido para todos. De cualquier tribulación que se clamase a él, la consideraba propia: salvo que en la suya era paciente, en la ajena compasivo, a menudo también impaciente. Pues a veces, lleno de celo, se movía por unos contra otros, para liberar a los débiles y reprimir a los fuertes, y así aconsejar a todos para su salvación. Por tanto, se enojaba, pero para no pecar enojándose, según aquello del salmo: Enojaos, y no pequéis (Sal. IV, 5), no era la ira la que lo dominaba, sino él quien dominaba su ánimo. Era dueño de sí mismo. Ciertamente, vencedor de sí mismo, la ira no podía superarlo. Su ira estaba en su mano. Llamada, venía; salía, no estallaba; se movía por un gesto, no por un impulso. No se quemaba con ella, sino que la usaba. Gran diligencia de censura y mucha circunspección tenía en esto, como en todos los movimientos de su hombre interior y exterior, para gobernarlos o contenerlos. Pues no se dedicaba tanto a todos, que se expusiera solo, que solo se encargara de la preocupación general. También era solícito de sí mismo. Se guardaba a sí mismo. Así, en definitiva, era todo suyo y todo de todos, que ni la caridad lo apartaba de la custodia de sí mismo, ni la propiedad lo impedía o retardaba en algo de la utilidad común. Si veías al hombre inmerso en las multitudes, y envuelto en preocupaciones, dirías que había nacido para la patria, no para sí mismo. Si veías al hombre solo, y habitando consigo mismo, pensarías que vivía solo para Dios y para sí mismo.

4. Sin turbación se movía entre las multitudes: sin ocio pasaba el tiempo que dedicaba al ocio. ¿Cómo ocioso, cuando se ejercitaba en las justificaciones del Señor? Pues aunque tenía tiempo libre de las necesidades de los pueblos, no estaba libre de las santas meditaciones, no del estudio de la oración, no del mismo ocio de la contemplación. Su discurso en el tiempo de ocio era o tardío, o ninguno. Su mirada era o atenta, o baja, y contenida en sí misma. Pues (lo que no se considera de mediana alabanza entre los sabios) su ojo estaba en su cabeza (Ecle. II, 14), no volando a ninguna parte, salvo cuando obedecía a la virtud. Su risa era o indicativa

de caridad, o provocadora: rara, sin embargo, y también ella. Ciertamente a veces era sacada, nunca expulsada: que así anunciara la alegría del corazón, que no disminuyera la gracia del rostro, sino que la aumentara. Tan modesta, que no podía ser sospechosa de ligereza: tan pequeña, sin embargo, que bastaba para liberar el rostro alegre de cualquier mancha o nube de tristeza. ¡Oh don perfecto! ¡Oh holocausto rico! ¡Oh servicio grato de mente y mano! ¡Qué buen olor a Dios en las oraciones del ocioso! ¡Qué buen olor a los hombres en los sudores del ocupado!

5. Por esta razón, amado por Dios y por los hombres, no sin mérito hoy Malachías es recibido en la compañía de los ángeles, habiendo alcanzado en realidad lo que su nombre significaba. Y ciertamente antes era un ángel, no menos por su pureza que por su nombre; pero ahora se cumple más felizmente la interpretación gloriosa de su nombre, cuando se regocija con igual gloria y felicidad que los ángeles. Alegrémonos, pues, hermanos, alegrémonos, como es digno, con nuestro padre; porque es piadoso llorar a Malachías fallecido; y más piadoso es alegrarse con Malachías viviente. ¿Acaso no vive? Y felizmente. Sin duda pareció a los ojos de los insensatos morir, pero él está en paz. Finalmente, ya conciudadano de los santos y doméstico de Dios, canta y da gracias, diciendo: "Pasamos por el fuego y el agua, y nos llevaste al refrigerio" (Salmo 65, 12). Pasó valientemente, y felizmente lo logró. Un verdadero hebreo celebró la Pascua en espíritu, y al pasar nos decía: "Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros". Pasó por el fuego y el agua, a quien ni las tristezas pudieron quebrantar, ni las cosas suaves detener. Alegrémonos de que nuestro ángel haya ascendido a sus conciudadanos, ejerciendo la embajada por los hijos de la cautividad, conciliando para nosotros los corazones de los bienaventurados, comunicando a ellos los votos de los miserables. Alegrémonos, digo, y exultemos, porque aquella corte celestial tiene de nosotros a quien se preocupa por nosotros, quien nos protege con sus méritos, a quienes nos instruyó con ejemplos, y nos confirmó con milagros.

6. El santo pontífice, que en espíritu de humildad frecuentemente había ofrecido sacrificios pacíficos a los cielos, hoy ha entrado por sí mismo al altar de Dios, siendo él mismo la víctima y el sacerdote. Con el paso del sacerdote, el rito del sacrificio ha cambiado para mejor; la fuente de lágrimas se ha secado, todo holocausto se realiza en alegría y exultación. Bendito sea el Señor Dios de Malachías, que visitó a su pueblo con el ministerio de tan gran pontífice, y ahora, al haberlo asumido en la ciudad santa, no cesa de consolarnos en nuestra cautividad con el recuerdo de tanta dulzura. Exulte en el Señor el espíritu de Malachías, que al ser liberado del peso de la masa corporal, ya no es gravado por ninguna materia terrena o impura, para que con toda agilidad y vivacidad, pasando toda criatura corporal e incorpórea, avance completamente hacia Dios, y adhiriéndose a Él, sea un solo espíritu con Él por la eternidad.

7. Esta casa conviene a la santidad, en la que se celebra la memoria de tanta santidad. Santo Malachías, consévala en santidad y justicia, ten piedad de nosotros, que entre tantas miserias proclamamos la memoria de la abundancia de tu dulzura. Grande es sobre ti la dispensación de la piedad divina: quien te hizo pequeño a tus ojos, grande a los suyos; quien hizo grandes cosas por ti, salvando a tu patria, hizo grandes cosas para ti, introduciéndote en su gloria. Que tu festividad, que con razón se celebra en honor a tus virtudes, nos sea saludable por tus méritos y oraciones. La gloria de tu santidad, que celebramos, es continuada por los ángeles, y será dignamente gozosa para nosotros, si también es fructífera. Permítenos retener algunas reliquias de los frutos del espíritu, con los que subes cargado, mientras nos reunimos hoy en tu tan delicioso banquete.

8. Sé para nosotros, te lo pedimos, santo Malachías, otro Moisés, o bien otro Elías, impartiendo de tu espíritu a nosotros: pues ciertamente viniste en el espíritu y poder de ellos. Tu vida, ley de vida y disciplina: tu muerte, puerto de la muerte, y puerta de la vida; tu memoria, dulzura de suavidad y gracia; tu presencia, corona de gloria en la mano del Señor tu Dios. ¡Oh olivo fructífero en la casa de Dios! ¡Oh aceite de alegría que unge y brilla, que nutre con beneficios, que resplandece con milagros! Haznos partícipes de esa luz y suavidad que disfrutas. ¡Oh lirio fragante, que germina eternamente ante el Señor, floreciendo y esparciendo por todas partes el vivificante aroma de suavidad, cuya memoria entre nosotros es bendición, y cuya presencia entre los superiores es honor! Concede a los que te cantan no ser privados de la participación de tan gran plenitud. ¡Oh gran luminar, y luz que brilla en las tinieblas, iluminando la prisión con los rayos de tus signos y méritos, alegrando la ciudad! Expulsa de nuestros corazones, con el esplendor de tus virtudes, las tinieblas de los vicios. ¡Oh estrella matutina, más brillante que las demás, cuanto más cercana al Día [o, a Dios], más semejante al sol! Dignate precedernos, para que también nosotros caminemos en la luz, como hijos de la luz, y no hijos de las tinieblas. ¡Oh aurora que amanece sobre la tierra, pero que la luz meridiana ilumina las regiones superiores del cielo! Recíbenos en la compañía de la luz, en la que iluminado, brillas ampliamente afuera, y ardes suavemente dentro, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo reina Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

EN LA FIESTA DE SAN MARTÍN OBISPO. SERMON. Sobre los ejemplos de obediencia.

1. Creo que tanto este vuestro convento como la llegada de estas honorables personas, que nos congratulamos de tener aquí desde lejos, esperan un sermón de nosotros. Ciertamente, yo mismo los escucharía con más gusto; pero ya que eligen, o más bien exigen que hable, si no me es permitido escucharlos, es necesario que les obedezca. Y ciertamente, su mansedumbre es para nosotros un sermón vivo, ya que, evidentemente, más santos por sus méritos, superiores en dignidad, más ricos en sabiduría, se han dignado no solo a visitarnos, sino también a escucharnos. Una enseñanza eficaz y una doctrina digna de toda aceptación. Pues no nos amonestan con palabra y lengua, sino con obra y verdad, a ser sus imitadores, como ellos lo son de Cristo; y a aprender lo que ciertamente aprendieron de Él, a ser mansos y humildes de corazón. Así María visitó a Isabel (Lucas 1, 39-40), la virgen a la casada, la señora a la sierva; la madre del juez, a la madre del precursor; la Madre de Dios, a la madre del siervo. Así también después Jesús mismo fue a Juan, y fue a ser bautizado, como quien convenía cumplir toda justicia (Mateo 3, 13, 15). Vosotros también, reverendos Padres, no hacéis peor vuestra parte [o, hacéis peor nuestra parte]: más rápidos para escuchar que para hablar, incluso entre aquellos que más necesitaban de vuestra enseñanza. Pues nosotros, ya que no podemos cumplir toda justicia, al menos nos esforzamos por mostraros alguna, no ignorando que es justo que el inferior obedezca a los superiores.

2. Pero, ¿de qué hablaremos? El que es de la tierra, de la tierra habla, dice aquella voz que clama (Juan 3, 31). Hablemos, pues, de la tierra, porque de la tierra subsistimos, y en la tierra. Escuchad, todos los nacidos de la tierra y los hijos de los hombres: os hablamos a vosotros, y de vosotros. En la tierra nacemos, en la tierra moramos, en la tierra morimos, regresando a ella de donde fuimos tomados. Aquí tenemos una entrada angosta, una estancia breve, solo la muerte es cierta. Todo Adán está obligado a llevar el juicio que mereció. Se ha extendido enormemente, se ha multiplicado, y ha llenado la tierra. Sin embargo, quiera o no, por mucho que se resista, todo él aún lleva la sentencia que recibió: "Eres tierra, y a la tierra volverás" (Génesis 3, 19). Una sentencia ciertamente grave, pero no sin un gran temperamento de misericordia. Muy dura, pero si consideras los méritos, llena de indulgencia. Pues no menos justamente se le podría haber dicho al pecador: Eres tierra, pero de aquí irás bajo tierra. El

Señor habría sido justo incluso entonces, y muy digno de alabanza. Digno ciertamente de ser alabado, pero no yo idóneo para alabarlo. De lo contrario, también entonces diría verdaderamente, si pudiera decirlo: "Justo eres, Señor, y recto es tu juicio" (Salmo 118, 137). Pero el infierno no te confesará, ni la muerte te alabará; sino nosotros que vivimos, bendecimos al Señor. Por eso, cuando estabas enojado, recordaste la misericordia, no condenando al hombre en el lugar de perdición, sino humillándolo en el lugar de aflicción. ¿Por qué te quejas, hombre? ¿Por qué te lamentas de una sentencia más dura? Estás destinado a la tierra, hecho de tierra, para que ella sea tu patria, que fue tu materia.

3. Pero, dirás, quisiera escuchar: Porque eres espíritu, y al espíritu irás. Pues también soy espíritu, en lo que respecta al alma; ni dudaría que esta parte de mí es la mejor. Ciertamente he oído del Apóstol, que el Señor es espíritu (2 Corintios 3, 17), y del mismo Señor, que Dios es espíritu (Juan 4, 24). No solo espíritu, sino también Padre de los espíritus. ¿Por qué, entonces, me retiene la madre de la carne, porque soy carne en parte; el Padre de los espíritus no me recibe, siendo en parte espíritu? Lo sé, lo sé, esto no lo hace tanto la sustancia misma, como la culpa. Pues así como los espíritus pecadores ocupan este medio ventoso entre el cielo y la tierra, por lo que también se les llama potestades de este aire (Efesios 2, 2); así nuestros pecados nos separan entre nosotros y Dios, entre el Creador y Padre de los espíritus, y la criatura espiritual. El cuerpo ha arrastrado al alma a su región, y he aquí que prevaleciendo oprime a la peregrina. Se ha convertido en un talento de plomo, pero no por otra razón, sino porque la iniquidad se sienta sobre él. El cuerpo ciertamente agrava al alma, pero lo que se corrompe (Sabiduría 9, 15); se corrompe, o más bien, también, según el testimonio del Apóstol, está muerto a causa del pecado (Romanos 8, 10). Así, aunque de algún modo el hombre es cielo, semejante sin duda a los espíritus celestiales, tanto en forma como en sustancia; no obstante, ya no le bastan estas dos cosas para elevarse, para merecer escuchar: Porque eres cielo, y al cielo irás. En vano se gloria de la libertad del albedrío, que está en la mente: es llevado cautivo a la ley del pecado, que está en la carne. Pues aunque tal vez el doble cordón pudiera prevalecer igualmente sobre otro doble, para que, a quien la tierra reclama con un cierto doble derecho como patria y materia, también el cielo lo reciba como celestial: pero ya triplicado el inferior y tirando hacia abajo el cordón con el pecado que se le añade, a menos que también desde allí acuda la gracia, no se romperá. Ciertamente, donde ella esté presente, no hay duda de que se romperá fácilmente este pesado cordón con el que somos arrastrados, o más bien, que arrastramos, el cordón de la iniquidad. Pues ella no interviene separando entre nosotros y Dios, sino reparando y uniendo.

4. Así que iré al monte de la gracia, y a las colinas de las misericordias, cuyos tesoros todos escucho que están reservados en Cristo. Iré a Él que está lleno de gracia y verdad, si acaso recibo algo de esa plenitud, o más bien si acaso soy recibido en esa plenitud: para que con los demás miembros alguna vez alcance la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Nadie sube al cielo, sino el que descendió del cielo (Juan 3, 13). Un mediador ciertamente fidelísimo y benignísimo, que no separó, sino que hizo de ambos uno, derribando el muro intermedio de separación (Efesios 2, 14), perdonándonos todos los delitos, borrando el acta de los decretos que nos era contraria, y quitándola de en medio, clavándola en la cruz; despojando a los principados y potestades, los exhibió confiadamente, triunfando sobre ellos (Colosenses 2, 13-15), pacificando por su sangre las cosas que están en el cielo, y las que están sobre la tierra (Colosenses 1, 20). Por esta salvación, que iba a obrar en medio de la tierra, no puso inmediatamente al hombre bajo tierra, como había merecido pecando; sino en la tierra. Pues debemos respirar, y de ninguna manera desesperar, mientras aún en la tierra podemos mirar al cielo, y recibir los dones buenos y perfectos que descienden de lo alto del Padre de las luces, del Padre de los espíritus, del Padre de las misericordias. Porque también

por eso hizo al hombre recto, incluso en su cuerpo, y le dio un rostro elevado, mientras que los demás animales miran hacia la tierra: para que levantando su rostro hacia las estrellas, suspire por aquel lugar donde contempla una morada tan bienaventurada y perenne.

5. ¿No es acaso para nosotros, que miramos piadosa y fielmente, un incentivo vehementísimo de amor, y una provocación de ardentísimo deseo, la visión misma de tan luminosa región? Las estrellas del cielo no son semejantes a los terrones de la tierra. Entre el esplendor del sol y la oscuridad de este suelo, hay una gran diferencia. Sin embargo, aquí también algunas cosas parecen bellas en su género: y estas mismas están mezcladas por todas partes con cosas no bellas, como el oro en el lodo, la gema en el estiércol, el lirio entre las espinas. Toda hermosa eres, patria mía, y no hay mancha en ti: toda hermosa eres, excepto lo que está oculto en tu interior. ¿Qué es eso? Sin duda, aquellos bienaventurados espíritus angélicos, y las mismas almas de los santos, que ya han merecido entrar en el lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios. Pues así como hay cuerpos terrestres, hay también cuerpos celestiales; pero la gloria de los celestiales es muy diferente de la de los terrestres: así hay espíritus celestiales y terrestres, y no es menor la distancia entre ellos: Ángeles, arcángeles, virtudes, principados, potestades, dominaciones, tronos, querubines y serafines. Conozco bien los nombres. Tal vez eso sea todo. ¿Qué más podría captar un terrígeno de las cosas celestiales, un hombre carnal de las espirituales y divinas? Sin embargo, aunque ignoro qué se oculta en estos grandes nombres, ciertamente sé con certeza que algo grande y maravilloso está encerrado y sellado bajo esta majestad de palabras. No sin razón se llama cielo: claramente se oculta en él algo excelso que no sé. Se oculta, digo, pero no se niega en absoluto a la fe. Pues se nos permite ver en la tierra la misma belleza exterior del cielo, no acceder a ella; también se nos concede escuchar, aunque no comprender, la gloria interna de sus secretos. Vemos la patria, pero la saludamos desde lejos; olemos aquellas delicias, no las gustamos.

6. En verdad, no sin razón el Unigénito, que está en el seno del Padre, nos narra en esta región de sombra de muerte, que habitamos, la gloria celestial de los espíritus ciertamente por la fe, y de los cuerpos por la apariencia. Escucha, dice, hija y ve. Y se hizo. ¿Con qué propósito esto? Inclina, dice, tu oído, y olvida a tu pueblo, y la casa de tu padre (Salmo 44, 11). Quiere que dejemos la contumacia, aprendamos la obediencia, tomemos la disciplina. Quiere también que olvidemos las cosas pasadas, despreciemos las inferiores, abandonemos las costumbres terrenales y los vicios innatos [o, los brotes viciados], busquemos las cosas celestiales, aspiremos a las superiores, anhelemos las anteriores. Quiere que solo esa belleza de su casa desee la criatura libre, para que se transforme en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor; y por tanto, también el rey desee la belleza de ella, ciertamente espiritual. Pero, ¿en qué visión, dirás, o audición me aconseja inclinar mi oído y obedecer? Pues es evidente que engendra deseo.

7. Por tanto, considera que toda esta gloria celestial de los cuerpos obedece incesantemente las leyes divinas, y nunca excede las metas puestas en sus continuos movimientos, ni transgrede los límites de los tiempos o lugares establecidos. Pero también escucha que esos mismos espíritus tan sublimes son todos servidores, y se envían a un ministerio dignísimo, para no decir indigno: sin embargo, creo que no encontrarás en las Escrituras que alguno de ellos haya contradicho alguna vez al que los envía, o que haya estado al menos ligeramente molesto con aquellos tan inferiores a ellos, por quienes eran enviados en ministerio. Son ejemplos de obediencia, si los consideras atentamente, tanto más aceptables cuanto en materia más digna. Pero sé lo que murmura el sentido del hombre ante estas cosas, y el pensamiento siempre inclinado al mal. ¿Por qué me propones, dice, la obediencia de los elementos superiores? Como si en ellos hubiera algún sentido, o alguna deliberación de

razón, y no más bien parecieran ser movidos, que mover. ¿Por qué, entonces, encomiendas tanto la obediencia de los mismos ángeles? Los ángeles ciertamente sienten, pero solo lo deleitable; obedientes ciertamente al Creador, pero con una voluntad tan feliz como fácil. ¿Por qué no habrían de obedecer? Pues siempre ven el rostro del Padre, a quien ver es perfecta bienaventuranza, eterna gloria, suma felicidad.

8. Preséntanos, Señor, patriarcas y profetas, hombres obedientes a tus preceptos, obedientes de voluntad, obedientes contra su propia voluntad. Se hizo. Se nos presenta, para pasar por alto a los demás por causa de la brevedad, se nos presenta, digo, a Abraham saliendo de su tierra por el precepto del Señor, echando a la sierva y a su hijo, incluso dispuesto a inmolar a su hijo queridísimo Isaac. ¿Qué podrá cavilar aquí la astucia humana? Tal vez responda, porque de muchas maneras, y de muchos modos, Dios se le aparecía, era recibido en hospitalidad, participaba en el banquete, lo animaba con su palabra, lo instruía con su consejo, le daba hijos, lo iluminaba con victorias, lo colmaba de riquezas. ¿Qué dirás, cuando venga Cristo hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz? Mucho, dice, de todas maneras. ¿Cuándo me atrevería a emular al Unigénito del Padre de Dios, a Cristo, poder de Dios, y sabiduría de Dios? Fue ofrecido porque él mismo quiso, cuando y cuanto quiso sufrió, siendo verdadero hombre, pero también verdadero Dios. Más bien, no quiero que traigas la misma obediencia apostólica; a quienes, según la promesa profética, se sabe que vieron con sus ojos a su maestro, y oyeron con sus oídos la voz del que los instruía (Isaías 30, 20, 21). Por eso, uno de ellos escribiendo más expresamente dice: "Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y nuestras manos han tocado del Verbo de vida" (1 Juan 1, 1). ¿Por qué no dejarían todo? ¿Por qué no seguirían a todo la presencia de tan gran majestad? ¿Qué no haría yo, si se me concediera la misma oportunidad? Pero no hizo tal cosa a toda nación, no a la que precede, ni a la que sigue. Pues así como muchos reyes desearon ver, y no vieron; así también han llegado ya los días, cuando desharemos ver un día del Hijo del Hombre, y sin embargo no mereceremos.

9. Por tanto, es oportuno que ahora Martín venga al medio, para que de en medio se convierta en ocasión de pecados. Hoy, él es en todo semejante a nosotros, claramente sensible y pasible; pero también mucho después de aquellos tiempos de visiones patriarcales y proféticas, y siendo un hombre puro, sin nada de la naturaleza de la divinidad, creyendo sin embargo en aquel a quien no vio; lleno del fruto de la obediencia, y rico en virtudes, dejó solo, ascendió al cielo, encomendando a la tierra lo que tenía de la tierra; dirigiendo su espíritu al Padre de los espíritus, a quien sirvió fielmente en el espíritu de adopción. No fue un cuerpo celestial, ni siquiera un espíritu celestial: un animal racional, también mortal, terrígeno, hijo del hombre. Nació en la tierra, fue educado en la tierra, ejercitado y probado en la tierra, y también consumado en la tierra. No era un patriarca, ni uno de los profetas, de quienes ciertamente en el Evangelio la Verdad dice: Porque la Ley y los Profetas hasta Juan (Mat. XI, 13). No era mucho más grande que Cristo; pero sin embargo, Cristo estaba en él, no de otra manera que por la fe.

10. En verdad, de esta manera también ahora la palabra está cerca de ti, en tu corazón y en tu boca (Deut. XXX, 14), solo si la buscas con un corazón recto. Pues el Apóstol interpretando dice que esta es la palabra de fe (Rom. X, 8), de la que Moisés habla. Por lo cual, en otro lugar el mismo apóstol dice: Jesucristo, ayer, y hoy, y por los siglos (Hebr. XIII, 8). Ayer, desde el principio del mundo hasta la ascensión del Señor; hoy, desde entonces hasta la consumación del mundo; y por los siglos, entiende después de la resurrección común de todos. A ninguno de estos falta Cristo, a ninguno falta Jesús; a ninguno falta la unción, a ninguno la salvación. A los patriarcas y profetas se les mostró en visión, a los apóstoles en

humanidad, a Martín en fe, a los ángeles ya en especie. Esta especie ciertamente prometió mostrarse a todos los elegidos, no hoy, sino por los siglos. Finalmente, ya había pasado ayer, ya había amanecido nuestro hoy cuando los Apóstoles decían: Aunque conocimos a Cristo según la carne, pero ahora ya no lo conocemos (II Cor. V, 16). Sin embargo, parece que también en esta mañana se ha reservado algo de las carnes del Cordero: pero lo que queda, ciertamente ya se da al fuego; lo que es, hasta hoy la misma carne se nos exhibe, pero espiritualmente, no carnalmente.

11. No hay razón para que nos quejemos de que a nuestro tiempo se le haya negado, ya sea la aparición hecha a los padres del Antiguo Testamento o la presencia de su carne exhibida a los apóstoles. Pues a quienes consideran fielmente, ninguna de las dos les falta. Nos acompaña también ahora la verdadera sustancia de su carne, sin duda en el sacramento. Están presentes las revelaciones, pero en espíritu y poder, para que al tiempo de la gracia, que es ahora, no se pruebe que falta nada en ninguna gracia. Finalmente, ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman, pero nos lo ha revelado por su Espíritu. No te sorprendas de que les haya mostrado manifestaciones carnales a aquellos que esperaban su advenimiento carnal. Para nosotros, en efecto, es necesaria una gracia más eficaz y una revelación más digna, cuanto más excelente se sabe que es lo que esperamos.

12. Así que, como dijimos antes, este Martín no fue Cristo, pero sin embargo tenía a Cristo: no como los ángeles en la presencia de la majestad; no como los apóstoles en la visión de la humanidad; no como antiguamente habló en visión a sus santos: sino como ahora también lo tiene la Iglesia, en fe y sacramentos. No era él la luz (Juan I, 8), sino una lámpara ciertamente ardiente y luminosa (Juan V, 35), dicho de Juan. Pero si lo menciono, creo que diréis: Es el mayor de los hombres, más que profeta, incluso es ángel del Padre de Dios, como él mismo testifica: He aquí, envío mi ángel (Luc. VII, 27), etc. Y Martín era una lámpara ardiente y luminosa: al menos no os avergoncéis de imitarlo; pero imitarlo en lo que es imitable, no en lo que se exhibe como admirable. Hoy te sientas a la mesa del rico; considera diligentemente lo que se te ofrece. Distingue entre los alimentos y los vasos de los alimentos. Se te ordena tomar aquellos, pero no estos. Este Martín es rico; rico en méritos, rico en milagros, rico en virtudes, rico en signos. Considera diligentemente lo que se te ofrece; qué es para admiración, y qué para imitación. O ciertamente porque sigue en aquella Escritura, porque tales cosas debes preparar (Prov. XXIII, 1, 2, según la LXX); considera diligentemente qué se te ofrece, y en qué. Martín resucitó a tres muertos, tantos como había leído que el Salvador resucitó. Devolvió la vista a los ciegos, el oído a los sordos, el habla a los mudos, el paso a los cojos, la salud a los secos. Evitó peligros por el poder divino, repelió llamas con el obstáculo de su propio cuerpo, derribó una enorme masa de una máquina sacrílega con una columna descendente del cielo, limpió a un leproso con un beso, curó a un paralítico con aceite, venció a demonios, vio ángeles, previó el futuro.

13. Pero estas y otras maravillas tan altas que hizo, ¿por qué no llamarlas ciertos vasos maravillosos de este rico, pesados de oro, brillantes de gemas, preciosos tanto en materia como en obra? No busques en estos el sabor, sino admira el esplendor. Que nuestra lámpara brille en tales cosas, para que en su luz veamos la luz, que ciertamente pura, como es en sí misma, aún no puedes contemplar. Pues no es esta la luz, sino para dar testimonio de la luz; y que Dios te aparezca glorioso en su santo, mientras no puedes ver su gloria, como es en sí mismo. Sin embargo, no pienses que las lámparas de Martín están adornadas, pero vacías: no es una virgen necia, tiene aceite en sus vasos. Tiene vino en copas, tiene dentro de estos platos abundancia de alimentos, delicias ciertamente espirituales: para que no solo vean y admiren, sino que los pobres coman y se sacien; y en aquellos alaben al Señor, y en estos

vivan sus corazones. De lo contrario, ¿cómo te alabarán los muertos, Señor? Para que la alabanza sea agradable y decorosa en la admiración, también vivan en la imitación; y, para que tomen con más avidez las delicias, contemplen con más curiosidad las riquezas. Así, ciertamente, entre el esplendor y el fervor de esta lámpara, debemos discurrir con ciertos afectos vicarios, para que uno nos recomiende al otro, y de la mutua comparación ambos se hagan más agradables. Pues este Martín fue humilde y pobre de espíritu, como lo prueba evidentemente el efecto mismo de la gracia divina, que ciertamente no habría dado tanta a menos que fuera muy humilde.

14. Sin embargo, para mostrar algunos indicios de sus virtudes, el bienaventurado Hilario conoció a aquel pobre de espíritu, cuando intentando imponerle el oficio de diácono, y no pudiendo, porque clamaba que era indigno, ordenó que fuera exorcista: en lo cual podría parecer un lugar de injuria, sabiendo ciertamente que no rechazaría una ordenación más humilde. Fue pobre, vestido de harapos, con el cabello descuidado, de rostro despreciable: lo cual, aunque en su elección fue objetado por algunos malintencionados, sin embargo, en el mismo episcopado, como está escrito, no lo cambió en absoluto. Finalmente, porque verdaderamente Martín fue pobre de espíritu, mereció ser llamado pobre y modesto. Escucha su mansedumbre, escribiendo así su Sulpicio: "Había asumido tanta paciencia contra todas las injurias que, siendo sumo sacerdote, incluso por los clérigos más bajos era herido impunemente: ni por eso los removió de su lugar, ni los apartó de su caridad, en cuanto dependía de él": lo cual creo que todos vosotros recordáis que se probó manifiestamente en Briccio. Pues de entre todos lo eligió como su sucesor, y le advirtió de tanta adversidad futura: finalmente, en su fe y ligereza lo hizo santo, a cuyas palabras sus oídos estaban atentos, cuando respondía al hombre que le preguntaba sobre él: Si buscas a ese delirante, mira de lejos; he aquí que mira al cielo como un loco. Pues frecuentemente el hombre de Dios, despreciando la tierra, miraba al cielo. Sabía que había recibido para esto (como recordamos antes) una postura recta incluso en su cuerpo. Sabía que allí estaba su tesoro, sabía que allí estaba sentado a la derecha del Padre su Cristo, sabía que nunca alcanzaría lo que deseaba hasta que llegara allí. Por lo cual, lo mismo que era llamado delirante en la tierra, con razón no le importaba, cuya conversación era en los cielos, cuyos ojos estaban en su cabeza. Ciertamente, allí también solían ascender sus lágrimas desde su mejilla, de las cuales abundaba tanto, que solía llorar también por los pecados de aquellos que parecían ser sus detractores.

15. Ciertamente, cuánto deseaba la justicia, se probó tanto en los demás actos suyos, como especialmente en la persecución de la idolatría, en la destrucción de templos, en la demolición de estatuas, en la tala de bosques. Donde también alguna vez no temió exponerse al peligro, para que se eliminara la ocasión de tan gran crimen. Pues el mismo Salvador se gloriaba entre los ángeles de haber experimentado su misericordia en el pobre, mostrando la mitad de la vestidura que le fue dada. Ojalá también a nosotros, miserables, ante el supremo juez, en cuyo admirable tabernáculo ha entrado, se digne mostrarnos aquella misericordia; con la cual liberó a aquellos destinados a la muerte y asignados a varios tormentos, por quienes se escribe que yació ante la puerta del juez terrenal en medio de la noche. Pues, ¿cómo no lo escuchará ahora, quien entonces también hizo que lo escucharan? Por lo demás, la pureza de su corazón se indica especialmente en aquello de que no se avergonzó hablando con el enemigo en la puerta: "Nada encontrarás en mí, funesto; el seno de Abraham me recibirá." Pues en la obra de los pacificadores, felizmente consumando sus labores, aunque no ignoraba el fin de sus días, sin embargo, se acercó a los clérigos disidentes, entre quienes, restablecida la paz, él mismo descansó en paz.

16. Pero es largo enumerar las persecuciones que sufrió por la justicia, cómo en la ciudad de los Wangiones, ante el emperador Juliano, intrépido, incluso más firme con el terror infligido, fue entregado a la custodia, para que al día siguiente, desarmado, se le opusiera a los bárbaros; cómo cerca de los Alpes, bajo el hacha que un ladrón blandía sobre su cabeza, estuvo segurísimo; cómo Auxencio el arriano lo persiguió gravemente en Milán, y después de muchas injurias, finalmente lo expulsó de la ciudad; cómo también en otro lugar, luchando antes con gran fervor contra la perfidia de los sacerdotes, fue sometido a suplicios, públicamente azotado con varas, y también allí fue obligado a salir; cómo también en la demolición de un santuario, cuando un pagano lo atacó con una espada desenvainada, ofreció su cuello desnudo al golpeador, hasta que aquel, levantando la mano para el golpe, cayó de espaldas; cómo otro quiso herirlo con un cuchillo, pero el hierro se le escapó de las manos y desapareció repentinamente. Por todas estas cosas, no hay duda de que se le corona de múltiples maneras, quien, aunque no una vez en el efecto de una pasión consumada, fue tantas veces mártir en el afecto de una devotísima voluntad. Comed ya, amigos, y bebed; y embriagaos, amadísimos. Pues así se vive, y en tales cosas vive el espíritu de vosotros. A menos que el sermón divino proclame bienaventurados a los que resucitan muertos, iluminan ciegos, sanan enfermos, limpian leprosos, curan paralíticos, mandan a los demonios, predicen el futuro, resplandecen con milagros; y no más bien a los pobres de espíritu, mansos, llorosos, hambrientos y sedientos de justicia, misericordiosos, puros de corazón, pacificadores, que sufren persecución por la justicia.

17. Perdonadme, hermanos: casi pasé por alto el ejemplo de obediencia, que ciertamente, según el orden propuesto, también en Martín nos conviene exhibir. Ciertamente nos demoramos, pero, según creo, es bueno que estemos aquí: pues hoy llegamos tarde a Martín. "Señor, dijo, si aún soy necesario para tu pueblo, no rehúso el trabajo, hágase tu voluntad." ¡Oh alma verdaderamente santísima! ¡Oh caridad inestimable! ¡Oh obediencia singular! Has peleado la buena batalla, has acabado la carrera, has guardado la fe; de aquí en adelante te está reservada la corona de justicia, que el Señor, el justo juez, te dará hoy; y aún dices: No rehúso el trabajo, hágase tu voluntad. Ofreciste claramente a Isaac; a aquel único que amas, en lo que a ti respecta, lo degollaste; inmollaste tu singular alegría con piadosa devoción, preparado para volver de nuevo a los peligros, renovar las luchas, someterte de nuevo al trabajo, soportar la tribulación, prolongar la tentación, luego ser diferido aún de aquella gran felicidad, y de la tan deseada sociedad de los espíritus bienaventurados, y ser llamado de nuevo a las miserias de esta mortalidad desde la misma entrada de la gloria; finalmente, lo que es máximo, estar más tiempo ausente de tu Cristo, si él así lo quisiera. Y ciertamente no hay duda de que merece mayor gracia quien se muestra preparado incluso antes del mandato que quien se esfuerza por obedecer después del mandato. Grande es vuestra obediencia, santos ángeles; pero, lo que me atrevo a decir con vuestra paz, no sé si se encontrará entre vosotros alguno preparado para ser enviado alguna vez a tal ministerio, en el cual tenga que no ver el rostro del Padre. Grande es, Pedro, que siguiendo al Señor, dejaste todo; pero te oí en el monte diciendo, donde se transfiguró ante vosotros: Señor, bueno es que estemos aquí; hagamos aquí tres tiendas (Mat. XVII, 4). Esto no es, "Si aún soy necesario para tu pueblo, no rehúso el trabajo." Preparado está tu corazón, Martín, preparado está tu corazón, ya sea para permanecer en el cuerpo, o para disolver y estar con Cristo.

18. Y grande es ciertamente la seguridad en la muerte horrenda; grande en la visión de Cristo deseada, y tan fervientemente y singularmente deseada se encuentra la perfección: pero eso ciertamente es mucho más en todo sentido, que quien no teme morir, más bien quien con tanto deseo anhela la presencia del Señor, tampoco rehúsa vivir, y ser fatigado por la espera más molesta. Pues en qué otro no podría obedecer, quien en este tan gran momento clamaba

tan devotamente: "Hágase tu voluntad." Esta, pues, sea nuestra parte, hermanos, en el banquete de hoy, esta obediencia en la mesa de este pobre, más bien ya rico, consideremos diligentemente que se nos ofrece, sabiendo que es la que se nos exige, la que debemos preparar, para que cada uno diga: Porque estoy preparado, y no estoy turbado, para guardar tus mandamientos (Sal. CXVIII, 60). No solo una vez, o en parte; sino preparado está mi corazón, Dios, preparado está mi corazón (Sal. LVI, 8); preparado para ambos, y en nada prescribiendo a tu disposición. Quizás deseo esto, y especialmente y vehementemente: pero tampoco rehúso aquello; como sea tu voluntad en el cielo, así sea. Deseo el descanso, pero no rehúso el trabajo, hágase tu voluntad.

DE SAN CLEMENTE PAPA Y MÁRTIR SERMON Sobre las tres aguas.

1. Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Sal. CXV, 15). Escuche el pecador, y se irrite; rechine sus dientes, y se consuma. Ha sido atrapado en su astucia, ha caído en el foso que hizo, ha caído en el lazo que tendió. Por la envidia del diablo, la muerte entró en el mundo; pero he aquí que la muerte de los santos se ha hecho preciosa. Escucha, pues, enemigo de la vida; autor de la muerte, atiende. ¿Qué vale ya tu engaño? ¿Qué daño hace tu astucia? Más bien, para que te duela más, todas las cosas cooperan para bien a los que según el propósito son llamados santos (Rom. VIII, 28). Pues no de otra manera que por la misma (que es obra tuya) hoy el bienaventurado mártir, cuyas solemnidades celebramos, triunfó sobre ti con la muerte del cuerpo. Hizo de la necesidad virtud, cambió el castigo del pecado en mérito de gloria; se probó fiel en lo poco, para que fuera hallado digno de ser puesto sobre mucho. Pues era poco, y del todo poco, lo que antes había recibido aquella alma bienaventurada, en comparación con aquella gloria que mereció con la presente pasión. Pues toda la delectación de este mundo, toda su gloria, todo lo que en él se desea, es del todo poco en comparación con aquella felicidad, con aquella bienaventuranza: si es que debe llamarse poco, y no más bien nada, vapor que aparece por poco tiempo. El bienaventurado Clemente había recibido noble linaje, amplias posesiones, mucha herencia, también mucha ciencia, de modo que era considerado un excelente filósofo de su tiempo. Había recibido todo esto del Señor: pues también estos son dones de Dios. Se probó fiel a quien le había dado, cuando por su amor despreció todo, haciendo todo pérdida, y considerándolo como estiércol, para ganar a Cristo.

2. Pero quizás murmura aún ahora el enemigo: Piel por piel, y todo lo que el hombre tiene, lo dará por su vida (Job II, 4). ¿Qué, pues? ¿Crees que en la misma vida de su cuerpo, que recibió del Señor, se encontrará infiel, para que la prefiera a él? He aquí que tienes poder: arremete contra él por medio de tus secuaces, para que se vea obligado a elegir entre dos, o separarse del Señor, o separarse del cuerpo. Busca diversos y enormes géneros de tormentos; pero debes saber que estás fabricando coronas para nuestro mártir. Pues así como despreció los adornos y ayudas de esta vida, así desprecia también la misma. Expone todo su cuerpo a la muerte, y te maldice en la cara, y blasfema tus ídolos con su boca sagrada, proclama libremente a su Señor Dios incluso entre tus tormentos, lo confiesa abiertamente. Será coronado, pues ha luchado legítimamente, porque ha vencido fielmente, porque no quiso separarse del amor de Cristo ni por los halagos de esta vida, ni por el horror de la muerte. Dínos, te ruego, alma santa, que así exponías tu cuerpo a los suplicios: te lo ruego, ¿amabas a tu cuerpo, o no? Ciertamente lo amaba, dice. Nadie jamás odió su propia carne (Efes. V, 29). Por tanto, lo amaba: pero lo amaba poco, como a una sierva; y mucho más amaba al Señor Dios. Y para que la prueba fuera la exhibición del amor, con gusto también abrazaba la muerte del cuerpo por su gloria.

3. ¿Qué diremos a esto, hermanos? Nos congratulamos con el mártir, pero ya su gloria no está exenta de nuestra confusión. He aquí que el bienaventurado Clemente era un hombre como nosotros, susceptible de sufrimiento, rodeado de la misma debilidad, y adherido a su carne con el mismo vínculo de afecto natural. Si él, pues, glorificó a Cristo en su cuerpo de tal manera y aceptó el cáliz de la salvación, ¿qué le retribuimos nosotros al Señor por todo lo que nos ha dado? Ciertamente nos ha marcado con la misma imagen, nos ha redimido con la misma sangre, y nos ha llamado a la misma herencia, incorruptible e incontaminada, eterna, reservada en los cielos. ¿Por qué, entonces, no podemos también nosotros beber libremente el cáliz de Cristo con el bienaventurado Clemente? Pero tal vez algunos respondan: Podríamos, si no faltara la oportunidad; pero el tiempo de persecución ha cesado. Sin embargo, confieso que no creo del todo a quienes dicen esto. ¿Por qué? ¿Acaso no cedéis diariamente a la punzada de una aguja, y pensáis que podríais resistir a una espada? Probad en los conflictos menores cuán valientemente podríais manteneros en una lucha mayor. He aquí que no se os dice: Sacrificad a los ídolos y vivid; o si no queréis esto, debéis morir en diversos suplicios. El Señor conoce nuestra fragilidad, y no nos da una prueba tan fuerte. Al bienaventurado Clemente le dio una prueba fuerte para que venciera y aprendiera que la sabiduría es más poderosa que todo.

4. Pero, ¿cuál es vuestra lucha, hermanos míos? Diariamente se os sugiere en vuestros corazones: Rompe tu orden, murmura, difama, actúa con menos rigor, finge debilidad, responde a quien te ha hablado duramente, para satisfacer tu deseo; y no se dice a nadie: Si no haces esto, morirás; sino que, a lo sumo, con dificultad y trabajo resistirás a tu ánimo. ¿Y quién soportaría tanto? Esto es lo que acostumbramos a escuchar internamente, a responder a quienes nos exhortan, ya sea externamente al hombre o internamente al Espíritu Santo. Si, pues, en este tipo de lucha estamos en peligro, si apenas resistimos, si a veces incluso sucumbimos, ¿qué haríamos en una lucha tan grave? Si nuestra debilidad cede a juncos frágiles, ¿cómo resistiría a las armas? Veis cómo hemos sido reducidos a nada, y como suelen hacer las mujeres o los niños, alabamos a otros que luchan, pero nosotros mismos no podemos luchar. ¿Qué hacemos entonces? Todos ciertamente hemos sido llamados a las bodas del Cordero, y no se nos permite aparecer vacíos ante Él. Consideremos diligentemente lo que se nos ofrece, porque debemos preparar cosas semejantes. El bienaventurado Clemente consideró que el vino le fue ofrecido por el Señor, y él también, siendo rico, llevó a esas bodas el vino de la efusión de su propia sangre. Pero nosotros somos pobres, y no tenemos vino, Señor. Pero Él dice: Llenad las tinajas de agua (Juan 2, 7). ¿Será entonces aceptada también el agua, si la llevamos? Sin duda será aceptada. Pues quien considere diligentemente lo que se le ofrece, según las advertencias del Sabio (Prov. 23, 1), encontrará que también el agua se nos ofrece junto con el vino, por Aquel que vino no solo en agua, sino en agua y sangre. Pues quien vio dio testimonio de que del costado abierto del Señor dormido en la cruz salió sangre y agua (Juan 19, 34-35).

5. Y nosotros, hermanos, para probarnos fieles a nuestro Dios, si no tenemos el martirio de sangre (pues el martirio es testimonio), busquemos al menos el testimonio del agua, y ni siquiera eso despreciará Dios. Pues tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre (1 Juan 5, 8). Bienaventurados aquellos a quienes les basta el triple testimonio, porque el cordón triple difícilmente se rompe (Ecles. 4, 12). Si no tenemos el testimonio de la sangre, tengamos el del espíritu y el del agua; porque sin el espíritu ni la sangre ni el agua serán suficientes: más aún, si el espíritu se encuentra sin agua o sangre, su testimonio es suficiente; porque es el espíritu de verdad, y ni la sangre ni el agua servirán de nada por sí mismas, sino que es el espíritu quien testifica en ellas. Sin embargo, creo que rara vez o nunca se encuentra el espíritu sin agua o sangre. Por eso, queridos, busquemos al

menos el agua, quienes no tenemos la sangre. Y dado que hemos mencionado las tinajas, busquemos medidas dobles o triples, que las tinajas podían contener. Pues Cristo también nos ofrece agua triple, y es perfecto todo aquel que en nosotros sea como Él, quien pudo tener tres medidas. Por eso se dice bajo distinción, dobles o triples, para que conste que al menos dos son necesarias; la tercera no se exige a todos.

6. Toma, pues, el agua triple que el Salvador te ofrece. Lloro sobre Lázaro (Juan 11, 35) y sobre la ciudad de Jerusalén (Lucas 19, 41); y esta es la primera agua. Suda cuando ya se acerca la hora de la pasión; y esta es la segunda agua, que mana no solo de los ojos, sino de todo el cuerpo. Esta es roja, de color sanguíneo, como está escrito: Y su sudor se convirtió en gotas de sangre que corrían hasta el suelo (Lucas 22, 44). Ahora bien, la tercera es el agua que ya mencionamos, que emanó de su costado junto con la sangre. Y tú, por tanto, tienes la primera si riegas con tus lágrimas el lecho de tu conciencia, y con el dolor de la compunción lavas las manchas de tus pecados pasados. Tienes la segunda agua si con el sudor de tu rostro comes tu pan, y con el trabajo de la penitencia castigas tu cuerpo y restringes la llama de la concupiscencia. Esta es de color sanguíneo, ya sea por el trabajo, o incluso por el mismo fuego de la concupiscencia que extingue. Ahora bien, si puedes avanzar hasta la gracia de la devoción, serás saciado con el agua de la sabiduría salvadora; y el espíritu de Cristo, que es más dulce que la miel, se convertirá en ti en una fuente de agua que salta para vida eterna. Y recuerda que esta es el agua que procede del costado del que duerme, y fluye sin molestia alguna. Pues es necesario ya estar muerto al mundo, quien quiera deleitarse en esta gracia. Así que, para resumir brevemente, la primera lava la conciencia de los delitos pasados; la segunda extingue la concupiscencia para que evites los futuros; la tercera, si mereces llegar a ella, sacia el alma sedienta.

EN LA VIGILIA DE SAN ANDRÉS APÓSTOL SERMÓN. Cómo debemos anticipar con ayunos las solemnidades de los santos.

1. La autoridad de los Padres ha sancionado que las fiestas de los santos deben ser anticipadas con ayunos votivos: útilmente, y no para nuestra insensatez, si hay quien lo advierta. Pues ciertamente cada día contraemos muchos pecados, y en muchas cosas ofendemos todos; y no es en absoluto seguro asumir las festividades sagradas que se van a celebrar, especialmente aquellas que son las más grandes, sin antes haber precedido la purificación de la abstinencia, para que seamos hallados más dignos y capaces de los gozos espirituales. Pues así el justo al principio de su discurso es acusador de sí mismo, y no comienza a alabar a otros sino desde su propia reprensión. Y si incluso el justo teme y se preocupa por anticiparse a Aquel que está preparado para juzgar incluso las justicias mismas; ¿qué haremos nosotros, cuyos pecados no han sido aún juzgados ni cubiertos? Es muy de temer que tal vez se encuentren manifiestos precediendo al juicio. Si ni siquiera el justo sin modestia y cierta vergüenza se atreve a acercarse a las alabanzas de los santos; cuánto más el pecador, en cuya boca no hay alabanza hermosa, debe temer siempre aquella voz: ¿Por qué narras mis justicias? (Salmo 49, 16) o aquella: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener vestido de bodas? (Mateo 22, 12) Bienaventurados, por tanto, quienes están solícitos en todo tiempo de conservar inmaculada la estola, es decir, la gloria de su conciencia, y siempre presentarla resplandeciente. Pero como son pocos los que guardan así su corazón con toda vigilancia, y aún menos, si es que hay menos, quienes lo conservan en toda santidad: es necesario lavar con frecuente abstinencia las manchas que se introducen, especialmente cuando se acerca alguna solemnidad principal para ser celebrada.

2. Sin embargo, no solo es preparación para la próxima celebración la observancia del ayuno previo; es también una advertencia y una enseñanza no pequeña. Aprendemos de esto mismo

cuál es el verdadero camino hacia la festividad eterna. ¿Qué significa que anticipamos las solemnidades con ayunos, sino que por muchas tribulaciones debemos entrar en el reino de Dios? Pues es indigno de la alegría solemne quien no observa la abstinencia establecida en la vigilia. Claramente, digo, si te niegas a afligir tu alma en la vigilia, con razón se te considera indigno del descanso y la exultación festiva. Todo el tiempo presente de penitencia es, pues, una vigilia de la gran solemnidad y del eterno sabbatismo que esperamos. Y no te quejarás de una vigilia más larga, si consideras la eternidad de la festividad. Pues aunque las solemnidades diurnas suelen tener una preparación diurna: aquella, siendo eterna, no exige sin embargo una preparación eterna. Pero, ¿a dónde nos lleva la más agradable memoria de aquella felicidad? Pues con este nombre se nombra más frecuentemente, y tal vez más dignamente, aquella festividad. Debemos volver a lo que tenemos entre manos.

3. La causa del ayuno de hoy, y de la solemnidad y alegría que esperamos, es la bienaventurada pasión del apóstol Andrés. Pues es digno que, si no podemos colgarnos con él, al menos ayunemos con él. Pues, ¿quién duda que él también ayunó mientras colgaba dos días en la cruz? Seamos hallados, pues, al menos en lo poco, participando de su pasión, y si no fijados juntos al madero, al menos afligidos juntos en el ayuno: para que, con la misericordia de Dios, seamos también partícipes de la corona; y en el presente también compañeros de los gozos espirituales. Pues, ¿cómo no exultaremos en la memoria de su triunfo, a quien sabemos que exultó tan vehementemente en la misma presencia de su suplicio? ¿No será una festividad alegre, donde incluso la cruz misma está llena de gozo? Pues solemos llamar festivo a lo que es alegre; y la cruz ciertamente se llama así por el suplicio, o ciertamente el suplicio por la cruz. ¿Con cuánta exultación, pues, debe ser celebrada por toda la tierra el milagro de tal novedad, tan magnífica obra de la virtud divina? Andrés era un hombre como nosotros, susceptible de sufrimiento, y con tan vehemente ardor de espíritu anhelaba la cruz, y con tan inaudita alegría desde los siglos saltaba de gozo, cuando vio de lejos el madero preparado para él. "Oh cruz," dice, "largamente deseada y ya preparada para mi alma anhelante! Seguro y gozoso vengo a ti, de modo que tú también me recibas exultante." Veis que no se contiene por la magnitud de su gozo. "De modo," dice, "que tú también exultes." ¿Es, pues, tanta la exultación, que exulta incluso la cruz, y no tiene nada de alegre, sino que todo es de alegría? ¿O quién dirá que es menos contra la costumbre, más allá de la razón, más allá de la naturaleza, que la cruz exulte, que el crucificado exulte más que la cruz? A ella la naturaleza le negó el sentido de la alegría: a él, si algo prevalece, todo gozo lo extermina, y le inflige dolor. "Siempre fui tu amante," dice, "y deseé abrazarte." Hermanos, es un fuego vibrante, no una lengua hablando: y si es lengua, ciertamente es de fuego. Son carbones de aquel fuego que Cristo envió desde lo alto en sus huesos. Y ojalá sean para nosotros desoladores, consumiendo y quemando todo lo que hay en nosotros de afecto carnal. Pues, ¿qué chispas son estas, o de qué incendio interior tan grande brillan?

4. Claramente, bienaventurado Andrés, tu fe es un grano de mostaza, que tan inesperadamente, cuando comenzó a ser triturado, comenzó a producir de sí mismo fervor. ¿Qué si se triturara un poco más? ¿Qué mente podría soportar aquel fervor, qué oído aquellas palabras? Pues mientras menos amenazaba a Egeo, aún el grano de mostaza parecía despreciable. Estaba entero, no sabíamos qué ocultaba dentro. "El Señor," dice, "me envió a esta provincia, en la cual no le adquiriré un pueblo pequeño." Que se acerque el mortero de la amenaza; ya sabrá más acre, y hablará más firmemente. Egeo piensa que lo asustará, amenazándole con el suplicio de la cruz: pero no es así. Se enciende más con esta palabra, y clama libremente: "Si temiera el madero de la cruz, no predicaría la gloria de la cruz." Pero cuando vio el madero preparado para él, ya entonces, claramente todo encendido, aplaudía, y halagaba a su amada: la saludaba con la mayor devoción, la recibía con la mayor devoción; la

exaltaba magníficamente, y se gloriaba en su elogio, clamando más con afecto que con voz: "Salve, cruz preciosa, que has recibido el decoro y la belleza de los miembros del Señor! Salve, cruz que en el cuerpo de Cristo has sido consagrada, y adornada con sus miembros como con perlas!" Con razón, pues, veneran al amante de la cruz todos los que son siervos de la cruz: pero de ellos exige con justicia mayor devoción, quienes especialmente han propuesto llevar su cruz. Esto os digo a vosotros y de vosotros, hermanos míos, que no habéis escuchado con oído sordo aquella trompeta evangélica: Quien no lleva su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo (Lucas 14, 27). Estad preparados para dedicar toda la diligencia de vuestro ánimo a esta solemnidad, y celebrarla con gran corazón; porque un gran tesoro de consolación y exhortación os está reservado en ella, si hay quien lo excave y lo explore.

EN LA FIESTA DE SAN ANDRÉS APÓSTOL

SERMÓN I. De los tres tipos de peces, que están en el mar, en el río y en el estanque [alias, de los peces puros].

1. Celebrando hoy el glorioso triunfo del bienaventurado Andrés, nos hemos regocijado y deleitado en las palabras de gracia que procedían de su boca. Pues no podía haber lugar para la tristeza, donde él mismo se regocijaba tan vehementemente. Nadie de nosotros compadeció a quien sufría así; nadie se atrevió a llorar al que exultaba. De lo contrario, él mismo no incongruentemente podría habernos dicho lo que el Salvador, llevando la cruz, dijo a las mujeres que le seguían y lloraban: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas (Lucas 23, 28). Finalmente, cuando el bienaventurado Andrés era llevado a la cruz, el pueblo que dolía que un santo y justo fuera condenado injustamente, quiso impedir que fuera castigado: pero él mismo, con la más insistente súplica, les prohibió que no fuera coronado, más bien que no sufriera. Pues deseaba ser disuelto y estar con Cristo, pero en la cruz, que siempre había amado; deseaba entrar en el reino, pero por el patíbulo. ¿Qué dice, pues, a su amada? "Por ti," dice, "me reciba quien por ti me redimió." Por tanto, si lo amamos, nos regocijamos con él, no solo porque ha sido coronado, sino también porque ha sido crucificado: porque el Señor le concedió el deseo de su alma, y puso en su cabeza una corona de piedra preciosa. Sin embargo, mientras nos congratulamos con él, porque ha merecido disfrutar del abrazo de la cruz largamente deseada, es muy extraño si no nos maravillamos de su gran alegría, a la que nos congratulamos.

2. Pues mientras celebrábamos las vigiliass de esta noche, deleitándonos al cantar las palabras de tanta exultación, ¿crees que no hubo entre nosotros quien pensara para sí y dijera: ¿Qué significa esto? o ¿de dónde viene esta nueva alegría? Ciertamente, ¿es la cruz preciosa, y puede la cruz ser amada, y tiene la cruz exultación? Así es, hermanos míos. Si hay quien recoja, siempre el madero de la cruz germina vida, fructifica alegría, destila aceite de alegría, suda bálsamo de carismas espirituales. No es un árbol silvestre; es un árbol de vida para quienes la toman. Es un árbol fructífero, un árbol salutífero: de lo contrario, ¿cómo ocuparía la tierra del Señor? Me refiero a la gleba más preciosa, a la que está fijada con las raíces de los clavos. Si no fuera esta más preciosa que todas, más fructífera que todas; nunca sería plantada en ese jardín, ni se le permitiría ocupar esa viña. Por tanto, ¿qué maravilla si dio dulzura a la cruz, quien la dio también al fuego? o ¿cómo se juzga insípida la cruz, donde la llama sabe dulce? Pues, ¿qué sabía aquel fuego a Lorenzo, cuando se reía de los verdugos, se burlaba del juez? ¿Qué diremos a esto, hermanos? ¿Por qué no nos sabe también a nosotros la tribulación por Cristo, ni gustamos nosotros también de este maná escondido? Pues así sería vencido completamente el diablo, y no tendría en absoluto qué llevarse. Nos bastaría esto solo contra la doble malicia del enemigo.

3. En efecto, ese malvado tiene trampas, tiene también dardos, siendo un cazador de hombres muy astuto, sediento solo de la sangre de las almas. A unos los ataca con los dardos de cualquier sugerencia maliciosa; y en ellos hiere a muchos, cuya paciencia es débil. A otros se esfuerza por enredarlos con placeres; y ciertamente en estos incluye a una multitud copiosa de aquellos que reptan en la tierra o vuelan cerca de ella. Sea, pues, el gozo en la tribulación; y ya no tiene el maligno con qué seducir, no tiene con qué derribar: hemos sido liberados de la trampa de los cazadores, y también de la palabra áspera. Nada aprovechará el enemigo en aquel a quien deleita la cruz de Cristo, si sugiere una delectación carnal: y el hijo de la iniquidad no podrá dañarle, si intenta lanzar cualquier amargura para exasperar su ánimo. No se preocupa por las delicias, quien se alimenta de ayuno: mucho menos puede murmurar por aquello en lo que incluso se deleita. Ciertamente ha puesto su refugio en lo más alto, donde ni la trampa del enemigo ni la flecha son de temer; más bien es un pez del mundo, que tiene tanto escamas como aletas. Por lo demás, así como en vano se lanza la red ante los ojos de los alados, así en vano se lanza el dardo contra las escamas de los acorazados. De hecho, la ley consideraba puros a estos peces del mundo, que se elevan con aletas y se protegen con escamas: ya sea que estén en el mar, en el río o en el estanque (Levítico XI, 9; Deuteronomio XIV, 2). Pues este mar grande y espacioso también tiene peces puros, dignos de la mesa del Señor; porque de aquellos que se mueven en la amplitud del mundo, en hábito y acción, ha dejado para sí muchos miles, que la red apostólica arrastra, para que cuando sea sacada, sean separados de los malos. Allí ciertamente se sentará también nuestro pescador de hombres, que ahora atrae tras de sí a toda Acaya. También el río tiene peces puros, cualquiera que se encuentre entre los dispensadores fieles. El río es, en efecto, el orden de los predicadores, que no permanece en el mismo lugar, sino que se extiende y corre, para regar diversas tierras. También hay peces puros en los estanques, que sirven a Dios en espíritu y verdad en los claustros. Con razón se comparan los monasterios a estanques, donde de algún modo los peces encarcelados no tienen libertad para vagar, de modo que estén siempre preparados para los banquetes espirituales, diciendo cada uno dentro de sí: ¿Cuándo vendrá quien me lleve? Todos los días, en los que ahora milito, espero hasta que venga mi cambio.

4. Además, como recordamos anteriormente de la ley, ya sea en el mar, en el río o en el estanque, son puros los peces que tienen escamas y aletas. Hay, sin embargo, muchas escamas, pero de alguna manera una de ellas se teje como una coraza; porque una es la virtud de la paciencia, aunque parezca que exhibimos una por cada tribulación. Ahora bien, así como las escamas se refieren a la paciencia, creo que las aletas pueden no incongruentemente referirse a la alegría. La alegría, en efecto, eleva y levanta, de modo que parece dar ciertos saltos hacia lo alto, quienquiera que se regocije. Ciertamente, para tener dos aletas, debemos buscar una doble alegría. Y tal vez por eso el Apóstol enseña (pues él verdaderamente tenía alas, con las que fue arrebatado hasta el tercer cielo, y voló también al paraíso) no solo a gloriarse en la esperanza, sino también a gloriarse en las tribulaciones (Romanos V, 2, 3). Sin duda, vuela sublime quienquiera que sea, a quien no solo la expectativa de los bienes futuros, sino también la misma exhibición de los males presentes deleita, de modo que incluso en ella se gloria. Tal encontramos a este bienaventurado Apóstol, tal admiramos, tal con razón predicamos.

5. De donde también aquí se puede considerar un triple grado; de los principiantes, de los que progresan, de los perfectos. El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Eclesiástico I, 16); el medio, la esperanza; la caridad, la plenitud. Finalmente, escucha al Apóstol, porque la plenitud de la ley es la caridad (Romanos XIII, 10). Quien se inicia en el temor, soporta la cruz de Cristo pacientemente; quien progresa en la esperanza, la lleva con gusto; quien se consume en la caridad, ya la abraza ardientemente. Solo este puede decir: «Siempre fui tu

amante, y deseé abrazarte.» Esta voz está lejos de aquel que soporta, pero desearía por completo, si pudiera, no haber llegado a esta hora. Finalmente, si no parezco temerario, está lejos de esa voz: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mateo XXVI, 39). ¿Qué, entonces? Ciertamente había subido sobre un asno, para que ni siquiera aquí fuera dejado a los enemigos. Reconozco claramente en el líder de la guerra la trepidación de los pusilánimes, reconozco la voz del enfermo en el médico, reconozco a la gallina que enferma con los polluelos; considero la caridad, me asombro de la misericordia, me espanto de la dignación. El Señor misericordioso no asumió para sí el robusto afecto del bienaventurado Andrés; porque no necesitan médico los sanos, sino los que están mal (Mateo IX, 12). Si acaso la dignación escandaliza a alguien, ciertamente merece oír: ¿No es malo tu ojo porque yo soy bueno? (Mateo XX, 15). Para este, en efecto, el olor de vida es para muerte.

6. ¿Qué grande hubiera sido, Señor Jesús, si al llegar la hora para la cual viniste, hubieras permanecido intrépido, como quien tenía el poder de poner tu vida, y nadie la quitaba de ti? ¿O no fue mucho más glorioso, puesto que todo se hacía por nosotros, que no solo la pasión del cuerpo, sino también el afecto del corazón actuara por nosotros: y a quienes vivificaba tu muerte, tu trepidación, robustos, y tu tristeza, alegres, y tu tedio, ágiles, y tu turbación, tranquilos, y tu desolación, consolados? Leo, en efecto, en la resurrección de Lázaro, que se conmovió en espíritu, y se turbó a sí mismo (Juan XI, 33, 38). Pero sea por ahora, que se turbó a sí mismo; no por necesidad de su condición, sino por el beneplácito de su voluntad. Ahora, sin embargo, ya escucho algo más. Tanto prevaleció el amor que es fuerte como la muerte, que un ángel de Dios confortó a Cristo. ¿Quién, a quién? Escucha al evangelista: Apareció, dice, un ángel confortándolo (Lucas XXII, 43). ¿A quién? Claramente a aquel, a quien al nacer se le abrió el vientre cerrado de la Virgen; por cuyo mandato el agua se convirtió en vino; por cuyo toque la lepra huyó; bajo cuyas plantas el mar se hizo sólido; a cuya voz los muertos resucitaron: finalmente, a aquel que sostiene todo con la palabra de su poder; por quien fueron hechas todas las cosas; por quien subsisten todas las cosas, incluso el mismo ángel. ¿Y qué diré? ¿A quién? Pues no me detendría tanto, si no fuera completamente inefable. Confortándolo, pues, a aquel cuya majestad ni siquiera su propio confortador podía comprender.

7. Te pregunto, ángel, ¿a quién consuelas? ¿Acaso no sabías quién era, a quien venías a consolar? Ciertamente es consolador, ciertamente es Paráclito: de lo contrario, no diría que otro Paráclito sería enviado por el Padre a los apóstoles (Juan XIV, 16), si él mismo no fuera también Paráclito. Finalmente, reconozco también en este mismo al máximo Paráclito, reconozco al Paráclito más benigno, que está cerca de los que tienen el corazón atribulado. No desespero ya, Señor, aunque la tribulación que sufro me parezca molesta, aunque sea pusilánime, aunque desee que pase de mí el cáliz. No desespero, digo, siempre que añada yo también: Sin embargo, no como yo quiero, sino como tú (Mateo XXVI, 39). He aprendido también de esto mismo, no recurrir a la consolación carnal o caduca, sino a la angélica, sino a la celestial. Así es, siempre que no murmure (pues eso me separaría completamente de ti, si no me arrepintiera pronto); no rehúso, aunque necesite ser consolado. ¿Qué, entonces? ¿Reconozco mi voz en el Salvador, y desesperaré de la salvación? Ciertamente en mi paciencia poseeré mi alma.

8. Sin embargo, quiero progresar, si puedo, y no estar contento con la salvación obtenida de inmediato. El que teme a Dios, dice el Sabio, hará el bien (Eclesiástico XV, 1). Pero es poco; pues está escrito: Apártate del mal, y haz el bien; busca la paz y síguela (Salmo XXXVI, 27). No te contentes con la salvación: busca la paz, para que no esté en peligro incluso la misma salvación. Escucha, pues, al ángel al nacer aquel que se hizo nuestra paz, exultando y cantando: Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Lucas II, 14). ¿Y qué buena, sino

la voluntad ordenada? ¿Cuál es esa, preguntas? Ciertamente la que es conforme a la razón, diciendo: Porque no son comparables las pasiones de este tiempo con la futura gloria que se revelará en nosotros (Romanos VIII, 18). Si ya has comenzado a sentir esto, no hay duda de que llevarás con gusto la cruz del Señor, y dirás: Estoy preparado, y no estoy turbado, para guardar tus mandamientos (Salmo CXVIII, 60).

9. Sin embargo, si quieres ser perfecto, aún te falta una cosa. ¿Qué es eso, preguntas? Ciertamente el gozo en el Espíritu Santo. Pues tanto el que es contenido por el temor, es paciente; y el que es guiado por la razón de la esperanza, es benevolente; a menos que también sea ferviente en espíritu, fácilmente puede caer. Pero la caridad que se difunde por el Espíritu, es paciente y benigna; y, lo que es más, nunca falla. En el primer mandamiento que se dio a nuestros padres, si lo consideras diligentemente, tanto Eva parece haber sido paciente, como Adán benevolente. Sin embargo, como ambos cayeron, está claro que no estaban en un estado estable. La mujer vio el árbol, dice la Escritura, que era hermoso a la vista, y agradable para comer. ¿No te parece que apenas puede contener su mano? Así también cuando fue interrogada por la serpiente, ve si no manifiestan sus palabras que el mandamiento le era molesto. De todo árbol del paraíso comemos, dice, pero del árbol del conocimiento del bien y del mal nos dijo: No comamos (Génesis III, 2, 3). No dice: Así es la voluntad del Creador: por qué así, él lo sabe; nos basta obedecer, porque nuestra vida está en su voluntad. Así que la mujer fue fácilmente seducida para creer la promesa y aceptar la persuasión. El hombre, sin embargo, no fue seducido (I Timoteo II, 14), sino subvertido por el amor de la mujer. Pues desearía siempre guardar el mandamiento, que sabía que le era útil, si la mujer no le aconsejara otra cosa. Y no pareció sufrir ninguna dificultad en guardar el mandamiento; pero la buena voluntad no tuvo fortaleza, porque no tuvo fervor.

10. Pues fuerte es como la muerte, no la paciencia o la esperanza, sino el amor (Cantar de los Cantares VIII, 6); no el temor o la razón, sino el espíritu de fortaleza. Dice la paciencia: Así debe hacerse, porque es urgida por el temor. Dice la buena voluntad: Así conviene, y así debe hacerse; porque es atraída por la razón de la esperanza. Pero la caridad que se inflama por el espíritu, ni dice: Así debe hacerse, ni: Así conviene; sino: Así quiero, dice, así deseo, así anhelo vehementemente. Veis cuánta sublimidad, veis cuánta seguridad, cuánta suavidad de la caridad. ¡Feliz el alma que ha llegado a este estado de caridad! Y ciertamente no debemos desesperar, puesto que la memoria de aquel que ha llegado a este grado se celebra principalmente para que invoquemos su ayuda y seamos provocados por su ejemplo. Digo más, y me parece ver a algunos de nosotros en este grado. Si dices que el bienaventurado Andrés es apóstol, y que no puedes, siendo pequeño, seguir sus huellas; ciertamente avergüénzate de no imitar al menos a aquellos que están contigo. Nadie se hace supremo de repente; la cumbre de la escalera se alcanza subiendo, no volando. Subamos, pues, como con dos pies, la meditación y la oración. La meditación enseña lo que falta; la oración obtiene que no falte. Aquella muestra el camino, esta conduce. Por la meditación, en efecto, reconocemos los peligros que nos amenazan; por la oración los evitamos, con la ayuda de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMO II. De los cuatro brazos de la cruz.

1. Hoy se celebra la solemnidad del bienaventurado apóstol Andrés: que si la investigamos con piadosa solicitud, encontramos en ella muchas cosas que edifican nuestras almas. En el mismo inicio de su conversión nos ofrece un gran ejemplo de perfecta obediencia. Lo cual, ciertamente, es necesario para todos los cristianos, pero para nosotros es más querido abrazarlo, quienes por nuestra profesión nos debemos especialmente a la obediencia. Es un

sabio cambista [o mercader], o más bien la misma Sabiduría, a quien debemos devolver esta moneda de obediencia; y no la aceptará, a menos que se encuentre íntegra y sin falsedad alguna. Pues si discutimos, si juzgamos, y en este precepto obedecemos, pero no en aquel; la moneda está rota; no la aceptará Cristo, a quien ciertamente debemos la moneda, no rota, sino íntegra. Todos, en efecto, prometimos obediencia simple y sin excepción alguna. Pero si alguien obedece, pero de manera simulada y a la vista, murmura sin embargo en secreto: su moneda es falsa; tiene plomo, no plata, y la iniquidad se sienta sobre el talento de plomo. Actúa con engaño, pero en la presencia de Dios, porque Dios no puede ser burlado.

2. ¿Quieres escuchar la forma de la perfecta obediencia? Vio el Señor, dice el evangelista, a Pedro y Andrés echando la red en el mar; y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Haré, dice, de pescadores, pescadores, más bien predicadores. Y ellos inmediatamente, sin juzgar ni dudar, no preocupados de qué vivirían, no considerando cómo hombres rudos y sin letras podrían convertirse en predicadores; sin preguntar nada, sin demora alguna, dejando las redes y la barca, le siguieron (Mateo IV, 18-20). Reconoced, hermanos, que por vosotros se recitan cada año en la Iglesia; para que aprendiendo la forma de la verdadera obediencia, castiguéis vuestros corazones en la obediencia de la caridad. Esta es, sin duda, la que sola recomienda la moneda de la obediencia, este es su plata probada y purificada. Pues solo la caridad hace la obediencia grata y aceptable a Dios. Porque Dios ama al dador alegre (II Corintios IX, 7). Y también: Si entrego, dice, mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve (I Corintios XIII, 3).

3. ¿Queréis que hablemos también de la pasión de este bienaventurado apóstol, que hoy celebramos, algo para la alabanza de Cristo y para vuestra edificación? Ciertamente habéis oído, cuando el bienaventurado Andrés llegó al lugar donde estaba preparada la cruz, cómo fue confortado en el Señor; y por el Espíritu, que junto con los demás apóstoles había recibido en lenguas de fuego, hablaba palabras verdaderamente ardientes. Pues viendo de lejos la cruz preparada, de ninguna manera, como parece exigir la debilidad mortal, su rostro palideció, de ninguna manera su sangre se heló; no se erizaron sus cabellos, ni su voz se quedó en la garganta; no tembló su cuerpo, no se turbó su mente; no se retiró, como suele suceder, su entendimiento. De la abundancia del corazón habló la boca, y la caridad que ardía en su corazón, como ciertas chispas ardentísimas, emitía en su voz. ¿Qué decía, pues, el bienaventurado Andrés, cuando veía de lejos la cruz preparada para él, como dije? «Oh cruz,» dice, largamente deseada, y ya preparada para mi alma deseosa! Seguro y gozoso vengo a ti; de modo que tú también, exultante, me recibas, discípulo de aquel que colgó en ti; porque siempre fui tu amante, y deseé abrazarte.» Os ruego, hermanos, ¿es un hombre quien dice estas cosas? ¿O no es un hombre, sino un ángel, o alguna nueva criatura? Hombre, ciertamente, semejante a nosotros, pasible. Pues su pasión misma, que se aproxima, testimonia que es pasible, y sin embargo exulta tan alegremente. ¿De dónde, pues, en un hombre esta nueva exultación, y alegría hasta ahora inaudita? ¿De dónde en tanta fragilidad tanta constancia? ¿De dónde en un hombre una mente tan espiritual, una caridad tan ferviente, un ánimo tan robusto? ¡Lejos esté que creamos que tal virtud reside en él por sí mismo! Es un don perfecto, descendente del Padre de las luces, de aquel que hace grandes maravillas solo.

4. Ciertamente era el espíritu, amadísimos, quien ayudaba su debilidad, por quien se difundía en su corazón una caridad fuerte como la muerte, o más fuerte que la muerte. ¡Ojalá también nosotros seamos hallados partícipes de él! Pues he aquí que el trabajo de la penitencia nos es molesto, la aflicción del cuerpo es pesada, la abstinencia onerosa. En las vigiliass nuestra alma dormita por el tedio, no por otra cosa, ciertamente, que por la falta de espíritu. Pues si él estuviera presente, sin duda ayudaría nuestra debilidad: y así como para el bienaventurado Andrés la cruz y la misma muerte, así también para nosotros el trabajo y nuestra penitencia

haría, no solo no molesta, sino también deseable, y completamente deleitable. Pues su espíritu, dice el Señor, es más dulce que la miel (Eclesiástico XIV, 27); de modo que ni siquiera la amargura misma de la muerte puede prevalecer sobre su dulzura. ¿Qué no templará esa dulzura, que hace que la muerte misma sea dulcísima? ¿Qué aspereza puede resistir a esa unción, que hace que la muerte misma sea suavísima? Cuando da, dice, a sus amados el sueño, he aquí la herencia del Señor (Salmo CXXVI, 2, 3). ¿Qué molestia no expulsará esa alegría, que hace que la misma muerte sea felicísima? Busquemos este espíritu, hermanos: con toda solicitud demos esfuerzo, para que merezcamos tener este espíritu, o más bien para que el que ya tenemos, lo tengamos aún más abundantemente. Pues cualquiera que no tiene el espíritu de Cristo, no es de él (Romanos VIII, 9). Pero nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, para que sepamos las cosas que nos han sido dadas por Dios (I Corintios II, 12). Las mismas obras de salvación y vida, que de ninguna manera podríamos realizar si no estuviera presente el espíritu del Salvador que vivifica nuestras almas, dan testimonio de su presencia. Busquemos, pues, que Dios multiplique sus dones en nosotros, y aumente su espíritu, que ya ha dado las primicias. Pues no hay testimonio más cierto de su presencia que el deseo de una gracia mayor, porque él mismo dice: Los que me comen, aún tendrán hambre; y los que me beben, aún tendrán sed (Eclesiástico XXIV, 56).

5. Pero tal vez las conciencias de muchos ya nos responden: Deseamos ciertamente este Espíritu, que así ayuda nuestra debilidad; pero no podemos encontrarlo. Y yo digo: Por eso no lo encuentran, porque no lo buscan; por eso no lo reciben, porque no lo piden. Piden, y no reciben, porque piden negligentemente. Pues Dios no espera otra cosa, no busca otra cosa, sino que se le busque con diligencia y deseo. En definitiva, ¿cuándo negará a los que piden, aquel que incluso provoca a los que no piden, y los exhorta a que pidan? Si ustedes, dice, siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¿cuánto más el Padre de ustedes del cielo dará el buen espíritu a los que se lo piden? (Luc. XI, 43). Pidan, pues, amadísimos, pidan sin cesar, pidan sin vacilar; e invoquen siempre en todas sus obras la presencia y ayuda de este dulcísimo y suavísimo Espíritu. Y nosotros también, hermanos, con el bienaventurado Andrés debemos tomar nuestra cruz, más aún con aquel a quien él mismo siguió, el Señor Salvador. De ahí que se alegraba tanto, de ahí que exultaba tanto, porque no solo parecía morir por él, sino también con él, y ser conformado a la semejanza de su muerte, para que sufriendo con él también reinara con él. Con quien para ser crucificados juntos, escuchemos con atención la voz que dice: Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Luc. IX, 23). Como si dijera: Quien me desea, que se desprecie a sí mismo: quien quiera hacer mi voluntad, aprenda a quebrantar la suya.

6. Pero de inmediato surgen guerras, los enemigos se arman rápidamente contra ellos. Y nosotros armémonos contra ellos; imitemos las armas de nuestro rey, para que también nosotros tomemos nuestra cruz, en la cual triunfemos sobre todos los enemigos. Escucha lo que el Salmista ha prometido, más bien el Espíritu Santo por su boca: Con escudo, dice, te rodeará su verdad, sin duda del Altísimo; pues de él hablaba, como claramente indican las palabras precedentes del mismo salmo. ¿Para qué, hermanos, nos rodea con escudo, sino porque las guerras nos rodean por todas partes? En definitiva, presta atención a la razón por la cual te rodea con escudo. Con escudo, dice, te rodeará su verdad. ¿Para qué? No temerás, dice, el terror nocturno; la flecha que vuela de día, el negocio que camina en las tinieblas, el asalto y el demonio del mediodía (Sal. XC, 5, 6). ¿Ves cuán necesario es que la verdad te rodee con escudo, a quien así rodean las flechas de los enemigos? Pues desde abajo surge el temor nocturno, desde la izquierda vuela la flecha de día, desde la derecha camina el negocio tenebroso: y para que no haya nada vacío, desde arriba surge el demonio del mediodía [otras

versiones, se presenta]. Pero nosotros, miserables y desdichados, rodeados de tantas serpientes vecinas, y de flechas ígneas volando por todas partes, enemigos surgiendo por todas partes, no obstante, con pernicioso seguridad y negligencia dormimos, languidecemos en el ocio, nos entregamos a vanidades y bufonadas, tan perezosos para los ejercicios espirituales, como si ya hubiera paz y seguridad, y no fuera la vida del hombre sobre la tierra una milicia. Esto es, les digo, amadísimos, lo que más me aterra, lo que verdaderamente atraviesa mi alma con la espada del más amargo temor; que entre tantos peligros parezcamos menos temerosos, menos ejercitados [otras versiones, menos alertados], menos de lo necesario preocupados. Pues esta misma negligencia nuestra prueba una de dos cosas; o que estamos completamente entregados a los enemigos, y no lo sabemos; o ciertamente, si entre esto somos conservados, que seamos encontrados demasiado ingratos con aquel que nos protege. Lo cual, cualquiera de las dos cosas, es bastante evidente el peligro que conlleva. Por eso, les ruego, amadísimos, que la misma malicia vigilante de los enemigos nos despierte, y su insistente malignidad, con la que son tan diligentes, tan solícitos en nuestra perdición [otras versiones, persecución], también nos haga solícitos y circunspectos, para que trabajemos nuestra propia salvación con temor y temblor.

7. Pues he aquí que en la cruz está nuestra salvación: solo que nos aferremos a ella virilmente. La palabra de la cruz, dice el Apóstol, es locura para los que se pierden; pero para los que se salvan, es decir, para nosotros, es poder de Dios (I Cor. I, 18). Ella es el escudo con el que somos rodeados, para que sus cuatro cuernos repelan las flechas de los enemigos en cuatro direcciones. Sea, pues, el cuerno inferior contra el temor nocturno, es decir, contra la pusilanimidad, que procede de la aflicción de la carne, para que lo que está debajo de nosotros, el cuerpo, lo castigemos virilmente, y lo sometamos a servidumbre. Si alguien nos maldice en la cara, si alguien abiertamente intenta persuadirnos de cosas malas; de día vuela la flecha, y está a la izquierda, y debe ser recibida con el cuerno izquierdo de la cruz. Pero si adula, si como con ánimo de aconsejar envenena con la detracción fraterna, y trata de sembrar odio, si finalmente intenta persuadir de algo injusto como si fuera justo, está a mi derecha; pero es Judas, me traiciona con un beso, y el negocio que camina en las tinieblas debe ser repelido con el cuerno derecho de la cruz. Pero he aquí el demonio del mediodía, el espíritu de soberbia, que ciertamente suele surgir más agudamente en el mayor esplendor de las virtudes. Esto, sin embargo, cuán pernicioso es, hemos procurado decírselo a menudo. Pues el principio de todo pecado, y la causa de toda perdición, es la soberbia. Por eso, quienquiera que seas que te esfuerzas por trabajar tu salvación, recuerda tener el cuerno de la cruz sobre tu cabeza, para que no te eleves en soberbia, no se exalte tu corazón, no camines en cosas grandes, ni en cosas maravillosas sobre ti; sino que las flechas que vienen de lo alto, el cuerno de la cruz que sobresale sobre tu cabeza las reciba. Ciertamente, esto es lo único a lo que se le inscribe el título de salvación y reino; porque solo quien se humilla, merece ser salvado y exaltado.

8. Ahora, para repetir brevemente, estos cuatro cuernos son la continencia, la paciencia, la prudencia y la humildad. ¡Feliz el alma que se gloria en esta cruz, que triunfa en esta cruz! solo que persevere en ella, y no pueda ser derribada por ninguna tentación. Ore, pues, quienquiera que esté en esta cruz, ore con el bienaventurado Andrés. Su Señor y Maestro, para que no permita que sea bajado de la cruz. Pues, ¿qué no se atreverá a hacer ese maligno, qué no presumirá intentar el impío? Lo que Egeo intentó hacer con las manos del discípulo, eso mismo pensó hacer con las lenguas de los judíos con el Maestro. En ambos casos, sin embargo, llevado por un tardío arrepentimiento, se retiró vencido y confundido. ¡Ojalá se aleje de nosotros de la misma manera, con aquel que venció, quien triunfó tanto en sí mismo como en su discípulo! Que él mismo haga que merezcamos también nosotros ser felizmente

consumados en esta nuestra cruz de penitencia, que llevamos por su nombre, quien es sobre todas las cosas Dios bendito por los siglos. Amén.

EN EL FALLECIMIENTO DEL SEÑOR HUMBERT, MONJE DE CLARAVAL, SERMÓN.

Humberto, siervo del Señor, ha muerto, devoto siervo, fiel servidor. Ustedes mismos vieron cómo anoche expiró entre nuestras manos, como uno de los gusanos de la tierra. Durante estos tres días la muerte lo fatigó, y lo devoró en sus fauces, para saciarse con la sangre que ansiaba. Ea, hizo lo que pudo; mató la carne, y he aquí que está enterrada en el corazón de la tierra. Separó de nosotros a un dulce amigo, un consejero prudente, un fuerte auxiliar. Ni a mí, ni a ustedes perdonó el insaciable homicida, pero a mí menos. ¿Así separas, muerte amarga? ¡Oh bestia cruel! ¡oh amargura amarguísima! ¡oh terror [otras versiones, hedor] y horror de los hijos de Adán! ¿qué has hecho? Mataste. Pero ¿qué? Solo la carne: pues no tienes qué hacer con el alma. Vuela hacia su Creador, a quien tan ardientemente había deseado, a quien tan fuertemente había seguido todos los días de su vida. Pero también el mismo cuerpo que parece tener, te será arrebatado, cuando tú, última enemiga, seas destruida, y seas absorbida en victoria. Devolverás, ciertamente, devolverás algún día este cuerpo, que al signo de tu llegada llenaste ayer de tantos escupitajos y execraciones, y de múltiples inmundicias, regocijándote y alabando, porque también a este habías atrapado en tus lazos. Vendrá el Unigénito del Padre con gran poder y majestad a buscar a Humberto, y a configurar ese mismo cuerpo cadavérico al cuerpo de su gloria. ¿Y tú qué? En verdad, lo que está escrito en Jeremías, al final de los días quedarás estúpida (Jerem. XVII, 11), y mientras Humberto viva eternamente, tú morirás para siempre. Vomitó la bestia marina al profeta, a quien había devorado (Jonás II, 11): y tú devolverás a Humberto, a quien parecías haber encerrado en tu vastísimo vientre.

2. En cuanto a lo demás, hermanos, este siervo de Dios les ha mostrado un sermón hecho a medida en toda forma de santidad, que hizo tanto largo como grande. Largo, en cuanto a la longitud del camino [otras versiones, vida]; grande, en cuanto a la sublimidad de la vida. No me corresponde abrir más mi boca, si han retenido bien su sermón, si lo han impreso en sus corazones. Cincuenta años, y más, vivió en el servicio de aquel, a quien servir es reinar, porque desde su niñez fue colocado en el santuario de Dios. Con nosotros vivió treinta años desde casi el principio de este monasterio, no solo sin queja, sino también con gracia: cuya memoria por esto será para nosotros en bendición, y para la generación que vendrá. Como extranjero y peregrino transitó este camino y vida, tomando lo menos posible de las cosas del mundo, sabiendo que no era de este mundo. No tenía aquí una ciudad permanente, como tampoco sus padres; sino que extendido hacia lo que está adelante, seguía hacia la meta de la vocación celestial. El mundo no tiene nada que pueda reclamar con derecho en él, ni de él; porque ni el mundo le agradó, ni él al mundo. Tomó lo menos posible de su sustancia; y habría tomado menos, si no lo hubiera obligado la obediencia. Teniendo sustento y vestido, con esto estaba contento, no para la superfluidad, sino para la necesidad: excepto que incluso esa necesidad, a menudo la consideraba superfluidad. Hace pocos días, si bien recuerdo, mientras conversábamos entre nosotros, decía que era un prebendado de este monasterio, y que como hombre de ninguna utilidad era alimentado en la casa de Dios. Era verdaderamente manso, y humilde de corazón: y aunque florecía en otras virtudes, sin embargo, obtenía especialmente la gracia de la mansedumbre. Por eso se mostraba amable y afable con todos, como era muy amable.

3. Sin embargo, en todo esto, cuán circuncidada era su boca y lengua, todos ustedes lo han conocido plenamente, que durante tanto tiempo han visto su conversación, y han escuchado

su sermón. ¿Quién alguna vez oyó de su boca el sonido de la detracción, la palabra de la bufonada, el discurso de la gloria, la voz de la envidia? ¿Quién lo sorprendió alguna vez juzgando a otros, o consintiendo al que juzga? ¿Quién pudo escucharlo hablando cosas vanas? más bien, ¿quién no temió ser escuchado por él, si acaso hablara tales cosas? Sin duda, guardaba cuidadosamente sus caminos, para no pecar con su lengua; sabiendo que quien no ofende en palabra, este es un hombre perfecto (Jac. III, 2). Lejos de ti, Humberto, aquel ay evangélico: Ay de ustedes que ahora ríen, porque llorarán (Luc. VI, 25). ¿Acaso alguno de ustedes lo encontró riendo, incluso entre muchos que reían? Serenaba ciertamente su rostro por la gracia de los que estaban presentes, para no ser gravoso; pero no admitía una risa completa, si bien lo recuerdan. Por lo demás, cuán fervoroso era en la obra de Dios día y noche, no solo lo vieron, sino que también lo admiraron hasta el día de su muerte. Pues aunque ya había llegado casi a la vejez, además de los inconvenientes de la senectud, también fatigado y quebrantado por tantas y tan grandes enfermedades, que muchos de ustedes no ignoran; sin embargo, como se dice, su ánimo era vencedor de los años, y no sabía ceder a la enfermedad. En definitiva, en fríos y calores subiendo y bajando por montes y valles, seguía el trabajo de los jóvenes, de modo que era motivo de admiración y asombro para todos. Si alguna vez, debido a la multitud de asuntos, lo retenía por consejo, permanecía triste y sombrío, hasta que se le devolvía a su compañía. Raramente se le encontró ausente de las vigiliias solemnes, que sin embargo no rara vez anticipaba, raramente de las otras horas del coro de los salmistas: ni a menos que fuera por una necesidad tal, que con inminente respuesta de muerte, la enfermedad lo siguiera.

4. Por lo demás, en el refectorio apenas usando los alimentos comunes, si acaso se le ofrecía algo diferente, o no lo tomaba, o lo tomaba tan a disgusto, que sobre esto molestaba a menudo a toda nuestra comunidad. Había decidido beber siempre agua, si no me hubiera opuesto con todas mis fuerzas. Si alguna vez se veía obligado a beber vino, era vino más por el color que por el sabor, pues lo diluía demasiado con agua. Raramente alguna vez, compelido por la obediencia, entró en la enfermería; raramente, cuando entraba, podía ser retenido. Confieso que era menos obediente en esta parte, porque con el peso de su autoridad me presionaba. Lo alabo, en esto no lo alabo; porque, como ustedes saben, no poco persistió obstinado en esto. Creo que si sintió alguna tristeza, fue porque menos consintió con nosotros sobre la necesidad de su cuerpo. Pero, ¿cómo era en los consejos? Puro y discreto: lo sé tanto mejor cuanto más a menudo toqué su pecho. No solo yo lo sé; también lo sabe toda su comunidad. ¿Quién, pues, golpeado por la multitud o magnitud de las tentaciones, no escuchó de su boca tanto la raíz de la tentación como el remedio de la curación? Pues recorría todos los rincones de la conciencia del enfermo, de modo que quien confesaba podía creer que él había visto todo, que había estado presente en todo.

5. Pero, ¿cuánta era su caridad? Se había revestido de entrañas de piedad, de modo que excusaba a todos, intercedía por todos, sin que lo supieran aquellos por quienes hablaba; no era aceptador de personas, sino de necesidades. Era, pues, humilde de corazón, dulce en el hablar, esforzado en la obra, ferviente en la caridad, fiel en lo encomendado, circunspecto y prudente en el consejo. Era el más compuesto de todos los hombres que he visto en estos días; uno y el mismo perseverando en todo tiempo, y en toda hora. Claramente puso sus pasos en los caminos del Señor Jesús, y no retiró su pie, hasta que consumó el curso de su camino. Él fue pobre, y este también fue pobre. Aquel vivió en trabajos, y este en muchos trabajos. Aquel fue crucificado, y este, afligido por muchas y grandes cruces, llevó las marcas del Señor Jesús en su cuerpo, completando lo que faltaba de las aflicciones de Cristo también en su carne. Aquel resucitó, y este resucitará. Aquel ascendió al cielo, y este se cree que ascenderá. Ascenderá ciertamente, cuando el rey de la gloria descienda por nosotros, como

antes había ascendido, para dar a conocer su poder: pues no es de menor excelencia descender por el aire, que haber ascendido por el aire. Así lo predijeron antiguamente los ángeles; porque este Jesús que ha sido tomado de nosotros al cielo, así vendrá, como lo han visto ir al cielo (Act. I, 11). No alabes al hombre en su vida, dice la Escritura (Ecli. XI, 30), porque no es segura la alabanza sino después de la muerte. Esto también lo he observado cuidadosamente en él, que mientras vivía, no abrí mi boca en este sentido; no sea que pudiéramos incurrir en la nota de adulación, o él en la culpa de vanidad. De esto ciertamente ya no se teme ninguno; ni yo lo veo, y él tal vez no me oye. Pero aunque oiga, no se mueve por las palabras de los hombres, adhiriéndose más fuertemente y más felizmente a la Palabra de Dios. Nada aprovechará el enemigo en él, y el sugeridor de vanidad no podrá dañarlo más.

6. He aquí, Padre dulcísimo, que ante ti está esa fuente de pureza que con tanto ardor de ánimo anhelas: he aquí que estás sumergido en ese abismo de piedad divina, cuya memoria de abundante dulzura solías evocar con tanta devoción. ¿Quién fue tan devoto predicador de la piedad divina, quién tan diligente defensor de la pureza humana, quién tan afectuoso amante de ambas cosas? ¿O a quién alguna vez dirigiste cinco palabras en las que no resonara la verdadera pureza, en las que no se escuchara la santa piedad de Dios? No me lamento, pues, por ti, a quien Dios ha concedido el deseo de tu alma: más bien lamento la pérdida de un consejo fiel, de una gran ayuda, de un hombre unánime, de un hombre según mi corazón. Todo este mal ha recaído sobre mí. Sobre mí han pasado tus iras, Señor Jesús, y tus terrores me han perturbado. Has alejado de mí al amigo y al prójimo, y al sacar a mis conocidos de la miseria, me has dejado en las miserias. Me has quitado a mis hermanos de carne, más hermanos en espíritu, sabios en tus asuntos y en los seculares según ti. Has llevado de aquí a otros y a otros, que llevaban mi carga, una gran carga que me impusiste. Solo Humberto me quedaba de entre tantos necesarios para mí, un amigo más dulce cuanto más antiguo: y a él lo has llevado, porque era tuyo. Yo, yo solo quedo para los azotes, yo muero en cada uno, y has traído sobre mí todas tus olas. ¡Ojalá a quien azotas, lo mataras de una vez, y no mantuvieras a un hombre miserable en tantas y tan grandes muertes! Sin embargo, no contradigo las palabras del santo; sino que quien comenzó, él mismo me destruya: y que esto sea para mí consuelo, que afligiendo con dolor, no perdone. Estoy preparado para los azotes, si acaso el piadoso Padre convierte los azotes en beneficios. Por lo tanto, mis palabras no están llenas de murmullo, sino de dolor. No lloro a Humberto: pues no debe llorarse a quien ha sido llamado a la mesa del rico; sino que lloro por mí y por vosotros, por esta casa, por nuestros demás hermanos, que todos esperaban consejo de su boca. Así también el Salvador, llevando su cruz, como el ladrón su lazo, cuando miró a las mujeres que lo seguían desde Galilea lamentándose por él, se volvió hacia ellas y dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos (Luc. XXIII, 28). Porque lo que es de mí, tiene fin (Luc. XXII, 37). Lo que veis que se prepara para mí, es temporal; lo que no veis, es eterno. Si es temporal, es transitorio; si es transitorio, es mortal: y el único argumento de pasar o morir es que pueden ser vistos. Lo que vimos en la muerte de Humberto fue temporal: pero ya obtiene gozo y alegría en eternidades perpetuas.

7. No debe, pues, llorarse por nosotros, a quien ni luto ni dolor hay. Ni tampoco por nosotros, a quienes él ha sido arrebatado, debemos murmurar: más bien demos gracias, porque nos fue concedido por tanto tiempo. Pues, según creo, ya ha pasado una década, que no vivió sino para nosotros y por nosotros: y este es mi temor, que por eso fue trasladado, porque ya no éramos dignos de su compañía. ¿Quién sabe, sin embargo, si fue arrebatado para que nos proteja con sus intercesiones ante el Padre? ¡Ojalá así sea! Pues si era de tanta caridad cuando estaba con nosotros, que todo lo que se refería a la necesidad corporal, me lo cedía más gustosamente a mí que a sí mismo; cuánto más ahora, cuando se adhiere a la suma caridad,

que es Dios, tiene mayor gracia y caridad hacia mí. Pero tal vez ahora conoce más plenamente la verdad sobre mí y mi conducta; y no compadece, como solía, sino que, temo, se indigna. Y si Dios lo quitó también por nuestros pecados, ojalá él mismo obtenga que esto mismo nos sea misericordiosamente perdonado, para que no soportemos castigo sobre castigo.

8. En cuanto al resto, hermanos, os digo, si siguierais sus huellas, no caeríais tan fácilmente en pensamientos vanos y palabras ociosas, en bromas y bufonadas; porque en estas cosas perdéis mucho de vuestra vida y de vuestro tiempo. El tiempo vuela irrevocable; y mientras creéis evitar este pequeño castigo, incurris en uno mayor. Sabed esto, que después de esta vida en lugares purgables se devolverá centuplicado lo que aquí se haya descuidado, hasta el último cuadrante. Sé que es difícil para un hombre disoluto aprender la disciplina, soportar el silencio siendo verboso, permanecer estable siendo acostumbrado a vagar; pero será más difícil, y mucho más difícil, soportar aquellas futuras molestias. Y este hombre que aquí está sepultado, al principio, como yo mismo supe, soportó muchas tentaciones de este tipo, pero luchó con gran esfuerzo y venció: y así como entonces le era difícil soportar la lucha en las tentaciones, así ahora le sería más difícil volver a esas necesidades, porque la buena costumbre se había convertido en naturaleza. Ejercitaos en esta doctrina, y observad esa forma que visteis en él y oísteis: para que lleguéis a él, a quien él llegó, que es Dios bendito por los siglos. Amén.

EN LA DEDICACIÓN DE LA IGLESIA

SERMON I. De los cinco sacramentos de la dedicación.

1. La festividad de hoy, hermanos, debe sernos tanto más devota cuanto más familiar es. Pues las demás solemnidades de los santos las tenemos en común con otras iglesias; esta, sin embargo, es tan propia nuestra, que es necesario que sea celebrada por nosotros o por nadie. Es nuestra, porque es de nuestra iglesia; más aún, es nuestra, porque es de nosotros mismos. Quizás os maravilláis y os avergonzáis de que se celebren fiestas sobre vosotros: pero no os hagáis como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento. ¿Qué santidad pudieron tener estas piedras para que celebremos sus solemnidades? Tienen ciertamente santidad, pero por vuestros cuerpos. ¿O acaso alguien duda que vuestros cuerpos son santos, que son templo del Espíritu Santo, para que cada uno sepa poseer su vaso en santificación? Así que las almas son santas por el Espíritu de Dios que habita en vosotros; los cuerpos son santos por las almas; también es santa la casa por los cuerpos. Aún ciertamente estaba retenido en carne corruptible y en el cuerpo del pecado, en el que también cometió el grave crimen de adulterio aquella alma que decía: Guarda mi alma, porque soy santo (Sal. LXXXV, 2). Dios es verdaderamente admirable en sus santos, no solo en los celestiales, sino también en los terrenales. En ambos tiene santos, y en ambos es admirable, a aquellos beatificándolos, a estos santificándolos.

2. ¿Buscáis una prueba de la santidad de la que hablamos, y deseáis que se os muestren los milagros de estos santos? Ciertamente muchos de vosotros salieron virilmente de los pecados y vicios en los que se pudrieron como bestias en su estiércol; y cada día resisten poderosamente a los que los atacan, según el Apóstol, que hablando de los santos dice: Se fortalecieron, dice, de la debilidad, se hicieron fuertes en la batalla (Hebr. XI, 34). ¿Qué es más admirable, cuando el que antes apenas podía contenerse durante dos días de la lujuria, la gula, las comilonas, las borracheras, los lechos, las impurezas, y otros vicios similares y disímiles, ahora se contiene de ellos durante muchos años, toda su vida ciertamente? ¿Qué mayor milagro, cuando tantos jóvenes, tantos adolescentes, tantos nobles, en fin todos los que aquí veo, están retenidos como en una cárcel abierta sin cadenas, solo fijados por el temor de

Dios; que perseveran en tanta aflicción de penitencia, más allá de la virtud humana, por encima de la naturaleza, contra la costumbre? Creo que vosotros mismos veis cuántos milagros podríamos encontrar ya, si se nos permitiera examinar individualmente la salida de cada uno de Egipto, y el camino del desierto, es decir, la renuncia al mundo, la entrada al monasterio, la vida en el monasterio. ¿Qué son estas cosas, sino pruebas manifiestas del Espíritu Santo que habita en vosotros? Pues la presencia del alma en el cuerpo la prueban los movimientos vitales del cuerpo: la presencia del Espíritu en el alma la prueba la vida espiritual. Aquello se reconoce por la vista y el oído: esto por la caridad y la humildad, y las demás virtudes.

3. Vuestra es, pues, hermanos amadísimos, vuestra es la festividad de hoy. Vosotros estáis dedicados al Señor, él os eligió y os tomó como suyos. A ti, dice el Profeta, se ha dejado el pobre, tú serás el ayudador del huérfano (Sal. IX, 14). ¡Qué bien habéis cambiado, amadísimos, todo lo que pudisteis tener en el mundo, cuando ahora al dejarlo, habéis merecido ser del propio autor del mundo, y tenerlo a él como posesión propia, quien sin duda es la porción y herencia de los suyos! Pues no como dijeron los hijos de la iniquidad: Bienaventurado el pueblo que tiene estas cosas, temporales ciertamente que había mencionado, almacenes rebosantes de esto en aquello, ovejas fecundas, y similares: no, digo, bienaventurado el pueblo que tiene estas cosas; sino bienaventurado el pueblo cuyo Dios es el Señor (Sal. CXLIII, 13, 15). Ved, pues, si no es digno que celebremos el día en que nos tomó como suyos, y nos invistió a través de sus ministros y vicarios, para que se cumpla lo que él mismo prometió hace tiempo: Yo, dice, estaré en medio de ellos su Dios (Zac. II, 11): nosotros, en cambio, su pueblo y ovejas de su prado. Pues cuando esta casa fue dedicada al Señor por manos de los pontífices, sin duda fue hecho por nosotros; no solo los que entonces estuvimos presentes, sino también todos los que hasta el fin del mundo han de servir al Señor en este lugar.

4. En nosotros, por tanto, es necesario que se cumpla espiritualmente lo que visiblemente precedió en las paredes. Y si queréis saber, estas son: aspersión, inscripción, unción, iluminación, bendición. Estas cosas hicieron los pontífices en esta casa visible; estas cosas Cristo, asistiendo como pontífice de los bienes futuros, las opera invisiblemente en nosotros cada día. Primero, ciertamente, nos rocía con hisopo, para que seamos purificados, lavados, emblanquecidos, y se diga de nosotros: ¿Quién es esta que sube emblanquecida? (Cant. VIII, 5.) Nos lava, digo, en la confesión, nos lava en el rocío de lágrimas, nos lava en el sudor de la penitencia; más aún, nos lava con aquella agua preciosísima, que emanó de la fuente de piedad, es decir, de su costado. Nos rocía con hisopo, que es una hierba humilde y purificadora del pecho; agua de sabiduría salvadora, que es el temor del Señor, principio de sabiduría y fuente de vida; también mezclando el condimento de la sal, para que el temor no sea insípido sin esperanza, sin devoción. No solo eso, sino que inscribe con el dedo de Dios, con el que expulsaba demonios, sin duda en el Espíritu Santo. Inscribe, digo, su ley, no ya en piedra, sino en tablas de carne del corazón, cumpliendo la promesa profética, en la que prometió quitar el corazón de piedra, y dar un corazón de carne (Ezequiel XI, 19), es decir, no duro, no obstinado, no judío, sino piadoso, manso, tratable, devoto. Bienaventurado aquel a quien tú instruyes, Señor, y de tu ley le enseñas (Sal. XCIII, 12). Bienaventurados, digo, los que son enseñados y recuerdan sus mandamientos, pero para hacerlos (Sal. CII, 18). De lo contrario, al que sabe hacer el bien y no lo hace, le es pecado (Santiago IV, 17); y el siervo que conoce la voluntad de su Señor y no la hace, recibirá muchos azotes (Lucas XII, 47).

5. Por lo tanto, es necesario que la unción de la gracia espiritual ayude nuestra debilidad, aliviando con su gracia las cruces de estas observancias y de la penitencia múltiple; porque no hay seguir a Cristo sin cruz; y sin la unción, ¿quién podría soportar la aspereza de la cruz?

De ahí que muchos aborrecen y huyen de la penitencia, viendo la cruz, pero no la unción. Vosotros que la habéis experimentado, ved que sabéis que verdaderamente nuestra cruz está unguada, y por la gracia del Espíritu que ayuda, nuestra penitencia es suave y deleitable, y, por así decirlo, nuestra amargura es dulcísima. Pero después de que la unción de esta gracia ha precedido, ya Cristo no pone su lámpara bajo el celémín, sino sobre el candelero; porque es tiempo de que nuestra luz brille ante los hombres, y vean nuestras buenas obras, y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos (Mateo V, 16).

6. Ahora bien, esperamos la bendición al final, cuando abrirá su mano, y llenará de bendición a todo ser viviente. Pues en las cuatro cosas anteriores están los méritos, en la bendición están las recompensas. En la bendición se completará toda la gracia de la santificación, cuando ya pasemos a la casa no hecha por manos, eterna en los cielos. Esa es la que se construye con piedras vivas, ángeles y hombres. Pues la edificación y dedicación se completará simultáneamente. Sin duda, maderas y piedras disjuntas no hacen una casa, ni en ellas puede habitar nadie; solo la unión hace la casa. Así, la perfecta unidad de los espíritus celestiales, conectada sin ninguna división, hace una morada íntegra y adecuada para Dios, que la beatifica inefablemente con la gloria de su majestad habitante. Pues, ¿quién conocería así todos los consejos de los reyes, o quién sabría así todas sus palabras o hechos, como las maderas y piedras del palacio, si no les faltara el sentido de la inteligencia? Así, las piedras vivas y racionales de aquella corte celestial asisten a los consejos divinos, y conocen los misterios de la Trinidad, y oyen palabras inefables, que no es lícito al hombre hablar. ¡Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos! (Sal. LXXXIII, 5.) Pues cuanto más ven, más entienden, más reconocen; tanto más aman, tanto más alaban, tanto más admiran.

7. Pero como ya hemos dicho que aquella casa se adhiere a sí misma y está perfectamente conectada, resta que expresemos de alguna manera la unión y conexión misma. Leemos en Isaías: Es bueno con el pegamento (Isa. XLI, 7). Así pues, aquellos lapides se adhieren entre sí con un doble pegamento de conocimiento pleno y amor perfecto. Pues cuanto mayor es el amor con que se unen entre sí, cuanto más cercanos están a la caridad, que es Dios, más se adhieren a él. Pero ninguna sospecha puede separarlos entre sí, donde nada de lo que hay en uno puede ocultarse al otro, penetrando todo el rayo de la verdad. Pues aún el que se adhiere a Dios, es un espíritu con él (I Cor. VI, 17); no hay duda de que los bienaventurados espíritus perfectamente adheridos a él penetran con él y en él todas las cosas. Si deseas llegar a esta casa, que así desee y desfallezca tu alma en los atrios del Señor, como clama el Profeta: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida (Sal. XXVI, 4). Imita también al Profeta, que como juró al Señor, hizo voto al Dios de Jacob. Si entro en el tabernáculo de mi casa, etc. (Sal. CXXXI, 2, 3). Pero de esto trataremos en otro sermón lo que el Señor mismo nos conceda.

SERMON II. Cómo debemos adherirnos a nosotros mismos y a los demás.

1. Antiguamente, el glorioso rey y profeta del Señor, el santo David, comenzó a ser movido por un pensamiento religioso, juzgando indigno que el Señor de los ejércitos aún no tuviera casa en la tierra; él mismo, sin embargo, habitaba en una casa de dignidad real (II Reg. 7, 2; I Par. XVII, 1). Esto mismo, hermanos, también nos conviene pensar fielmente, y llevar a cabo con valentía. Pues aunque a Dios le agradó aquel pensamiento del Profeta, la obra, sin embargo, fue reservada para Salomón, otra razón es, quizás necesitando una discusión más extensa. Ahora bien, oh alma, tú habitas en una casa sublime, que Dios te ha fabricado. Este cuerpo digo: que así lo ha compuesto, que así lo ha adaptado, que así lo ha adornado y ordenado, para que gloriosamente en él y deleitablemente habites. Pero también al mismo

cuerpo le ha hecho una casa excelsa, muy apta y decorosa. Digo este mundo sensible y habitable. ¿No reputas, pues, indigno que él mismo te haya hecho una casa, y tú, sin embargo, te niegues a edificarle un templo? Aún tienes una casa, pero ten por cierto que en breve tu casa caerá: y tú, a menos que antes hayas provisto otra, estarás expuesta a la lluvia, al viento y al frío. ¡Ay! ¿quién soportará el frío de su rostro? Feliz, por tanto, y muy feliz el alma que puede decir: Sabemos que si nuestra casa terrenal de esta habitación se disuelve, tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (II Cor. V, 1). Por eso ya no des, oh alma, sueño a tus ojos, ni adormecimiento a tus párpados, hasta que encuentres un lugar para el Señor, un tabernáculo para el Dios de Jacob (Sal. CXXXI, 4, 5).

2. Pero, ¿qué pensamos, hermanos? ¿Dónde se encuentra el lugar de este edificio, o quién podrá ser el arquitecto? Pues este templo visible ciertamente fue hecho para nosotros para nuestra habitación: pues el Altísimo no habita en lo hecho por manos. ¿Qué, pues, edificaremos un templo para él que dice, y verdaderamente dice: Yo lleno el cielo y la tierra? (Jeremías XXIII, 24.) Me angustiaría mucho, y mi espíritu se angustiaría sobre mí, si no escuchara que él dice de alguien: Porque yo y el Padre vendremos a él, y haremos morada en él (Juan XIV, 23). Así que ya sé, dónde debe prepararse la casa para él, porque no lo contiene sino su imagen. El alma es capaz de él, que ciertamente fue creada a su imagen. Por lo cual ya apresúrate, adorna tu tálamo, Sion; porque el Señor se ha complacido en ti, y tu tierra será habitada. Alégrate mucho, hija de Sion; habitará en ti tu Dios. Di con María: He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra. Di según las palabras de la bienaventurada Isabel: ¿Y de dónde a mí esto, que venga la majestad del Señor a mí? (Lucas I, 38, 43.) Pues cuánta es la benignidad de Dios, cuánta la dignación, cuánta la dignidad, cuánta la gloria de las almas, que el Señor de los universos, y que no tiene necesidad alguna, manda que se le haga un templo en ellas.

Por lo tanto, hermanos, con todo deseo y acción de gracias digna, esforcémonos en construirle un templo en nosotros: primero, preocupándonos de que habite en cada uno, y luego en todos juntos; porque no desprecia ni a los individuos ni a la comunidad. En primer lugar, cada uno debe esforzarse por no estar en desacuerdo consigo mismo; porque todo reino dividido contra sí mismo será desolado, y casa sobre casa caerá (Mateo XII, 25); y Cristo no entrará donde haya paredes inclinadas y muros derribados. ¿Acaso no desea el alma tener íntegra la casa de su cuerpo, y es necesario que salga de ella si sus miembros están dispersos entre sí? Por lo tanto, si desea que Cristo habite por la fe en su corazón, es decir, en sí misma, debe cuidar diligentemente de que sus miembros, es decir, la razón, la voluntad y la memoria, no estén en desacuerdo entre sí. Que la razón esté libre de error, para que se congratule con la voluntad: pues tal voluntad ama. Que la voluntad esté libre de iniquidad, porque la razón aprueba tal voluntad. De lo contrario, si el alma se juzga a sí misma por la depravación de la voluntad en lo que la razón aprueba, hay una guerra interna y una discordia peligrosa; porque la razón siempre reprende, acusa, juzga y condena tal voluntad. Por eso dice el Señor en el Evangelio: "Ponte de acuerdo con tu adversario mientras estás en el camino con él, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez te entregue a los verdugos, y seas echado en la cárcel" (Mateo V, 25). Que la memoria también esté sin mancha, para que no quede en ella ningún pecado que no sea borrado por una confesión pura y frutos dignos de penitencia. De lo contrario, la conciencia en la que se oculta el pecado es odiada por la voluntad y execrada por la razón. Por lo tanto, prepara una buena morada para Dios, cuya razón no ha sido engañada, ni su voluntad pervertida, ni su memoria contaminada.

4. Ahora bien, estando así cada uno, es necesario que todos nosotros también nos unamos y nos peguemos con mutua caridad, que es el vínculo de la perfección. Pues el conocimiento

perfecto no puede tenerse en esta vida, quizás ni siquiera es necesario. En la casa celestial, el conocimiento es el alimento del amor. ¿Quién se gloriará de tener un corazón puro? Por eso era fácil que el conocido se confundiera y el conocedor se ofendiera. Allí el conocimiento será gozoso, donde ya no habrá mancha. Por lo tanto, esa casa está más firmemente unida, como para permanecer eternamente: esta, como tienda de guerreros, se adhiere menos perfectamente. Aquella es la casa de la alegría, esta es de la milicia; aquella es la casa de la alabanza, esta de la oración. Esta, digo, es la ciudad de nuestra fortaleza, aquella es la ciudad de nuestro descanso. Por lo tanto, si aquí somos victoriosos, allí seremos gloriosos, teniendo en lugar de casco una diadema, un cetro y una palma en lugar de espada, un manto dorado en lugar de escudo, una estola de alegría en lugar de coraza. Mientras tanto, parece más útil ser oprimido que destruido; y soportar el peso del escudo y la coraza que ser herido por los dardos ígneos del maligno: de los cuales nos proteja con su protección celestial, quien es bendito por los siglos. Amén.

SERMON III. Sobre el triple equipamiento que tenemos para la custodia de Dios.

1. Esta casa, hermanos, es la ciudad del Rey eterno, pero asediada por enemigos. Por lo tanto, todos los que hemos jurado en sus armas y hemos dado nuestros nombres a su milicia, debemos saber que necesitamos un triple equipamiento para la custodia de este castillo: a saber, fortificación, armas y alimentos. ¿Cuál es entonces la fortificación? "Ciudad de nuestra fortaleza es Sion", dice el profeta, "el Salvador será puesto en ella como muro y baluarte" (Isaías XXVI, 1). El muro es la continencia, el baluarte es la paciencia. Buen muro de continencia, que rodea y ciñe por todas partes, de modo que ni por las ventanas de los ojos ni por los demás sentidos se dé entrada a la muerte. Buen baluarte de paciencia, que soporta los primeros ataques de los enemigos, para que entre muchas tentaciones permanezcamos varonilmente y perseveremos continuamente incommovibles. Pues el único remedio es, cuando la continencia es sacudida y de algún modo vacila, oponer la paciencia, y, por más que arda el sentido del pecado, negar de todo modo el consentimiento. "Con vuestra paciencia", dice, "poseeréis vuestras almas" (Lucas XXI, 19). Por lo tanto, el Salvador mismo es puesto en su ciudad como muro y baluarte, hecho para nosotros por Dios Padre justicia, y paciencia de los profetas, como dice el mismo: "Porque tú eres mi paciencia, Señor" (Salmo LXX, 5). El muro, digo, es puesto en la conversación, el baluarte en la pasión, absteniéndose de todas las lujurias de la carne y del mundo presente, y soportando valientemente todas las adversidades.

2. Pero también es necesario preparar armas, pero armas espirituales, poderosas en Dios, no solo para resistir, sino también para atacar y vencer varonilmente al enemigo. "Vestíos de toda la armadura de Dios", dice el Apóstol (Efesios VI, 11), etc. ¿Qué pensamos, hermanos? La tentación del enemigo es ciertamente grave para nosotros; pero mucho más grave es para él nuestra oración. Nos hiere su iniquidad y astucia; pero mucho más nuestra simplicidad y misericordia lo atormentan. No soporta nuestra humildad; se quema con nuestra caridad, se crucia con nuestra mansedumbre y obediencia. Ahora bien, tampoco podemos ser urgidos por el hambre, para que nos veamos obligados a entregar el castillo a los enemigos; porque, gracias a Dios, no ha venido sobre nosotros aquella terrible amenaza del profeta, o más bien del Señor por el profeta, de hambre y sed; no de pan y agua, sino de la palabra de Dios (Amós VIII, 11). Pues tenemos: "No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios" (Deuteronomio VIII, 3; Mateo IV, 4). Así que no nos faltan alimentos, quienes escuchamos frecuentemente sermones y más frecuentemente lecturas sagradas, y a veces también gustamos las delicias de la devoción espiritual, como si los perritos comieran de las migajas que caen de la mesa de sus amos, digo, aquellos comensales celestiales que se llenan de la abundancia de la casa de Dios. También tenemos el pan de lágrimas, que, aunque menos

dulce, sin embargo, confirma muy bien el corazón del hombre. Y tenemos el pan de la obediencia, del cual el Señor habla a sus discípulos: "Mi comida es hacer la voluntad de mi Padre" (Juan IV, 34). Sobre todo, tenemos el pan vivo del cielo, el cuerpo del Señor Salvador, en cuya fortaleza ciertamente se derriba toda la fortaleza de la parte adversa.

3. Así, pues, está fortificada la fortaleza del castillo del Señor, de modo que ya no hay que temer nada, si queremos actuar fiel y valientemente; para que no seamos encontrados ni traidores, ni cobardes, ni perezosos. Porque se hacen traidores todos aquellos que intentan introducir en este castillo del Señor a sus enemigos, como son ciertamente los detractores, odiosos a Dios, que siembran discordias y nutren escándalos entre los hermanos. Pues así como en la paz se hizo el lugar del Señor; así en la discordia se hace lugar al diablo. No os maravilléis, hermanos, si parezco hablar duramente; porque la verdad no adula a nadie. Sepa ciertamente que es traidor, si acaso, ¡Dios no lo quiera!, intenta introducir cualquier vicio en esta casa, y hacer del templo de Dios una cueva de demonios. Gracias a Dios, no encontramos aquí muchos de estos. Pero, sin embargo, a veces descubrimos quizás a algunos que conversan con los enemigos y pactan con la muerte, es decir, intentan, en lo que les es posible, disminuir la disciplina del orden, enfriar el fervor, turbar la paz, herir la caridad. Pero nosotros debemos guardarnos de ellos, tanto como podamos; como está escrito de algunos: "Pero Jesús no se fiaba de ellos" (Juan II, 24). Os digo que, aunque ahora se les tolere, pronto sufrirán un grave juicio, a menos que se enmienden rápidamente, como intentan causar un grave daño. ¿Qué, hermano? ¿Guardas fidelidad a la vanidad, a la tibieza, o a cualquier otro vicio, y mientes a Dios por la tonsura? Ciertamente has tomado un excelente castillo para Cristo, si entregas a sus enemigos Claraval. De allí recibe cada año los mejores y más preciosos frutos a sus ojos: y suele introducir en este lugar de su fortaleza mucho botín que arrebató a los enemigos, y tiene gran confianza en su fortaleza. Pues a quienes redimió de la mano del enemigo, y los reunió de las regiones, del oriente y del occidente, del norte y del mar. ¿A qué suplicios crees que debe ser expuesto el traidor de este castillo, una vez descubierto y capturado (pues no puede ocultarse ni huir)? No será condenado a muerte común como los demás, sino que es necesario que perezca con tormentos exquisitos. Pero no me detengo más en esto: creo que de ahora en adelante nos cuidaremos mejor de esta tan execrable traición, esforzándonos con mayor diligencia en no atraer, sino repeler los vicios, cualesquiera que sean, ya sean carnales o incluso seculares, para no merecer incurrir en la nota o el castigo de los traidores.

4. En segundo lugar, también hay que evitar que alguien, abatido por la pusilanimidad, huya de la fortificación, temblando de miedo donde no hay temor; donde realmente hay sumo peligro, seguro con insana temeridad. Pues se expone a manos hostiles, a espadas hostiles, quienquiera que sea el que huye, como si ignorara que esos enemigos carecen totalmente de misericordia, crueles ciertamente con los extraños, pero mucho más crueles con los suyos, de hecho, crudísimos consigo mismos.

5. Ahora bien, también menciono brevemente el tercer peligro, porque ya ha pasado la hora, mientras, como es digno, busco con gran deseo diversos remedios para las diversas debilidades de los comportamientos. ¿De qué sirve si no quieres ni traicionar el castillo ni abandonarlo, pero permaneces en él perezoso y desidioso? Por lo tanto, con todo el ánimo, con toda la fuerza, amadísimos, esforcémonos en mantener con mano firme el castillo encomendado a nosotros por el Señor y nuestro Rey, atentos contra todas las astucias del enemigo, y preparados contra todas sus maquinaciones, como está escrito: "Resistid al diablo, y huirá de vosotros" (Santiago IV, 7). Pero como sabemos de quién se ha dicho: "Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda" (Salmo CXXVI, 1); humillémonos bajo la poderosa mano del Altísimo, y encomendemos con toda devoción a su misericordia a

nosotros y a esta casa, para que él nos guarde de todas las insidias de todos los enemigos, para alabanza y gloria de su nombre, que es bendito por los siglos. Amén.

SERMON IV Sobre la triple morada.

1. Celebramos este día con alabanzas votivas, y lo honramos con gozos festivos. Y si ni a los religiosos les conviene, ni a los sabios les corresponde ignorar lo que veneran, o celebrar lo que no conocen; debemos preguntarnos en honor de quién o de qué santos se lleva a cabo esto. Sin embargo, no creo que deba presumir esto por mí mismo: que hable primero otro, cuyo testimonio sea mayor y más creíble. Quizás os maravilléis de por qué prehablamos de esto, cuando la iglesia presente se manifiesta más claramente a vuestros ojos, cuya dedicación anual se celebra. ¿Por qué temeríamos llamar santos a sus muros, que las manos sagradas de los obispos han santificado con tan grandes misterios? Desde entonces y en adelante, se sabe que resuena en ella la frecuencia de las lecturas sagradas, murmuran devotamente los susurros de las oraciones sagradas, se honra la presencia bendita de las reliquias sagradas, y la custodia incansable de los espíritus santos vigila. Quizás digas: Todo esto es evidente; pero ¿quién se gloria de haber visto las guardias angélicas? Aunque tú quizás no las veas, hay quien las ve, aquel que las envía. ¿Quién es ese? Sin duda, el que habla por el profeta: "Sobre tus muros, Jerusalén, he puesto guardianes" (Isaías LXII, 6). Hay ciertamente una Jerusalén arriba, que es libre, nuestra madre: pero no creo que sobre sus muros se hayan puesto guardianes, en cuyas alabanzas el Profeta canta: "Él puso paz en tus confines" (Salmo CXLVII, 14). Pero si juzgas esto poco, sigue escuchando lo que sigue en el testimonio anterior: "Todo el día", dice, "y toda la noche, no callarán jamás" (Isaías LXII, 6). Pues es de notar incluso esto, que no se trata de aquella Jerusalén de la que leíste: "Sus puertas no se cerrarán de día; porque allí no habrá noche" (Apocalipsis XXI, 25). Aquella Jerusalén, por lo tanto, no sufre vicisitudes, ni necesita guardianes: más bien, es necesario que se asignen guardianes a nuestros días y noches. "Sobre tus muros, Jerusalén, he puesto guardianes".

2. Eres benigno, Señor, y no puedes estar contento con esta frágil protección de nuestros muros, sino que, además de los preladados humanos, superpones también la custodia angélica, para que defiendan tanto los muros como a los que están contenidos dentro del recinto de los muros. Así, Padre, porque así es agradable ante ti, así es necesario para nosotros. Pues nuestra administración es insuficiente, a menos que también envíes con nosotros y por nosotros a esos espíritus administradores en ministerio, para que obtengamos la herencia de la salvación. ¿Qué importa si no vemos el servicio, cuando experimentamos la ayuda? ¿Qué importa si no merecemos la visión, cuando sentimos el efecto? Aprendemos ciertamente incluso de esto mismo que lo invisible es preferible a lo visible. Porque lo que se ve es temporal; pero lo que no se ve es eterno (II Corintios IV, 18). Finalmente, en lo invisible reside la causa de lo visible, para que, según el Apóstol, "lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se vea claramente, siendo entendido por medio de las cosas hechas" (Romanos I, 20). Así, ciertamente, a los judíos de antaño, que blasfemaban de la invisible indulgencia de los pecados de Dios, los confutó con el signo visible de la salud corporal: "Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados, (entonces dijo al paralítico): Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa" (Marcos II, 10).

3. Así también aquel fariseo murmurador contra el médico que obraba la salud, y enojado con la enferma que se salvaba, lo venció con evidentes indicios, enumerando los servicios de la mujer. Erraba ciertamente quien, como si aún fuera pecadora, aborrecía a la que, adhiriéndose a los divinos pies, los regaba con lágrimas, los secaba con sus cabellos, los besaba, los ungía con unguento. ¿Quién, pues, recitará los crímenes ya borrados, quién se enojará con la que toca, quién la considerará pecadora, a la que, mientras deplora sus faltas, odia la iniquidad;

mientras besa los pies del Señor, ama la justicia; y de nuevo, mientras los seca con sus cabellos, muestra humildad; mientras los unge con unguento, presenta mansedumbre? ¿Es posible que el pecado reine en un alma contrita y en un espíritu gemebundo, o que no mucha caridad cubra multitud de pecados? "Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho" (Lucas VII, 38-47). Con razón, por lo tanto, ya no será llamada pecadora según tu juicio, fariseo, sino santa discípula de Cristo, de quien también aprendió en tan poco tiempo a ser mansa y humilde de corazón. Sin duda, esto es lo que leíste en el profeta, pero quizás lo descuidaste: "Convierte a los impíos, y no serán" (Proverbios XII, 7). Así, amadísimos, así también aquel antiguo acusador de los hermanos, si, en lo que también vosotros os avergonzáis, os reprocha vuestros pecados pasados, escuchad al Apóstol que os consuela magníficamente, y dice: "Esto erais algunos de vosotros, pero ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados" (I Corintios VI, 11); y aquello: "Ahora tenéis vuestro fruto para santificación, y como fin, la vida eterna" (Romanos VI, 22); y expresándolo más claramente: "El templo de Dios, que sois vosotros, es santo" (I Corintios III, 17).

4. Sin duda, él es, a cuya reverencia reservamos la primera palabra al principio de este sermón, cuando buscábamos a los santos, cuya santidad celebramos con devoción solemne. Aunque estos muros sean llamados santos y lo sean por la consagración de los obispos, la frecuencia de las Escrituras, la insistencia de las oraciones, las reliquias de los santos, la visita de los ángeles, sin embargo, no se debe creer que su santidad se honra por sí misma, ni que se santifican por sí mismos. Más bien, son santos por los cuerpos de la casa, los cuerpos por las almas, las almas por el Espíritu que habita en ellas. Y que nadie dude de esto, cuando la gracia invisible de él se nos hace visible en bien. Digo, en que también vosotros, al igual que aquel paralítico evangélico, os levantáis; que tan fácilmente levantáis este lecho corporal en el que yacíais enfermos; que finalmente camináis hacia vuestra casa, aquella casa de la que os alegráis, diciendo con el Profeta: "Iremos a la casa del Señor" (Salmo CXXI, 1). ¡Oh admirable casa, y preferible a las amadas tiendas y a los atrios deseables! ¡Cuán amables son tus tiendas, Señor de los ejércitos! Mi alma anhela y desfallece por los atrios del Señor. Pero mucho más: "Bienaventurados los que habitan en tu casa, Señor; te alabarán por los siglos de los siglos" (Salmo LXXXIII, 2, 5). Pues se han dicho cosas gloriosas de ti, ciudad de Dios. En las tiendas hay gemidos de penitencia, en los atrios hay un gusto de alegría, en ti hay saciedad de gloria. Esta es la casa inferior de la oración, la media de la expectación, tú de la acción de gracias y alabanza. Feliz, por lo tanto, quien aquí se aparte del mal, que es culpa, y haga el bien: para que allí sea liberado del mal, que es pena, y en ti reciba el bien. Aquí, sin duda, las primicias del espíritu, allí las riquezas, en ti la plenitud: donde se nos dará aquella buena medida, apretada, remecida y rebosante en nuestro regazo. Aquí, finalmente, se hacen santos, allí seguros, en ti bienaventurados. Estas son las primicias del espíritu, que se otorgan mientras tanto a los que militan: santidad en la conversación, piedad en la intención, virtud en la lucha. En la santidad de la conversación, entiende el fruto de la penitencia, y todos los ejercicios corporales de los mandamientos divinos. Y puesto que estos no pueden ser simples a menos que el ojo sea simple, se requiere necesariamente la piedad de la intención y la pureza del corazón, para que no se infiltre la ambición del honor o el deseo de la alabanza: sino que solo se desee a aquel que solo llena el deseo, y toda la gracia que hemos recibido vuelva a la fuente de su propio origen. Sin embargo, recuerda que solo la perseverancia entre todas es coronada, y que no puede fácilmente reivindicarse entre tantos peligros, a menos que obtengas una múltiple virtud en tan múltiple lucha. Esto en las tiendas.

5. Además, en los atrios, que después de los molestos conflictos acogen a los que salen con una agradable y placentera tranquilidad, ya se distribuyen las riquezas del espíritu, el descanso de los trabajos, la seguridad de las preocupaciones, la paz de los enemigos. Pues

desde ahora el Espíritu dice que descansen de sus trabajos, quien hasta ahora solía prohibir el ocio con tanto fervor e imponer trabajos. Él mismo apartará de las preocupaciones y alejará de toda inquietud, quien ahora pone consejos en su alma y la hace turbada por muchas cosas. Él, ya con la victoria obtenida, permitirá dormir dulcemente en paz, quien, mientras aún ruge el león, despierta para las vigiliias y se ciñe para la lucha. Sin embargo, en estas cosas, como mencionamos antes, la liberación es más del mal que la recompensa del bien: salvo que la dura experiencia de nuestra necesidad nos obliga a considerar la ausencia del mal como la acumulación del bien; así como la conciencia de los crímenes más graves considera la inmunidad de los mismos como plenitud de santidad. De aquí se puede advertir cuán lejos estamos del sumo bien, que juzgamos que carecer de culpa es justicia, y carecer de miseria es beatitud.

6. Pero lejos esté que alguien piense que tal es la abundancia de aquella casa y el torrente de placer, y si hay otras cosas que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subieron al corazón del hombre, que Dios ha preparado para los que le aman. No quieras, pues, escuchar, oh hombre, lo que el oído del hombre no ha oído; ni busques del hombre lo que el ojo humano no ve, ni el alma comprende. Sin embargo, para no callar completamente sobre esto, saludando desde lejos nuestra patria, parece que percibimos una triple promesa de poder, magnificencia y gloria. Pues era un hombre, y un hijo de esta cautividad, quien decía: "Entraré en los poderes del Señor" (Salmo LXX, 16). Sin embargo, podemos saber qué es carecer de debilidad, como rodeados de debilidad: pero qué es revestirse de virtud y entrar en el poder, no solo en el poder, sino en mucho poder, tal vez incluso en la omnipotencia, por ahora no podemos saberlo. También clama el testigo fiel, porque "a los que justificó, a esos también magnificó" (Rom. VIII, 30). Pero la magnificencia, especialmente aquella que debe proceder de una grandeza, cuya fin ni número hay, ojalá nuestra pequeñez pueda al menos esperar; pues no se nos permite estimar. Ya no es necesario temer ni sospechar de la promesa de gloria: felizmente entonces y con confianza beberás de la gloria, de cuyo apetito ahora te disuaden tantas amenazas. Porque entonces cada uno tendrá alabanza de Dios, ciertamente segura y eterna, sin fin ni distinción; y, como está escrito: "Alabanza agradable y hermosa" (Salmo CXLVI, 1). Ea, pues, hermanos, luchemos virilmente en las tiendas por ahora, para que luego descansen suavemente en los atrios, y finalmente nos gloriemos sublimemente en la casa, cuando esta momentánea y leve tribulación nuestra produzca en nosotros un eterno peso de gloria, cuando seamos alabados en el Señor todo el día, en verdad ciertamente, no en vanidad.

SERMO V. De la doble consideración de uno mismo.

1. También hoy, hermanos, celebramos una solemnidad, y una muy notable. Y eso lo diría fácilmente: pero si seguís preguntando de qué santo, eso tal vez ya no tanto. Pues cuantas veces se celebra la memoria de un apóstol, o mártir, o confesor, no es difícil decir de quién, como por ejemplo de san Pedro, y del glorioso Esteban, o de nuestro santo Padre Benito, o de alguno de los otros grandes príncipes de la gran corte celestial. Ahora bien, no se celebra la solemnidad de ninguno de ellos: sin embargo, se celebra alguna solemnidad. Y no solo alguna, sino no pequeña. Y si ya queréis escuchar, es la festividad de la casa del Señor, del templo de Dios, de la ciudad del rey eterno, de la esposa de Cristo. Nadie duda ciertamente que la santa esposa del Santo de los santos es dignísima de todo honor de celebración. ¿O acaso alguien duda que la casa de Dios es santa, de la cual se lee: "Tu casa conviene a la santidad"? (Salmo XCII, 5). Así también es santo su templo, admirable en equidad (Salmo LXIV, 5, 6): pero también Juan testifica haber visto la ciudad santa: "Vi", dice, "la ciudad santa, la nueva Jerusalén, descendiendo del cielo de Dios, preparada como una esposa adornada para su esposo" (Apoc. XXI, 2). En estas palabras ciertamente ya comencé a revelar lo que aún, lo confieso, quería disimular. Digo, pues, que la misma esposa, que es ciudad,

pero también templo, y no obstante casa. Y no es de extrañar, especialmente cuando de manera similar hay uno solo que se digna mostrarse a ella como esposo, y rey, y Dios, y padre de familia.

Sin embargo, no creo haber satisfecho aún a vosotros, hasta que más claramente aprendáis qué es esta casa del padre de familia, qué es este templo de Dios, qué es esta ciudad de este rey, quién es finalmente la esposa de este tan glorioso esposo, que mereció ser llamada y ser [alias escuchada]. Pero yo sobre esto ciertamente temo no poco decir lo que siento, no sea que alguno de vosotros, ¡Dios no lo quiera!, escuche con menos fidelidad o menos humildad: no sea que tal vez alguien salga de este auditorio o envanecido por la grandeza de la gloria, o incrédulo por la pequeñez de su espíritu. Pues deseo siempre encontraros fieles y humildes, lo cual es sumamente necesario para la salvación. Porque solo a los humildes él da gracia, a quien también sin fe es imposible agradar. Deseo, pues, y de todas maneras anhelo que os esforcéis por presentaros a él como pequeños y grandes, o, para que os asombréis más, como nada y algo, incluso algo grande [alias, nada más que grande]. Pues no podréis recibir esos bienes tan grandes sin gran ánimo, ni hacer violencia al reino de los cielos: no más que entrar en el reino de los cielos, a menos que os convirtáis y os hagáis como niños (Mat. XVIII, 3). No soy un hombre de profundo sentido, ni puedo eructar para vosotros lo que no he probado. Sin embargo, diré lo que a veces siento que se actúa en mí, para que si alguien lo juzga útil para sí, lo imite. Porque desde hace tiempo se me ha persuadido de tener misericordia de mi alma, para agradar así a mi Dios (Ecli. XXX, 24), frecuentemente reflexiono sobre ella: ¡ojalá pudiera hacerlo una vez y siempre [alias, más siempre]! Hubo un tiempo en que no me agradaba en absoluto actuar así, pues menos (si es que menos, y no más menos) la amaba. ¿Cómo ama alguien cuya muerte ama? Pues sí, como es verdad e indudable, la muerte del alma es la iniquidad, claramente es una sentencia absoluta que quien ama la iniquidad, odia su alma (Salmo X, 6). Por tanto, la odiaba, y aún la odiaría, si aquel que la amó primero no me hubiera dado este inicio de amor por ella.

3. Por tanto, gracias a su beneficio, pensando a veces en ella, me parece encontrar en ella, lo confieso, como dos cosas contrarias. Si la miro a ella, tal como es en sí misma y por sí misma, según la verdad de la cosa, no puedo sentir nada más verdadero sobre ella que haber sido reducida a la nada. ¿Qué necesidad hay ahora de enumerar cada una de sus miserias, cuán cargada está de pecados, cubierta de tinieblas, enredada en seducciones, ardiente de concupiscencias, sujeta a pasiones, llena de ilusiones, siempre inclinada al mal, proclive a todo vicio, finalmente llena de toda confusión e ignominia? Sin duda, si incluso todas nuestras justicias, vistas a la luz de la verdad, se encuentran como un trapo de menstruación (Isaías LXIV, 6); ¿cómo serán consideradas entonces las injusticias? Si la luz que hay en nosotros son tinieblas, ¿cuán grandes serán las mismas tinieblas? Es fácil para cualquiera de nosotros, si examina mejor [alias, más completamente] todo lo suyo sin disimulo, y juzga sin acepción de personas, atestiguar en todo la verdad apostólica, y proclamar libremente: "El que se cree ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo" (Gálatas VI, 3). ¿Qué es el hombre, para que lo engrandezcas? dice la fiel y devota confesión; ¿o qué pones tu corazón en él? (Job VII, 17). ¿Qué? Sin duda, el hombre se ha hecho semejante a la vanidad, ha sido reducido a la nada, el hombre no es nada. ¿Cómo, sin embargo, es completamente nada, a quien Dios engrandece? ¿Cómo es nada, hacia quien el corazón divino ha sido puesto?

4. Respiremos, hermanos, y si no somos nada en nuestros corazones, tal vez en el corazón de Dios pueda ocultarse algo diferente sobre nosotros. ¡Oh Padre de misericordias! ¡Oh Padre de los miserables! ¿qué pones tu corazón en ellos? Lo sé, lo sé: donde está tu tesoro, allí está tu corazón: ¿Cómo, pues, no somos nada, si somos tu tesoro? Todas las naciones, como si no fueran, así son ante ti, y serán consideradas como nada y vacío. Sin embargo, ante ti, pero no

así dentro de ti. Así en el juicio de tu verdad, pero no así en el afecto de tu piedad. Sin duda llamas a las cosas que no son, como si fueran. Y no son, por tanto, porque llamas a las que no son: y son, porque llamas. Pues aunque no sean en cuanto a sí mismas, ante ti, sin embargo, son, ciertamente, según el Apóstol, no por obras de justicia, sino por el que llama (Rom. IX, 12). Así ciertamente, así consuelas en tu piedad a quien en tu verdad has humillado, para que se dilate magníficamente en los tuyos, quien con razón se angustia en sus entrañas. Pues todos tus caminos son misericordia y verdad, para los que buscan tu testamento y tus testimonios (Salmo XXIV, 10); testamento ciertamente de piedad, y testimonios de verdad.

5. Lee, hombre, en tu corazón; lee dentro de ti mismo sobre ti mismo los testimonios de la verdad: incluso con esta luz común juzgarás que eres indigno. Lee en el corazón de Dios el testamento, que fue confirmado en la sangre del Mediador: y encontrarás cuán lejos parece estar lo que esperas poseer de lo que realmente tienes. ¿Qué es, dice, el hombre, para que lo engrandezcas? Grande ciertamente, pero en él: pues ha sido engrandecido por él. ¿O cómo no es grande ante él, a quien le importa tanto? Pues a él le importa de nosotros, dice el apóstol Pedro (I Pedro V, 7). Y el Profeta: "Yo soy pobre y necesitado, el Señor se preocupa de mí" (Salmo XXXIX, 18). Claramente una conexión artificiosa de ambas consideraciones, en la que como descendiendo y ascendiendo al mismo tiempo, y se vio a sí mismo pobre y necesitado, y a Dios preocupado por él. Es angelical esto, ascender y descender a la vez. "Veréis", dice, "a los ángeles ascendiendo y descendiendo sobre el Hijo del hombre" (Juan I, 51). Pues no hay tal vicisitud en sus ascensiones y descensos. Al mismo tiempo son enviados en ministerio por aquellos que heredan la salvación, y asisten al rostro de la majestad: Dios misericordiosamente proveyendo para que haya consuelo para nosotros, y ninguna tribulación para ellos. De lo contrario, ¿cuándo soportarían con ecuanimidad ser separados, aunque sea por un momento, de aquel rostro de gloria, al que siempre desean mirar por nosotros? Por último, escucha a la misma Verdad en el Evangelio. "Sus ángeles", dice, sin duda de los pequeños, "en los cielos siempre ven el rostro del Padre" (Mat. XVIII, 10); así ciertamente asignados a la custodia de los pequeños, que de ningún modo son privados de su bienaventuranza. De ahí que Juan vio la ciudad de Jerusalén descendiendo, no pudo verla de pie. Y advierte que dijo descendiendo, no cayendo. Pues cayó una vez no una pequeña parte de aquella ciudad, pero ciertamente no santa, ya que su caída fue gravísima, por haberse hecho enemiga de toda santidad.

6. Sin embargo, Juan no pudo ver esta ruina y caída terrible, porque aún no era; pero vio al Verbo que en el principio era, vio al principio que hablaba a los apóstoles: "Veía a Satanás caer del cielo como un rayo" (Luc. X, 18). Por tanto, esa parte que cayó, será reparada por Dios, cuando llene las ruinas, y reedifique los muros de Jerusalén, pero no de aquellos que cayeron. Esta, sin embargo, que apareció descendiendo, ya estaba preparada, como añadió a continuación: "Preparada por Dios" (Apoc. XXI, 2). Pues lo que descienden, no caen los ángeles santos, la preparación divina lo hace: de quien ciertamente esta misma voluntad y facultad les ha sido preparada. Por eso no solo son administradores, sino también enviados en ministerio, como también testifica el Apóstol (Hebr. I, 14). ¿Por qué no enviará ángeles, por quienes él mismo quiso ser enviado por el Padre? ¿Por qué no inclinará los cielos por ellos, por quienes también el rey de los cielos se inclinó, hasta el punto de escribir con el dedo en la tierra? (Juan VIII, 6). "Señor, inclina tus cielos" (es poco), "y desciende" (Salmo CXLIII, 5). ¿Qué más? Para que a quienes condescendió, también los haga ascender con él. Sin embargo, como ya dijimos, el ascenso y descenso angelical carece de vicisitud; nosotros, sin embargo, debemos movernos ahora aquí, ahora allá, porque no se nos permite permanecer más tiempo arriba, ni conviene demorarse más tiempo abajo. "Suben", dice, "hasta los cielos, y descienden hasta los abismos: su alma se consumía en males" (Salmo CVI, 26). ¿Por qué

esto? Ciertamente su alma se consume más en males por ahora, que se deleita en bienes, porque estos parecen tenerse en realidad, aquellos solo en esperanza. "¿Quién podrá salvarse?", dicen los discípulos al Salvador. Y él: "Para los hombres esto es imposible, pero no para Dios" (Mat. XIX, 25, 26). Esta es toda nuestra confianza, esta es nuestra única consolación, esta es toda la razón de nuestra esperanza.

7. Pero ya seguros de la posibilidad, ¿qué hacemos sobre la voluntad? ¿Quién sabe si es digno de amor o de odio? ¿Quién conoce el sentido del Señor? ¿o quién fue su consejero? (Rom. XI, 34). Aquí ciertamente es necesario que la fe nos ayude, aquí es necesario que la verdad [alias piedad] nos socorra: para que lo que de nosotros está oculto en el corazón del Padre, nos sea revelado por su mismo Espíritu, y el Espíritu testificando persuada a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Pero persuada llamando y justificando gratuitamente por la fe, en los cuales ciertamente hay como un tránsito medio desde la eterna predestinación a la futura magnificación. Por eso ciertamente creemos que aquella doble consideración, una de juicio y verdad, y la otra no incongruentemente llamada de fe y piedad. Y no te maravilles de encontrar en las cualidades humanas cosas tan disímiles, si adviertes con atención cuánta diversidad parece haberse reunido en su misma sustancia. Pues ¿qué hay más sublime que el espíritu de vida? ¿qué más humilde que el limo de la tierra? Esta ciertamente tan discordante cohesión de cosas en el hombre, creo que no pasó desapercibida incluso para los sabios de este mundo, cuando definieron al hombre como un animal racional mortal. Pues ciertamente es admirable la unión de la razón y la muerte, admirable la sociedad de la discreción y la corrupción. Así ciertamente, así en las costumbres, así en los afectos, así en los estudios de los hombres no se encuentra menor, tal vez incluso mayor contrariedad: de modo que si consideras por separado toda la depravación, tal como es, y luego consideras por separado todo lo bueno que parece haber, juzgarás que es un milagro que se hayan reunido cosas tan adversas. De ahí que el hombre a veces merece oír "Bar-Jona", a veces "Satanás". No os maravilléis de esto. Recordad del Evangelio, a quién se le dijo (y ambos en verdad, pues ambos fueron dichos por la misma Verdad) primero: "Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona"; y poco después: "Apártate de mí, Satanás". Uno, por tanto, era ambos, aunque no ambos de uno. Pues aquello era del Padre, esto del hombre, sin embargo, él era ambos. ¿De dónde Bar-Jona? Porque no carne ni sangre, sino el Padre le reveló lo que habló. ¿De dónde Satanás? Porque saboreó las cosas de los hombres, no las de Dios (Mat. XVI, 17, 23). Ahora bien, si con ambas consideraciones hemos examinado diligentemente qué somos, más bien en una, cuán nada, en la otra cuán magnificados: pues ciertamente por quienes incluso tanta majestad lleva preocupación, y ha puesto su corazón en nosotros: creo que nuestra gloria parece moderada, pero tal vez más aumentada, sin embargo, solidificada, para que no nos gloriemos en nosotros, sino en el Señor, en quien ciertamente solo podemos respirar, para decir: Si ha decidido salvarnos, inmediatamente seremos liberados.

8. Desde aquí ya en aquella atalaya superior, permaneciendo un poco, busquemos la casa de Dios, busquemos el templo, busquemos la ciudad, busquemos también la esposa. Pues no he olvidado, pero con temor y reverencia digo: Somos nosotros. Nosotros, digo, somos, pero en el corazón de Dios; nosotros somos, pero por su dignación, no por nuestra dignidad. No usurpe lo que es de Dios, para que el hombre no se engrandezca a sí mismo: de lo contrario, haciendo Dios lo que era suyo, humillará al que se exalta. Pues si queremos ser salvados gratuitamente con pueril animosidad, con razón no somos salvados. La disimulación de la miseria excluye la misericordia, ni tiene lugar la dignación, donde ha habido presunción de dignidad: pero provoca compasión la humilde confesión de la pasión. Ciertamente esto solo hace que él mismo, como rico padre de familia, nos alimente en el hambre, y bajo él seamos hallados abundantes en panes. Por tanto, su casa, a la que nunca le falta el alimento de vida.

Y recuerda que define su casa como casa de oración (Mat. XXI, 13); porque también parece convenir suficientemente con el testimonio profético, que nos asegura que seremos alimentados por él, en las oraciones ciertamente, con pan de lágrimas, y en lágrimas recibiremos bebida (Salmo LXXIX, 6). Sin embargo, según el mismo Profeta, como también recordamos antes, a esta casa le conviene la santidad (Salmo XCII, 5): para que las lágrimas de penitencia sean acompañadas por la pureza de la continencia, y la casa ya sea, se convierta también en templo de Dios. "Sed santos", dice, "porque yo soy santo, el Señor vuestro Dios" (Lev. XI, 44). Y de los apóstoles: "¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo, y el Espíritu Santo habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá" (I Cor. III, 16, 17).

9. ¿Acaso incluso la santidad por sí sola es suficiente? También es necesaria la paz, como testifica el Apóstol, quien dice: "Buscad la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá a Dios" (Hebr. XII, 14). Esta es la que hace que los hermanos habiten juntos en unidad, edificando una ciudad nueva para nuestro Rey, el verdadero pacífico, que también se llama Jerusalén, que significa visión de paz. Porque donde una multitud se congrega sin pacto de paz, sin observancia de la ley, sin disciplina y gobierno, no se llama pueblo, sino turba; no es ciudad, sino confusión; exhibe Babilonia, no tiene nada de Jerusalén. Pero, ¿cómo será posible que un rey tan grande pase a ser esposo, que la ciudad sea promovida a esposa? Solo puede hacerlo la caridad, fuerte como la muerte, que todo lo puede. ¿Cómo no va a elevar fácilmente a aquella que ya ha inclinado? Sin embargo, aquí no debes consultar en absoluto aquella consideración previa de ti mismo que mencionamos; aquí se ejercita principalmente la magnanimidad de la fe. Finalmente, él mismo dice: "Te desposé conmigo en fe, te desposé en juicio y justicia" (entiende suya, no tuya), "te desposé en misericordia y compasiones" (Oseas II, 20, 19). Si él no hizo lo que hace un esposo, si no amó como un esposo, si no tuvo celo como un esposo, no consientas en considerarte esposa.

10. Así que, hermanos míos, si por la abundante provisión de la casa del gran padre de familia somos probados, si somos templo de Dios por la santificación, si somos ciudad del supremo rey por la comunión de la vida social, si somos esposa del esposo inmortal por el amor, creo que ya no hay razón para temer decir que esta es nuestra solemnidad. Y no os asombréis de que esta celebración se lleve a cabo en la tierra, ya que también se lleva a cabo en los cielos. Pues si (como dice la Verdad, y no puede no ser verdad) hay gozo en los cielos por un pecador que se arrepiente, incluso entre los ángeles de Dios (Luc. XV, 10), no hay duda de que hoy hay un gozo múltiple entre ellos por un pecador tan grande que se arrepiente. ¿Queréis oír aún más? También "el gozo del Señor es nuestra fortaleza" (II Esdr. VIII, 10). Alegrémonos, pues, con los ángeles de Dios, regocijémonos con Dios, y que esta solemnidad presente se celebre en acción de gracias, porque cuanto más nos es doméstica, tanto más debe ser devota.

SERMO VI. De la reverencia debida a los lugares sagrados.

1. La celebración de la dedicación de nuestra casa es para nosotros doméstica; pero más aún es doméstica nuestra propia dedicación. En efecto, aquella aspersión fue nuestra, aquella bendición fue nuestra, aquella consagración fue nuestra, que celebrada por las manos de los santos pontífices, incluso hoy se recuerda con alabanzas votivas en su aniversario. ¿Acaso a Dios le importan las piedras? No son las paredes las que importan, sino los hombres: "Porque a Él le importa de nosotros" (I Pedro V, 7). Jacob era un solo hombre, y durmiendo vio ángeles descendiendo y ascendiendo. Esto es poco; también testificó que el Señor de los ángeles estaba presente, diciendo: "Verdaderamente el Señor está en este lugar, y yo no lo

sabía" (Gen. XXVIII, 12, 16). Se maravilla de la gracia, y se estremece ante la magnitud de la dignación. ¡Cuánto más terrible es este lugar, cuánto más evidente y ciertamente está el Señor en este lugar, donde no solo dos o tres, sino tantos perseveran congregados en su nombre! Que nadie lo ignore ya, que ninguno de vosotros lo desconozca. Pues no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el espíritu que es de Dios, "para que sepamos lo que Dios nos ha dado" (I Cor. II, 12). Un lugar verdaderamente terrible, y digno de toda reverencia, que habitan hombres fieles; que frecuentan ángeles santos; que el mismo Señor se digna con su presencia.

2. ¿Cómo pudo ignorar un patriarca tan grande que no hay lugar donde no esté Dios? Pero tal vez se maravilló de otra cosa, cuando dijo: "Verdaderamente el Señor está en este lugar". Allí verdaderamente está, y verdaderamente es el Señor, donde en su nombre se congregan ángeles y hombres. Aunque está en todo lugar, quien no está encerrado en ningún lugar, decimos especialmente: "Padre nuestro, que estás en los cielos" (Mat. VI, 9); porque de otra manera y de un modo propio se exhibe presente allí, no siendo él diverso, sino distinguiendo de manera diversa. Está, pues, en todo lugar, conteniendo universalmente todas las cosas, y disponiéndolas todas; pero de manera muy diferente en cada caso. Entre los hombres malos está presente y disimulando; entre los hombres elegidos, operando y guardando; entre los superiores, alimentando y descansando; entre los inferiores, arguyendo y condenando. Hace salir su sol también sobre los malos: pero donde hay disimulación de los malos, de algún modo la verdad no está. Así que, si se me permite decirlo, entre los impíos está en disimulación; entre los justos en verdad; entre los ángeles en felicidad; entre los inferiores en su ferocidad. ¿Os suena duro lo que dije de la ferocidad? Yo, en verdad, temo la ira y el furor. "Señor, no me reprendas en tu furor" (Sal. VI, 2), etc. "Verdaderamente", dice, "el Señor está en este lugar". Porque donde llueve sobre justos e injustos, es padre, y Padre de misericordias, esperando a los hombres al arrepentimiento. Donde condena a los obstinados, es juez, y es horrendo caer en manos del Dios vivo (Hebr. X, 31); donde descansa, es esposo: y bienaventurada el alma que él introduce en su cámara.

3. Sin embargo, en este lugar verdaderamente está el Señor, si le servimos en espíritu y verdad. Porque no era verdaderamente el Señor entre aquellos a quienes decía: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor; y no hacéis lo que digo?" (Luc. VI, 46). Las sagradas escrituras testifican que el primer Adán fue puesto en el paraíso para que lo trabajara y lo guardara (Gen. II, 15). Así también el segundo Adán en la iglesia de los santos, en la congregación de los suyos, en el jardín de las delicias: pues sus delicias son estar con los hijos de los hombres; así, digo, también el Señor está en este lugar, para que trabaje y guarde. De lo contrario, así como: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican"; así también: "Si él no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda" (Sal. CXXVI, 1). Además, los ángeles ascendentes y descendentes están en este lugar, como manifiesta la misma visión patriarcal: ascendentes, para ver el rostro del Padre; descendentes, para proveernos. ¿Qué, pues? ¿Cómo debemos estar aquí, en cuánta reverencia debemos estar en este lugar, donde Dios está operando y guardando, ángeles ascendiendo y descendiendo? Sin duda, nos conviene ser penitentes y expectantes. Esto es olvidar lo que está atrás, ignorar, reprobado, recordar aquellos años en la amargura de nuestra alma, y de ahí en adelante, con pensamiento y avidez, extendernos hacia lo que está adelante. Para esto hemos venido, en esto hemos sido puestos. Estas son las cosas que se exigen de nosotros, el arrepentimiento de los pecados pasados, y la expectativa de las recompensas futuras.